El maestro de Feng Shui

Los nueve casos del Sr. Wong

Nury Vittachi



salamandra

ePUB

Verdadero experto en feng shui el arte de armonizar las construcciones humanas con el entorno natural, el señor C.F. Wong es un caballero típicamente chino, es decir, discreto, formal, sabio y reservado. Afincado en Singapur, un compromiso profesional lo obliga a contratar como ayudante a Joyce, una chica extrovertida y desenvuelta que le provoca cierta irritación.

No obstante, una extraña alquimia se produce entre Wong y Joyce, convirtiéndolos en una pareja de probada eficacia. Así, cuando el azar los lleva a resolver un crimen aplicando los preceptos del feng shui, el señor Wong y su original compañera se ven envueltos en nueve casos tan enrevesados como divertidos, cuya resolución demuestra hasta qué punto esta sabiduría milenaria es capaz de penetrar en el corazón de las personas.



eBooks con estilo

Nury Vittachi

El maestro de Feng Shui

Los nueve casos del Sr Wong

ePUB v1.0

LittleAngel 15.09.11

más libros en epubgratis.es

Título original: *The Feng Shui Detective*

Traducción: Luis Murillo Fort

Copyright © Nury Vittachi, 2000

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2007

ISBN: 978-84-9838-101-6

Depósito legal: B-27.372-2007

1ª edición, junio de 2007

Al maestro de feng shui Lo Hung Lap

1 Escarlata en un estudio

Recientemente, hace mil años, vivía un sabio en la llanura de Jars. Se llamaba Lu Hsueh-an y dijo: «Los enseres de la vida de un hombre no son su vida. Pero los enseres de la vida de un hombre son su vida.» ¿Es una contradicción? Sí, pero también no. Pensemos en la siguiente imagen.

Hace calor y estás sentado bajo un árbol muy pequeño. Esto es bueno, porque hay sombra, puedes ver todo alrededor y ningún intruso puede sorprenderte. Pero hay sombra para una persona sola y no tienes sitio para recibir visitas. Pronto te sientes solo.

Te trasladas a un árbol más grande, cuya sombra alcanza para dos o tres invitados. Es muy bonito, pero tiene un tronco demasiado ancho y no puedes ver si alguien se oculta en ese espacio detrás de ti.

Algunos envejecemos. Nos trasladamos a árboles más voluminosos. Encuentras una higuera de Bengala, tan grande que una aldea entera podría ponerse a su sombra. Ahora tienes un mundo realmente grande, pero es peligroso. Detrás de ti hay un espacio desconocido, igual de grande que el espacio que tienes ante ti.

Algunas personas nunca llegan a una higuera de Bengala. Otras se trasladan de mundos pequeños a mundos grandes, pero algo en sus vidas las asusta y al final regresan a mundos muy pequeños.

Brizna de Hierba, cuando conozcas a alguien debes hacerle en silencio una pregunta: ¿cuán grande es tu mundo? Es una de las cosas más importantes que puedes saber de una persona.

A veces conoces a alguien y te das cuenta de que tu propio mundo no es lo bastante grande para darle cabida. Entonces debes tomar una decisión: ¿le dices que no hay suficiente espacio, o te trasladas a un árbol más grande?

Lu Hsueh-an dijo también: «No preguntes a los Inmortales cuán grande es el mundo. El mundo lo haces tú.»

Destellos de sabiduría oriental,

de C. F. Wong, parte 73

C. F. Wong cerró su diario manchado de tinta y lo metió junto con su pluma en el cajón. Luego flexionó los dedos y miró por la ventana. Aunque adoptaba el papel del viejo sabio cuando escribía, a menudo, sin

poder evitarlo, se encontraba a sí mismo transformado en el pupilo que es reprendido.

Consideraba que su mundo era grande, pero su despacho era pequeño. Fue el segundo de estos factores el que utilizó para justificar su inmediata hostilidad hacia una petición proveniente de alguien que estaba por encima de él, en el sentido cronológico y corporativo del término.

La secretaria de Wong y administradora de la oficina, Winnie Lim, le había dado la mala noticia con su acento hokkien de Singapur:

—Uno de los contactos del señor Pun quiere que le haga un favor. M. C. Queeny o algo así. Quiere que le busque un empleo a su hijo. Sabe de quién hablo, ¿no?

—¿M. C. Queeny? No tengo ni idea.

—M. C. Q. U. I. N. N. I. E. El chico se llama Joe. Su padre es un buen cliente de la empresa. Amigo del señor Pun. La secretaria del señor Pun me ha llamado para decírmelo. Tiene usted que encontrarle un empleo al chico para sus vacaciones escolares. ¿Lo ha entendido o no?

Wong suspiró. Las incursiones en su espacio privado siempre lo incomodaban. Sabía que era muy habitual en esa ciudad, como probablemente en la mayoría de los lugares modernos, que personas con influencia buscaran colocación para los hijos de sus amigos. La expresión era, le parecía, *old boys' network,* ¿o *young boys' network* ? Tendría que buscarlo en su diccionario de locuciones inglesas, aunque en todo caso significaba amiguismo. Pero su oficina sólo disponía de dos habitaciones y su organización la formaban únicamente él mismo, Winnie, y algún que otro chino licenciado en Filosofía que trabajaba allí a tiempo parcial. Wong no tenía presupuesto, ni mesa libre ni ganas de ayudar.

Tras una larga pausa —larga para ella— de tres segundos, Winnie añadió algo más:

—El señor Pun me ha dicho que le diga que estaría extremadamente complacido si usted lo ayuda. Eso es lo que dijo: extremadamente complacido.

La frase provocó un ligero parpadeo en Wong.

—Ah, entiendo.

Hubo un silencio mientras los dos ocupantes del despacho pasaban al departamento izquierdo del cerebro, el de las finanzas.

—¿Cuánto cree usted que será?

El geomántico se tiró de los escasos pelos de su barbilla con aire reflexivo.

—Cuando dice que está «contento» significa que hay un pequeño extra en el horno. Si está «extremadamente complacido» tal vez quiere decir que hay un aumento de sueldo en el horno.

—¿Cómo que en el horno?

—Es un coloquialismo inglés. Se lo oí decir a Dilip. Significa que sucederá pronto.

—Ya hay un aumento, pero no para usted, para la oficina. Es para cubrir el salario del chico.

—¿Cuándo?

—Cuando él venga.

—No. ¿Cuándo va a venir?

—La semana que viene. El lunes.

—Ah. Bien, podemos hacer que archive algunas cosas. Para tenerlo ocupado. Para que no ande por ahí. De hecho, es lo que el padre quiere. *Mo baan faat.* Qué se le va a hacer.

El problema pronto dejó de ocupar un sitio preferente en la mente de Wong. Exhaló lentamente el aire al estilo chigong, y sus aprensiones salieron con él. Ese día ocurría algo que le impedía calentarse la cabeza con nada. No estaba seguro del motivo. Simplemente parecía encontrarse a merced de una sensación de bienestar general.

Sabía que ese estado positivo tenía que venir de dentro, más que de fuera. Las oficinas de C. F. Wong & Associates ocupaban la segunda planta de Wai-Wai Mansion, una antigua tienda-vivienda china en un sector poco elegante de Telok Ayer Street. La calle estaba convirtiéndose a marchas forzadas en una vía comercial importante, y el suelo temblaba regularmente al paso de vehículos pesados. Esa mañana la circulación era densa. El tráfico lento significaba menos traqueteo de ventanas, pero más bocinazos de automovilistas impacientes.

La sensación de sosiego tampoco venía, desde luego, del entorno de la oficina, que estaba repleta de mesas, armarios y estanterías. Era una desgracia para un maestro de feng shui trabajar en un espacio tan caótico, pero Wong había renunciado hacía tiempo a controlar las decisiones que la señorita Lim tomaba como decoradora de interiores. Muchos hombres de negocios importantes de Singapur esperaban con ansia los oraculares pronunciamientos de Wong sobre cómo disponer

sus oficinas, pero él no se atrevía a dar consejos como los de Winnie. Winnie, de veintiséis años y nacida en el seno de una familia china de Kuching, creía que, puesto que era la administradora de la oficina, todos los aspectos físicos de la misma la incumbían. En realidad, su principal ocupación diurna era practicar y refinar las técnicas de maquillaje y aplicación de laca de uñas.

Unos cuatro años atrás, al crearse la empresa, una parte de la única habitación grande que habían alquilado fue reservada para uso exclusivo del geomántico en jefe (y único, para el caso). Al principio, Wong había tratado de convertir aquel espacio en un despacho centrado en el chi, o energía vital, pero resultó demasiado pequeño y mal orientado.

En términos de feng shui, y conforme a la Escuela de las Ocho Mansiones, la oficina era un lugar Tui Kua, pues la parte de atrás estaba orientada al oeste y la puerta al este. Su cubículo estaba entre el sudoeste (bien: indicaba buena salud) y el sur (mal: allí se localizaban los Cinco Fantasmas), de modo que tuvo mucho trabajo para convertirlo en un lugar utilizable. Peor aún, estaba cerca de la mesa de Winnie. La juiciosa colocación de una campanilla metálica servía para ahuyentar parcialmente el exceso de *chi* de fuego de la secretaria.

No obstante, Wong trabajaba últimamente en la estancia mayor, en una mesa situada perpendicularmente respecto a la de Winnie, y utilizaba su despacho sólo para meditar, pensar, venerar a los ancestros, hacer rituales diurnos y echar la siesta.

No, definitivamente la sensación de paz venía de dentro, se dijo. Del sueño profundo de la noche anterior. Del sabroso donut que había comido para desayunar en la cafetería, camino del trabajo. Procedía del alegre borboteo del hervidor en un rincón de la oficina. Del hecho de que ese día cumpliera cincuenta y seis años, pese a que nunca había celebrado su cumpleaños, ni siquiera de niño. Era un buen número, cincuenta y seis, mucho mejor que el espantoso cincuenta y cinco, con sus muy negativas connotaciones numerológicas. No, cincuenta y seis era una buena cifra, un número que denotaba madurez y habilidad de estadista. Un año de sabiduría. Un momento en que sin duda tenía algo importante que decir, algo que merecía ser escuchado. Tenía que terminar su libro.

Con ese pensamiento, sacó el diario del cajón y se puso a escribir otra vez.

El lunes amaneció bochornoso, como si el aire estuviera cansado y sin fuerzas. El sol salió perezosamente y pareció levantar del suelo una cortina de bruma opaca. Constelaciones de polvo, provocadas por la traslación del aire, subían en espiral entre los pálidos rayos sesgados que entraban por las ventanas. El vecindario despertó provisionalmente a las siete por causa de una emergencia de poca importancia: un pequeño incendio en el edificio de enfrente, al parecer causado por un

pebete de incienso que había caído del altar dedicado al dios de la Seguridad, según contó el vigilante. Las sirenas sacudieron los edificios hasta que llegó un bombero y descubrió que una monja budista había extinguido el fuego con sus pies descalzos, callosas pezuñas caballunas que apenas se resintieron de la dura prueba.

Wong, que ya había ido a su primera reunión del día, llegó sudando a la puerta de su oficina a las nueve y media. Lo recibió Winnie con cara de preocupación y señalando con la cabeza hacia un cuerpo grande que estaba sentado en la mesa de Wong, leyendo una revista extranjera.

—M. C. Queeny. Resulta que era chica, ya ve —dijo Winnie.

—Ya —dijo él, viendo.

La señorita McQuinnie bajó de un salto, cruzó el despacho en dos zancadas y le estrechó firmemente la mano. Su nombre no era Joe, sino Joyce, aunque su familia la llamaba Jo o Joey. No le interesaba hacer trabajo de archivo. Había pedido una prórroga de un año y estaba haciendo un trabajo sobre geomancia oriental con un tutor privado, para presentarlo junto con su solicitud para un curso de una «uni» muy selecta. Quería pasar parte del verano observando a Wong y aprendiendo de él. Quería ser «su sombra». Quería ver cómo trabajaba en la oficina y acompañarlo en sus visitas de campo y tal. Había estado tres veces en Singapur... Emitía todo un torrente de palabras, pero ¿qué idioma era aquél?

—Y yo: «¿Y cómo quieres que me convierta en maestra feng *shuuiii?*» Y mi padre: «Mi amigo el señor Pun conoce a un auténtico maestro feng *shuuiii,* y podrás trabajar con él tres meses.» Y yo: «¡Uau!»

Wong se quedó boquiabierto.

—Oiga, yo me estaré calladita y tal —añadió ella—. Ni siquiera sabrá que estoy aquí. ¡Ja, ja, ja, ja!

Wong comprendió al instante que aquella chica no podría estarse calladita ni aunque le extirparan la laringe. Su aspecto mismo irradiaba ruido. Era gorda y vestía colores chillones, y era occidental. Como si una jirafa dijera que pasaría desapercibida porque no tiene voz. Hay gente que no encaja en ciertos sitios. ¿Cómo era aquella frase sobre toros que salía en el libro de locuciones inglesas? Sí, era como un toro en medio de China.

Ella rió otra vez, por nada en particular. Wong notó que era una risa nerviosa. Se miraron unos segundos, callados. «Esto no funcionará —se dijo Wong—. Pero piensa en el señor Pun. Tienes que asegurarte de que quede "extremadamente complacido".»

—¿De modo que le gustaría ser maestra de feng shui? —dijo Wong, forzándose a sonreír y pronunciando la expresión china para geomancia con su acento de Guangdong: *foong soi.*

Ella soltó una risotada que el geomántico consideró de sorna.

—¿Yo? ¡Qué va! Yo quiero hacerme rica. ¿Dónde pongo mis cosas?

Winnie despejó una mesa para que la señorita McQuinnie la utilizara como escritorio. La intrusa la empujó inmediatamente hacia la ventana.

—Así tengo mejor vista —dijo, sin advertir la grosería implícita en su impulsiva reordenación del mobiliario de un geomántico.

Después de ponerse cómoda —y lanzando con su mesa un torbellino de energía hacia el área de meditación—, le explicó a Wong que sólo quería escribir sobre el feng shui desde un punto de vista académico.

—O sea, ni siquiera sé si me lo creo, todo eso. En general, bueno, soy bastante escéptica sobre cualquier clase de magias y abracadabras; y no es que diga que su trabajo sea abracadabra, eso no, pero lo que me gustaría es destapar la cosa de alguna manera, ya sabe, bajarla del pedestal, porque a mi tutor le gusta la controversia.

Wong no estaba seguro de qué quería decir «abracadabra» o a qué «pedestal» se refería, pero sabía que no se encontraría a gusto en su oficina con aquella criatura. Así lo confirmaron los datos que fue reuniendo a medida que la observaba. Era demasiado extranjera, demasiado joven, demasiado chillona, demasiado gorda, y su curiosidad era también excesiva. No paraba de hacer preguntas. Anotaba todo cuanto él decía. Lo escuchaba con atención cuando hablaba por teléfono. Wong tuvo que recurrir al putonghua, al hakka, al hokkien y al cantonés con interlocutores que entendían dichos dialectos.

Ella bajó luego a una tienda y volvió con una especie de cubo de cartón que ella llamaba *Latte Grande* y que olía a café amargo y leche de vaca, y, de las náuseas que le dio, Wong fue incapaz de terminarse el colon guisado que había comprado a un vendedor ambulante antes de subir. Por si fuera poco, se reía con rebuznos de asno cuando hablaba por teléfono con sus amistades, como sólo los hombres deberían reír. Sus chillidos llegaban incluso a oídos de la persona con quien Wong estaba hablando a su vez, lo que le hizo temer que pensaran que había trasladado su oficina a un matadero.

Aquella tarde, mientras preparaba sus informes la estudió con el rabillo del ojo. La señorita Joyce McQuinnie tenía entre catorce y treinta años (a Wong siempre le costaba adivinar la edad de los occidentales) y era muy sociable. Pasaba mucho tiempo al teléfono organizando un encuentro para celebrar su nuevo «empleo». A primera vista le había parecido tres o cuatro centímetros más alta que él, pero luego, al quitarse los tacones, se había encogido hasta su misma estatura. Tenía

una piel muy pálida y salpicada de leves pecas, y un pelo lacio castaño ligeramente rojizo, como de ardilla. Calzaba botas de hombre con gruesas suelas de goma, y vestía unas mallas oscuras, una falda corta y un jersey informe. Llevaba unos pendientes metálicos, cinco en una oreja y siete en la otra. No lucía anillos pero sí grandes pulseras indias que tintineaban cuando se movía, amenazando con volcar su vaso de café.

—¿Es guapa? —le preguntó un amigo por teléfono desde Kuala Lumpur.

—Es una *mat sellah* —susurró Wong.

Pero la chica se esforzaba en demostrar su interés en la materia. Se pasó la mañana hojeando libros sobre feng shui, y la tarde intentando entender el sistema de archivo, cosa nada fácil puesto que Winnie se lo inventaba sobre la marcha, de ahí que fuera irremplazable.

Wong se limitó a suspirar e intentó concentrarse en su trabajo. *Mo baan faat.* Qué remedio.

Pero, a medida que transcurría la tarde, se sorprendió a sí mismo escuchando con interés las conversaciones telefónicas de la joven. Desde luego, su exasperante nueva colaboradora podría serle de alguna utilidad: era una fuente de clases de conversación gratis (en Singapur, las clases de inglés eran escandalosamente caras).

Wong había empezado con el inglés ya de mayor, pues había vivido en Guangdong hasta hacía diez años, cuando se mudó a Hong Kong, de donde fue transferido cinco años después a Singapur. Se enorgullecía de su capacidad para los idiomas (hablaba seis dialectos chinos), pero batallaba hacía tiempo con los modismos del inglés, que casi siempre le parecían desconcertantes y totalmente ilógicos. La señorita McQuinnie, quizá debido a su edad, empleaba muchísimas expresiones de argot. Wong reconoció algunas gracias al libro que había estado estudiando la semana anterior: *¿Qué tal? Inglés coloquial II.* Estaba decidido a escribir su próximo libro en inglés (había escrito ya dos libros sobre feng shui en chino), pero era consciente de que no lo dominaba lo suficiente. Además, creía que un conocimiento amplio de los coloquialismos modernos era la clave para ser considerado un buen escritor.

Le preguntó el significado de varias de las extrañas palabras que ella empleaba, y ella lo observó mientras él lo apuntaba. La joven adoptó inmediatamente el papel de maestra severa, corrigiéndolo a cada momento.

—Es la única manera de aprender —le dijo.

Wong vio disolverse su inicial irritación al comprobar que ella explicaba las cosas bastante bien, lo cual podía permitirle lucirse delante de su profesor y los demás alumnos del English Conversation Club.

Una de las veces en que ella estaba al teléfono con uno de sus amigos, soltó toda una retahíla de palabras que a él se le escaparon por completo. Las anotó y decidió preguntar más tarde.

La señorita McQuinnie decía «guay» todo el tiempo, palabra que él ya conocía, pero también decía cosas como «plasta», «mal rollo», «tío cachas», «pringao», «subidón», «quetecagas», «mega» y «cómo mola», ninguna de las cuales aparecía en sus libros de texto.

El teléfono sonó mientras Wong hojeaba disimuladamente un diccionario buscando la traducción de «*trip hop* cutre», sin tener la menor idea de que lo primero era un subgénero musical específicamente británico. Era Laurence Leong, subdirector de East Trade Industries.

—C. F., le estoy enviando un fax —dijo—. Se trata de que me dé su rápida opinión sobre una finca. Se llama Sun House y está situada en un pueblo cerca de Malaca. El fax ya debe de estar saliendo. —La máquina que Winnie tenía en un lado de la mesa empezó a gruñir casi de inmediato.

Wong estudió aquellos papeles finos y abarquillados unos minutos antes de devolver la llamada.

—No; me parece que no. Es una casa yin. Un gran problema. Muy negativa, aunque pudiéramos limpiarla a fondo. La gente nunca olvida. Muy difícil de revender. Le recomiendo que no compre.

Leong trató de hacerle cambiar de opinión. En primer lugar, sólo había servido de tanatorio durante menos de un año; entre seis y diez meses, dijo. Segundo, sólo había alojado a dos cadáveres. Menos de un mes después de que los arrendatarios (un matrimonio mayor proveniente de Kuala Lumpur, los Wanedi) comprasen la finca, ambos habían caído enfermos.

—Cualquiera diría que la casa tenía mal feng shui ya antes de que se mudaran allí el funerario y su mujer —dijo.

—Eso suele ocurrir —dijo Wong.

Leong le explicó que la mala salud de los Wanedi los había obligado a cerrar el negocio —temporalmente, suponían ellos—. Los vecinos se alegraron, puesto que les disgustaba tener una funeraria tan cerca del pueblo. La mujer, con cuyo dinero habían comprado la casa y el terreno (le había tocado una herencia), se había recuperado, pero no así su marido, que seguía muy enfermo. En otras palabras, eran unos vendedores con problemas, cosa siempre atractiva para la gente que compra propiedades.

—El hombre está a las puertas de la muerte, tanto en sentido *figural* como literal —comentó Wong, satisfecho de poder lucirse con un juego de palabras.

—¿Qué? Oh, ya entiendo. Sí, en efecto —dijo Leong—. Oiga, C. F., me gustaría que fuera allí a echar un vistazo. El señor P. está realmente interesado. El señor Wanedi continúa muy enfermo y la semana pasada ambos tomaron la decisión de vender y trasladarse a Kuala Lumpur. Ahí fue cuando intervino nuestro agente en Malaca. No cuelgue, C. F., tengo otra llamada. ¿Diga...?

Se oyó una versión mecánica de *Greensleeves*.

Wong sabía que a la empresa le interesaría más la parcela de terreno que la casa en sí. Sabía también, como geomántico, que cuando estaba en juego un lugar yin —un lugar de muerte—, sus servicios, que por norma se consideraban una opción extra, adquirían una importancia crucial. Se animó. Podía alegar que tenía la agenda llena y añadir un suplemento por estudio de urgencia.

E incluso podía ser divertido. Las casas viejas de Malasia solían ser interesantes desde el punto de vista del feng shui. Quizá era una casa de vecindad peranakan, o una mansión colonial holandesa. Además, tenía a un buen amigo en la región: Jhoti Sagwala, un ex alumno suyo que ahora era jefe de policía cerca de Malaca. Pensó en telefonear para decirle que consiguiera los ingredientes necesarios para el curry de plátano y coco, un plato por el que Sagwala era justamente famoso entre sus amistades.

Greensleeves se interrumpió bruscamente.

—Wong, ¿sigue ahí? —Laurence Leong parecía muy agitado—. El viejo acaba de estirar la pata. Quiero decir, Wanedi. Era nuestro agente el que me llamaba. La mujer ha accedido a que usted y los peritos vayan a ver la finca, aunque puede ser que el muerto esté todavía allí.

Wong asintió para sí, satisfecho de que el cadáver permaneciera in situ. Ver exactamente dónde y cómo guardaban los cadáveres, y dónde había muerto el viejo, lo ayudaría en su estudio y limpieza de la casa.

—De acuerdo. Iré.

La tarde siguiente, C. F. Wong y Joyce McQuinnie iban en un taxi destartalado que subía resoplando una colina cerca de la ciudad de Malaca. Joyce había insistido en acompañarlo, aduciendo que su padre pagaría los gastos. Aunque sólo distaba un puente de Singapur, Wong tuvo la sensación de estar en otro planeta o, cuando menos, en el mismo planeta pero en un siglo anterior. Miraba por la ventanilla y sentía que los deslumbrantes rascacielos de cristal de Singapur no podían alojar a la misma especie humana que vivía en esa tierra exuberante de un verde castaño, salpicada aquí y allá de viejas y encantadoras casas, un mayor

número de chozas medio derruidas, y un número inquietantemente grande de pequeños, feos y nuevos bloques de dos y tres pisos.

El geomántico contempló el desagradable panorama de edificios nuevos y desesperó. Eran todos idénticos y rectangulares, pensados para caber dentro de la pequeña parcela del propietario, levantados rápidamente sin atenerse al feng shui ni a la estética. El desarrollo urbanístico de Malasia era objeto de elogios por su rapidez, pero a Wong le preocupaba que por el camino se estuviera perdiendo para siempre una intangible espiritualidad.

—Cantidad de casas nuevas por todas partes —observó Joyce—. Esto debe de dar trabajo a todos los expertos en feng shui.

—Me temo que estos edificios no tienen arreglo —dijo el geomántico.

Les estaba costando localizar Sun House, la Casa del Sol, pero éste no podía ser más conspicuo.

—Uf, qué bochorno —recordó Wong.

Joyce rió.

—¿De qué se ríe? —preguntó él, envarado—. ¿Es que no lo entiende?

—Claro que sí. Es que... es gracioso oírselo decir a usted.

No pudo explicar por qué era gracioso, y se sumieron en un silencio incómodo. Wong, advirtiendo que ella lo miraba de reojo varias veces, se inclinó hacia un lado girando un poco el cuerpo para poder espiarla por el retrovisor del coche. Bajo una apariencia de confianza relajada y expansiva, había inseguridad, nerviosismo, un palpable estar a disgusto. Lo sabía por el modo en que ella juntaba las cejas al hablar; parecía que comunicarse le costaba lo suyo. Sus ademanes eran ligeramente bruscos, como si sus extremidades fueran dos o tres centímetros más largas de lo que ella esperaba. Dedujo que era más joven que Winnie Lim, pese a ser más alta.

Al coronar la colina vieron un tejado chino entre los árboles, unos cientos de metros carretera adelante; el taxista lanzó un grito triunfal y Wong supo que habían llegado. Al acercarse vio que el recinto estaba rodeado por un muro de piedra y comprobó que Sun House era una residencia bastante imponente. Llegaron a una verja abierta y se detuvieron frente a una casa baja pero señorial, no tanto histórica cuanto de avanzada edad. Mostraba señales de haber sido acondicionada recientemente, varios marcos de ventana parecían nuevos. Suspiró. No pudo evitar pensar que su patrón, como ocurre a menudo en el mundo de los negocios, se aprovechaba de las desgracias ajenas. Debía de haber costado bastante dinero convertir ese edificio (antigua granja venida a menos) en una funeraria, y no dejaba de ser

irónico que uno de los pocos cadáveres que la casa había visto fuera el de su dueño.

Recorrió con ojo experto la fachada. Aparentaba seguir modelos europeos, aunque tenía algunos rasgos típicos del estilo de las terrazas peranakan. Había persianas de tablillas, un diseño innovador introducido por los portugueses y adoptado por la generación posterior de constructores locales. La casa tenía *pintu pagar,* una pequeña cancela batiente tradicional de Malasia, delante de una puerta de madera de doble hoja con inscripciones de pareados chinos. El porche delantero se elevaba desde cada extremo de la fachada, los lados revestidos de madera, y la techumbre presentaba una marcada pendiente de tejas rojo oscuro. Las ventanas de la planta superior, de arco muy pronunciado, asomaban por arriba, rompiendo así el chi. Todas las cortinas estaban echadas. Al parecer no había jardinero, pues los escalones del porche estaban cubiertos de hojarasca. Sin embargo, en un lado de la casa había un hombre joven en ropa de faena junto a un cobertizo. Observó a los recién llegados con gesto inexpresivo, ni hostil ni acogedor, y luego se metió en el cobertizo.

Mientras Wong contemplaba la casa, la puerta principal se abrió y en la penumbra apareció una figura. La señora Elmeta Wanedi era menuda, delgada y melindrosa, con una mata de pelo rebelde apenas visible bajo una capucha que le daba aspecto de monja. Aunque a Wong le habían dicho que era católica, parecía más bien musulmana, a juzgar por el largo de sus negras prendas de luto.

La ansiedad que reflejaba su porte se hizo doblemente patente cuando habló.

—*Selamat tengah hari.* ¿Son los de East Trade? ¿Los del feng shui? Vengan por aquí. No, primero vayamos por la parte de atrás... No, ¿qué lado quieren ver primero?

Su voz era culta, de contralto, con un acento mezcla de malayo y alguna cosa más: ¿quizá de Sri Lanka? Pronunciaba las V y W con un mismo sonido a medio camino de las dos, dando la impresión de que casi nunca acertaba la correcta. Hablaba tan deprisa que a Wong le costó entenderla.

—¿Qué quieren ver? ¿La sala donde... bueno, donde se hace el trabajo, o bien la parte principal de la casa?

Wong no supo qué decir.

—Antes quisiera ver el plano y la escritura de la propiedad —pidió.

Joyce dio un paso al frente.

—Le ruego que acepte nuestras condolencias por la pérdida de su marido —dijo—. Bueno, lo sentimos mucho y tal.

—Ah, no se preocupen por eso —repuso la mujer—. Cuanto antes terminen de mirar la casa y firmar, antes nos marcharemos. Los peritos ya han estado aquí. Dicen que tardarán ustedes un día, más o menos. ¿He dicho «nos marcharemos»? Vaya, no me acostumbro a que ahora estoy sólo yo. —La viuda meneó la cabeza y bajó la vista, momentáneamente desconcertada. Luego alzó la cabeza y sonrió—. *Saya minta ma'af,* ustedes perdonen. No me estoy comportando con la debida cortesía. Habrá sido un viaje muy largo desde Singapur. Pasen ustedes y tomen un taza de té o kopi, ¿señorita...?

—Me llamo Jo. Aquí el señor C. F. Wong. Él es el geomántico de verdad. Yo sólo soy su... su ayudante. Le echo una mano, ya sabe. Qué casa más guay.

—Joseph y el señor Wong —dijo la viuda, y sin más entró en la casa. Wong le dijo al taxista que se tomara unas horas libres pero que estuviera atento al teléfono.

Una vez dentro de la lúgubre y polvorienta casa, la mujer, que parecía tener unos cincuenta años, empezó a relajarse. Al principio, Wong pensó que le gustaba recibir visitas, a juzgar por sus enérgicos movimientos mientras preparaba el té y las tazas, perdiendo por momentos su anterior aspecto despistado.

No obstante, volcó una taza y derramó té por todas partes. Les explicó que antes tenía a una mujer como sirvienta y cocinera, pero que la había despedido hacía dos días, al morir su marido.

—Me pareció ridículo tener una cocinera cuando se me habían pasado las ganas de comer —explicó—. Y necesitaba un poco de silencio. La señorita Tong, que así se llamaba, era una persona muy ruidosa, siempre trajinando con los cacharros, ya me entienden.

—¿Tiene un criado ahí fuera? —preguntó Wong.

—¿Qué? Ah, el chico del cobertizo. Es Ahmed Gangan. Vive a unos kilómetros de aquí. Su familia tiene una granja carretera adelante, y me preguntaron si podían usar el viejo remolque, lo que significa si pueden quedárselo, ahora que el hombre de la casa ya no... Naturalmente, les dije que hicieran lo que quisieran con él.

El té era extraordinariamente malo, con un curioso sabor a cabra mojada. La viuda se sentó delante de Wong, en realidad desplomándose sobre un sillón de manera harto desgarbada, casi como si la hubieran empujado.

Luego, de repente, se incorporó.

—Perdonen mis modales —dijo—, pero estos días no me reconozco. Hen... Hen... Henry y yo lo hacíamos todo juntos y es duro empezar de nuevo, sin nadie que te ayude. —Pronunciar el nombre de su marido le crispó la cara y le quebró la voz. Se frotó los ojos con un pañuelo y empezó a llorar.

Joyce fue a sentarse a su lado y le apretó una mano.

—Vamos, no llore. Es horrible perder a alguien. Mi madre nos dejó a mi hermana y a mí cuando yo tenía nueve años y todavía lloro. Perder al marido ha de ser incluso peor, ¿no?

La señora Wanedi asintió llorosa pero no dijo nada. Apretó la mano de Joyce y apoyó la cabeza en el hombro de la joven. Wong lo observó con interés, notando con asombro la rapidez con que las mujeres podían intimar.

—Lo estará pasando muy mal —dijo Joyce—. Siento que tengamos que meter las narices y eso. ¿Ha venido algún miembro de la familia?

—No, no, no —dijo la mujer, y de repente dejó de llorar tras sorberse la nariz—. Estoy bien. He llorado dos días enteros, hasta esta mañana. No creía que pudiera llorar tanto. Tengo ocho blusas, todas empapadas de lágrimas. Señor Wong, no se imagina usted cuántas lágrimas hay en el cuerpo de una esposa. ¿Está usted casado, señor Wong?

—No, señora.

—Bien, en ese caso, en el cuerpo de su *ibu.* Pero esta mañana, al despertar, me dije a mí misma: El... El... Elmeta, ya has llorado bastante. Levanta y haz lo que tengas que hacer. Vende esta vieja casa y vuelve al viejo *kampong.* Y usted, señor... señor... usted forma parte de lo que tengo que hacer, de modo que su presencia aquí es buena. Y usted, querida, gracias por ser tan amable. Lo siento por su *ibu.* —Y apretó una vez más la mano de Joyce.

—Iremos lo más rápido posible y luego nos vamos pitando —repuso Joyce con una sonrisa.

—Sí, empecemos —dijo Wong, y se alegró de poder abandonar intacta su taza de té—. ¿Tiene usted documentos que podamos ver? ¿Planos de la casa, del terreno, escrituras y esas cosas? Necesito saber la fecha en que fue construida, para poder hacer una carta *lo shu.*

La mujer sacó una carpeta gruesa y los dejó estudiando los papeles en un despacho mal ventilado. Les dijo que se tomaran el tiempo necesario y que podían recorrer la casa para sacar fotos o tomar medidas.

—No queremos molestarla —dijo Joyce.

—No es molestia. Estaré en la habitación principal preparando el equipaje.

—¿Quiere que la ayude?

—Gracias, querida, no hace falta. Mi sobrina viene mañana a ayudarme con las maletas y las cajas, y alguien vendrá a llevarse a Henry. Estoy bien.

Salió de la habitación emitiendo un curioso sonido entre risa y sollozo.

Wong miró a Joyce con nuevos ojos. Se había portado muy bien, siendo tan amable con la viuda y tomándole la mano. Cosas que él no sabía hacer. Tal vez le sería útil en determinadas circunstancias, pensó, una especie de relaciones públicas. Se preguntó si podría mandarla a las calles de Singapur convertida en mujer-anuncio para animar el negocio. Joyce era, desde luego, más educada que la señorita Lim.

Disfrutó examinando los planos. La casa, en realidad, era bonita. Un verdadero hallazgo, con habitaciones espaciosas, ventanas grandes y un flujo natural de energía. Era una casa Hum Kua, la parte de atrás miraba al este y estaba llena de energía de agua. La presencia de tanto *chi* de madera en las paredes daba un perfecto control al *chi* del agua. El principal problema era que la zona de estar, una sala grande y despejada, estaba en el noroeste, la dirección de los seis shars, propiciando víctimas y delincuencia mientras no se anularan adecuadamente las influencias negativas.

Después de dibujar un diagrama *lo shu* según el método de la Estrella Voladora, encontró que la casa estaba entrando en una fase positiva, con un par de sietes en la entrada. Por tanto, era posible convertirla en una mansión con feng shui muy positivo, siempre y cuando se pudiera compensar su breve período como casa yin.

Según los planos, se trataba de una estructura muy antigua construida por dentro al estilo holandés, con una sección descubierta en medio de la zona de estar. Posteriormente la habían cubierto, pero sin duda se podría hacer algo al respecto. Los holandeses habían sido siempre sus constructores europeos favoritos. Wong creía en la existencia de un feng shui natural, instintivo, un arte básico que requería escasa instrucción o pericia, y pensaba que algunos arquitectos holandeses de los siglos anteriores lo poseían.

No obstante, era consciente de que la edad y diseño de la casa no agradarían mucho a la East Trade. Probablemente la harían demoler enseguida para levantar un edificio de apartamentos. En ese tipo de situaciones, a Wong le resultaba difícil tomar una decisión. ¿Debía hacer un análisis detallado de todas las habitaciones, con la esperanza de que su dictamen pudiera decidir a alguno de sus jefes a utilizar la casa tal como estaba? ¿O bien debía hacer su trabajo más como un exorcista, ayudar a la compañía a librarse de las fuerzas oscuras que pudiera

haber allí, de manera que nada negativo permaneciera si despejaban el terreno para levantar una nueva e inevitablemente fea estructura?

No había tiempo para meditar sobre ello, y la presencia de su impaciente ayudante lo impulsó a poner manos a la obra y hacer un estudio de la casa y sus alrededores.

Pasó las horas siguientes dibujando diagramas, haciendo lecturas de brújula, tomando notas, medidas y fotografías, observando el sol y las sombras, calculando los cuadrados mágicos, recorriendo lentamente cada habitación.

Wong no sabía si los Wanedi habían sido siempre unos excéntricos, o si bien los acontecimientos recientes habían descalabrado a la pobre viuda, porque había muchos indicios de desorden y mala organización. En el pasillo pisó un alfiler que traspasó la suela de las zapatillas que solía ponerse para caminar por casas ajenas. Resultó ser un pendiente. En la cocina estaba todo revuelto, con alimentos perecederos encima de la mesa y carnes enlatadas en el frigorífico. El hervidor en que se había preparado aquel imbebible té hervía aún en una esquina, casi seco.

En el dormitorio del fondo, detrás de un mueble había un condón usado. La segunda puerta de este dormitorio daba a un pasillo que comunicaba directamente con la galería que llevaba a la cocina. Eso aportó una posible pista de por qué la cocinera, la señorita Tong, era tan ruidosa.

—Hacía algo más que fregotear los cacharros —dijo Joyce, arrugando la nariz al ver el condón. Junto a la cocina, el cuarto de baño estaba en un estado lamentable, con cosméticos y toallas húmedas por el suelo—. Aquí ha estado un tío —dijo Joyce, bajando la tapa del váter, y Wong no pudo por menos que darle la razón. Resultaba clara una reciente presencia masculina (un criado, un vecino). ¿Aquel señor Gangan, tal vez?

En una habitación con una cortina estampada de flores había una bonita cama con dosel.

—No está mal —dijo Joyce, y entonces vio que Wong ponía mala cara—. ¿Qué pasa?

—Aquí es donde estaba Henry Wanedi, y donde murió —dijo el geomántico—. La esquina sudoccidental de una casa Hum Kua es el sitio que ocupa la energía de la muerte. Es habitual que uno tenga mala salud si duerme en un sitio así. Y mire eso. —Señaló un saliente formado por un anexo construido en el lado oeste de la casa—. Apunta directamente a la cama. Muy mal. Hace que la energía negativa recaiga en la persona acostada.

—¿O sea que podría haber enfermado por eso?

—Le habría sido difícil curarse. Y mire el techo. Se inclina hacia aquí. Aplasta el chi. Mal, muy mal.

Aun sin conocimientos técnicos de feng shui, a Joyce la casa en efecto le resultaba opresiva. Pronto se cansó de rondar por las habitaciones y salió a tomar aire al jardín.

* * *

A media tarde, Wong entró en una habitación del ala oeste que parecía reconvertida en laboratorio. Frascos de productos químicos llenaban los estantes, y había latas de polvos y demás material técnico que no supo identificar. En un lado había varios cajones, y en el centro unas mesas de caballete. Supuso que allí se ocupaban de los cadáveres. No sabía muy bien qué hacían con ellos en las funerarias. Se figuraba que los adecentaban un poco, les empolvaban la cara y los vestían, igual que un encargado de escaparate hace con los maniquíes de una tienda. Las paredes estaban forradas con un aterciopelado papel escarlata, que introducía *chi* de fuego en una estancia Li, lo que originaba un choque destructivo y perturbador entre las energías del fuego y el metal.

—¿Ha conocido ya a mi marido?

Wong se dio la vuelta y vio a la señora Wanedi en la puerta del fondo de la habitación. Su silenciosa aparición lo pilló por sorpresa, pero trató de sonreír y aparentar serenidad.

—Espero no molestarla —dijo.

—En absoluto. Aquí es donde nos ocupábamos de los cadáveres, y siendo usted un experto en feng shui, es lógico que ésta sea la habitación que tendrá que examinar con más cuidado. Antes era un estudio. ¿Ha conocido a mi marido?

Miraba hacia un cajón y Wong advirtió que estaba destapado. Se acercó y, en efecto, en su oscuro interior entrevió un cadáver. Sintió un escalofrío que esperó no se le notara.

—Lo lamento —dijo—. No sabía que el finado estaba en esta habitación.

—Oh, hubiera podido ponerlo en la sala de estar para el velatorio, si conociéramos a gente de por aquí, pero no conocemos a nadie. Salvo mi sobrina que vive lejos, todos los parientes están muertos o emigraron. No tenía sentido dejarlo ahí de cuerpo presente. Nadie vendría a verlo. De modo que lo tengo aquí, a mi pobre Henry, para ocuparme de él.

Wong trató de detectar un indicio de locura en su voz, pero no lo halló. La mujer hablaba con serenidad y con un claro deje de afecto.

—A Henry le encantaba su trabajo, ¿sabe?, y aunque no teníamos muchos pedidos, a él le gustaba estar aquí. Organizamos un par de funerales para personas de los alrededores, antes de que cayera enfermo. Creo que es lo más conveniente, que Henry esté en el lugar que él mismo acondicionó para su trabajo.

—¿Va usted a...?

—¿Si me ocuparé personalmente? Por supuesto. Yo era su ayudante. Cuando nos instalamos aquí teníamos un chico que nos ayudaba. Sam Ram no sé qué, lo trajimos de Kuala Lumpur, igual que a la señorita Tong. Pero cuando vio que el trabajo escaseaba, se marchó para dedicarse a algo más interesante. Imagino que se fue a Singapur. Entonces Henry dijo que yo podría ser su ayudante. Y lo fui, oficiosamente, muchas veces.

Se acercó al cajón y contempló con ojos amorosos el cuerpo de su marido.

—No dejaría que nadie más te tocara, Henry querido —dijo.

Wong se reprochó no haber adivinado que el cadáver estaría allí: había aire acondicionado y la temperatura era notablemente más baja que en el resto de la casa.

—¿Quiere quedarse a solas? —dijo, yendo hacia la puerta.

—No. No tiene por qué irse. Permita que le pida un favor. *Saya hendak ke.* .. Necesito ir a la tienda y comprar unas cosas, pero me da miedo conducir. ¿Puede prestarme a su chófer?

—Por supuesto. Nosotros también tendríamos que irnos. Joyce y yo la acompañaremos a donde quiera. Llamaré al chófer. ¿Podemos volver mañana?

—Sí, por supuesto. A partir de las ocho, cuando quieran. Mi sobrina estará aquí y me llevará a comer fuera. Y ha dispuesto que alguien se ocupe de mi Henry. Espero que ustedes habrán terminado para entonces. Si no, las llaves estarán en la agencia inmobiliaria. El camión de la mudanza vendrá por los muebles al día siguiente.

—Muy bien, señora —dijo Wong.

* * *

Una brisa vespertina agitaba las ramas de las palmeras, que parecían saludar al coche en que el geomántico, McQuinnie y su nueva amiga circulaban por apacibles carreteras rurales, pasando por delante de casitas con las ventanas iluminadas, en todas una pequeña escena familiar de gente cenando su arroz. La noche era fresca y Wong había

bajado la ventanilla de su lado. Las dos mujeres iban detrás hablando quedo, mientras el geomántico estudiaba diagramas *lo shu* sobre la carta natal de la casa en el asiento del pasajero. Pero cada vez estaba más oscuro y le costaba concentrarse, de modo que finalmente guardó sus papeles.

El anochecer en la campiña malaya era fascinante. Wong siempre había pensado que estaba muy infravalorada en términos de belleza física. En muchos sentidos, sus vistas eran tan asombrosas como las de Tailandia o Indonesia, y en su opinión el nivel general de eficiencia era bastante mayor que en esos dos países. La noche cayó rápidamente, como si una mano gigante hubiera accionado un regulador de intensidad de la luz. Cigarras invisibles producían un crepitar como de interferencias, y en un bosque cercano las aves nocturnas emitían su tuí-tuí-tuí. El aire olía ligeramente a fritura.

La señora Wanedi de pronto se quedó callada. Luego sacó un pañuelo y lloró un poco, y después volvió a hablar. Era evidente que tenía hambre. Dijo que después de dos días sin probar bocado necesitaba nutrirse un poco, pero no había logrado hacer funcionar el abandonado horno de la señorita Tong.

Wong se ofreció de inmediato a parar en la primera casa de comidas que encontraran.

—Por aquí sólo hay una —respondió ella, animándose—. Henry y yo fuimos un par de veces cuando vinimos a ver la casa por primera vez, hace mucho tiempo, pero una vez instalados no hicimos migas con nadie. Nuestra idea era arreglar Sun House y poner el negocio en marcha, luego ya habría tiempo para hacer amistad con los vecinos. Henry era un hombre simpático y afable. Le ponía triste saber que él... antes de tener la oportunidad de...

Inclinó la cara sobre el pañuelo húmedo y rompió a llorar de nuevo, pero, sorbiendo por la nariz, se incorporó bruscamente y se sobrepuso.

—Lo siento. Estoy bien, es sólo que... Bueno, todo ha sido muy extraño para mí. Supongo que en parte me alegro de no haber tenido mucha relación con los vecinos. Así pude tener a Henry sólo para mí estos últimos meses.

En una aldea cercana encontraron por fin el Chin's Chicken Kitchen, pequeño restaurante con nombre trabalenguas provisto de mesas redondas e incómodos taburetes. Estaba casi lleno, pero consiguieron mesa. Era un local ruidoso donde los parroquianos devoraban *kari ayam goreng* y los mosquitos devoraban a los parroquianos. La señora Wanedi hizo un esfuerzo por dominarse, pero no le resultó fácil. Comió bastantes fideos pero no fue capaz de tocar los otros platos que había pedido. Un pendiente, el del lóbulo izquierdo, se le cayó en la salsa de soja. Luego se quitó los zapatos y cuando quiso calzárselos, no podía encontrarlos. Joyce tuvo que ponerse a gatas debajo de la mesa.

—Disculpen, he de hacer una visita a los *ketandas* —dijo de pronto, y abandonó la mesa.

Momentos después volvía, diciendo que se había perdido, y acto seguido volvió a tomar una dirección equivocada. Joyce se levantó rápidamente e hizo una vez más de joven servicial, cogiéndola del brazo para guiarla hasta el servicio de señoras.

La chica volvió al rato con expresión sombría.

—Me pregunto si... —dijo.

—¿Sí? —inquirió Wong.

Joyce lo miró con preocupación.

—Dice que se encuentra bien, pero a mí, la verdad, me parece que está mal. Vaya, fatal. Se apoyaba en mí con tanta fuerza que casi he tenido que cargar con ella. ¿No cree que igual se derrumba o algo? No sé si está como para quedarse sola en esa casa...

Wong asintió.

—Ya. Esa mujer es una extraña mezcla de fuerza y debilidad —dijo.

Después de cenar casi en silencio, el chófer dejó a la señora Wanedi frente a su solitaria casa a oscuras (y con aquel cadáver allí dentro), mientras Wong y su ayudante volvían al hotel en un barrio costero de Malaca.

—Yo creo que esa casa es horrible y que la señora Wanedi está zumbada. Si no lo está ya, lo estará si sigue viviendo ahí —dijo Joyce, y se estremeció sólo de pensarlo—. Mire, no pretendo ser cruel ni nada, pero puede que esa pobre mujer haya perdido la chaveta con lo de su marido. Ha de ser horrible no tener a nadie con quien hablar. ¿Cuánto tiempo llevaban casados?

—Veinte años, me parece. Quizá no quiere hablar con nadie. Antes tenía a la señorita Tong, ¿no?, y se deshizo de ella. Y ese vecino, el señor Gangan, todavía sigue ahí.

—¿Por qué habrá despedido a la cocinera? Parece que se muere de ganas de tener compañía. Y ese tipo tiene una pinta bastante rara... No sé.

Llegaron al hotel después de las nueve y pasaron por la cafetería para tomar algo. El geomántico pidió un té verde. Su ayudante tomó un *mochaccino,* que resultó ser una taza peligrosamente rebosante de algo que a Wong le pareció crema de afeitar.

El hotel estaba en silencio.

—No le caigo bien, ¿verdad, señor Wong?

Wong no supo qué responder.

—No, no. En absoluto —atinó a decir.

—Sea sincero. Me desprecia.

—Nada de eso, pero sí somos muy diferentes. No es fácil… hablar. Creo que quizá es usted un poco yang.

—¿Un poco qué?

—Un poco yang.

—Ah. Bueno, puede que sí. Supongo que los asiáticos nos encuentran un poco yang a las occidentales, pero también tengo mi lado yin. En fin, si eso sirve de algo, trataré de ser menos yang.

Sorbió de su bebida y se relamió expertamente la espuma del labio superior.

—¿Sabe usted?, mi padre dijo: «El señor Wong tiene una vacante para este verano», y yo: «Estupendo.» Pero no era verdad, ¿a que no? Usted no necesitaba una ayudante. Si quiere, me largo. Sólo tiene que decirlo. Puedo dedicarme a otra cosa. Podría documentarme un poco en las bibliotecas, o pedir trabajo a otros maestros de feng shui. Ahora hay muchos en Singapur, e incluso también en Sidney y en Londres.

—No, no, no —dijo Wong—. Estoy encantado de tenerla conmigo este verano, señorita McQuinnie. Quédese, se lo ruego.

—¿Lo dice en serio? —Lo miró a los ojos—. A mí me encantaría quedarme, la verdad, C. F., quiero decir señor Wong.

—Puede llamarme C. F.

—Gracias, C. F. Y usted puede llamarme J-M-C-pequeña-Q-grande.

—¿J…M…?

—Era una broma. Llámeme Jo.

Charlaron un rato, y Wong se sintió culpablemente complacido de que ella hiciera broma a costa del señor Pun, el amigo de su padre, aunque procuró no añadir comentarios negativos de su propia cosecha. Uno nunca sabía lo que podía llegar a oídos del jefe. Qué extraña es la gente. Recordó las palabras de uno de los sabios de la Montaña Azul: «Ningún

lago en todo el Cielo es tan grande y tan profundo como el lago de los sueños de cada ser humano.»

El día siguiente amaneció también caluroso. El frescor de primera hora de la mañana en Malaca era una delicia, pero Wong notó cómo se evaporaba minuto a minuto. A las seis ya estaba desayunando fruta fresca en el pequeño balcón de su habitación. La salida del sol fue gloriosa. A las siete fue a dar su paseo matutino, y las aceras ya estaban calientes. Suponía que Joyce no era madrugadora, de modo que no la molestó. Hizo que el chófer fuera a buscarlo a él solo. A las ocho y cuarto agradeció poder entrar en la penumbra de Sun House. A su llegada, telefoneó al hotel para despertar a Joyce y le dijo que estuviera en el vestíbulo a las 8.45, que el taxi iría a recogerla.

A las nueve, Wong llamó a la policía.

—¿Inspector jefe Jhoti Sagwala? Soy C. F. Wong. Estoy en Sun House. ¿Recuerda lo que hablamos por teléfono? Necesito que venga. Urgentemente, por favor.

—¿Cómo está usted, C. F.? De modo que ha venido. Cuánto me alegro. ¿Cuándo se pasará a tomar un curry de plátano? —respondió el policía. Wong notó que se hurgaba los dientes, probablemente acababa de desayunar por segunda vez.

—Muy bien, gracias, Jhoti. Y me encantará comer con usted, pero antes es preciso resolver algo. Ya tendremos tiempo de relajarnos y comer ese arroz suyo tan bueno, pero ahora ha de venir cuanto antes a Sun House. Mi chófer y mi ayudante pasarán a recogerlo. Van camino de su oficina.

Wong oyó crujir la silla cuando Jhoti abandonó su habitual postura repantigada.

—¿Pero qué ocurre? ¿A qué viene tanta prisa?

—Se trata de la señora Wanedi. Está muerta.

—¿Qué? ¿La señora Wanedi? ¿Muerta, dice usted?

—Sí, muerta.

El policía soltó un profundo suspiro, el gruñido apagado de un hombre al que no le gustaban los imprevistos ni las prisas.

—Santo cielo, santo cielo. ¿Envío una ambulancia?

—Como quiera, pero ya es demasiado tarde para ella. Ha estirado la pata.

* * *

Quince minutos después, el coche se detuvo delante de Sun House levantando hojarasca y gravilla. En la puerta principal, Wong recibió al inspector jefe, a Joyce y a una doctora de la policía llamada Poon Bo Seng. Joyce estaba llorando.

—Es espantoso —dijo, frotándose la nariz enrojecida—. Ya me temía que iba a pasar. Anoche lo dije. Pobre mujer. Deberíamos habernos quedado o hacer que ella fuera al hotel. Oh, es horrible. Nunca había cenado con alguien que luego se suicid...

—No se preocupe. Vengan conmigo —dijo Wong.

La doctora Poon, una mujer obesa chino-malaya con acento de Foochow, marchó rápidamente junto a él.

—Entonces —dijo—, ¿suicidio o causa natural? ¿Podría ser que hubiera muerto de pena, quizá? A veces pasa, cuando una mujer pierde al marido después de un largo matrimonio.

—No lo sé, pero seguro que no ha sido de pena —dijo el geomántico, conduciéndolos hacia la parte de atrás, donde estaba la sala funeraria —. Usted es la experta. Confío en que me dé la respuesta.

Recorrieron los silenciosos y oscuros pasillos y entraron en la sala. El inspector Sagwala se quedó boquiabierto.

—¿Qué significa esto? —dijo, mirando a la señora Wanedi, que estaba de pie, incómodamente esposada a una viga del techo bajo—. Pero si no está muerta. ¿Qué pretende, C. F.? ¿Se ha vuelto loco?

Joyce boqueó y miró alternativamente a Wong y a la señora Wanedi.

—¡Suéltenme, este loco me ha atacado! —chilló la esposada.

Wong cruzó rápidamente la estancia y arrancó el vestido a la furiosa criatura. La prenda desgarrada cayó al suelo.

—Pero qué está... —se horrorizó Joyce llevándose una mano a la boca.

—¡Violación! —gritó la señora Wanedi—. ¡Auxilio, socorro! ¡No miren, no miren!

Se revolvió hasta darse la vuelta, pero no antes de que los demás vieran el perfil de unos genitales masculinos bajo unos calzoncillos en otro tiempo blancos.

—¡Es un hombre! —exclamó Sagwala.

—En efecto. Un espécimen masculino de la raza humana —confirmó Wong.

Cogió a la doctora del brazo y la condujo hasta la caja que había al fondo. Ella pestañeó al ver el cadáver. Sagwala se adelantó para echar un vistazo, como también hizo Joyce, con cautela.

—Señorita McQuinnie, inspector —dijo Wong—. Salgamos de aquí. La doctora examinará el cuerpo. Ella nos dirá si el cadáver es el de la señora Wanedi.

Salieron y dos minutos después la doctora Poon los llamó para confirmar que el cuerpo que yacía en la caja, pese al pelo corto y la ropa de hombre, era hembra.

—No hay duda —dijo—. Es una mujer.

Mientras comían *bak kut teh* (que el chófer había ido a comprar a un vendedor ambulante) en Sun House, el maestro de feng shui les explicó a Jhoti y Joyce cómo creía que se había perpetrado el asesinato.

—Podría haber sido el crimen perfecto. Fue planificado con suma habilidad. Por desgracia, muchos hombres asesinan a sus esposas. Lo hacen porque quieren fugarse con la secretaria o la criada. O quieren apropiarse del patrimonio de la esposa. Pero el asesinato es un asunto peliagudo. Las armas y los cuchillos dejan marcas y huellas y al final todo se descubre. Y hoy en día se puede detectar cualquier veneno. No, el asesino de hoy en día debe ser extremadamente listo si quiere salir bien librado. Más listo que las casas, como dicen en Inglaterra. Tiene que conseguir que después del asesinato nadie investigue nada.

Miró a los dos comensales, que habían dejado de comer, la cuchara a medio camino entre la boca y el plato.

—La manera más sencilla de hacerlo es disponer del cadáver —prosiguió el geomántico—. Henry Wanedi se mudó a este lugar, donde nadie los conocía, y abrió una casa yin. Eso suponía que no tendría visitas de los vecinos. A nadie le gusta ir de visita a una casa yin, ya saben lo supersticiosa que es la gente en Malasia. Así pues, los Wanedi vivían en completa soledad.

»En su trabajo, como especialista en cadáveres, disponía de muchos polvos, cosas, extraños *yeuk* para experimentar en su pobre mujer. Ella era una heredera, ¿recuerdan que Leong lo dijo? Naturalmente, cayó enferma por culpa de los potingues que Henry le administraba. Él se fingió enfermo, al tiempo que se ocupaba de cadáveres reales. De esa manera practicaba para el asesinato que se disponía a cometer. Finalmente la mató y se puso su ropa para adoptar su identidad. Había comprado esta casa con la herencia de su mujer y ahora le pertenecía sólo a él. Como su negocio eran las pompas fúnebres, podía disponer del cadáver a su antojo. Nadie tendría oportunidad de descubrir su crimen. Esta vez, pensó, el asesinato no saldría a la luz.

Sagwala se retorció las puntas de su mostacho negro, cual villano Victoriano.

—Brillante, C. F., muy inteligente. Pero ¿qué fue lo que la… quiero decir, lo delató?

El geomántico se limpió la boca con su servilleta. La comida del vendedor ambulante no era mala, pero Wong comía con mesura sabiendo que esa misma noche habría un banquete en casa de Sagwala.

—Varias cosas. Cuando estaba haciendo el estudio de la casa pisé un pendiente. Tenía un alfiler y era un pendiente para orejas con agujero.

—Orejas perforadas —precisó Joyce.

—Eso. Pero el pendiente de la señora Wanedi que nosotros conocimos no era así. Se le cayó en el restaurante. ¿Lo recuerda, Joyce? ¿Qué clase de pendientes se desprenden de la oreja? Los de clip, para personas que no tienen orejas perforadas. De modo que deduje que los pendientes que había en la casa no pertenecían a la persona que estaba cenando con nosotros. Fue fácil comprobarlo. Miré los lóbulos de la persona que decía ser la señora Wanedi. Y miré a la persona que está en la caja, muerta. La viva no tiene agujeros en las orejas. La muerta sí.

»Cuando estábamos en el restaurante fue al servicio, pero se equivocó de camino y fue al de caballeros. Luego volvió. Joyce le mostró dónde estaba el de señoras, pero ella antes había dicho que ya había estado en ese restaurante con su marido. Por tanto, tenía que saber dónde se encontraba el aseo de señoras. Un pequeño pero revelador error. Y cuando empecé a pensar que quizá era un hombre, me limité a observar. Cómo se mueve. Cómo se sienta. Cómo anda. Un hombre, sin duda. Además, estaba el cuarto de baño. Nadie que haya sido mujer durante cincuenta años podría tener el cuarto de baño en semejante estado, aun habiéndose quedado sin servicio. Era un baño de hombre, tal como dijo Joyce.

—Desde luego. El asiento estaba levantado —explicó ella—. Quiero decir el del váter.

—Sí. Aun disfrazado de mujer, él seguía orinando de pie y olvidaba bajar el asiento. Son hábitos en los que uno no piensa. No se puede remediar. Como dijo el sabio Lu: «Los enseres de la vida de un hombre son su vida.» Intentará dejarlos atrás, pero siempre van con él.

—Y ese cuarto con energía mala… —dijo Joyce.

—El *chi* negativo.

—Sí. Era una habitación de mujer, con tanta flor y tal —dijo la joven—. Fue la señora Wanedi quien convaleció allí, no su marido. ¡Uau! Él la

mató y después adoptó su personalidad. Muy fuerte. —Se retrepó en la silla—. Una gran actriz, bueno, actor. Todo ese lloriqueo y tal. No es fácil sacar lágrimas de verdad cuando no estás triste. Lo sé porque lo he probado varias veces.

—Lo es si uno tiene ayuda —dijo Wong—. ¿Se fijó en que siempre se llevaba el pañuelo a los ojos justo antes de llorar, y no después? Un poco de *laat jeiu jau...* ¿cómo se dice en inglés?

—Esencia de guindilla —dijo Sagwala.

—Sí, con eso en el pañuelo, los ojos se enrojecen y lagrimean y la nariz empieza chorrear.

—A moquear —precisó Joyce—. La nariz moquea, no chorrea. Bueno, supongo que también podría chorrear...

Sagwala se inclinó hacia delante.

—Qué crimen más lento, cruel y calculado, C. F. Ese hombre debió de tener una enorme fuerza de voluntad para reestructurar de esa forma la vida de la pareja, y desde hacía cuánto, ¿un año o así? Y todo para deshacerse de su amada esposa y robarle su dinero.

Wong asintió.

—Alguien que tiene un estudio decorado en rojo... supongo que es capaz de cualquier maldad.

De repente, Joyce abrió mucho los ojos.

—Ahora entiendo por qué ella, quiero decir él, no dejaba de apoyarse en mí. En mi teta izquierda, concretamente.

—Hay otra cosa —dijo Wong—. Es posible que no lo hiciera solo. No lo sé, pero quizá tuvo un cómplice. La cocinera ya estaba con ellos antes de que se mudaran aquí. No salía en todo el día y era la única persona que estaba en contacto con ellos. Jhoti, es probable que intente ponerse en contacto con el señor Wanedi. Quizá quiera ayudarlo a gastar el dinero de la venta de la casa.

—La sobrina que vivía lejos —dijo Joyce—. La señorita Tong pudo ser su amante, y se presentaría aquí diciendo que era la sobrina.

—Es posible. O quizá el cómplice es otro —dijo el geomántico—. Creo que hay una mujer implicada. Y aparecerá tarde o temprano. Por eso opino que debemos quedarnos a comer. La sobrina tenía que venir hoy a almorzar, ¿no? Por eso le dije al chófer que trajera comida suficiente para cuatro, ella incluida. —Wong dejó la cuchara y se pasó la servilleta por los labios.

Durante varios minutos sólo se oyó al inspector jefe Sagwala atracándose con su cuarto plato.

Entonces sonó el timbre. El policía se levantó de mala gana, consciente de que el deber lo llamaba.

—Será ella. ¿Me acompaña?

Pero C. F. Wong se había sentado a otra mesa y estaba atareado escribiendo en su diario.

2 Erratas

En el siglo XXIX a. C. vivía un hombre llamado Fu Hsi. Era muy hábil diseñando cosas, pero no palacios. Le gustaba diseñar jardines y ríos.

Hubo una gran inundación. El río Lo se desbordó. Fu Hsi pasó muchos días paseando por las colinas que rodeaban el palacio. Dibujó mapas indicando dónde había que edificar diques. En la siguiente crecida, el palacio quedó a salvo. Fu Hsi se hizo muy famoso.

Un día que se encontraba sentado en la orilla del Lo, se puso a observar a las tortugas que nadaban. Sus ojos se fijaron en los dibujos de sus caparazones. Una de las tortugas tenía un caparazón con una sección en la parte central y otras ocho secciones alrededor de la misma. Fu Hsi se fijó en algo. Los puntos de los segmentos este, medio y oeste sumaban 15. Cuando sumó las marcas del norte, medio y sur, también daban 15. Sudoeste, medio y nordeste sumaban asimismo 15. Así como 15 sumaban noroeste, medio y sudeste.

A esto se lo conoció como el Cuadrado Mágico de Nueve Piezas.

Brizna de Hierba, lo principal fue que Fu Hsi aprendió que podía existir orden en las cosas. Un orden imperceptible a la vista pero muy mágico. Tenía conocimientos de arquitectura y conocimientos de magia oculta. Fu Hsi se convirtió en el fundador del feng shui.

Destellos de pensamiento oriental, de

C. F. Wong, parte 81

C. F. Wong dejó la mano suspendida en el aire con una suerte de floritura y miró su reloj. Oh, ya eran las nueve y cuarto. Hora de irse. Tendría que seguir escribiendo más tarde. Metió el diario en el cajón de su mesa y retiró la silla, produciendo un chirrido en la silenciosa oficina donde sus dos ayudantes estaban medio amodorradas. El ruido hizo que Winnie Lim levantara la cabeza.

—Volveré antes del almuerzo —le dijo Wong—. Sobre las doce.

Joyce McQuinnie, que estaba en plena y susurrada conversación telefónica, le dijo a su interlocutor que esperara. Habló a su jefe por encima de sus pies, apoyados en la mesa y embutidos en unas botas puntiagudas de cowboy, compradas, curiosamente, como souvenir de Malaca.

—¿Adónde va? ¿Le acompaño?

—Eso decídalo usted. Voy a Orchard Road, a Publicaciones Hong Siu.

—Ah. ¿Se trata de ese encargo que me dijo la semana pasada, y yo: «Uf, eso es para caer muerto de aburrimiento»? Una oficina en un edificio de oficinas, ¿no? —Hablaba con voz de bostezo.

—No, que yo sepa nadie ha muerto, pero sí, es una oficina en un edificio de oficinas.

—Creo que me quedaré a escribir mis notas de la semana pasada. Tengo mucho que hacer, vaya, y me parece que no me quedará un minuto libre. —Volvió a poner los pies sobre la mesa y reanudó su sonámbula conversación telefónica, que parecía consistir únicamente en emitir incomprensibles monosílabos.

—Muy bien. Winnie, si hay alguna llamada importante, por favor telefonéeme a *Update.* Volveré seguro antes de la una.

La secretaria no respondió, ensimismada como estaba en añadir brillo verde al esmalte dorado de sus uñas.

—*¿Update?* —Era Joyce, interrumpiendo de nuevo su conversación.

—Es el nombre de la revista que publica Hong Siu.

—Becky, te dejo. Ya te llamaré. —Joyce colgó de golpe, se puso en pie y empezó a meter objetos en su bolsa. Con un grito canino de extraordinaria potencia, sacó de la papelera el vaso de plástico que había tirado y limpió los restos de espuma con un pañuelo de papel—. ¡Puaj! Quieto ahí, que cojo mis cosas. Voy con usted.

Diez minutos más tarde se hallaban en un taxi, que a su vez se hallaba en un atasco que se desplazaba por New Bridge Street a paso de caracol. El interés de la joven había sorprendido a Wong. El último viernes él le había explicado que este encargo era uno de los más típicos para un experto en feng shui: ir a una oficina donde el negocio no marchaba bien y disponer los cambios necesarios para que la cosa mejorase. En este caso era un rascacielos bastante nuevo situado en Orchard Road, y el trabajo estaba programado para dos sesiones matinales. Joyce había dicho que sonaba tope aburrido.

Wong reconoció para sus adentros que la tarea no prometía nada interesante. Recordaba haber hecho un trabajo similar en aquel mismo edificio, unos dos años atrás. Era una torre en forma de almendra sobre un podio rectangular y pertenecía a las Cuatro Casas del Oeste. Siendo del Chien Kua, su parte trasera estaba orientada al noroeste y su elemento era el metal. Las oficinas estaban distribuidas de dentro hacia fuera como una rueda, y Wong esperaba que la que se disponía a visitar ahora estuviera al noroeste o nordeste del centro, las direcciones más

prósperas para ese tipo de casa. Pero, dados los problemas del negocio, sabía que probablemente estaría orientada al sur o al sudeste.

Con todo, se podría hacer mucho incluso en el peor de los casos. Recordó con satisfacción las ocasiones en que, con apenas unas pocas modificaciones en la ubicación de los elementos de una oficina, había conseguido un drástico cambio en la dirección del flujo del chi. Una vez había tratado con una ejecutiva, nacida bajo un signo de tierra, que trabajaba en un despacho completamente forrado de paneles de madera, con lo que había destruido su natural energía de tierra. Lo primero que propuso el geomántico fue poner una alfombra roja debajo de la butaca, para dar una capa protectora de *chi* de fuego. Luego había desplazado el escritorio a la esquina noroeste del despacho, mirando al sudeste, a fin de que la ejecutiva en cuestión suscitara un mayor respeto. Otros cambios introducidos fuera del despacho hicieron que la energía fluyera limpiamente a través de toda la planta, ligeramente aglutinada alrededor de su escritorio. Durante una visita que había realizado la semana siguiente, Wong comprobó que cualquier persona con algo de sensibilidad habría notado la mejora general en el entorno de trabajo.

Como muchos maestros de feng shui, conocía las enseñanzas de las más serias escuelas del arcano arte, y no tenía escrúpulos a la hora de mezclar elementos del método Estrella Voladora con elementos de las Ocho Mansiones o el método Tres Yuan, si el resultado ofrecía una solución a un problema arduo.

Bostezando en el taxi, Joyce le explicó su repentina decisión. Él no le había dicho que la editorial en cuestión era la sede de *Update,* una modesta pero voluntariosa publicación que salía dos veces por semana y de la que Emma, azafata de Singapore Airlines y su compañera de piso, era lectora entusiasta. *Update* había empezado como semanario dos años atrás, pero ahora salía los martes y los viernes. Joyce, aunque apenas llevaba un mes en la ciudad-estado, se había habituado enseguida a leerla, en especial las cuatro páginas de la sección «Yoot», que hablaba de música y famosos.

Joyce dijo que le encantaban especialmente las reseñas de un crítico que firmaba B. K.

—Opina que los Mooneaters están muy en la onda, mientras que la mayoría de la gente pregunta: «¿Los Moonquéeee?» A B. K. también le gustan That Guy's Belly, ¿los ha oído?

—¿Dat qué?

—That Guy's Belly.

—¿Y eso qué es?

—No, ya veo que no. Pero, bueno, es estupendo que haya alguien en esta parte del mundo que sepa apreciar la música de calidad, ¿no? Aunque

no todo es guay. Hay una columnista, una tal Phoebe Poon, que es espantosa, la pobre, siempre pasándose de lista, cuando en realidad es de un patético que no veas.

—¿Qué no veas...? —preguntó Wong, lamentándolo de inmediato.

—Nada en particular. Que es totalmente patética.

—Ah. Entiendo —mintió él.

Hablar con Joyce era siempre agotador. Wong sabía que algunos hombres maduros sentían atracción por las jovencitas, pero ¿habían intentado hablar con ellas? Eran una especie aparte, y no consideraba que fuera posible establecer con ellas alguna forma de relación humana. Era más fácil comunicarse con un perro.

Miró por la ventanilla y se quedó maravillado por enésima vez ante el horizonte urbano de Singapur. Todavía echaba de menos la predecible vida rural de Guangdong, pero reconocía que había algo agradablemente estimulante en esa eléctrica ciudad, con sus imponentes monolitos de vidrio y acero que el sol tropical de la mañana estaba convirtiendo ahora en fluorescentes de un millón de vatios. Y la gente, como uniformada con sus camisas blancas y maletines negros, parecía también dotada de electricidad, tan absorta en sus cosas que la vida se le escapaba por completo en una confusión de ilógica actividad. Cuando, como ocurría a menudo, tenía que arreglar la oficina de algún estresado ejecutivo, lo que en realidad deseaba decirle era que no había mejor solución que huir de la oficina y pasarse un mes sentado en un espigón de Guangzhou viendo pasar los ferrys por el río Pearl.

—Ya conoce a la gente de Singapur —le dijo a la joven—. Yo creo que los de *Update* estarán muy ocupados. Quizá será mejor no hablar mucho con el personal. Limitarnos a hacer lo nuestro en silencio.

—Tranqui, ya lo capto —murmuró Joyce, de nuevo medio adormilada.

—No creo que el trabajo sea difícil.

—Genial.

—Las editoriales suelen ser sitios bastante complicados, pero creo que aquí no habrá problema. Hace dos años estuve en una oficina parecida. Brighter Corporation. Las oficinas, en principio, están muy mal diseñadas con relación al feng shui. Pero enseguida vi cómo se podía arreglar. Fue fácil rediseñar el espacio para que el problema desapareciera por completo. A partir de ahí Brighter prosperó mucho. Hace seis meses se mudaron a una oficina mucho más grande, y ésa también la arreglé.

Sonrió al recordarlo. No había nada malo en vanagloriarse un poco si eras un viejo que sólo quería decir la verdad a una persona joven que

podía beneficiarse de oírla. Por una fracción de segundo, Wong se sintió correctamente situado en la vida, como si las esferas y las estrellas hubieran girado momentáneamente para adoptar la posición correcta. Pequeñas molestias aparte, la vida era bella. Un sol amable se reflejó en el parabrisas del taxi que venía de frente. La cháchara incomprensible de un pinchadiscos le llegaba por el altavoz de la puerta de su lado. El conductor cabeceaba al volante. Un árbol se mecía con la brisa. Wong miró a Joyce y descubrió, por primera vez, ausencia de hostilidad en su forma de mirarla, aunque no detectó afecto.

Ocho minutos más tarde, el taxi huía de la lenta comitiva del tráfico matutino y torcía hacia un grande aunque insulso rascacielos. A través de la puerta de cristal, Wong vio el típico suelo de granito rosa, paredes de mármol oscuro, una combinación casi obligada en los vestíbulos de edificios de oficinas en todo Singapur.

Ir del coche al edificio fue como salir de una nevera, cruzar una sauna y meterse en otra nevera.

Cuando estuvieron en el moderno ascensor con tabiques de espejo, el geomántico miró la tarjeta que llevaba en la mano y reparó en algo que lo sobresaltó.

—Ah. Publicaciones Hong Siu está en la misma planta en que estaba Brighter Corporation. Me pregunto si...

Pero la pregunta quedó sin formular, pues el ascensor llegó a la duodécima planta y la puerta se abrió. A la izquierda de los ascensores vieron las puertas de cristal de Publicaciones Hong Siu, y allí obtuvo la respuesta: la empresa hacia la que dirigían sus pasos estaba en las antiguas oficinas de Brighter Corporation.

Un poco desconcertado, llamó al timbre; una recepcionista risueña con un peinado tipo casco pulsó un botón y la puerta se abrió. Luego los llevó ante Alberto Tin, el editor, un hombre obeso de unos treinta años, quien tapó con una mano el teléfono por el que hablaba y dijo en voz baja:

—Un minuto. Enseguida voy. Siéntense, siéntense.

Joyce lo hizo en un sofá negro de piel, pero el geomántico se quedó de pie y miró hacia la zona principal, a la izquierda del despacho del editor. No sin dificultad, su adormilada ayudante consiguió levantarse del mullido asiento y fue hacia él. El espacio estaba dividido en una zona principal de trabajo y una serie de pequeños despachos a cada lado. Había mesas repletas de papeles, cada cual con su ordenador, aparentemente donde trabajaban los redactores; en otra parte había mesas agrupadas con monitores muy grandes y rodeadas de equipamiento informático, probablemente la sección de diseño y producción.

El personal, mayormente gente joven con ropa informal, parecía ensimismado en sus pantallas y ninguno levantó la vista cuando los recién llegados entraron en la sala. El aire acondicionado estaba al máximo y la iluminación daba un uniforme fulgor blanco azulado. De fondo, un rumor constante de teclados de ordenador.

Wong consultó su reloj y luego miró hacia la ventana del fondo, orientándose por la posición del sol. El despacho de Alberto Tin estaba en el noroeste, la ubicación clásica para el director de una empresa.

Los redactores estaban en el lado sur, una zona siempre asociada a la fama, el don de gentes y el perfil público. Al oeste había una habitación de archivadores ocupada por una mujer con gafas: probablemente la contable de la compañía, si es que habían seguido las enseñanzas del método de la brújula.

Para su sorpresa, incluso las directrices del feng shui que solían pasarse por alto normalmente, como el lugar correcto para transporte e inversión, parecían haberse respetado a rajatabla. El este lo ocupaba el despacho del director de publicidad, de hecho directora, presumiblemente responsable de la expansión y desarrollo del nuevo negocio, con ayuda del *chi* de ese punto cardinal. En una zona abierta junto a la recepción había un par de jóvenes que no vestían traje y sostenían cascos de motorista: sin duda los mensajeros, situados debidamente en el sudeste, ya que propicia la eficacia de movimientos.

Incluso Joyce se percató de que las oficinas estaban dispuestas con arreglo a los principios correctos.

—No soy una experta —dijo—, pero parece que han seguido los principios de los que usted habla. Fíjese dónde está ese árbol y esa cosa con agua. El agua controla la madera, ¿no? Parece que está todo muy bien *fengshuiado.*

—Es que aquí era la sede de Brighter Corp —dijo Wong—. Yo mismo la... *fengshuié.*

—Ah. ¿O sea que hicieron cambios que estropearon el flujo de energía de su diseño original o algo así?

Wong miró en derredor antes de arriesgarse a dar una respuesta. Asomó la cabeza a un pasillo y examinó otra zona.

—Todo está casi igual como lo dejé para la otra empresa.

—¿Eso significa que usted se... equivocó? —preguntó Joyce con una media sonrisa.

—¡No! Claro que no me equivoqué —refunfuñó el geomántico—. Que el espacio físico sea correcto no significa que yo me equivocara, so colegiala.

—Vale, vale, no se me despeine... aunque tampoco se le iba a notar mucho. —Joyce esperó que él riera, pero como no fue así, hundió la cabeza entre los hombros, amilanada.

Wong se alejó para observar otro pasillo y al punto volvió, ya más calmado.

—Yo no me equivoqué —dijo—. Puede que el espacio esté dispuesto de forma correcta para que fluya la energía, pero eso no basta. A menos que seas el más novato de los novatos. ¿Y si, por ejemplo, la carta natal de la empresa, o del jefe, no encaja con la de la oficina? ¿Y si la mudanza se hizo en un momento inoportuno y en una dirección inoportuna? ¿Y si la compañía se mudó un día cinco hacia el número cinco, liberando así una fuerza destructiva? Esto, desde luego, podría originar efectos perjudiciales. O también podría haber un cambio en el exterior; un edificio nuevo, un nuevo parque o lago... ¿comprende?

Se acercó a la ventana que había junto a la zona de producción y un joven los miró un momento antes de volver a su monitor. El horizonte de Singapur cambiaba, por supuesto, constantemente, y Wong reparó en varios edificios nuevos. Pero nada indicaba la presencia de algo funesto.

Alguien habló detrás de ellos.

—Perdón, lo siento, los he abandonado. Vengan, vengan a mi despacho y tomen asiento. —Alberto Tin los llamaba desde su celda de cristal—. Me alegro de verlos, muchas gracias por venir. ¿Quieren un té, un café, Coca-Cola?

—No, gracias —dijo Wong.

Joyce dio un respingo, siempre necesitada de cafeína.

—Bien, ¿quieren que empecemos, entonces? ¿Puedo ayudarlos? ¿Alguna pregunta?

—Sí. Muchas. —Wong se sentó, sacó su bolígrafo y su libreta y le hizo a Tin una serie de preguntas, entre ellas fecha, hora y lugar de su nacimiento así como la fecha de fundación de la empresa, la de inicio en la nueva oficina y la de lanzamiento de la revista. Solicitó planos y documentos relacionados con el diseño de las oficinas, así como un mapa de distribución de los ordenadores. Tardaron casi veinte minutos en recabar toda la información que el geomántico necesitaba y llevarla a la sala de reuniones, que iba a ser el lugar de trabajo de los dos miembros de C. F. Wong & Associates.

Mientras Wong procedía a examinar la documentación, Joyce se volvió hacia Tin y le dedicó una sonrisa.

—Oiga, me encanta su revista. Es superguay. Mi compañera de piso es suscriptora desde hace la tira, un año o así.

—Muy amable de su parte. Siempre es agradable conocer personalmente a quien manda. A mis redactores siempre les digo que los lectores de nuestras publicaciones son nuestros patronos y tesoreros, de modo que se lo agradezco. —Su redondez de cara quedaba desgraciadamente realzada por un corte de pelo a lo paje, unas gafas redondas y una amplia sonrisa, que convertía los pómulos en dos pequeños círculos.

—Lo que más me gusta es la sección Yoot. Quería preguntar una cosa. ¿Por qué se llama así? ¿Qué es eso de Yoot? ¿Es un apodo o algo?

—Verá usted, Yoot es como cierto político pronunciaba la palabra *Youth.*

—Ah, claro, ya entiendo, la juventud. Supongo que con acento de Singapur. Guay. En Australia decimos *yoof.* Sobre todo me encanta lo que escribe B. K. Le gusta la misma música que a mí. Y también me gustan las reseñas de cine de Dudley Singh.

—Gracias por el cumplido. Se lo diré. Bueno, de hecho, acaba usted de decírselo. Yo soy B. K.

—¿En serio? Cómo mola. Esos Mooneaters son de fábula, ¿verdad?

—Lo son.

—*Trip it, trip it, trip-trip hop.*

—*Do me baby, please don't stop.*

—*Shake your booty in your face.*

—*Push it mama to the top. Yo!*

—Es una canción superguay —dijo Joyce, divertida—. La letra es una verdadera pasada.

—Una pasada —concedió Tin.

Wong los miró de reojo. Por lo visto, Tin entendía el lenguaje de Joyce. Debía de ser una especie de código que admitía ser descifrado por un adulto. ¿Qué significado cultural tendría agitar una bota? [1] Se preguntó si habría algún diccionario de argot juvenil.

—Oiga, en la revista firma como B. K., pero en realidad se llama Alberto, ¿no? —Joyce estaba muy excitada.

—Me llamo Alberto, y B. K. Y también Pheobe Poon. En realidad, la revista la hacemos entre cinco personas. Es algo habitual en las publicaciones de mayor tirada en Singapur. Poco personal en la redacción y mucho en el departamento de publicidad y ventas.

—¿Dudley Singh es real?

—Sí, lo es. Y también Susannah Lo. Ustedes los occidentales dicen «muchas manos, menos trabajo». Nosotros los de Singapur decimos «pocas manos, mucho beneficio». —Frunció afectadamente el entrecejo —. Pero no, ay, en este caso. En fin. Espero que el señor Wong pueda echarnos una mano. Oh, perdón, le ruego me disculpe. Enseguida estoy con usted.

La mujer con pelo de casco le estaba haciendo señas desde una ventana interior. Tin era requerido al teléfono.

Wong había hecho ya un bosquejo y lo examinaba con gesto desconcertado. Este encargo, que había creído que sería el más sencillo del mes, resultaba todo un reto. ¿Cómo era posible que unas oficinas diseñadas por él, y que habían sido un éxito, se hubieran convertido ahora en un fiasco? El cambio de compañía debía de tener algún defecto esencial. Normalmente, las cartas *lo shu* solían dar la respuesta pero, antes que nada, debía verificar la forma y orientación de las oficinas.

Mientras él examinaba el plano, Joyce intervino con intención de hacer las paces.

—Eh, se me ocurre cómo puedo ayudarle. Primero tiene que encontrar el punto medio, ¿no? Lo cual es difícil puesto que la planta tiene una forma rara con esa ventana curva y ese tramo en L que va hacia el ascensor, ¿verdad? Yo sé calcular el centro de un romboide. Lo aprendí en clase de geometría. ¿Tiene una calculadora? —Le tendió la mano.

Wong se la quedó mirando.

—Vale, no hay calculadora. Bueno, da igual. Pediré una a la secretaria de B. K.

—El señor Tin.

—Bueno.

Joyce regresó a los dos minutos con una calculadora de la sala de contabilidad y se sentó en una butaca de cuero a la cabecera de la larga mesa.

—Veamos. Primero hay que medir los lados de esta parte, y luego...

La joven estuvo relativamente callada durante diez minutos, asomando la lengua entre los dientes mientras llenaba una hoja con operaciones aritméticas.

—Es jodido, por culpa de esta curva de aquí —suspiró al cabo—. Un momento. Mmm. Tres coma cinco, más...

Pasaron otros cinco minutos de sumas y multiplicaciones. Por fin, Joyce se incorporó y miró con orgullo el fruto de sus desvelos.

—Creo que el centro está más o menos aquí. O puede que un poquito hacia ese lado. Oiga, ¿qué hace?

El viejo geomántico había recortado un trozo de cartón con la forma del plano de la planta. Sosteniendo un lápiz, intentaba que el cartón se mantuviera en equilibrio encima del mismo. Tras varios intentos, encontró el punto en que el cartón quedaba equilibrado sobre la punta de la mina.

—Aquí está el centro —proclamó.

Joyce se desinfló.

—Ah, vale. Supongo que es más rápido así.

Comparó el centro del espacio, según el método del lápiz, con el resultado de sus cálculos.

—Pues me he equivocado por muy poco... Vale, de acuerdo, por no tan poco, pero iba bien encaminada, ¿no? Voy a buscar una Coca a la máquina, ¿quiere una? ¿No? Bueno, vale.

Wong se ensimismó en sus arcanos diagramas y estudió planos, consultó almanaques, tomó medidas, hizo lecturas de luz y magnéticas, examinó lo que se veía por las ventanas, recorrió todas y cada una de las habitaciones para hacer bocetos. Al final trazó más de una docena de cartas *lo shu.*

Tin, aprovechando un hueco entre sus innumerables llamadas telefónicas, volvió a la sala y les explicó las actividades de la oficina.

—Los redactores, diseñadores y demás están en ese espacio de allí porque se supone que es el más creativo. Dudley es el jefe de la sección. Las páginas, una vez revisadas por los lectores de galeradas, se llevan al Centro de Servicios Sam Long, dos plantas más abajo, para ser procesadas por mi ayudante, Susannah Lo, que es también la directora de producción. Volvemos a traer cada plancha a medida que están listas. Las páginas definitivas han de estar preparadas exactamente a la

una y cuarto del día anterior a la distribución, que es cuando van a la imprenta. Hollis News Retail se ocupa de la distribución, básicamente a través de sus propios puntos de venta. Todo el dinero de los vendedores, suscriptores y anunciantes se gestiona en ese cuarto de ahí. Los anteriores inquilinos nos dijeron que era el mejor lugar para atraer oro y no dejarlo escapar, en términos de feng shui.

—El diseño de la oficina es correcto —dijo el geomántico—. Se ajusta a lo que recomendé en mi estudio previo para el anterior inquilino. Dígame, pues, ¿cuál es exactamente el problema? ¿Pocas ventas, pocos lectores, poca publicidad?

Alberto Tin suspiró hondo. Era un hombre de carácter jovial, pero sometido a mucha presión. Tan pronto su sonrisa desapareció, Wong pudo ver sus grises ojeras y la tensión en sus labios.

—El problema es... Bien, para serle franco, no sé cuál es el problema. Los lectores nos adoran, recibimos más cartas que nunca, tenemos mejores redactores, mejores fotógrafos, mejor diseño, nuestra encargada de mercadotecnia ha trabajado a tope. Pero las ventas no acaban de funcionar. Hace un año teníamos una tirada de veintiséis mil ejemplares, que no es poco para una revista pequeña. Este año esperábamos ir aumentando poco a poco, pero hemos bajado a nueve o diez mil ejemplares. Así no podremos sobrevivir. Los anunciantes se están dando de baja.

—¿Por qué no ponen publicidad en televisión? —sugirió Joyce—. Ahora hay anuncios muy buenos.

—Hace poco invertimos mucho dinero en una campaña. La tirada aumentó en un diez por ciento, pero luego volvió a bajar. Fue muy decepcionante.

—¿La distribución es correcta? —preguntó Wong.

—Hollis nos da un excelente trato. Susannah conoce muy bien a la gente de Hollis, tiene contactos allí. Nuestra revista siempre ocupa el primer plano en todos sus puntos de venta. Pero no ha sido suficiente. Las ventas se han ido a pique y así no hay modo de convencer a los anunciantes. Estamos agonizando. Nuestros patrocinadores nos han dado cuatro semanas de plazo, y luego tendremos que cerrar.

Exponer estas malas noticias había hecho que el pobre hombre se encogiera como un arbolito de caucho poco regado. Con los hombros caídos y el pecho hundido, permanecía cabizbajo.

—Es una revistita estupenda —dijo Joyce—. Quiero decir, para lo que hay en Singapur, claro.

—Gracias.

Wong le dijo que necesitaba saber más acerca del modo en que el dinero entraba *y* salía físicamente de la empresa. El editor fue en busca de la directora financiera, Sophie Melun. Cuando regresó con ella, dijo:

—Sophie le dirá cuanto necesite saber respecto al dinero. Ahora tengo que dejarlos. He de tomar un avión a Kuala Lumpur para ver a uno de nuestros inversores. Hablen con Susannah o Dudley si tienen cualquier duda; estaré de vuelta el viernes a primera hora.

Tin esbozó una sonrisa de circunstancias y se marchó saludando con el brazo.

El caso tenía intrigado al geomántico. Cuanto más sabía de la empresa, más se convencía de que la suerte o el fracaso dependían enteramente del feng shui. Aparentemente estaban haciendo las cosas bien desde el punto de vista empresarial; sin embargo, por motivos del todo intangibles, el negocio no prosperaba.

Cuando terminó de entrevistarse con la señorita Melun y volvió a sus cartas, Joyce levantó la vista del número atrasado de *Update* que estaba leyendo y dijo:

—Bien, doctor, ¿cuál es el diagnóstico?

—La respuesta, creo, está en las cartas natales. Cada año tiene su número de cuadrado mágico. Ocupa el centro de la carta. El número central en la parte superior del caparazón de la tortuga. ¿Recuerda lo que le expliqué sobre la tortuga del río Lo? El número del año desciende con cada año que empieza. Así, mil novecientos noventa y ocho era un Año Dos, mil novecientos noventa y nueve era un Año Uno, dos mil era un Año Nueve y así sucesivamente. —Le mostró un libro con diagramas —. Pero cada persona tiene también su número de cuadrado mágico. Usted tiene su carta *lo shu* personal. Depende del lugar de nacimiento. Cada cual debe encontrar la naturaleza de su *chi* para saber cuál es su fortuna para el futuro. Una empresa tiene también su energía y su fecha de nacimiento. Se puede encontrar su número de cuadrado mágico.

—Guay. ¿Y cuál es mi número? Yo nací en mil novecientos ochenta y tres.

—El año no empieza el uno de enero y acaba el treinta y uno de diciembre. No, va de Año Nuevo lunar a Año Nuevo lunar. Usted nació el nueve de febrero, de modo que nació en el Año del Ocho.

—¿Cómo sabe el día que nací? No recuerdo habérselo dicho.

—Fue una de las primeras cosas que miré cuando llegó a la oficina. Tenía que hacerlo, claro está.

—Ya, supongo que para asegurarse de que no fuera, qué sé yo, un monstruo con malas vibraciones. Bueno, a que se alegra de que le haya salido buena chica, ¿eh?

—Pues... sí —dijo Wong con escaso entusiasmo.

Volvió a estudiar sus diagramas, y Joyce, aburrida, fue a dar una vuelta. A medida que se acercaba la hora límite para cerrar el nuevo número y los empleados iban entregando su material, el ambiente empezó a relajarse. La gente dejaba los ordenadores y se ponía a charlar o iba a las máquinas de bebidas.

Mientras tomaban café, Joyce entabló amistad con Dudley Singh, un joven alto de unos veinticinco años, y se pusieron a hablar sobre los actores y actrices de cine que más odiaban, que eran legión.

En el departamento de producción, Susannah Ho explicó a Wong con todo detalle los procesos técnicos. Las páginas se preparaban en pantalla y luego se enviaban a la reproducción en offset.

—A esto lo llamamos plancha —dijo—. No, no, por favor, no lo toque.

Wong retiró rápidamente la mano y pidió disculpas.

—Es muy delicado. Tenemos que ser muy cuidadosos, porque éste es el producto final que va a la imprenta, donde se confecciona la revista propiamente dicha. Los de la imprenta vendrán enseguida a recogerlo, lo imprimirán por la tarde y se distribuirá por la mañana. Podrá ver la revista en la calle a eso de las siete.

La señorita Ho, una mujer menuda y seria de unos cuarenta años, llevaba un traje chaqueta de marca y unas gafas redondas precariamente apoyadas en una nariz diminuta.

—¿Se puede encontrar en cualquier parte? —preguntó Wong.

—Las relaciones entre editoriales, distribuidores y minoristas son muy complejas, y preferiría no entrar en ello. Nuestra distribución la lleva principalmente Hollis News Retail, y debo decir que trabajan bien. La revista ocupa un lugar destacado en sus puestos de venta, y Hollis distribuye también a otras cadenas de minoristas y quioscos callejeros.

—¿Algún problema específico en los departamentos que usted controla?

La señorita Ho se subió las gafas y dijo:

—No. Producción y distribución funcionan bien. Yo creo que el problema está en redacción o en mercadotecnia.

El geomántico asintió con la cabeza. Miró la página de anuncios por palabras que tenía delante y se tiró ligeramente de los pelos de la barbilla.

El martes, C. F. Wong se levantó como siempre a las cinco y media y llegó a su oficina en Wai-Wai Mansions poco después de las seis y media. Se tomó un tazón de té chiuchow para despejarse y empezó a trazar nuevas cartas *lo shu* para los jefes de departamento para los inversores principales de Publicaciones Hong Siu, con sus estrellas de agua y de montaña. Luego pasó a dibujar los Cuatro Pilares de la Sabiduría, así como Tallos Celestiales y Ramas Terrenales para cada persona.

Al cabo de una hora tenía la mesa cubierta de cartas, así que empezó a llenar las mesas de Joyce y Winnie con hojas repletas de anotaciones.

La joven occidental llegó a las nueve y media y se encontró con que su mesa había desaparecido bajo una masa de papeles. Dejó el café en el alféizar y se derrumbó sobre su silla. Era una butaca hidráulica de oficina, y le gustaba tenerla a la máxima altura, de modo que pudiera girarla a un lado y otro, balanceando las piernas y poniendo nerviosos a los demás.

—¿Quiere que le explique mi teoría? —dijo.

Ésta era una de esas situaciones, pensó Wong, en que uno tiene que preguntarse sobre su propia observancia de la verdad. Desde luego que no quería saber nada de sus teorías, pero Joyce era la hija del cliente de su jefe.

—De acuerdo —dijo, pero con tan poca convicción que confió en que ella captara el mensaje.

—Bien. Anoche estuve en TGIF Y yo: «¿Qué opináis de *Update* ?» Y Emma: «Es muy guay.» Y Becky: «Todo el mundo la lee.» A Emma le han publicado dos cartas en la sección de cartas de los lectores. Bueno, y yo: «¿Qué se podría hacer para mejorarla?», y mis amigas me dieron algunas ideas. Se lo cuento —añadió, generosa.

Bebió un sorbo de café, depositando una gota sobre la punta de su nariz, y continuó:

—Todas coincidimos en que debería haber más páginas sobre grupos y menos sobre restaurantes y clubes horteras y tal. ¿A quién le interesa leer sobre comida? Menuda plasta.

—Me parece que tal vez no entiende usted el negocio editorial —respondió Wong—. Grupos de música pop occidentales como los Beatles no venden espacio publicitario en una revista de Singapur. En cambio, los restaurantes de aquí, sí.

—¿Los Beatles, dice? Los Beatles ya se han separado. John Lennon está muerto. Lo mataron dos años antes de que yo naciera.

—Entonces seguro que no puede vender nada.

—¿Adónde va?

—A comprar la revista. ¿Quiere venir?

—Nos la van a mandar.

—Prefiero comprarla en un quiosco.

Salieron del húmedo y atestado portal de Wai-Wai Mansions a una resplandeciente mañana singapureña y tuvieron que cerrar prácticamente los ojos mientras iban hacia el sur por Telok Ayer Street, camino de una zona de tiendas próxima a un complejo de oficinas. El distrito comercial del centro había crecido hasta absorber lo que otrora había sido una calle tranquila, y el rumor del tráfico era constante.

Wong localizó un quiosco de prensa y compró un ejemplar de *Update.* El quiosquero lo miró con recelo, como si fuera indecente que un chino de más de cincuenta años comprara una revista cuya portada llevaba un artista pop.

El geomántico se alejó unos pasos, abrió la revista y empezó a hojearla.

—¿Qué está buscando?

—Esta página. —Wong siguió pasando hasta casi el final, donde encontró la sección de anuncios de contactos.

Joyce intentó disimular una sonrisa. De repente se le ocurrió que no sabía absolutamente nada de la vida personal de su jefe, si vivía con alguien o si tenía hijos o dónde vivía y qué hacía al salir del trabajo.

—Joyce, ¿quiere hacerme un favor?

—Claro. ¿Qué?

—Siga esta calle y en el segundo cruce tuerza a la derecha. Encontrará pequeños comercios. Mire si en alguno tienen *Update* y compre un ejemplar. Ah, y cómprelos también en todos los quioscos que encuentre por el camino. Anote en cada ejemplar dónde lo ha comprado, el nombre de la tienda y la calle. Consiga todas las revistas que pueda. Dentro de media hora nos vemos en la oficina.

—¿Es una especie de encuesta?

—Sí.

A eso de las diez y media, Joyce estaba de vuelta en Wai-Wai Mansions con ocho ejemplares del nuevo *Update,* y Wong con doce.

Cuando entró en la oficina se encontró con que Wong había reñido a Winnie Lim, pues ésta había retirado de su mesa todos los papeles del jefe y los había metido en una bolsa de basura.

—Demasiado lío, seguro que era mal feng shui —decía Winnie—. Además, no encuentro mi pintalabios. Había más de un centenar de hojas encima de mi mesa.

Enfurruñado, Wong se llevó su fajo de revistas al cuarto de meditación y las abrió por la página de anuncios clasificados. Asintió para sí mientras comprobaba dónde había sido comprado cada ejemplar, y los fue depositando en el suelo. Hizo anotaciones en chino a medida que los examinaba uno por uno.

—¿Corazones solitarios? ¿Qué está buscando? —preguntó Joyce—. Supongo que no una novia.

—Novia no. Respuestas sí.

Wong le explicó que, mientras estudiaba el proceso de producción, había apretado un dedo contra la plancha con que se había hecho esa página en concreto.

—Mire, aquí se nota. Esa marquita la hice yo. Pero sólo se ve en este ejemplar. Y en ése y en ése de ahí. En los otros no.

—Imagino que se dieron cuenta y lo arreglaron.

—Es posible.

El jueves, Wong y McQuinnie estuvieron varias horas en la editorial.

Wong explicó a Susannah Ho y Dudley Singh que había encontrado varios problemas. La distribución de la oficina apenas requería cambios, pero había que hacer ciertas modificaciones en varias mesas.

—Las cartas *lo shu* revelan cuáles son los problemas. El mayor radica en la mudanza. La empresa tiene el número central *lo shu* cuatro. Al mudarse aquí, se desplazaron hacia el oeste, de Victoria Street a Orchard Road, que es en la dirección del cuatro, su propio número. No es conveniente mudarse hacia uno mismo. Es como acercar dos imanes idénticos: las energías no se ayudan mutuamente sino que pugnan entre sí. La consecuencia es grandes esfuerzos y mucho trabajo, pero no buenos resultados. Y eso, evidentemente, es lo que ocurre aquí. —Levantó la vista de la carta que estaba señalando—. Les pondré una

analogía. Cuando se traslada una empresa es como el agricultor que traslada un huerto de manzanos. Tiene que esperar la época del año más conveniente, luego arrancar los árboles y después replantarlos en el momento y sitio adecuado. Cosa que no se hizo aquí.

—Vaya, sí que son malas noticias —dijo Singh—. No esperará que nos mudemos para volver a mudarnos otra vez en el momento adecuado, ¿eh?

—Los accionistas no lo permitirían. Demasiado caro —dijo la señorita Ho.

—No les pido que se muden —respondió el geomántico—. Se pueden tomar medidas bastante más sencillas. Hay ciertas cuestiones con respecto a la carta natal del señor Alberto Tin; lo revisaré con él cuando regrese mañana. Es preciso hacer un relanzamiento ritual de la compañía, a la hora precisa de un día preciso; lo hablaré también con el señor Tin. Se acercan fechas propicias, algunas dentro de sólo unas semanas. Habría que introducir también pequeños cambios en el departamento editorial. El flujo de energía es demasiado rápido, pero no será difícil arreglarlo. Pondré un poco de sal marina en determinados lugares. La sal marina es muy yang y hará que el *chi* sea más sólido. Y luego está el elemento metal...

—¿Ningún cambio en la sección de producción? —interrumpió la señorita Ho.

—Ninguno.

—Entonces seguiré con lo mío. Hable usted con el señor Singh sobre los cambios en la sección editorial. —Se puso en pie y volvió briosamente hacia su puesto de trabajo.

* * *

El viernes, Wong llamó al teléfono móvil de Alberto Tin y supo que éste acababa de aterrizar en el aeropuerto de Changi. Quedaron en verse a las once y media en el restaurante Tai Tong Hoy Kee.

Cuando Tin llegó, Wong y McQuinnie se levantaron rápidamente y le pidieron que los acompañara.

—Ya vendremos después a tomar el *dimsum* y charlar largo y tendido —dijo el geomántico—. Hemos de repasar su carta natal y también ciertos aspectos de la ubicación de la oficina. Pero antes quiero mostrarle una cosa.

Caminaron cien metros calle abajo, charlando de trivialidades, hasta un quiosco de revistas y libros. Wong compró un ejemplar de *Update* recién-salido-de-la-imprenta.

—En realidad, hay dos ediciones del último *Update.* Me temo que la señorita McQuinnie y yo hicimos un pequeño cambio en una de ellas.

—¿Cómo? ¿A qué se refiere? —Tin pareció sobresaltarse.

—Bueno, creo que ustedes lo llaman «editar».

—No comprendo.

—Tranquilícese. No hemos insertado nada malo en su revista, sólo la hemos hecho más precisa.

—Pero ¿cómo? ¿Se puede saber qué han hecho? —Empezó a examinar nerviosamente la página señalada.

—Dudley Singh nos ayudó un poco; se ha hecho muy amigo de mi ayudante. Verá, descubrimos que las planchas de la revista son enviadas a dos centros de producción, no a uno solo. En el primero hacen la revista que se ve normalmente e imprimen diez mil ejemplares. El otro centro, en cambio, imprime treinta mil.

—Pero ¿qué está diciendo? —Los ojos de Tin parecían querer atravesar sus gafas.

—Permita que yo se lo explique —terció Joyce—. Se me da mejor explicar las cosas que a C. F. Hollis News Retail ha estado sacando una tirada aparte. Los ejemplares que venden en sus tiendas, la mayoría de ellos, no son los de usted. Imprimen los suyos propios, los venden y se embolsan el dinero. Hacen una tirada grande; creo que la cifra exacta es treinta mil ciento sesenta y cuatro ejemplares. Telefoneé a la imprenta y conseguí sacarles los detalles.

—¿Está diciendo que reimprimen ilegalmente mi publicación?, ¿que la piratean?

—Sí —dijo Wong—. Usted imprime diez mil y Hollis los distribuye. Eso ya lo sabe. Las planchas las elabora el Centro de Servicios Sam Long, que está en el mismo edificio que ustedes. Pero los originales van también a una segunda imprenta, Impresores de Color Wan Kan, donde imprimen otros treinta mil ejemplares, ¿entiende? Wan Kan es una empresa subsidiaria del Hollis Group.

El regordete editor se quedó momentáneamente sin habla. Luego se sobrepuso.

—¿Cómo es posible? No tienen ningún derecho. ¿Y qué hacen con todos esos ejemplares?

—Pues qué van a hacer, B. K. —dijo Joyce—. Venderlos, claro. O sea, la tirada real de su revista ha alcanzado los cuarenta mil ejemplares, la

mayoría de los cuales son impresos clandestinamente y vendidos por la red de distribución de Hollis Retail, que se queda los beneficios. Por eso hay tanta gente (como yo y mis amigas) que compra la revista, pero a usted no le cuadran los números. El truco no está nada mal, la verdad.

Wong asintió con la cabeza.

—Usted carga con todos los gastos —dijo—. Ellos se embolsan todos los beneficios.

—¿Están vendiendo treinta mil ejemplares, dos veces por semana, a mis expensas? ¿Aparte del porcentaje que se quedan de mis ventas? Estarán amasando una fortuna. —Tin estaba conmocionado, respiraba entrecortadamente—. ¿Y cómo se hacen con las planchas? ¿Quién se las entrega?

Wong levantó un dedo para indicar a Joyce que sería él quien diera la respuesta.

—No quisiéramos incurrir en calumnia ni difamaciones, pero creo que debería usted preguntárselo a Susannah Ho. Ella es quien controla las planchas una vez están terminadas. Y tiene parientes en el grupo Hollis. ¿Recuerda que usted mismo me lo dijo? Los cambios hechos a las planchas una vez en su poder no aparecen en las dos ediciones.

—Pero cómo... Es que no lo entiendo. ¿Cómo demonios...? A ver, si la revista se vende tan bien y les está reportando tantísimo dinero, ¿por qué me ponen la zancadilla y me están llevando a la bancarrota? Pronto tendremos que cerrar.

El geomántico asintió sabiamente.

—Yo creo que esperarán a que su negocio quiebre para luego comprarlo a precio de saldo. Y después relanzarán la revista como propia. Saben que es un éxito de ventas. Simplemente pretenden deshacerse de usted.

—Los denunciaré. Lo que han hecho es un delito. Los demandaré ante los tribunales y tendrán que devolver hasta el último centavo que hayan ganado a mi costa.

Joyce rió.

—Sí, hágalo. Pero puede que tenga que ponerse a la cola.

—¿Qué quiere decir?

Wong miró a lo lejos entornando los ojos y sentenció:

—El sabio Lu Hsueh-an dijo en una ocasión: «Una cosa es mirar y la otra es ver. Muchas personas miran, pero sólo el Hombre Perfecto ve.» —Blandió un dedo y se volvió hacia Joyce—: Muchas personas miraron

las tortugas del río Lo, pero sólo Fu Hsi vio las marcas en el caparazón de la tortuga. Y así descubrió el cuadrado mágico de nueve—. Hizo una pausa y miró a Alberto Tin—: Usted mira la revista, pero no puede verla.

El otro puso cara de perplejidad.

—¿Se lo digo yo? —preguntó la joven, batiendo palmas con aire jubiloso —. Hicimos cuatro cambios en la versión de la revista que Hollis imprimió, que le robó, vaya. De hecho, fue Dudley quien hizo los cambios.

Le mostró la mancha de la página dos.

—Primero, el nombre de la editorial, la dirección y los detalles de la imprenta no coinciden. —Pasó a la primera plana—. Segundo: la revista parece la misma, pero el nombre ha cambiado. No pone *Update.* Pone *Upyours.* —La abrió una vez más—. Tercero: la mayor parte de los artículos no aparecen en la versión pirata. Dudley los sustituyó por eso que llaman «texto ficticio», o sea palabras sin sentido sólo para rellenar espacios. Es evidente que los de Hollis no leyeron las páginas sino que las metieron en la impresora y apretaron el botón. Ja, ja.

Moviéndose a cámara lenta, Tin cogió la revista de manos de la joven para hojearla despacio y con asombro.

—Vaya. ¿Y todo esto lo ha hecho Dudley?

—Sí. En un pispás. Es un tío muy habilidoso.

Al editor parecía apretarle el cuello de la camisa.

—Ha dicho cuatro cambios, ¿no?

—El cuarto es... espere que se lo enseño —dijo Joyce, recuperando la revista—. Aquí. Mire, ese párrafo. Dudley introdujo este suelto acerca de ciertas personas.

Tin leyó el recuadro de la página tres.

—Santo cielo, Wong. Han insultado ustedes a casi todas las fuerzas vivas de esta ciudad.

—Yo no, ni nosotros, sino el grupo Hollis. Su nombre aparece por todas partes. Ellos financian la publicación, la contratan, la imprimen, la distribuyen. Son ellos los responsables, no usted ni yo. Bueno, ¿qué le parece si vamos a desayunar? El *cha siu so* que sirven en Tai Tong Hoy Kee está muy rico.

Wong y Alberto Tin, éste todavía estupefacto, echaron a andar hacia el restaurante, pero Joyce lo hizo en dirección contraria.

—Hasta luego, chicos. Ustedes vayan a su orgía *dimsum*. Yo he quedado con Dud para tomar un capuchino en el Starbucks de Orchard Road. Me ha pedido que le haga unas reseñas de discos. No le importa que me gane un sobresueldo, ¿verdad, C. F.? Consigo los últimos cedés antes de que lleguen a la tienda, y encima me los puedo quedar. ¡Una pasada!

Se puso los auriculares de su *discman* antes de que Wong pudiese responder y se alejó, meneando la cabeza al compás de un ritmo inaudible.

3 El dios de la cocina

Siempre queda un poco de misterio. Así es la vida. Nadie puede llegar a comprender lo último. Pero no dejes que esto te frustre, Brizna de Hierba. Saber que no puedes saber es el Primer Principio.

En el año 950 al maestro Wen-yi le preguntaron: ¿Cuál es el Primer Principio?

Y él respondió: «Si os lo dijera, se convertiría en el Segundo Principio.»

«La Crónica de la Transmisión de la Luz», chuan 5, cuenta la historia de Hui-chung. Era un monje. Murió en el año 775. Una vez accedió a tomar parte en un debate. Era sobre Wu, que se traduce por «inexistencia» o «inefabilidad».

Se quedó sentado en la silla pero no dijo nada. Llegó la hora del debate. Hui-chung no abrió la boca.

El otro monje dijo: «Expón tu razonamiento a fin de que yo pueda rebatirlo.»

Y Hui-chung dijo: «Ya he expuesto mi razonamiento.»

Destellos de sabiduría oriental, de

C. F. Wong, parte 90

* * *

«Esto ya pasa de la raya», pensó Joyce McQuinnie. C. F. Wong acababa de presentarle a un tipo indio que parecía llevar dos minúsculas pelucas, una sobre cada oreja. Pequeñas pero espesas matas de pelo blanco que la desconcertaron. Tuvo que esforzarse para apartar la vista de aquellas excrecencias peludas y mirarlo a los ojos —hundidos y de gruesos párpados— cuando le estrechó la mano. No podía ser pelo natural, de ninguna manera. El hombre le dijo cómo se llamaba.

—Ah, qué tal.

—Hola. Encantadísimo de conocerla, señorita McQuinnie.

—Ya, bueno, gracias, yo también... esto... —Joyce ya había olvidado su nombre.

—Dilip Kenneth Sinha —le recordó él—. Mis amigos me llaman Dilip, o D. K., o también «pobre viejales». Eso, los más sinceros. —Mostró una

hilera de largos dientes caballunos, soltó una carcajada que sonó a pistoletazo y mostró las palmas de las manos en un complicado floreo—. Ah-ah-ah-ah-ah-ah-ah.

—Qué risa. Puede llamarme Jo.

Con su terno oscuro de cuello Nehru, hecho a medida, se lo veía demasiado engalanado para la ocasión. Sobre su cuerpo alto, encorvado y desprovisto de talle, el por lo demás anodino traje lo hacía parecer un plátano tapizado. Su pelo blanco contrastaba con la piel oscura, casi color berenjena. Sus cejas parecían sendas orugas secadas con secador. Era extremadamente hirsuto.

Joyce se fijó en que la sombra que le cubría la cara llegaba hasta las profundas bolsas que tenía bajo los ojos. Al final acabó convencida de que la pelambrera de sus orejas era auténtica.

Dilip Sinha le sonrió y se balanceó un poco. Tenía tendencia a mover la cabeza arriba y abajo y en diagonal, como esos muñecos que llevan los taxistas encima del salpicadero, pero sus ojos enmarcados de arrugas eran agradablemente bonachones, y hablaba con franqueza natural.

—Encantado de tenerla esta noche con nosotros. Ya no recuerdo cuándo fue la última vez que alguien visitó a los místicos. Hace muchas, muchas lunas, creo.

—Gracias por invitarme —dijo ella, y de repente pensó que la frase era más propia de un niño de seis años en una fiesta de cumpleaños.

—Creo que la última visita la tuvimos hace seis años, ¿o fue hace siete? Fue después de que se marchara el hermano de Chandrika. ¿Y cuándo debió de ser eso? —Empezó a soltar fechas y más fechas y a Joyce le costó escuchar su monótona voz. Empleaba un viejo inglés eduardiano con un ligero acento indio, y algunas palabras sonaban como cortadas, algo que Joyce empezaba a reconocer como un rasgo distintivo de la gente de Singapur.

Agradeció que el viejo resultase tan hospitalario, puesto que se sentía totalmente a la deriva por varias razones: la gente, la hora, el lugar, el planeta. ¿Qué estaba haciendo allí? Tenía la extraña sensación de estar asomando la cabeza por una caja. Se sentía especialmente vulnerable. Se sentía como una extraterrestre. Respiraba pausadamente pero el corazón le latía con rapidez. Tenía sensación de cansancio, como si estuviera perdiendo energía por un orificio en el abdomen, y concentrarse le costaba un gran esfuerzo.

Esa noche había una reunión urgente del Comité Asesor de Investigación de la Unión de Místicos Industriales de Singapur. El grupo contaba sólo con un puñado de miembros en activo, aunque Wong le había dicho que en otras épocas solían reunirse hasta veinticinco personas, y en los libros constaban más de cuarenta nombres. En

principio no se admitían visitas, pero Wong había telefoneado con antelación a un par de miembros del comité y había recibido permiso para que Joyce estuviera presente.

—Son los verdaderos viejos maestros del pensamiento oriental. Emplean diferentes nombres para diferentes cosas, pero, de hecho, en el fondo es lo mismo. Una rosa, aunque se llame de otra forma, sigue siendo fragante, ¿lo entiende o no?

Al principio, Joyce se había mostrado reacia a cancelar la salida que tenía prevista con sus amigas. Wong era una compañía difícil en el mejor de los casos, y la asustaba un poco pasar una velada con tres o cuatro Wongs, algunos de los cuales podían ser incluso más raros e impenetrables que él. Pero sus amigas se habían quedado de piedra al oírle relatar sus aventuras en Malasia («¿Viste un cadáver de verdad?») y Joyce había decidido que valía la pena sacrificar una noche a cambio de tener una nueva experiencia que contar.

—Bueno, vale —le había dicho a Wong—. Iré. Hay que seguir forzando la máquina, ¿no?

—Sí —había respondido él en tono inexpresivo, ignorando a qué máquina se refería.

Poco antes de las ocho, el geomántico y su ayudante habían recorrido varias callejas de lo que parecía el barrio antiguo de la ciudad, y al doblar una esquina habían enfilado una zona de restaurantes y puestos de comida ambulantes. Estaba tan mal iluminada que Joyce se preguntó cómo la gente podía ver lo que cenaba. Tras avanzar unos metros, se dio cuenta de que el restaurante que estaban atravesando formaba parte de una serie de cafés abiertos a la calle y dispuestos en una especie de círculo desarticulado, cuyo centro estaba ocupado por desordenadas mesas para el público.

La había sorprendido la mezcla de olores y colores. Estaba oscuro y hacía calor. Todo ello tenía algo de irreal que asustaba un poco. Entre las sombras, los gordos encargados de los puestos de comida aparecían y desaparecían en el vapor como genios de lámpara. Sus rostros, iluminados desde abajo por fogones, apenas parecían humanos. De vez en cuando se oía algo semejante a un siseo y se producía una explosión de humo cuando un *bok-choi* entraba en contacto con un enorme *wok* al rojo vivo, antes de ser removido mediante largos palillos. Los sonidos de aquel mercado de comida resultaban casi obscenamente fuertes en medio de la penumbra, lo que hacía que pareciera más de noche de lo que era en realidad. Sobre el fondo de centenares de comensales hablando a la vez al estilo de los restaurantes chinos, es decir, casi gritando, se oían las exclamaciones de los vendedores ambulantes con sus hornillos portátiles, el chisporroteo de las sartenes, el tintineo de botellas y platos, y los bocinazos del tráfico embotellado en la vecina calle principal.

Joyce había pensado que aquel encuentro nocturno tenía algo de primitivo: desde los tiempos más remotos los seres humanos debían de haberse reunido así, a la lumbre de unas fogatas, para cocinar y comer. Sentía el impulso de dejarse absorber por aquella escena, pero se sentía demasiado ajena e inquieta para soltarse. No lograba relajarse. Tenía la sensación de que el suyo era un mundo de McDonald's bien iluminados y quirúrgicamente limpios, mientras que aquel oscuro y ruidoso doble fantasmagórico estaba más allá de ese perímetro civilizado.

El maestro de feng shui se deslizaba ágilmente entre las mesas, consciente sin duda de adónde se dirigía, aunque, a ojos de su acompañante, todos aquellos restaurantes se fundían en un solo pandemonio comensal. Ella lo seguía con menos decisión, mirando dónde ponía los pies para no pisar bultos, niños o perros.

De repente había sentido hambre. Vaharadas de humo acre llegaban de la zona de cocinas, difuminando tentadores aromas a carne socarrada. El olor a chile se mezclaba con el del comino y el coriandro, la reconfortante fragancia del arroz hervido y el sabor de los cocos frescos. Había mangos dulces, pasta de marisco amarga, algo que olía a azúcar quemado y un centenar de otros olores que no conseguía identificar.

Pero ¿dónde se había metido Wong? Lo tenía justo delante hacía un momento...

Allí. El geomántico estaba estrechando la mano de un hombre indio de unos sesenta años sentado a una sucia mesa redonda rodeada de pequeños taburetes. Wong y Sinha se habían saludado con una extraña combinación de envarada formalidad y afecto no forzado. Juntando las cuatro manos, se habían mirado a los ojos y cabeceado al unísono. Luego habían intercambiado palabras de saludo sin soltarse los dedos.

—Cuánto tiempo, Wong. Deberíamos vernos más a menudo, sin tener que esperar a los místicos.

—Cierto. Deberíamos esforzarnos más. No dejemos pasar esta noche sin quedar para otra vez.

—Madame Xu ya ha llegado y ha ido a hablar con unos amigos, viejos clientes suyos de por aquí. Vamos, siéntese. Y la señorita también.

Wong le había presentado a Sinha, que era astrólogo. Los tres tomaron asiento. Un joven delgado había surgido entonces entre la bruma de los fogones con tres vasos de plástico llenos de té chino tibio.

Sintiéndose un poco más segura ahora que estaban en una mesa, Joyce probó la infusión y echó un vistazo alrededor. Siempre le sorprendía ver tantos niños e incluso bebés por la noche. En su país nunca se veía a niños menores de cinco años a aquellas horas. A las siete el vaso de leche y a las siete y media a la cama, sin discusión. Pero en Singapur los

niños parecían adoptar los horarios de sus mayores y permanecían levantados hasta las once o las doce de la noche; si se cansaban, apoyaban la cabeza en la mesa y se dormían allí mismo.

Al mirar a la gente, reparó en una mujer elegante y delgadísima de mediana edad que se acercaba a la mesa. Sobre sus hombros huesudos colgaba un *cheong-saam* negro con ribetes rojos. Al verla, Sinha se levantó presuroso, tomó las manos de la adivina Madame Xu y la condujo hasta su taburete. Antes de sentarse, ella hizo una inclinación y sonrió a Wong, quien se puso en pie y le devolvió el saludo.

—¿Y ésta es la niña? —preguntó Madame Xu, sonriendo a Joyce—. Hola, *xiao pangyou.* ¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete —dijo Joyce, aunque sólo de muy pequeña había iniciado una conversación dando esos datos.

—¿Y quieres ser mística o adivina o algo parecido cuando seas mayor?

—Pues... no sé. Quizá. De momento, estoy estudiando con el señor Wong. Quiero escribir algo para mi proyecto. Han sido muy amables al permitir que asista a la reunión. Espero no estorbar. —Joyce se sorprendió de oírse adoptar el papel de niña modélica, algo que nunca había sido.

—Estoy segura de que no. El señor Wong me explicó por teléfono que conocías la regla de estas reuniones, que nada de lo que se diga aquí debe trascender. El superintendente Tan llegará de un momento a otro y hablará de cosas que son secretos oficiales.

Joyce asintió.

—Sí. C. F. ya me lo había dicho. Es todo muy secreto y confidencial.

De pronto, una delicada mano masculina apareció en el hombro de Madame Xu, y una cara china de unos treinta años dijo:

—Hola a todos. Siento llegar tarde. Sí, ya sé, es imperdonable, más siendo yo quien convocó la reunión. ¿Me siento aquí?

La pregunta era retórica, pues no quedaba otro asiento libre. Tan saludó a Sinha y Wong y parpadeó al ver a Joyce. Era chino-malayo, corpulento, y con una cabeza en forma de pera. Tomó asiento y sus cejas se arquearon, esperando una explicación. No sólo su ropa, sino todo su cuerpo, tenían el aire maltrecho de un funcionario sobrecargado de trabajo.

—Superintendente, permita que le presente a mi ayudante —dijo Wong —. Hablé con los demás para avisarles de que vendría. No pude ponerme en contacto con usted; parece que está muy ocupado. Ella es Joyce McQuinnie. Me está ayudando este verano. Espero que no le

importe que haya venido. Es la hija de un amigo de uno de mis jefes, no podía negarme.

—Vaya, hombre, gracias —masculló Joyce, anonadada.

—Encantado —dijo el superintendente, poniendo sobre la mesa una pila de papeles—. Un poquito joven, ¿no le parece, Wong? Quiero decir para estas cosas. Ya sabe que a veces acabamos hablando de asesinatos, violaciones y similares.

—No soy tan joven —protestó Joyce—. Sé muchas cosas. Se sorprendería usted. Y ya he ayudado al señor Wong en varios casos. Asesinatos y demás —añadió, como si estuviera hablando del cociente de irritación de los mosquitos.

La risueña Madame Xu se inclinó hacia delante y sonrió al policía.

—Es muy madura. Se lo noto. No se preocupe, superintendente. Es casi tan entendida como algunas de mis chicas.

—Espero que no —dijo Tan—. Bueno, si todos están de acuerdo en que se quede, asunto zanjado. Me alegro de verlos. Tiene usted muy buen aspecto, Madame Xu, y usted, Wong. ¿Y cómo está mi viejo amigo Dilip?

—Extraordinariamente bien y en buena forma —respondió el indio—. Para que mi felicidad fuera completa, sólo faltaba usted. Y aquí está. —Inclinó cortésmente la cabeza.

—Siempre tan educado —dijo el superintendente—. Bien, en primer lugar, permitan que me disculpe por haberlos hecho esperar. El espectáculo era malísimo. Pero la espera habrá valido la pena. El caso que voy a plantear es, en mi modesta opinión, muy interesante. Primero mojaré el gaznate y luego les daré todos los detalles. A condición, por supuesto, de que lo mantengan en el más estricto secreto —añadió, mirando significativamente a la más joven del grupo.

El camarero, que conocía las necesidades del superintendente, se acercaba ya con una tetera de Iron Buddha. Wong habló en un dialecto chino con otro camarero, para pedir comida.

El grupo esperó en silencio a que le sirvieran el té al superintendente. Tan bebió un sorbo, despacio, dejó el vasito en la mesa y carraspeó.

—Es muy bueno contando historias —cuchicheó Madame Xu a Joyce, pero para que todos la oyeran—. Yo creo que debería dedicarse al teatro.

* * *

—Quiero que imaginen, si les es posible, un elegante comedor de hotel —dijo Tan—. Son las tres de la tarde y el último comensal acaba de

limpiarse los labios con una almidonada servilleta de lino y firmado la cuenta. «Gracias, señor», dice la camarera cuando el caballero se marcha. El restaurante queda vacío a excepción de esta última camarera, de nombre Chen Soo. El resto del personal ha salido para la pausa de media tarde. También se han ido casi todos los que trabajan en la cocina, pero ella oye que al menos una persona sigue ajetreada allí, probablemente el chef, que suele ser el último en marcharse. La camarera ve también a un joven pinche entrar por la puerta batiente de la cocina, de modo que parece que efectivamente aún queda algo por terminar. Me siguen hasta ahora, ¿verdad?

A Joyce le resultaba difícil visualizar nada, menos todavía un impoluto restaurante, en medio de aquel caótico entorno. Tratando de no oír las chisporroteantes explosiones de hortalizas mojadas en contacto con los *woks,* se esforzó por concentrarse en los labios de Tan y en escuchar su voz levemente cantarina. Tenía las mejillas tersas y un poco de pelusilla sobre el labio superior. Joyce supuso que no tenía que afeitarse a diario y que su pecho sería completamente lampiño. Hablaba muy rápido, pero poniendo el debido énfasis en cada palabra. Joyce pensó que Madame Xu tenía razón: Tan servía para el arte dramático.

—¿Me siguen? —continuó—. Bien, ahora esta señorita Chen Soo (nacida en Singapur, el diez de octubre de mil novecientos setenta y ocho) recoge las últimas cosas del último comensal.

Los tres miembros de los místicos anotaron debidamente este detalle, como si fuera la clave para un examen final.

—Pero toda esta calma acabaría pronto. En otro comedor del hotel ya se está sirviendo el té de la tarde, y el encargado le ha pedido a la camarera que vaya a echar una mano. En este comedor en concreto, la cosa estaría tranquila hasta las cuatro, cuando empezarían los preparativos para una fiesta privada que duraría de cinco a siete, después de lo cual habría que resituar las mesas para el bufet de marisco previsto para la noche. En otras palabras, una típica tarde en el comedor de un moderno hotel de cinco estrellas.

»Cinco minutos más tarde, Chen Soo lleva los platos sucios a la zona de la cocina donde aparcan las mesitas de ruedas. Ahora sólo queda una persona en la cocina: el chef Peter Leuttenberg, a quien ella ve sacar algo del congelador. Chen Soo vuelve a salir. Pone un mantel limpio en la mesa. "Buenas tardes, preciosidad", dice el segundo chef, un europeo bastante guapo que responde al nombre de Pascal von Berger y tiene por costumbre saludar a todas las mujeres jóvenes, a pesar de ser incapaz de recordar sus nombres.

—¿De dónde es? Imagino que suizo —dijo Sinha.

—Oh, espere un momento. —El superintendente buscó en los papeles que tenía delante—. Pues sí, nacido en Lausana el cuatro de julio de mil novecientos sesenta y cuatro.

—Cómo no. Los hosteleros siempre son suizos.

—La señorita Chen lo saluda cuando él entra en la cocina. Unos segundos después oye una exclamación, un grito. Algo que suena como «asesinato». Pero no puede ser, piensa ella. ¿Para qué gritar semejante palabra? Quizá están jugando a algo. Sabe que algunos cocineros son jóvenes y vivarachos, a veces se hacen picardías entre ellos. Se queda allí de pie sin saber qué hacer, y entonces Pascal sale corriendo de la cocina. «Señorita, rápido», grita. «Llame una ambulancia. Peter está mal. Dese prisa.»

El superintendente se inclinó hacia delante, consciente de que todos estaban pendientes de su relato. Aceleró el ritmo:

—Chen va corriendo a la recepción. Marca el código de alerta máxima para que acuda el servicio de seguridad del hotel. Vuelve y pregunta a Pascal qué le ocurre al chef. Pascal responde: «Peter está tendido en el suelo. Creo que muerto.» Ella llama a una ambulancia. Y luego entran los dos en la cocina. Chen advierte que Von Berger está pálido y tiritando, conmocionado. «Será mejor que no lo vea», le dice a ella. «Está herido. Hay mucha sangre.» Pero Chen lo sigue. Y allí, cerca de los hornos, ve al chef californiano, tendido en el suelo. El pelo apelmazado y húmedo. Un charco de sangre parece proceder de una herida en el cráneo. Tiene la cabeza destrozada, deforme. Parece que está… —hizo una pausa teatral— ¡muerto! —Se retrepó en la silla y miró alternativamente a los cuatro—. Asesinado.

Se entretuvo unos segundos toqueteándose la uña del dedo índice derecho antes de continuar.

—Von Berger dice que todavía respiraba cuando él lo encontró. Al parecer, el chef hizo un gesto con una mano y farfulló algo sobre un camarero. Pero, a diferencia de lo que ocurre en las películas, no dio nombres.

Hizo otra pausa cuando llegaron los primeros platos. Joyce miró con suspicacia los boles desportillados, uno de los cuales contenía algo verde y el otro una cosa recubierta de una salsa naranja oscuro. Se preguntó si habría algo que pudiera comer.

El policía aspiró apreciativamente el aroma a ajo del plato de *choi sum* y salsa de ostras. Se sirvió con abundancia mientras retomaba su historia.

—Los de seguridad llegan a los pocos minutos. Dos agentes. Uno es un viejo nepalí llamado Shiva y el otro un malayo de nombre Sik. Shiva examina el cuerpo y lo da por muerto. Sik monta guardia en la puerta de la cocina. Al cabo de unos minutos llegan los sanitarios y confirman que el chef ha muerto.

—Eh, un momento, mi buen amigo. —Era Dilip Sinha, que, desoyendo las protestas de Joyce McQuinnie, le estaba sirviendo en su plato una sustancia inidentificable—. ¿La puerta de la cocina, dice? Seguro que la cocina principal de un hotel ha de tener varias puertas...

—Desde luego —respondió el superintendente—, pero ésta no era la cocina principal. Se trata de un hotel muy grande, y tiene tres cocinas, una grande y dos pequeñas. Ésta es una pequeña cocina subsidiaria, conocida como cocina Tres, que también suministraba canapés y esas cosas para las fiestas que se organizaban en las salas habilitadas de ese lado del hotel. Esta cocina sólo tenía tres puertas. La principal, que daba al bar y comedor, una para el personal y una de incendios.

—¿Podemos preguntar de qué hotel se trata? ¿Quizá el Continental Park Pacific?

—Quizá. Veo que ha leído lo que publicó hoy el *Straits Times* sobre el incidente.

—Así es.

Madame Xu chasqueó la lengua.

—Me temo que va a ser un caso difícil, superintendente. Estos hoteles modernos son lugares enormes y laberínticos. Imagino que la puerta del personal da a pasillos y habitaciones a los que podrían tener acceso docenas de personas.

—Docenas no, Madame Xu. Cientos. Más de quinientas personas, creo. —El policía se sirvió gambas picantes—. Alguien le había abierto la cabeza al chef y luego había huido por una de las puertas, pensamos al principio. Pero este caso es más sencillo y a la vez más complicado de lo que parece. Verán, Shiva fue a abrir la puerta del personal y se encontró con que no podía pasar. Chen, la camarera, le explicó que estaban haciendo obras en la zona de personal, y que los operarios habían cerrado provisionalmente ese corredor. Habían puesto un letrero en la sala de personal que indicaba que la puerta de acceso a la cocina Tres estaría cerrada unos días, y que los empleados tendrían que entrar y salir por la puerta principal, cruzando el comedor.

Sinha levantó un largo dedo huesudo para hacer una observación.

—Pero, para el restaurante, eso de que el personal estuviera yendo y viniendo por allí en medio debía de ser muy molesto.

—No necesariamente. Llegaban a la cocina antes de la hora del almuerzo, para preparar la comida. Los clientes raramente aparecían antes de mediodía, y el noventa por ciento se marchaba a eso de las dos y media. El personal de cocina despejaba las mesas y se tomaba su descanso de un cuarto de hora, entre las tres y las cuatro.

—¿Y la salida de incendios? —preguntó Madame Xu.

—Sí, la salida de incendios. Sería la ruta perfecta para un asesino en fuga. Va directa de la cocina a un pasadizo de una planta inferior que conduce al jardín trasero. El asesino pudo haber salido de la cocina y llegado al jardín en menos de un minuto. Salvo por una cosa: que no lo hizo.

Joyce preguntó:

—¿También estaba cerrada esa puerta?

—No. La salida de incendios no estaba cerrada, pero sí conectada a una alarma, como todas las salidas de incendios de ese hotel. No se puede entrar o salir por ellas sin disparar la alarma. Los de seguridad confirmaron que la puerta no había sido forzada, y la alarma no se había disparado. Por consiguiente, el asesino no utilizó esa salida.

Joyce habló farfullando, con la boca ocupada por un bocado de pastel de cebolla delicioso:

—O sea que mató al tipo y luego salió por la cafetería. Oh, lo siento, señor Sinha, no quería salpicarle.

Madame Xu dejó su vaso sobre la mesa con un efectista golpe sordo, manchando el mantel de té *bo lei.*

—Salvo —dijo teatralmente— que no haya salido.

El policía sonrió.

—En efecto. Una clara e inquietante posibilidad que se les ocurrió a los guardias cuando estaban en la cocina. Al fin y al cabo, todo había ocurrido hacía pocos minutos. Pero pensemos en los guardias de seguridad. Sik estuvo montando guardia en la puerta durante esa primera hora, y Shiva y el primero de mis hombres en llegar registraron la cocina a conciencia. No hay muchos sitios donde esconderse en una cocina tan pequeña, y todos se examinaron a fondo. Allí no había nadie.

—¿El conducto del aire acondicionado? —propuso Sinha.

—También se comprobó —dijo Tan—. Demasiado resbaladizo de grasa para salir por él. Y aun en caso de conseguirlo, habría dejado un rastro visible.

—Entonces tuvo que salir por la puerta del comedor —dijo Joyce—. Debió de ser un camarero. ¿No dijo el moribundo que era un camarero?

—¿Cuáles fueron exactamente las últimas palabras de la víctima? —preguntó Madame Xu—. Y ha mencionado que hizo un gesto con la mano. ¿Qué clase de gesto?

—Al parecer dijo: «Ese estúpido camarero», e intentó señalar la zona de los fregaderos, pero para entonces no había nadie en esa parte de la cocina. Y allí tampoco hay ninguna puerta o ventana.

—¿Interrogó a los camareros? —preguntó Madame Xu.

El superintendente se acabó sus verduras color naranja antes de responder.

—Por supuesto. A todos. Pero recuerden que varias personas vieron al chef después de que se marchasen los camareros. Las últimas personas que lo vieron con vida fueron una camarera, un cocinero, y el segundo chef. Ninguno de éstos es técnicamente «camarero». Sin embargo, cuando uno agoniza puede estar un poco confuso y tal vez no acierta con las palabras; estarán de acuerdo, ¿no? Quizá se refería a la camarera o a otro miembro del personal.

—¿Fecha de nacimiento? De la víctima, quiero decir —preguntó Wong.

—Veamos... —Tan rebuscó en sus papeles—. Veinte de septiembre de mil novecientos cincuenta y siete. Nacido en... ah, Sacramento. —Se llevó a la boca un poco de arroz con los palillos y siguió hablando por un costado—. Usted ya sabe cómo actúa la policía. Se investigó todo a conciencia. Todos los interrogados coincidieron en decir que Peter Leuttenberg estaba perfectamente bien la última vez que lo vieron. Por supuesto, el principal sospechoso es la última persona que salió de la cocina. Se trata de un joven llamado Wu Kang, ayudante de chef, fecha de nacimiento nueve de abril de mil novecientos setenta y seis, Singapur. La señorita Chen (la testigo que he mencionado al inicio de mi relato) dijo haber visto entrar a un joven ayudante de cocina mientras ella estaba recogiendo la última mesa, ¿lo recuerdan? Pues ése era Wu. Él dice que sólo estuvo allí unos segundos. Su coartada parece firme, y nos ayuda a fijar cronológicamente los hechos.

»Recordarán también que, según su declaración, Chen fue un momento a la cocina minutos después de haber visto entrar a Wu, y que vio a Leuttenberg con vida y que Wu ya no estaba. La historia de Wu concuerda con la del resto del personal. Dice que salió de la cocina, volvió al poco para recoger su sombrero y se marchó enseguida. Se despidió de Leuttenberg, que estaba preparándose un tiramisú. Recuerda haber visto a la señorita Chen limpiar la mesa cuarenta y tres. En este sentido, todo cuadra.

Sinah preguntó:

—¿Un tiramisú? ¿A las tres de la tarde?

—El señor Leuttenberg solía comer tiramisú cada tarde a esa hora. Nadie le discute a un jefe de cocina sus pequeños caprichos; y también hay otra cosa rara.

—Sí —dijo Wong—. El arma homicida.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Porque no la ha mencionado todavía, por eso.

—Pues acierta usted, Wong, el arma homicida es un factor decisivo.

—¿Qué fue? —preguntó Joyce—. ¿Una sartén, quizá? ¿Una pierna de cordero, como en el cuento?

—No, señorita —dijo el superintendente, y rió—. Yo también he leído a Roald Dahl. Nadie utilizó una pierna de cordero como arma homicida, y tampoco los policías se la comieron después. No pueden comer estando de servicio, ni beber. Esto es Singapur, aquí las normas se cumplen. El arma homicida era un problema. No pudimos encontrarla. Tuvo que ser algo grande y pesado, como una sartén; eso se deducía del estado de la cabeza del muerto. Pero ¿dónde estaba? Registramos la cocina a fondo. Miramos todos los objetos movibles tratando de encontrar pelos o tejido o sangre fresca. Fue difícil, porque los utensilios de cocina siempre están llenos de huellas dactilares y casi siempre tienen fragmentos microscópicos de sangre. En fin, un trabajo arduo que supuso para nuestros mejores hombres muchas horas. No encontramos nada. Ni una salchicha.

—¿Buscaban una salchicha? —preguntó Wong—. ¿Cree que pudo ser una salchicha?

—Una salchicha no —sonrió Joyce—. Es sólo una expresión inglesa. Significa, bueno, cuando un sitio está completamente vacío y allí no hay nada de nada, se dice: «Ni una salchicha.»

—¿Y por qué?

Silencio. Joyce era siempre la primera en hacer apología de la lengua inglesa, pero en este caso no supo qué decir.

Tampoco el superintendente supo qué decir. Removió distraídamente su plato con los palillos.

—La verdad, nunca lo he pensado. Pero es muy raro. —Parecía ligeramente contrariado. Continuó—: En fin, alguien debió de sacar el arma homicida de la cocina, o bien la limpiaron antes de dejarla en su sitio habitual.

—¿Registraron el hotel? —preguntó Wong.

—Hicimos todo lo que se nos ocurrió hacer. Wu, el joven ayudante, había sido visto por varios testigos camino de la cocina principal. No llevaba nada, aunque bien podría haber ocultado algún objeto entre su ropa. Pero no lo bastante grande para causar esas lesiones en la cabeza a Leuttenberg, ¿entiende? Chen estuvo en la cafetería durante todo el almuerzo, hasta el momento en que la interrogamos. En la cafetería no encontramos nada apropiado como arma homicida. Pascal von Berger, el segundo chef que encontró el cadáver, llegó a la cafetería con las manos vacías, y tampoco tenía nada cuando fue interrogado.

Joyce apoyó los codos en la mesa.

—¿No pudo ser algo pequeño pero pesado, como un tubo de plomo, fácil de ocultar? Ya sabe, como aquello de «El Coronel Mustard, en el estudio, con un tubo de plomo». ¿Conoce el juego del Cluedo?

—Sí —dijo el superintendente—. Pero nunca me gustó. Mi padre era coronel. La idea de que alguien con esa graduación pueda ser un asesino siempre me ha disgustado.

Joyce se animó al oír aquello.

—¡Ya lo tengo! ¡Wu o Von Berger pudieron haber escondido el tubo en sus gorros de chef!

—Bonita idea, señorita, si es que se puede llamar bonito a algo que provenga de un asesino. Pero, repito, no pudo ser un pequeño tubo de plomo. Leuttenberg fue golpeado con un objeto lo bastante pesado como para aplastarle parte del cráneo, y al caer chocó contra el suelo con tanta fuerza que el otro lado del cráneo quedó aplastado también. Casi como si hubieran dejado caer un microondas sobre su cabeza desde cierta altura. Lo entiende, ¿no?

—De acuerdo. Bueno, pues así debió de ser —cedió la joven.

—No. Hemos comprobado todos los microondas y objetos semejantes que había en la cocina. Tendrían alguna abolladura si alguien los hubiera dejado caer. Había dos hornos portátiles, y estaban intactos. No los habían movido desde hacía tiempo.

Madame Xu, que estaba barajando unas cartas de adivina, preguntó:

—¿Creyó usted lo que dijo Wu? ¿Dice que dejó al cocinero jefe con vida?

—No veo que Wu tuviera ningún motivo para asesinar a su jefe, y más teniendo en cuenta que fue la última persona que lo vio en la cocina antes de que hallaran el cuerpo. Habría sido una estupidez, aunque ya sé que eso no ha impedido que otros asesinos cometieran crímenes semejantes.

Madame Xu miró su taza.

—Mis cálculos, mis cartas y mis hojas de té, y también mi mente, me dicen una misma cosa: el señor Pascal. Si usted cree que Wu dice la verdad, entonces me parece que Pascal lo tiene todo en su contra.

—Pascal von Berger, el segundo chef, sí. El hombre que encontró el cadáver. El ligón. «Buenas tardes, preciosidad.» Es lo que nos pareció cuando lo estuvimos hablando en comisaría. Von Berger debió de golpear a Leuttenberg y luego fingir que lo había encontrado muerto.

—Sabrán ya con seguridad la hora de la muerte, ¿no? —dijo Sinha—. ¿Los forenses no le han dado una pista en este sentido?

El superintendente torció el gesto al comprobar que su té se había enfriado e hizo señas al camarero para que trajera una tetera nueva.

—Así es, en efecto. La patología forense es una ciencia impresionante, pero no puede fijar la hora de la muerte al minuto. Hay muchos factores que complican la cosa, como el estado del cuerpo y la temperatura de la habitación. Ya sabe, en una cocina hace mucho calor. No suele haber aire acondicionado. La forense calcula que debió de morir unos veinte o treinta minutos antes de que ella lo examinara.

—¿Lo cual significa...?

—Ella lo vio unos trece minutos después de que avisaran a la policía. Eso concuerda con las otras pruebas, porque significa que murió entre el momento en que el resto del personal salió de la cocina y el momento en que Soo Chen lo vio muerto. Esto nos consta. Así pues, el dictamen forense no añadió gran cosa a lo que ya sabíamos.

Wong estaba examinando los planos.

—Disculpe, superintendente. Encuentro que el diseño de la cocina es relevante para el caso que nos ocupa.

—No me extraña —dijo Tan—. Al fin y al cabo, para algo es usted maestro de feng shui.

El geomántico señaló un plano de la cocina.

—Esto es muy interesante. La cocina se encuentra al este del centro del edificio. Que es justo donde debería estar. En términos de feng shui, está extraordinariamente bien diseñada. Es casi perfecta. Las cocinas suelen ser problemáticas desde el punto de vista feng shui, pues están llenas de elementos importantes: grifos de agua, cañerías, ventanas, objetos metálicos, cuchillos. Y, por supuesto, los fogones. Todas cosas importantes. El este es lo mejor, en mi opinión, porque controla el agua. Bien, aquí tenemos la puerta de la cocina, en el lado sur. Las neveras y

los congeladores están alejados, en el noroeste del recinto, aquí. Los hornos en el lado opuesto, el nordeste. El cadáver fue hallado aquí, cerca de las neveras.

—Tiene el plano del revés —observó Joyce—. El norte va arriba.

—¡No! Es el sur lo que va arriba —replicó Wong—. Siempre. Veo que en la escuela ya no les enseñan nada.

Tan dijo:

—Sí, el cadáver estaba donde usted dice, en el suelo. Cuando Von Berger entró, no pudo ver el cuerpo porque estaba tendido en el suelo, y todas estas cosas (encimeras, bancos y demás) le estorbaban la vista.

Wong marcó puntos, con el sur arriba, en el plano.

—El *chi* de agua no combina bien con el *chi* del nordeste, que es la energía de la tierra. Esta combinación origina inestabilidad. Así, no es extraño que el hombre muriera ahí.

Madame Xu mostró su impaciencia chasqueando la lengua.

—Está bien que el asesino escogiera el mejor sitio de la cocina para cometer el crimen, pero ¿nos dice eso quién es el asesino, C. F.?

—No. En absoluto.

Sinah rió.

—Lo que se deduce es que el asesino es usted, C. F., porque era el único que conocía el sitio exacto donde cometer el crimen. ¡Ja, ja!

—No fui yo —dijo Wong—. A esa hora estaba en mi oficina.

—Sí, eso dicen todos —repuso Tan.

—Busquemos vías más provechosas de investigación —dijo Sinha. El indio juntó la yema de los dedos y apoyó en ellas la barbilla—. Dígame, superintendente, ¿cuándo sucedió todo esto? ¿Anteayer?

—Correcto.

—Hace dos días. Dispone de un estrecho círculo de sospechosos. Seguro que con los debidos interrogatorios (incluso utilizando sus suaves métodos respetuosos de la ley, lo que implica no golpear con *lathis,* como se hace en la India), ¿no cree que tarde o temprano alguno de ellos confesará?

El policía pareció decepcionado.

—Eso pensábamos. Pero hemos hablado con las tres personas que vieron a la víctima por última vez y no sacamos nada en limpio. Hablamos con Wu, Von Berger y Chen hasta reventar. Todos se ciñen a sus coartadas e insisten en que son inocentes. No hemos encontrado el menor indicio, la menor pista que seguir. Los camareros que se marcharon antes también tienen coartadas perfectas. Estamos atascados. Necesito que me ayuden a avanzar. ¿Pueden hacerlo o no?

Aquello era un ruego. Requería los más profundos pensamientos místicos. Durante un par de minutos nadie dijo nada. Madame Xu examinó sus cartas y garabateó unos cálculos, mientras Sinah hojeaba un almanaque de cartas astrológicas del año. Wong continuó con sus diagramas *lo shu,* situando a los implicados en el misterio.

Fue Madame Xu quien rompió el silencio.

—Es un problema complicado.

—En efecto —dijo Sinah—. Tenemos un cadáver en una cocina, pero no hay arma homicida ni asesino, ni lugar donde esconderse o por donde salir. La cosa no acaba de encajar.

El superintendente suspiró.

—Es un caso curioso. Pensábamos que ustedes, con sus… insólitos métodos de investigación, podrían revelarnos hechos que el procedimiento policial no es capaz de descubrir.

—Vamos a ver —dijo el astrólogo indio—. Yo tengo una pregunta que hacerle. ¿Cómo supo Von Berger que era un asesinato? Él gritó la palabra «asesinato», pero en ese momento lo único que veía era un cuerpo en el suelo. Podía haber sido un accidente. Leuttenberg podía haberse caído o algo así.

El superintendente cogió su bol de arroz y empezó a comer con brío.

—¿Qué opinan los demás? —farfulló con la boca llena.

—Parece un pequeño y raro detalle no resuelto —opinó Madame Xu—. Cuéntenos esa parte otra vez.

—Cómo no —dijo Tan—. Chen, la camarera, insiste en que oyó a Von Berger (¿quién podía ser, si no?) en la cocina, gritando «asesinato». Pero Von Berger afirma que él sólo boqueó horrorizado y no recuerda haber pronunciado esa palabra.

Sinah dijo:

—Lo tengo. Quizá fue Leuttenberg, quizá fue lo último que dijo el chef antes de que Von Berger le aplastara la cabeza con el microondas o lo

que fuese, y luego lo limpió de sangre y tejido antes de correr a llamar a Chen para que avisara a seguridad....

—Podría ser —dijo Tan—. Pero ¿importa mucho quién dijera «asesinato»? Yo creo que no nos da ninguna nueva pista.

Otra vez silencio.

Wong arrugó el entrecejo.

—¿Quién celebraba una fiesta esa noche en el restaurante?

La pregunta fue inesperada. El superintendente parpadeó y se apresuró a consultar sus notas.

—No se me ocurrió preguntar. Deje que mire. A ver, ha de estar por aquí. Tengo la programación de banquetes. Espere un momento. Sí, aquí está: Eagle Flight Life. Es una compañía de seguros, creo. ¿Qué importancia puede tener?

—Bien —dijo Wong—. El espíritu americano fue arrebatado por un águila. Eso parece que encaja.

—¿Qué le ha entrado, Wong? Se nos está poniendo metafísico, ¿eh? —dijo el superintendente.

—No, no —repuso el geomántico—. Sólo quería señalar el simbolismo. ¿Cuándo fue la última vez que asistió a un banquete de empresa en Singapur que no tuviera un centro de mesa?

Esto interesó a Sinah.

—¿Quiere decir un arreglo floral, algo así? ¿Una estatua, quizá?

—O una escultura de hielo.

—Claro.

—Siempre hay una escultura de hielo. Casi siempre —se corrigió el geomántico—. Grande, pesada, dura. Perfecta para que un hombre fuerte la utilice para aplastar la cabeza de otro. ¿Y después? La mete en el horno caliente. Y cuando alguien va a mirar, ya se ha derretido y el agua evaporado.

El superintendente tomaba notas.

—Me gusta la idea, Wong. Una escultura de hielo.

—Eso tendría sentido —dijo Madame Xu—. Entonces, ¿cree que fue Von Berger? ¿Que lo golpeó con una escultura de hielo que luego metió en el horno y al final gritó asesinato?

—Las esculturas de hielo suelen hacerlas los ayudantes jóvenes de la cocina. Si yo fuera el superintendente, preguntaría al personal sobre los trabajos que ha tenido el señor Wu. Puede que alguno de ellos hiciera esculturas de hielo. O buscar si las hay en los congeladores de la cocina.

—Pero si lo hizo Wu, no habría tenido mucho tiempo. Chen vio a Leuttenberg con vida, y a solas, en la cocina, y Von Berger llegó unos minutos después —dijo el superintendente.

—Sí, pero ¿la camarera vio al jefe de cocina allí? —preguntó Wong y levantó el plano de la cocina—. Dice que le vio sacar algo del congelador. Eso está en el nordeste, al fondo de la cocina. Lejos de la puerta principal. Las puertas de los congeladores abren hacia la izquierda, excepto algunos fabricados en Japón. Las neveras de los hoteles son muy grandes. Si él estaba sacando algo de la nevera, la puerta estaría abierta. Ella no podía verle desde la entrada, situada al sur de la cocina.

—Bueno, quizá vio el gorro alto por encima de la puerta de la nevera —dijo Joyce.

—Quizá vio el gorro, sí. Pero ¿quién lo llevaba puesto? Tal vez no era el jefe de cocina el que estaba sacando algo del congelador. Quizá era Wu Kang, que estaba ordenando las cosas para que nadie reparara en que faltaba la escultura de hielo.

—Podría ser, sí. —El superintendente se irguió en la silla—. Pero ¿cómo pudo salir de la cocina antes de que llegara Von Berger? Sólo transcurrieron dos minutos.

Wong volvió a examinar el plano.

—Creo que la víctima no dijo nada sobre un camarero estúpido. Lo que en realidad dijo fue «camarero tonto». Es un término técnico que se emplea en diseño. Concretamente en diseño de cocinas. Se refiere al ascensor de platos.

—Ascensor de platos. —Madame Xu pareció reflexionar sobre tan extraño concepto.

—En esa cocina no hay ascensor de platos —dijo Tan.

—No, ahora no, pero creo que lo hubo. Detrás de los armarios encima de la zona de lavado. Es muy posible que siga allí. Sin usar. Por ahí escapó.

—¿Cómo diantres ha podido saberlo? —preguntó Sinah.

Madame Xu estaba también perpleja.

—Si ha sido gracias a su feng shui, me retiro de adivina y me apunto a clases de feng shui con usted.

—Bien, no se trata de adivinar —dijo Wong, cruzando los brazos—. Yo hice el estudio de ese hotel cuando lo reformaron hará cosa de cinco años. Por eso la cocina está perfectamente ordenada. ¿No se lo había dicho antes?

—Vaya, vaya. Información privada —dijo la adivina.

—Conocimiento a priori. No es justo —dijo el astrólogo—. Eso no es hacer uso de las artes místicas.

Wong se quedó un tanto azorado.

—El sabio Hsun Tzu dijo: «Deberíamos pensar en el Cielo, pero sin rechazar lo que el hombre puede hacer por sí solo.»

—Yo sigo pensando que fue Von Berger —dijo Madame Xu—. El joven Wu no tenía móvil, pero Von Berger trataba a menudo con el jefe de cocina y posiblemente iba a heredar su puesto.

Esto parecía contradecir la tesis del geomántico, y todos los ojos se posaron en él.

—Siempre queda un pequeño misterio —dijo Wong—. Ayudamos al señor Tan y le damos ideas. Pero no hacemos su trabajo.

Madame Xu se inclinó y dijo:

—Pero Wong, ¿por qué Von Berger gritó «asesinato» antes de saber que se trataba de eso? No había ningún arma a la vista; ¿cómo lo supo? Yo creo que eso lo convierte en sospechoso. Estaba dando falsos indicios.

—No tengo la respuesta —dijo Wong.

—¿Y no pudo ser la víctima quien gritara asesinato? —sugirió Sinah.

—No, creo que no. Cuidado —repuso Wong. Se puso en pie de repente, agarró la sopera y la esgrimió como si se dispusiera a golpear a su ayudante.

—¡Eh, no! —chilló Joyce, levantando los brazos para protegerse—. Pero ¿qué hace?

Wong se detuvo bruscamente y dejó la sopera en la mesa. Luego se sentó. Joyce seguía cubriéndose la cabeza con los brazos, mirándolo boquiabierta por el susto.

—Lo siento. Era una pequeña demostración —dijo el geomántico—. ¿Lo ven? Cuando alguien se ve atacado, exclama «eh» o «no» o «socorro», o sencillamente grita. Nadie grita «asesinato» cuando va a ser agredido, ya que todavía no lo han asesinado.

Joyce bajó los brazos.

—Pues creo que tengo la respuesta a eso. Una vez mi hermana salió con un francés.

—Soy todo oídos —dijo Sinah.

—Ese tipo, Pascal, es suizo, ¿no? La gente dice suizo y uno piensa que hablará en alemán, ¿verdad? Pero él era de Lausana. Eso está en el oeste del país, en el cantón francés.

—¿Y...? —dijo Madame Xu.

—Pascal von Berger no gritó «asesinato». Al ver el cuerpo, la sangre y tal, dijo: *Merde.* Es una palabrota en francés. Los franceses lo dicen constantemente, si algo les causa cólera o sorpresa o lo que sea. Significa «mierda», ya me perdonarán. Para un inglés que no sepa francés, *merde* suena como *murder;* asesinato. O sea que el tipo entró y dijo: «Oh, mierda», bueno, pero en francés.

El superintendente batió palmas.

—Bravo, señorita, buen trabajo. —Y miró a los demás—. Sabía que podía contar con ustedes para desentrañar un poco este misterio. Después de oírlos, tengo la cabeza tan llena de ideas que no voy a esperar la ternera de Sichuan: me marcho inmediatamente a comisaría. Oh, un momento.

El camarero apareció con un plato de oscuros trozos de carne ribeteados de piel de kumquat y lo dejó en el centro de la mesa.

—Creo que la probaré —dijo el superintendente, hundiendo ya sus palillos en el humeante plato.

Al bajar la vista, Joyce reparó en que ella también había vaciado su bol y tenía ganas de repetir.

4 La parte del león

En el siglo IV a. C. hubo un hombre llamado Chuang Tzu. Un día se fue a dormir y tuvo un sueño. Y en ese sueño él era una mariposa. Podía volar. Revoloteaba sobre los arbustos y la hierba y las flores. Era parte del viento y el viento era parte de él. Olvidaba que había sido un hombre. Sólo pensaba en su vida como mariposa.

Entonces despertó. Descubrió que era un hombre. Soy un hombre, dijo, y sólo he sido mariposa en mi sueño. Pero una voz interior le dijo que no. Eres una mariposa que está soñando que es un hombre.

La noche siguiente, el hombre Chuang Tzu se acostó. Sintió que volvía a la vida como la mariposa Chuang Tzu. Pero ¿estaba empezando a soñar o empezando a despertarse?

Y así ocurre contigo, Brizna de Hierba. Tú crees que eres tangible; que lo intangible es una pequeña parte de tu vida. Pero de vez en cuando comprendes la verdad. Eres intangible y lo tangible es sólo una pequeña parte de tu vida.

Destellos de sabiduría oriental, de

C. F. Wong, parte 110

* * *

Winnie Lim le pasó a C. F. Wong el auricular del teléfono.

—Para usted —dijo, y se sopló las uñas, sin duda preocupada porque el acto de coger el teléfono pudiese afear la perfecta capa de emulsión de dos tonos que acababa de aplicarse.

Joyce McQuinnie rió.

—No pongas esa cara de sorpresa. Tiene todo el derecho a recibir alguna que otra llamada en su propia oficina.

El geomántico tardó unos segundos en salir de sus pensamientos. Luego dejó la pluma, sopló sobre la tinta de su diario para secarla y cerró el libro. Exhaló lentamente, como si estuviera expulsando un largo fantasma de lo más profundo de su escuálido tórax. Luego cogió el teléfono.

—*Wai?* ¿Diga?

—Buenos días, C. F. Vaya, parece que ahora tiene secretaria. Toda una novedad. ¿Cómo puede darse esos lujos? Hoy en día, una secretaria cuesta más de tres mil dólares, ¿correcto? —dijo Dilip Sinha.

—Era Winnie Lim. Lleva muchos años trabajando conmigo.

—Oh, así que la señorita Lim sigue ahí. No me había dado cuenta. Entonces, ¿cómo es que casi siempre atiende usted las llamadas?

—Ella recibe más llamadas que yo. Tiene muchas amistades. Le gusta estar de palique todo el día. Mi ayudante es igual. De modo que su teléfono siempre está comunicando. Cuando está comunicando, la llamada pasa a mí. Por eso suelo ser yo quien contesta.

—En realidad se equivoca al decir que Winnie Lim es su secretaria —repuso el astrólogo—. De hecho, su secretario es usted.

Wong meditó la respuesta.

—Sí, es posible. Anoto muchos mensajes para ella.

Sinha soltó un suspiro.

—Vaya, veo que un día de éstos tendré que darle unas lecciones sobre cómo manejar una oficina. Pero pensemos en cosas más alegres. Como trabajo. O, mejor dicho, un trabajo muy bien pagado. Mi querido C. F., ¿qué le parecería un encargo poco habitual y bien remunerado? Usted ya ha probado parques, jardines y campos de golf, ¿verdad?

—Verdad.

—Bien, pues creo que esto aún no lo ha probado: se trata de una selva.

Wong se quedó desconcertado.

—¿Mmm? ¿Me oye, C. F.? ¿Sigue ahí?

—Sí, sí, le oigo. Así que una selva…

—Sí, nunca ha hecho una selva, ¿verdad?

—Tiene razón, pero una selva es un lugar salvaje, no un sitio para personas. Yo practico feng shui yang, que es sólo para lugares donde viven personas.

Notó que Joyce lo miraba, contenta de enterarse de lo que prometía ser una placentera excursión. La joven le concedió el beneficio de sus pensamientos con un susurro teatral:

—¿Una selva? No se lo piense dos veces. —Y levantó ambos pulgares.

Mientras, en su oído Wong oyó la extraña risa entrecortada de Sinha.

—Ah-ah-ah-ah-ah. Espere a que le cuente los detalles. Creo que va a ser divertido. Se trata de una especie de parque; creo que lo llaman parque temático, ya sabe, lo que hace muchos años se llamaba «safari park». Una parte es selva natural y la otra artificial. Han importado varios leones que han costado una fortuna. Lo inauguraron hace tres meses en Sarawak, cerca de donde vive mi tía. Alguien le habló del parque y ella me llamó. Pero creo que lo que ese sitio necesita es que usted les eche una mano.

—¿Va mal el negocio?

—El negocio no va, sin más. Un león devoró a los propietarios.

—Ah. Comprendo. Mala cosa, por cierto.

—En efecto, mala cosa. Sobre todo para los propietarios. ¿Acepta?

—No sé si podré...

—Sí que puede —dijo Joyce—. Yo lo acompaño —añadió, como si su ofrecimiento fuera un valor añadido.

—Déjeme que lo piense —dijo Wong.

—Se lo plantearé de otra manera —repuso el viejo astrólogo—. Es un trabajo urgente, de modo que incluye todos los gastos más la tarifa normal por desplazamiento al extranjero, más un cincuenta por ciento.

Dos días después, tras un intercambio de faxes para asuntos de contrato y una transferencia bancaria, Wong, McQuinnie y Sinha iban en un Proton Saga de alquiler camino de Tambi's Trek, una atracción turística situada a las afueras de Miri. Esta «ciudad petrolera» era una escala obligada en la ruta hacia las zonas más remotas del este de Malasia, según explicó el astrólogo. Si querías ir hacia el interior, remontabas en barco el río Baram. Si querías ir a Lawas o Limbas, necesitabas buen tiempo, un piloto amable y un Twin Otter.

Al principio, Joyce se hizo grandes ilusiones porque el coche alquilado tenía equipo de música de alta fidelidad, pero las horrorizadas quejas de sus compañeros de viaje sobre la música elegida la condenaron al exilio en el asiento trasero con su *discman.*

—Y luego, por supuesto, está el no va más de la aventura, un viaje a Mulu —dijo Sinha—. Pero eso es sólo para los Indiana Jones del grupo. Ah-ah-ah-ah.

—¿Y qué pasa con Mulu? ¿Hay buenas tiendas de discos? Las que yo he visto en Singapur no son *cool.*

—*¿Cool?* —preguntó Sinah.

—No haga preguntas —le aconsejó Wong.

—Hasta donde sé, no hay tiendas de discos de ninguna clase en Mulu.

Joyce se quedó muda.

Haciendo caso omiso de su gesto horrorizado, Sinah continuó:

—En Mulu hay una gruta muy famosa, pero de difícil acceso. Es preciso hacer un largo viaje por río, y cuando éste se vuelve muy estrecho, proseguir en lancha. O en avioneta, pero sólo si los murciélagos no salen de la gruta. Ellos tienen preferencia, sabe.

—Ah. ¿Y qué tiene de interesante esa gruta?

—No es sólo una gruta, sino más bien todo un mundo subterráneo. La sala más grande se conoce como la Cámara de Sarawak. Es muy grande. Dentro cabrían cuarenta aviones. El pasadizo más largo, Clearwater Cave, mide cincuenta y ocho kilómetros. Para que lo entienda, Orchard Road mide apenas dos kilómetros y medio, aunque eso les sorprendería a quienes la recorren a pie de punta a punta, como hago yo, conociendo la importancia de...

—¿Cuarenta aviones? —Joyce estaba pasmada—. ¿Lo han probado?

—No lo sé. Imagino que sí —dijo el astrólogo.

—Guay. ¿Y vamos a ir a esa cueva?

—No. Tambi's Trek es una pequeña atracción para viajeros camino de esas maravillas naturales, o para los que van con niños y no desean llegar hasta la selva virgen. Es perfecto para viajeros perezosos que desean contar que han estado en una jungla de verdad y han visto verdaderos animales salvajes, pero quieren volver la misma noche para tomar una hamburguesa y una Coca-Cola en el hotel. Ya sabe a qué gente me refiero. En este sentido, creo que es una excelente idea y que podría ser un éxito. Siempre y cuando eviten que los leones se coman al personal.

Esta vez era Wong quien iba al volante. Su manera un tanto errática de conducir, aprendida cuando de joven llevaba camiones en Guangdong, daba miedo en Singapur pero parecía adaptarse bien a las caóticas carreteras del este de Malasia. Conducía normalmente por el medio de la calzada. Los grandes haches que de vez en cuando los hacían brincar en sus asientos no parecían preocuparle en absoluto. Se lanzaba sin

temor sobre rebaños de ovejas, sin ocasionar daños a éstas ni al vehículo. Iba mirando el mapa desplegado encima del volante, pues no quería extraviarse.

El sol daba de lleno en las ventanillas, y los lugareños los miraban pasmados, lo mismo que los bueyes de mansos ojos. El aire acondicionado del coche, encendido a plena potencia, no podía competir con el tremendo calor.

Después de una hora de viaje sin incidentes, los pasajeros empezaron a relajarse. Como no era dado a conversar, Wong prefería tener algo en que ocuparse, y declinó todos los ofrecimientos de ser relevado al volante.

Sinha era lo contrario. Repantigado cuan largo era en el asiento del pasajero (que parecía empequeñecerse bajo su peso), hablaba sin cesar sobre personas que había conocido, y parecía capaz de seguir así indefinidamente pese al escaso interés de sus oyentes.

Contó diversas historias. En una ocasión había ido en busca de un levitador que al parecer vivía en la región montañosa cerca de Simia, en el norte de la India. Antes de partir había hecho varias pesquisas, para asegurarse de que el hombre en cuestión desafiaba genuinamente la fuerza de la gravedad, y no era uno de esos yoguis que botan sobre un colchón con las piernas cruzadas mientras sus discípulos fotografían debidamente la escena.

—Se me aseguró repetidas veces que no era un impostor, que se trataba de un verdadero hombre flotante, de modo que me puse en camino e hice el viaje de dieciséis horas en autobús hasta el lugar donde vivía —dijo—. A partir de allí fui preguntando a los lugareños y al final di con alguien que lo conocía personalmente. Se negó a conducirme montaña arriba hasta que le di una gran suma de dinero. Yo, de todos modos, le habría pagado cuando llegáramos, ya que me gusta mostrarme generoso con los pobres del país de mis antepasados. En fin, el hombre quería el dinero por adelantado, de modo que se lo di. Se marchó corriendo a meterlo en el banco, lo que en su caso significaba, sospecho, esconderlo en un agujero debajo de su cama; los pobres son muy previsibles, siento decirlo, y la previsibilidad es uno de los grandes defectos de la raza humana. De hecho, me atrevería a decir que uno de los motivos de que los pobres sean pobres y no dejen de serlo es que se conducen de un modo absolutamente previsible. Sólo el hombre que se libera del sendero trillado tiene la posibilidad de mejorar sus circunstancias. De lo contrario, uno es como un buey arrastrando un arado siempre por el mismo surco, año sí, año no. Uno pensaría que los pobres del norte de la India se darían cuenta de esto, porque justo delante de sus narices tienen el ejemplo de bueyes atrapados todo el año en idénticos surcos, pero...

—¿Y el hombre que levitaba? —intervino Joyce—. ¿No podría volver a él?

—Oh, sí, perdón. Estaba divagando, yéndome por las ramas. Tendrán que perdonarme, pero siempre he sentido inclinación a irme por la tangente. Y no será que se me dé mal divagar. A un tío mío que era político en Uttar Pradesh le pidieron una vez que pronunciara un discurso de diez minutos en acción de gracias antes de una comida. Entre divagaciones y demás, la alocución duró casi una hora y la comida se echó a perder. Los primeros platos estaban ya fríos, y los que estaban por llegar se habían quemado. Sí, sí, el levitador.

Sinah cambió de posición sus largas piernas y pasó un brazo sobre el respaldo del asiento antes de continuar.

—Entré en la profunda cueva iluminada por velas donde se suponía que vivía aquel hombre (mi guía se negó a acompañarme, pues por lo visto nadie podía acercarse al levitador a menos que fuera un acólito que hubiera seguido sus enseñanzas durante años). Bien, me lo encontré sentado a una mesa y me pareció un hombre absolutamente normal. Era una mesa alta, al estilo occidental, y él estaba allí sentado como si se dispusiera a comer el asado de vacuno de los domingos. Nada de eso, por supuesto, porque en la India no se come vacuno, a menos que uno quiera verse en un gran lío como me ocurrió a mí una vez, y es una historia que merece la pena contar. Sucedió cuando yo tenía unos veinte años y acababa de terminar mis estudios superiores. Pero ya lo contaré más tarde, ¿de acuerdo? El levitador, sí. Estaba, como digo, sentado a una mesa, encima de la cual había velas y un altar improvisado con varios dioses. Rezando sus oraciones, sin duda. Tuvimos que probar varios dialectos hasta dar con uno que ambos entendiéramos, y poco después estábamos charlando como amigos de toda la vida. Yo me quedé de pie, haciendo reverencias, mientras él permanecía sentado con las manos juntas. Hablamos de toda clase de cosas, misticismo, líderes religiosos, alimentos preferidos.

»Al final me cansé de tanta cháchara y le pregunté abiertamente acerca de la levitación, y él dijo que sí, que podía hacerlo. Pero cuando le pedí una demostración, cambió de tema. Yo insistí. Él volvió a irse por las ramas y no logré convencerlo de que se alzase del suelo aunque fuera unos milímetros. Se me quedó mirando, sonriente. Y cuando se lo pedí otra vez, de manera más perentoria, me dio esta interesante respuesta, que siempre recordaré: "No se nos concede este don para que hagamos demostraciones, sino para fines elevados." A lo que yo repliqué: "Mostrar su pericia a un viajero a fin de que éste pueda divulgar la noticia entre miles de personas es un fin elevado, ¿no cree?" Y él dijo: "Su idea de fin elevado no coincide con la mía. Un fin elevado puede ser remontarse en el aire para glorificar a los dioses, aunque no haya nadie mirando salvo los dioses mismos. Ése es el más elevado de los fines, porque la gloria es sólo para los dioses."

Sinha se mordió la uña del pulgar y se removió ligeramente en su asiento, haciéndolo crujir horriblemente. Tras una breve pausa, continuó:

—Pensé que escurría el bulto, aunque, por supuesto, no se lo dije. Creí entender que sólo levitaba cuando nadie podía verlo, lo cual significaba que jamás habría una prueba de su don. Con todo, aquel hombre estaba imbuido de una tangible santidad, así que me mostré educado y le di las gracias. «Mi visita ha terminado», dije, hice una reverencia y di media vuelta para marcharme. Ya enfilaba la salida cuando pensé una cosa. Él había dicho que un fin elevado puede ser glorificar a los dioses, y era lo que estaba haciendo en aquel preciso momento, venerando el altar que tenía sobre la mesa. Y de repente pensé... Me encontraba a unos veinte o treinta metros. Giré bruscamente y me agaché un poco para mirar debajo de la mesa. No había ningún taburete ni silla. El hombre estaba sentado sobre el vacío, con las piernas cruzadas y el trasero flotando a casi tres palmos del suelo. ¡Había estado levitando todo el rato! Desanduve mis pasos, pero el hombre dijo: «Su visita ha terminado», y apagó las velas. La gruta quedó en completa oscuridad y no podía ver a un palmo de mis narices. Me quedé quieto y le grité que encendiera alguna luz. Sólo recibí silencio. Di media vuelta y me encaminé hacia la boca de la cueva. Nunca más volví a ver a aquel levitador.

Sinah permaneció callado unos instantes, con la mirada fija en algún punto lejano. Luego continuó:

—Regresar de allí fue otra aventura. Me dije que yo también podía levitar, y decidí probarlo mientras me encontraba en la montaña sagrada, cerca del influjo de aquel santo. Las montañas, por alguna razón, siempre parecen sagradas. Incluso en la Biblia de los cristianos, Moisés y Jesús subieron a sendos montes para ver a su dios. Tiene algo que ver con la idea de grandeza y quietud, algo que se aprecia mejor que en ningún sitio en el Himalaya, cordillera que visité por primera vez cuando tenía nueve años...

Al cabo de media hora, Joyce decidió pasarse a la música. Cada vez que Sinah se volvía para dar énfasis a alguna cosa, ella asentía con gesto de entender. El astrólogo no pareció fijarse en los pequeños cables de auricular que iban de sus orejas a su bolso.

* * *

Las aldeas por las que pasaban eran agotadoramente iguales unas a otras, y los tres se alegraron cuando llegaron a la verja del parque, donde fueron recibidos por un hombre menudo de ojos saltones y cara velluda que respondía al nombre de Icksan Dubeya.

—Suban primero a la casa —les dijo—. Allí conocerán al dueño, Sulim Abeya Tambi. Él les explicará lo que quiere.

—Por favor, ¿qué puesto ocupaban las dos personas fallecidas? —preguntó Wong.

—Estaban en el sendero de la selva. Lo verán más tarde.

—No; me parece que se refiere a qué puesto ocupaban en la empresa —intervino Joyce—. Acaba de decir que vayamos a ver al dueño, pero nuestro contacto en Malasia dijo que los dueños habían sido devorados.

—Sí, eran copropietarios, junto con el señor Tambi. Los que murieron eran el señor y la señora Legge. Eran todos socios, pero los Legge ya no están. Se los comieron los leones. Mala manera de morir. —El hombre sonrió, enseñando una boca de dientes manchados.

—Entonces el señor Tambi es ahora el único dueño del complejo, ¿no es así? —preguntó Joyce, haciendo un poco de chica detective—. O sea, ¿para él es mejor así?, quiero decir, ¿sin que estén los otros de por medio?

—Se puede decir que sí.

El tono de Duyeba le resultó difícil de interpretar. ¿Quería decir que era mejor, o que se podía creer que así era pero incurriendo en un error?

Más difícil todavía era interpretar la expresión de su cara, debido a que sus ojos miraban en direcciones opuestas. Señaló toscamente hacia una bifurcación y les dijo que tomaran el desvío de la izquierda y siguieran los carteles de «Prohibido el paso».

Wong quitó el pie del embrague con demasiada brusquedad y el coche arrancó con una sacudida.

Recorrieron lentamente cuesta arriba un largo camino serpenteante. A la izquierda, un cercado alto separaba un espeso bosque, sin duda la zona de animales. Pasaron por delante de varias edificaciones de mantenimiento —garajes, almacenes, algo que parecía una caballeriza— antes de que la calzada llegara al camino de grava de una casa grande de escasa altura. Era de piedra amarilla, al viejo estilo colonial, pero tenía un aspecto de cubo que delataba sus orígenes más recientes.

El geomántico paseó concienzudamente la mirada por el exterior del edificio. Imitaba las villas de las plantaciones del antiguo Singapur. Estaba asentada sobre pilotes al estilo malayo, pero tenía amplias galerías europeas. Aleros decorados y pérgolas a la manera de Kallang hacían pensar en un arquitecto chino, pero de gustos eclécticos: las ventanas exhibían persianas portuguesas.

Las galerías inferiores estaban provistas de mosquiteras de un tono rosa bastante chillón, actualmente común en aquella parte de Malasia. Sinha rió:

—Está claro que algún científico encontró el color que menos gustaría a los insectos, sin tener en cuenta que los seres humanos podían encontrarlo igual de repugnante.

En el porche los esperaba su anfitrión. Sulim Abeya Tambi era un hombre orondo y sudoroso, con rizos de cabello negrísimo que parecían pegados a un rostro moteado de color marrón oscuro. Vestía prendas blancas de lino, demasiado finas para que lo favorecieran, y su tripa se sacudía en perezosa sincronización con sus andares anadeantes. Era alto, más de dos metros de estatura, y sus manos parecían palas.

—Pasen, pasen, me alegro de que hayan venido. Pasen y pónganse cómodos —dijo efusivamente con un tono fino *y* agudo, pero de acento inesperadamente culto.

Los condujo a un vestíbulo anticuado, con paneles de madera teñida y un barullo de ropa y zapatos sobre una mesa baja. Siguieron hasta una amplia sala, donde Tambi los invitó a tomar asiento en unas butacas de ratán bastante incómodas. Luego se alejó para pedirle a un sirviente que sirviera coco fresco.

—¡Ay! Odio estas butacas —dijo Joyce, tratando de acomodarse—. Tienen unos pinchos que se te clavan en los Levis.

Tras el ajetreo de la llegada, el silencio volvió a la sala. Entonces, los callados sonidos selváticos empezaron a filtrarse desde la galería: ruidos sibilantes, chisporroteos. De vez en cuando algún pájaro emitía su voz, que parecía casi humana. Joyce había apagado el *discman* por educación, pero seguía sonándole una canción en la cabeza. La silenció a fuerza de voluntad y luego salió a la galería. Contempló el mar de verde que se extendía ante ella. En la distancia se oyó una especie de cacareo. La escena tenía un aire hipnótico.

Tres minutos más tarde, su obeso anfitrión volvió y se acomodó augustamente en una silla de mimbre que tenía dos soportes, donde apoyó los tobillos.

—Cuánto me alegro de tenerlos aquí —dijo—. Ha sido un verano horrible y queremos empezar de cero; por eso necesito sus consejos. —Arrugó el entrecejo en una expresión de dolor profundo. Continuó—: Hace tres semanas estábamos a punto de hacer realidad un sueño. Teníamos veinticinco personas en el equipo, y un gran número de animales, incluidos cinco leones. Salían anuncios nuestros en las revistas de todo el país. La prensa estaba ansiosa por ver qué ofrecíamos y las agencias de viajes nos incluían en sus itinerarios. Tambi's Trek iba a convertirse en el hito de toda visita a Malasia.

Sorbió la leche de coco mediante una pajita que se veía ridículamente delgada contra aquel corpachón.

—Y entonces todo empezó a ir mal. —Cerró los ojos y echó la cabeza atrás, como si hablase al techo—. La muerte de mis queridísimos amigos y socios significó el fin de mi sueño. ¿Quién querría venir a un parque de animales donde ni siquiera sus propietarios estaban a salvo? ¿Quién se

acercaría siquiera a semejante lugar? —De repente abrió los ojos y miró alternativamente a sus invitados—. ¿Usted? ¿Usted? ¿Usted, señorita?

—Hombre, yo... —dijo Joyce, preguntándose si debía decir que había hecho algo más que acercarse al lugar.

—Exacto. Usted no vendría. Todos los viajes organizados fueron cancelados; toda la publicidad, retirada. Todo el personal (canallas desagradecidos) huyó, salvo mi primo Dubeya, a quien ya conocen. Así pues, me dispuse a afrontar un largo período de luto y abandoné el proyecto. Estaba destrozado, conocía a Gerry y Martha Legge desde hacía muchos años, y los consideraba mis mejores amigos. Pero luego pensé: No. Voy a intentarlo una vez más. Se lo debo a ellos. Los Legge amaban a los animales, igual que yo. Lo haré, pero no por mí, sino en su memoria.

Se inclinó hacia delante, bajó los pies al suelo y quedó sentado en el borde de la silla. Miró a Wong a los ojos. Los otros observaron inquietos cómo la silla se inclinaba bajo su peso.

—Y eso es lo que les pido. Que este lugar sea seguro. No sólo seguro, sino que también dé sensación de seguridad; que todo aquel que entre en Tambi's Trek sienta que éste es el lugar más seguro del mundo. Que sepan que pueden dejar sueltos a sus hijos y que nada les va a ocurrir. Reorganizar. Rediseñar. Registrar hasta el último rincón de la casa y hasta el último rincón del terreno. No me importa el dinero que cueste. Haré todos los cambios que me sugieran. Tal vez me costará millones, pero cerrar el parque y renunciar a mi proyecto también me costaría millones. —Su expresión volvió a cambiar y pareció suplicar con humildad—: No pido mucho. Solamente un milagro. ¿Podrán hacerlo?

Wong bajó la vista a los documentos que tenía delante y luego miró a Tambi a los ojos:

—Para los milagros hay un recargo del quince por ciento. ¿Le parece bien?

* * *

Wong pasó las cuatro horas siguientes sentado a una enorme mesa de comedor —parecía diseñada para acomodar a unas treinta personas— con su cuaderno de cartas, un plano del parque temático y un mapa de la región. Escribió, garabateó, calculó, trazó cartas en papel de calco, superpuso hojas a más hojas, consultó libros llenos de trigramas, murmurando por lo bajo y tirándose de los pelos de la barbilla.

Joyce vagó por la casa y contempló la selva desde las ventanas. Había aves que cantaban con sonidos extraños y criaturas invisibles que parloteaban, y le pareció oír el rugido de un león. ¡Era todo tan deliciosamente excitante y exótico! Se imaginó siendo una moradora de la selva, recibiendo a un nervioso visitante (Brad Pitt, por ejemplo, no

estaría mal) e impresionándolo con su habilidad para dirigir una casa fabulosa en medio del bosque tropical. Paseó por los pasillos, absorta en sus fantasías. De repente se encontró con Dubeya, que salía de lo que ella había creído una habitación vacía, y se sintió repentinamente asustada. Volvió junto a Wong.

Sinah durmió unas horas en una habitación para invitados y se despertó justo a la hora del té. Bajó a la planta baja con el pelo blanco alborotado y ansioso por tomar un Earl Grey. Llegó en el momento en que Wong ofrecía a su ayudante su exégesis inicial del lugar.

—Hay problemas, eso lo veo. Tenemos demasiada agua en el oeste, muy cerca de las montañas. A esto se lo conoce como «estrella de montaña cayendo en el agua». No es buena señal. Tendremos que arreglarlo.

—Ah,
vale, o sea que vamos a trasladar el lago y la montaña —dijo Joyce—. Bueno. Yo me ocupo de eso y usted se dedica a otra cosa.

—Sería muy difícil trasladar el lago y la montaña —repuso Wong—. Tenemos que compensarlo de otra manera. Pero también hay buenas señales en el mapa. Mire esta sierra. Forma casi una ruta envolvente. Un sendero de afecto. Las carreteras que rodean cosas son buenas. ¿Ve esta línea, cómo abraza esta parte de aquí? Eso significa que Tambi's Trek está situado dentro de la guarida de un dragón. —Acercó el plano del parque temático y luego comparó los dos—. Parece que un brazo de la sierra baja hasta aquí, adentrándose en el parque. Forma una zona elevada y llana. ¿Cómo se dice?

—Una meseta.

—Sí. Bien, esta fuerza buena baja hasta aquí. Pero el viento la dispersa. Necesitamos una extensión de agua para evitarlo. Aquí hay una. Habrá que hacerla un poco más grande hasta que se acerque a la meseta. Les diremos que la ensanchen. O poner una fuente o una cascada. O incluso un grifo. Aquí, en este punto.

Tambi, que se había quedado en el umbral, entró en el comedor y observó los mapas.

—Me fascina que esta parte en concreto le haya parecido interesante. ¿El mapa señala lo que hay debajo? Una vez vinieron unas personas del negocio de la minería, y dijeron que ahí debajo podía haber mineral. ¿Es posible?

—Creo que sí —dijo el geomántico—. Esta forma de las montañas y el agua es muy común como terreno de minerales. Mire. El *chi* de tierra conduce hacia esta parte llana. Luego tenemos el agua, aquí. Esta parte es fuerte, próspera. Pero *chi* tierra y *chi* agua no combinan bien, a menos que entre ellos haya metal. El *chi* tierra daña al *chi* agua. Pero tierra-metal-agua es lo que llamamos «ciclo de control del Cielo

Posterior». Es una zona buena. Es posible que ahí debajo, escondido, haya metal.

—Fascinante —dijo Tambi, secándose las manos sudorosas en su pantalón blanco—. Estoy impaciente por conocer su informe completo.

Tras un examen preliminar de la zona sobre papel, Wong anunció que dedicaría la tarde a hacer un estudio feng shui de la casa, y que el día siguiente recorrerían el parque propiamente dicho.

* * *

Aquella noche, durante una pesada cena en la misma mesa larga, conocieron la lúgubre historia de los Legge.

—Gerald era un hombre encantador. Adoraba los leones, y ellos a él —dijo Tambi.

—Ya, y por eso se lo comieron —dijo Joyce.

—Eso se debió a una interpretación equivocada por parte de Gerald. Los leones, sabe usted (y supongo que los animales en general), actúan por instinto. Hacen lo que están programados para hacer, como los ordenadores. No deciden sobre su conducta.

Hizo una pausa y dio una larga calada a su cigarro puro, una breva más bien húmeda que le costó bastante encender.

—Los leones, no sé si lo sabe —continuó—, no hacen tres comidas diarias como nosotros. Se atiborran de carne un día y pueden pasar los tres o cuatro días siguientes sin comer nada. Son bastante dóciles, sobre todo después de haber comido. Pero no salga del coche cerca de ellos cuando hace días que no comen.

—¿Es eso lo que hizo la desafortunada pareja? —preguntó Sinha—. Vaya. Duele sólo de pensarlo. Un tío abuelo mío fue devorado por uno de los últimos tigres del sur de China. Es una historia bastante buena…

Tambi lo interrumpió.

—Fue de lo más desagradable. Iban solos, por supuesto, de modo que tuvimos que reconstruir los hechos. Creemos que Martha y Gerald entraron en el parque a media mañana, porque se habían enterado de que un ñu cojeaba, y también corría la voz de que había en el recinto un ave de una especie rara, no recuerdo el nombre. Los leones estaban hambrientos y les tocaba comer aquel día. Normalmente no existe peligro, incluso en esas circunstancias, siempre que uno no salga del coche si los leones están cerca. Ellos saben que no pueden hincar sus colmillos en la carrocería. Para los leones, los coches son grandes fieras de metal, no comestibles. Si uno se queda en el coche, no atacan. Nuestros leones están acostumbrados a una rutina: les dejamos la carne

en el suelo y luego los llamamos haciendo sonar varias veces la bocina (han aprendido a identificar ese sonido con el momento de comer). Y nos quedamos en el coche. Eso es crucial.

Se removió en la silla, que crujió ruidosamente, y dio otra calada al cigarro.

—Pero los Legge salieron del coche. A saber por qué. Gerald tenía una milagrosa habilidad para tratar a los leones, literalmente comían de su mano. Yo los he visto coger un pedazo de hígado que él sostenía. Pero salir del coche el día que les tocaba comer, antes de que lo hicieran, fue una gran imprudencia. —Su rostro se descompuso al evocar los hechos y la voz se le quebró—. Por alguna razón que ignoro, Martha y Gerald corrieron el riesgo. Mi primo Dubeya encontró los cuerpos. Había ido a alimentar a los leones un par de horas después de que los Legge fueran vistos por última vez. Encontró su todoterreno en la carretera con las puertas de ambos lados abiertas.

Estiró el brazo para remover una cazuela de fideos. Un aroma acre a chile y hierbaluisa flotó sobre la mesa desde un plato de carne difícil de identificar.

—Los restos de Martha y Gerald estaban esparcidos en un área de muchos metros. No era un espectáculo precisamente agradable. Los leones, verán ustedes, lo primero que buscan son las entrañas. Si alguna vez han visto a un felino grande comerse a otro animal, habrán comprobado que primero le abre el vientre y come las vísceras. Sólo después devora los músculos. Fue una carnicería. —Tuvo un escalofrío —. El personal huyó despavorido, todos menos mi primo. Recoger los restos de los Legge debió de ser una tarea increíblemente horrorosa. Dubeya lo hizo, después, naturalmente, de que acudiera la policía. Los restos los enviaron para la autopsia. Muerte accidental. Ya estaban metidos en sendos ataúdes cuando sus familiares vinieron a enterrarlos.

—¡Jo! —dijo Joyce—. Qué espeluznante.

Tambi asintió.

—Horrible, en efecto. Ahora sólo quedamos Dubeya y yo: dos humanos y cinco leones. Un lugar con más leones que hombres.

El criado, que por lo visto no contaba como ser humano, entró con más platos.

Tambi se dirigió a Joyce:

—Espero que haya traído una cámara, mi querida niña. Verá multitud de pájaros y también una vaca de una especie extraña que sólo se encuentra en esta parte del mundo.

—Qué bien —comentó la joven sin entusiasmo.

—Mañana iremos al parque —dijo Wong—. Espero que ya hayan dado de comer a los leones.

—De hecho, les toca mañana por la noche, pero no se preocupe. Estarán a salvo. Dubeya les acompañará, y puede que yo también. No nos separaremos en ningún momento. Sus vísceras estarán bien protegidas. Bien, ¿quién quiere un poco de hígado de pollo?

A la mañana siguiente, Wong no se presentó a desayunar. El criado le dijo a Tambi que el viejo señor chino se había levantado muy temprano y que luego había estado estudiando la casa por fuera y dibujando planos.

Más tarde, Tambi encontró a Wong trabajando en su dormitorio.

—Me alegro de que se haya tomado su trabajo tan en serio. ¿Qué ha descubierto?

El geomántico sacó una lista que había hecho con diminutos caracteres chinos, finamente trazados.

—Hay pequeños cambios que debería usted introducir en la casa, nada difícil ni caro. El verdadero problema es que la casa es larga y estrecha. Va de sur a norte. Esto significa un desequilibrio en la energía direccional. No llega suficiente del este y el oeste. Pero se puede compensar. Le haré una lista en inglés. Creo que no habrá problema.

—¿Y qué me dice de nuestra pequeña y conflictiva selva?

—Hay un problema de agua y otro de dispersión del chi, pero también tiene solución. El diseño no es adecuado para un parque selvático. Vi una nueva cerca que no aparece en el plano. Al oeste. En este punto. —Se puso en pie y señaló la ventana—. Detrás de esos árboles. Esa cerca no sale en el plano. Y también hay material ahí...

—Ah, sí. Verá, después del fatal incidente hicimos algunos cambios. Hay una zona, digamos, pantanosa que es preciso drenar, así que llevamos equipo adecuado. Fuimos a pedir consejo al *bomoh* local (ya sabe, el hechicero tradicional) y dijo que no pasaba nada si nos comíamos un trocito de selva y la trabajábamos un poco. Aún queda sitio de sobra para los leones.

—Pero comerse esa zona es muy malo —dijo Wong—. Malo para el flujo de energía y malo para el feng shui. Y no debería haber problema de pantano, creo yo. Tal vez es un error.

—Lo arreglaremos. Sólo es una dificultad temporal. Bueno, baje a tomar un té. Tengo entendido que ha desayunado a las cinco y media, hace ya dos horas. Seguro que vuelve a tener hambre o sed.

Mientras descendían la amplia escalinata, Wong señaló el pasillo que había abajo a la izquierda.

—Esa habitación secreta también me ha causado problemas. He malgastado una o dos horas tratando de resolverlo. No sale en el plano de la casa. Muy astuto. Debería usted habérmelo dicho. Pero bueno, imagino que pagará mis servicios, las horas que eso suponga —concluyó Wong, sonriendo.

—¿Qué habitación secreta? —dijo Tambi, visiblemente incómodo.

—La que está entre su cuarto y el del lado oeste.

—Oh. —Más que incómodo—. Es un dispositivo de seguridad. Ahí guardamos dinero y cosas de valor. Hay una caja Inerte para los ingresos, cuando los tengamos, claro. Después de todo, habrá miles de desconocidos rondando por el parque.

—No he visto ninguna caja fuerte ahí dentro —dijo Wong—. Sólo papeles y todo ese material embarrado.

—¿Ha estado dentro? Pero ¿cómo...?

—La puerta estaba cerrada con llave pero he podido abrirla. Espero que no le importe. Me dijo que hiciera un estudio detallado de toda la casa, hasta el último rincón.

—Sí, claro. Naturalmente que no me importa. Sólo me preocupa que la habitación de la caja fuerte sea tan poco segura, eso es todo.

—No he visto ninguna caja fuerte.

—Es que no ha llegado todavía —explicó Tambi—. Bueno, ya es hora de ir a la selva. ¿Por qué no va a buscar a los demás? Creo que aún están en la sala de desayunos. Los veré detrás de la casa dentro de veinte minutos.

Wong lo miró parpadeando y tragó saliva.

—No se apure —dijo Tambi—. Iremos todos juntos.

Tambi guió al grupo de Singapur hacia un lado de la casa, donde el coche de alquiler y el todoterreno aguardaban junto a una cerca alta rematada con alambre de espino.

—Esta entrada es sólo para el personal. Por aquí llegaremos al este del lago más rápido que por el camino normal. Y también nos llevará directamente al lugar donde perecieron mis desafortunados amigos. Dijo usted que quería ver el lugar, ¿no es así, señor Wong? Podrá hacerse una idea del entorno que fue testigo de tan triste incidente. Creo

que ya han limpiado toda la sangre, pero, para mí, la mancha seguirá estando allí toda la vida. Es algo que me será imposible olvidar. —Meneó lentamente la cabeza. De pronto, se animó otra vez y señaló el vehículo de la izquierda—: Ustedes vayan en ése. Dubeya y yo iremos en éste.

—¿Por qué no vamos todos juntos en uno solo? —propuso Wong—. Será mejor si vamos juntos. Así podrá ir respondiendo a mis preguntas.

—¿Está de broma? —dijo Tambi—. Yo no podría entrar en ese coche tan pequeño, con mi tamaño. He hecho adaptar este vehículo especialmente para mí. ¿Ve ese asiento tan grande...? Pero no se preocupe. Nosotros iremos delante, y muy despacio. Es imposible perderse. No hay ningún peligro, eso lo garantiza Tambi's Trek.

—Este coche, el nuestro, ¿cree que podrá pasar por el barro? —preguntó Wong.

—Seguro que sí. Aquí está un poco enfangado, pero en cuanto pasemos esos árboles de allá llegaremos a una buena pista. Descuide, no habrá ningún problema. —Tambi cogió una bolsa oscura—. He traído mi cámara de vídeo. Les regalaré una cinta de recuerdo de su paso por la selva. Es un servicio que pensamos ofrecer a nuestros mejores clientes. —Montó como pudo en el vehículo con ayuda de su primo.

Wong se sentó al volante del Proton y Joyce a su lado, Sinha detrás.

La joven se quejaba del desayuno.

—He llamado a Melissa. Le digo: «Hey, Melissa, a ver si sabes qué he desayunado hoy.» Y ella: «¿Tartaletas de arándano?» Y yo: «Arroz con chile y pescado salado.» Y ella: «Uau. Qué raro.» A ver, no me importa un poco de picante de vez en cuando, pero ¿para desayunar? ¿Quién puede desayunar eso? Le he preguntado al chico si tenían tostadas pero no entendía el inglés.

—Lo que ha tomado se llama *nasi lemak* —dijo Wong—. Buen desayuno malayo. Delicioso.

Dubeya, después de haber incrustado a su primo en la trasera del jeep, se bajó y fue a abrir la doble verja del parque para que pasaran los coches.

El todoterreno trepó limpiamente por un trecho rocoso y enfiló la pista a unos tranquilos quince kilómetros por hora en dirección a un claro.

Al principio, el Proton empezó a dar brincos y sacudidas por la zona de piedras y de barro próxima a la verja, pero Wong consiguió seguir las roderas que dejaba el otro vehículo, y pronto avanzaron en tándem sin

mayores dificultades. Detrás de ellos, las verjas se cerraron automáticamente.

Torciendo a la derecha, pasados unos árboles, encontraron una estrecha pista de cemento, y al poco aumentaban la velocidad a veinte kilómetros por hora.

—Es curioso que Tambi no sepa nombres de animales —dijo el geomántico.

—Sí, yo también me he fijado —dijo el astrólogo—. «Una especie de vaca rara que sólo se encuentra en esta parte del mundo.» Tendría que saber cómo se llama.

—Quizá los zoólogos eran los que murieron y él sólo pone la pasta —opinó Joyce—. Esta guía es fabulosa. —Estaba hojeando la Guía para Visitantes de Tambi's Trek, que los Legge habían elaborado antes de morir—. Hay cuatro o cinco cosas que no me importaría ver. Viene una especie de catálogo. —Siguió mirando el folleto—. Quiero ver los leones, claro. Y luego está el binturong, conocido también como oso-gato. Parece un oso, pero del tamaño de un gato. Luego tenemos que ver el colugo, un lemur volador, que tampoco sé lo que es; parece un cruce de ardilla y murciélago. Después quiero ver un pangolín: «Mamífero provisto de una coraza escamosa, cuando se siente amenazado se ovilla formando una pelota.» Oh, sí, y ésta debe de ser la vaca de la que hablaba Timba, se llama banteng.

Joyce paseó la mirada por los árboles cercanos en busca de animales interesantes, pero sólo se oían sonidos. Los zumbidos y los graznidos se habían acentuado, formando un denso muro acústico. A lo lejos se oyó una especie de grito lastimero.

—Es un pavo real —dijo Wong—. Está en celo.

De repente vieron frente a ellos un destello rojizo, un ave que se cernía sobre el coche y se elevaba hacia la bóveda arbórea. Al instante apareció una segunda ave, siguiendo a la primera a medio metro de distancia, pero Joyce se dio cuenta de que sólo eran las plumas de su larga y fina cola.

—Ave del paraíso —dijo Wong.

—Esto me gusta —dijo Joyce—. Ojalá tuviera una buena cámara con un zoom de ésos. Espero que podamos acercarnos más a los animales.

Se quedó callada cuando entraron en la selva tropical propiamente dicha. En algunos trechos de la pista, las copas de los árboles se unían a ambos lados, formando un túnel de follaje, y las sombras parpadeaban a lo largo del coche. La bóveda de ramas, festoneada de epifitas, daba la sensación de estar engalanada. Setas gigantes brotaban de unos troncos

soportados por raíces grandes como arbotantes. El aire dentro del coche se humedeció y notaron un intenso olor a tierra y vegetación.

Al cabo de diez minutos, acostumbrados ya a la penumbra, empezaron a divisar animales entre el ramaje espeso: faisanes coliblancos, gibones de Borneo, pájaros carpintero ventriblancos, y otras curiosas criaturas trepadoras que ninguno de ellos supo nombrar. Una enorme variedad de grandes mariposas y aves de vivos colores parecía llenar el espacio entre los arbustos y la copa de los árboles.

—Escuchen... ¿Qué es eso? ¿Qué es ese sonido? ¿No oyen nada? —preguntó Sinha.

—¿Qué? ¿Quiere decir leones? ¿Dónde? Yo no veo nada —dijo Joyce.

—No, no. Es un ruido del coche. Ssss, como un globo que se desinfla.

—No oigo nada.

—¿Usted, C. F.?

—No, yo tampoco.

Oyeron cómo Sinha tragaba bruscamente aire en el asiento trasero.

—Wong —dijo—. Wong —repitió con un susurro más agudo.

El maestro de feng shui estaba pendiente de conducir, inclinado sobre el volante como si así pudiera ver mejor.

—Tengo un mal presentimiento —dijo para sí—. Tambi conduce demasiado rápido.

—Joyce —dijo Sinha, más fuerte y con tono perentorio.

—¿Se encuentra bien? —La joven volvió la cabeza. Se fijó en la cara desencajada de Sinha, en sus ojos muy abiertos. Apenas movía los labios.

—Creo que ya sé por qué Martha y Gerald Legge salieron del coche aquel día —dijo en voz queda—. No fue para acariciar los leones, sino porque no estaban solos en el coche. Joyce, no quiero que mueva ni un solo músculo. Mantenga la calma cuando oiga lo que voy a decir. Acabo de reparar en que hay una serpiente grande en el suelo, justo detrás de su asiento. Está enrollada. Ahora mismo tiene la cabeza vuelta hacia mí y me está mirando.

La joven se llevó las manos a la boca.

—Wong, ¿ha oído lo que he dicho? —preguntó el astrólogo.

Wong asintió con la cabeza. Le tenía pánico a las serpientes, y parecía haber dejado de respirar.

—Daré media vuelta y volveremos a la entrada. —El geomántico miró por la ventanilla. En el sendero sólo cabía un vehículo, tendría que meterse en la maleza para girar.

—No —dijo Sinah al punto—. No lo haga. Puede que se enfade si el coche se zarandea. Procure seguir adelante lo mejor posible.

—Pero hay que salir de esta selva. Si no, no podremos abandonar el coche. —Condujo despacio, estirando el cuello mientras trataba de encontrar un trecho llano donde dar la vuelta—. Hay leones hambrientos.

—¡Oooooh! —El gañido fue de Joyce—. ¿Qué está haciendo la serpiente? ¿No podemos sacarla? ¿Todavía está ahí detrás?

—Cuidado, un bache —avisó Wong.

Joyce levantó las piernas cuando el coche brincó ligeramente.

—No le ha gustado —dijo Sinah—. Se ha dado con la cabeza en el asiento. Está mirando hacia donde usted tenía los pies, Joyce. Wong, será mejor que pare lo más despacio posible.

—¡Oooooh! —gritó ella—. ¿No puede hacer algo? Pregúntele a Tambi. Él sabrá cómo librarse de este bicho.

—A menos que la haya metido él aquí —dijo Wong, frenando despacio hasta detenerse—. ¡Uyuyuy!

—Oigan —dijo Sinah—. Tenemos que salir del coche cuanto antes. Esta serpiente es muy peligrosa. Es una cobra real. Y parece que está de mal humor. Creo que tiene dispepsia.

Dubeya se había detenido también, un trecho más adelante. Empezó a hacer sonar el claxon, dos toques cada vez.

—¿Por qué hace eso? —preguntó Joyce, con las piernas todavía en vilo —. No es la hora de comer... ¿o sí?

—No veo que haya sacado carne fresca —dijo Wong, tragando saliva—. Me temo que... la carne somos nosotros.

Tres leones adultos aparecieron entre los arbustos y avanzaron hacia el Proton.

—Oh, ¿por qué vienen hacia aquí? —dijo Joyce.

Con sus músculos marcados bajo la piel tirante, los grandes felinos se acercaron despacio al coche. Eran grandes y pesados, el más corpulento medía unos dos metros de largo. Su cabeza parecía enorme. Uno de ellos llevaba la lengua —una cosa rosada de aspecto rugoso y larga como el brazo de un niño— colgando de la boca.

—Vienen hacia aquí, pero no sé por qué —dijo Wong con voz temblorosa.

Los leones se detuvieron a tres o cuatro metros del coche, mirando con curiosidad a sus ocupantes. Un macho se relamió y volvió la cabeza hacia un lado.

—Madre mía —gimió Joyce.

—Seguramente han rociado nuestro coche con sangre o alguna cosa —susurró Sinha—. O quizá han metido carne cruda en alguna parte.

—¡Por favor, que alguien haga algo! ¿No pueden librarse de esa serpiente? ¿Por qué no llaman a Tambi?

—Está ocupado —dijo Wong, mirando el todoterreno—. Nos está filmando en vídeo.

Se oyó algo que raspaba. La serpiente se movía bajo el asiento de Joyce.

Ella soltó un chillido agudo, como un televisor mal sintonizado.

—La serpiente parece buscar algo —dijo Sinha—. Creo que no le han dado la cena. No podemos quedarnos en el coche. Tenemos que salir de aquí. Está de muy mal humor, lo noto. Entiendo de serpientes.

—¿Y si conduzco muy despacio hasta que salgamos de la selva? —sugirió Wong.

Pero al mirar alrededor, comprendió que no sería posible. El coche de Tambi bloqueaba el camino delante de ellos. El terreno era irregular a ambos lados, y no había modo de dar la vuelta sin que la serpiente resbalara a uno y otro lado.

—Intentaré dar marcha atrás, con mucho cuidado —dijo el geomántico.

—No. Quédese donde está —dijo Sinha—. A ver si se calma. Ahora mismo se está moviendo hacia delante, muy despacio.

Se hizo el silencio en el coche. Uno de los leones rugió apenas, casi como si carraspeara. Oyeron reptar a la cobra. Joyce, que respiraba entrecortadamente como un perro después de una carrera, miró suplicante a Wong. Susurró:

—No me gustan nada, pero que nada, las serpientes. Haga algo. ¡Por favor!

Wong se inclinó hacia su asiento.

—Joyce —le dijo—. Saque esa cosa de su aparatito de música y póngala en el equipo del coche.

—¿Qué? —Joyce metió la mano en su bolso y, tras varios intentos, consiguió sacar un cedé del discman. Luego trató de insertarlo en la ranura, pero el disco se le escapó y cayó al suelo—. ¡Oh, Dios!

—¡Cuidado! Por poco le da en la cabeza —le espetó Sinah.

—¿Tiene otro disco? ¿Uno fuerte, que haga mucho ruido? ¿Gritos, cosas así? —preguntó Wong.

—Sí, sí. Ahora se lo doy. —Sacó otro del bolso y abrió el estuche.

El geomántico alargó el brazo para coger el disco. Luego le dijo a Sinah:

—Esta música me pone nervioso. Creo que a los leones también los pondrá *mm-shu-fook*. Pero la serpiente, no sé. ¿Qué pasará?

—No se preocupe —dijo el astrólogo—. Las serpientes no tienen oído, prácticamente. No como nosotros. Pero perciben los ritmos. Incluso les gustan, creo. Se me ocurre algo. Ponga la música, Wong, lo más fuerte que pueda. Es probable que asuste a los leones, pero creo que tendrá un efecto distinto en la serpiente.

Wong introdujo el disco y bajó las ventanillas unos centímetros.

Joyce se inclinó al frente.

—Ponga la número tres. Apriete ese botón con la flecha y luego pulse el tres. Ésa es muy ruidosa.

—¿Así? —dijo Wong.

—Sí. Eso es el volumen... Déjeme a mí. —Se estiró como pudo, ya que sus piernas seguían en el aire, y giró el volumen al máximo.

Segundos después, el estruendo de una guitarra rockera sacudía el coche, seguido de un grito ultraterreno que duró unos cuatro segundos. A continuación, un explosivo redoble de batería, y finalmente los demás músicos se sumaban al pandemonio. El coche empezó a vibrar con el sonido de apisonadora de la sección rítmica, los gritos y las guitarras distorsionadas.

—¡Bien, bien! —gritó Wong al ver que los sorprendidos leones se alejaban del coche—. ¡A ellos tampoco les va! ¡Tienen buen gusto!

—¡Qué importa eso! ¿Qué está haciendo la serpiente? —aulló Joyce, abrazándose las piernas.

—¡Creo que le gusta! —gritó a su vez Sinah—. ¡Por desgracia se está moviendo hacia usted! ¡Creo que porque tiene un altavoz cerca!

—¡Uaaaaaa! —chilló Joyce al ver por primera vez la cabeza del reptil debajo de sus pies, y subiendo. Rápidamente pasó las piernas hacia el centro del coche, mientras la serpiente se levantaba despacio hacia el lado contrario, acercándose al altavoz que atronaba en la puerta.

—¡Siente el ritmo! —dijo Sinah, y al punto abrió su puerta y saltó del coche. A continuación arrancó la antena del techo y empezó a agitarla dibujando ochos, tratando de captar la atención de la serpiente—. ¡Wong, baje la ventanilla! ¡Y avíseme si vuelven los leones! —gritó.

—¡Tranquilo! —chilló Joyce—. Están muy lejos.

Wong bajó la ventanilla del lado del pasajero.

Finalmente, la antena hipnotizadora atrajo la atención del reptil. Sinah se alejó un poco de la ventanilla de Joyce, para que la serpiente lo siguiera. La cabeza de la cobra imitó el movimiento de la antena, y luego toda ella se fue deslizando por la ventanilla hacia fuera. Joyce dejó de respirar, entre alborozada y aterrorizada, mientras el largo cuerpo del ofidio se escurría.

Wong sentía tal pánico que apenas podía respirar. Tras un minuto eterno, más de media serpiente estaba ya fuera. Mientras tanto, la música seguía atronando el coche.

—¡Wong! —gritó Sinah—. Espere a que salga toda y luego cierre la ventanilla. Hace años que no veo a un encantador de serpientes y jamás habría dicho que me tocaría hacerlo. Vamos, preciosa. Así me gusta. Un poco más. Un poquito más. Sigue, así. Perfecto.

De repente, Joyce se puso rígida y señaló con el dedo. Los leones se acercaban otra vez.

—¡Sinah, los leones! ¡Suba enseguida al coche! —chilló Wong.

—¡Sólo un par de segundos más!

Movía la varilla metálica para atraer a la serpiente, que iba saliendo del coche centímetro a centímetro.

Los leones apretaron el paso. Wong comprendió que no podía esperar más. La serpiente tenía tres cuartas partes fuera del coche, así que pulsó el botón para cerrar la ventanilla. El cristal empezó a subir y la serpiente se revolvió, intentando volver rápidamente al interior del coche.

Joyce gritó al ver que la cobra reculaba a marchas forzadas, imaginando que le caería sobre el regazo. Pero la ventanilla continuó subiendo y atrapó a la serpiente a unos centímetros de su cabeza. El animal se debatió, pero la cabeza quedó definitivamente fuera del coche. Al sentirse estrangulada, la serpiente empezó a sacudirse con violencia y sus coletazos golpearon en los brazos a Joyce, que chilló de nuevo. Sinah montó rápidamente en el coche y cerró la puerta justo cuando los leones daban las últimas zancadas.

A continuación agarró a Joyce por las axilas y, de un fuerte tirón, consiguió hacerla pasar entre los dos asientos delanteros, lejos de los coletazos del reptil. La joven cayó despatarrada en la parte de atrás.

Los leones se quedaron mirando el coche y uno empezó a olfatear la cabeza de la serpiente, de la cual un líquido oscuro resbalaba por el cristal de la ventanilla.

—Bueno, bueno —suspiró Wong tras bajar la música—. Todos a salvo.

—Vamos, muchacha —dijo el viejo astrólogo, y la estrechó para tranquilizarla.

—Perdón —gimió ella. El cuerpo de la serpiente continuaba culebreando atrapado en la ventanilla, hasta que se estremeció y dejó de moverse.

—No tiene por qué pedir perdón —dijo Sinah—. Ha sido muy valiente. Me parece que Wong está más petrificado que usted.

—*Jun hai* —dijo sin resuello el geomántico, mientras hacía girar el coche, apartando a los leones del camino como había hecho el día anterior con las ovejas. El vehículo brincó sobre las roderas y luego quedó enfilado hacia la entrada—. Nos vamos —boqueó—. Creo que es mejor no esperar a que nos paguen. Tendremos que contentarnos con el anticipo.

—Estoy de acuerdo —dijo el indio.

El Proton arrancó hacia la verja, seguido a cierta distancia por el vehículo de Tambi.

—Hemos escapado por los pelos —dijo Sinha, abrazando aún a la temblorosa Joyce—. Y, digo yo, ¿por qué había querido Tambi hacer eso? No lo entiendo. Malo para nosotros, pero también para él. Tres nuevas muertes en el parque serían la peor propaganda, ¿no?

—A él no le interesa ganar dinero con el parque de animales —dijo Wong—. Sólo lo finge, creo, para quedarse con la parte del león, y nunca mejor dicho. Los leones se comen a sus socios y a sus asesores. Así resuelve dos problemas en uno: se libra de ellos y tiene una buena excusa para no continuar con el parque. Cuantas más muertes, mejor. Lo que quiere es excavar el terreno y convertir todo esto en una mina. Hay mucho mineral en el subsuelo.

—Qué canalla.

Joyce sorbió por la nariz y fue serenándose poco a poco.

—Usted que quería ver animales salvajes de cerca… —dijo Sinah.

—Sí —asintió la joven, secándose los ojos e intentando sonreír.

Después de un rato en silencio, el astrólogo, que había dejado de abrazar paternalmente a la joven, volvió la vista atrás.

—El coche de Tambi se ha detenido. ¿Por qué será?

—No estoy seguro —dijo Wong—. Quizá porque esta mañana lo he dejado sin gasolina.

—¿Qué...?

—Con un trozo de manguera que encontré en el garaje. Sólo hay que dar un par de chupadas y luego sale sola.

—Así que ha hecho sifón y les ha vaciado el depósito. Ya me ha parecido esta mañana que el aliento le olía como a alcohol. Muy interesante. ¿Y cómo saldrán de ahí Tambi y su primo?

—Ni idea. Podrían intentarlo a pie. Aunque quizá no sea muy buena idea: los leones todavía no han comido.

El geomántico aminoró la marcha al ver zigzaguear sobre la pista una mariposa rosa. Luego aceleró de nuevo. Miró hacia atrás y le dijo a su joven ayudante:

—¿Sabe una cosa, Joyce? Su música empieza a gustarme un poco.

Wong subió el volumen y el coche volvió a vibrar con aquel rock duro mientras se dirigían hacia las verjas.

5 Propiedades misteriosas

El Lieh-tzu fue escrito en el siglo III a. C. En este libro, Yang Chu dice: «Hay cuatro cosas que no permiten tener paz a la gente.

»La primera es la vida larga; la segunda, la reputación; la tercera, el rango; y la cuarta, la riqueza.

»Los que tienen estas cuatro cosas temen a los fantasmas, temen a los hombres, temen el poder y temen el castigo.»

Brizna de Hierba, las cosas que quieres son las cosas que no quieres.

Escucha la viejísima historia del hombre que sabía lo que quería.

Caminaba un día a la orilla del río cuando vio a un Inmortal.

El hombre sintió mucha curiosidad. Miró a la persona venida del Cielo.

—Supongo que quieres algo especial de mí —dijo el Inmortal.

—Sí —respondió el hombre.

El Inmortal tocó una piedra con el dedo. Se convirtió en oro.

—Puedes cogerla —dijo.

El hombre no se movió.

—¿Quieres algo más? —preguntó el Inmortal.

—Sí —dijo el hombre.

El Inmortal tocó otras tres piedras que había cerca. Se convirtieron en oro.

—Puedes cogerlas —dijo.

Pero el hombre siguió sin moverse.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó el Inmortal—. ¿Qué cosa hay más valiosa que el oro?

El hombre respondió:

—Quiero algo muy corriente.

El Inmortal dijo:

—¿Qué quieres?

El hombre dijo:

—Tu dedo.

Destellos de sabiduría oriental,

de C. F. Wong, parte 112

—Tiene que contestarme una pregunta, Wong-saang —dijo Biltong Au-yeung, acodado en la barandilla del transbordador y alzando la voz para salvar el ruido del viento y las máquinas—. ¿Por qué a todo el mundo le gusta el *Star Ferry* ? ¿Por qué me gusta tanto a mí? Es un barco viejo, desastrado, lento, pequeño, anticuado, y los edificios de la terminal son feos y están atiborrados de gente. Sin embargo, tiene algo... algo casi milagrosamente reconfortante. Incluso en esta ciudad donde todo el mundo va siempre con prisas, prisas, prisas (peor aún que Singapur, ¿no?), la gente hace un esfuerzo especial por realizar un trayecto en el *Star Ferry.* ¿Por qué lo hacemos?

—Sí. Es como mágico, ¿no? —dijo Joyce.

Atardecía en Hong Kong. El barco verde y blanco, en forma de cochinilla, cabeceaba suavemente en su perezoso discurrir por una de las aguas más transitadas del mundo. Sólo estaban a medio camino de Victoria Harbour, pero ya se habían cruzado con una docena de embarcaciones, algunas de las cuales los habían pasado casi rozando.

Tan fascinante era el panorama, que Joyce al final bajó la cámara y simplemente se apoyó en la barandilla de hierro forjado, para contemplarlo todo y dejarse salpicar de vez en cuando. La variedad de embarcaciones era impresionante. Había enormes transatlánticos como rascacielos blancos tumbados de lado; cargueros con sus cubiertas llenas de contenedores multicolores, piezas de jardín de infancia para gigantes; gabarras con grúas que descargaban material de barcos fondeados lejos del puerto central; pequeños remolcadores que arrastraban grandes navíos con lo que parecían cordeles ridículamente finos; viejos juncos chinos con sus cascos extrañamente curvados hacia arriba en cada extremo (Joyce se fijó en que llevaban motor; ninguno tenía aquella romántica vela en forma de murciélago que veías en las revistas ilustradas de Hong Kong); aerodinámicas embarcaciones que surcaban la superficie con un sonido de aviones a reacción; diminutas barcas de remos, en una de las cuales alguien con un sombrero tradicional en forma de cono estaba inclinado sobre la borda, pescando con línea y anzuelo pero sin caña; y también embarcaciones grises de policía, insectos acuáticos con antenas que sobresalían del puente y hombres de uniforme apostados en sus proas.

—No es magia —dijo C. F. Wong—, sino buen feng shui.

—Adelante, ilústrenos, C. F., por favor —dijo Joyce.

—El puerto y el *Star Ferry* son el centro feng shui de Hong Kong. No es el centro del mapa, el centro geográfico, pero sí es el verdadero centro. La isla de Hong Kong, en esta parte, es diez veces más pequeña que la península de Kowloon. Pero la isla de Hong Kong tiene una gran energía chi. Eso compensa el *chi* de Kowloon, que también es muy fuerte. Fíjense en la montaña. La montaña, las estrellas, el agua: todo se combina para que la energía fluya hacia la parte norte de la isla.

Joyce se inclinó sobre la barandilla de la cubierta inferior y vio, detrás de ellos, el Peak, que se erguía como una enorme muralla verde tras los edificios del centro de la isla de Hong Kong.

—Los cinco elementos *chi* están presentes aquí, en este barco —prosiguió el geomántico—. Agua; bajo nuestros pies y alrededor. Madera; el barco mismo está hecho principalmente de madera, bancos de madera y suelos de madera. Metal; la estructura, las máquinas, la chimenea, las barandillas. Fuego; lo hay en el centro del barco y es lo que lo mueve, la mayor parte del día está en línea directa con el sol. Tierra; a ambos lados de nosotros, en el puerto y más allá, hay enormes extensiones de tierra, no sólo llana sino también grandes montañas. Tanta cantidad de energía elemental puede ser mala, pero aquí hay equilibrio. No un equilibrio perfecto, pero sí bastante bueno. Correcto. Por eso muchas personas se sienten vigorizadas a bordo del *Star Ferry.*

Las luces de neón del horizonte urbano de Hong Kong empezaban a parpadear alrededor. Los morados, rojos y amarillos de los neones se reflejaban en franjas alargadas y brillantes en la superficie del agua. Hacia el oeste, las últimas luces del sol poniente se captaban como una miríada de pequeños fuegos anaranjados en la cresta de las olas.

Joyce se sintió dichosa de ser salpicada por el agua que el viento arrastraba. Ya no pensaba que el mundo del feng shui fuera algo impenetrable. Empezaba a darse cuenta de hasta qué punto su propio mundo podía ser realmente grande.

Wong —ya por el *chi* del lugar o porque estaba contento como alguien de vacaciones— estaba de un humor particularmente locuaz. Había comprado un libro de vistas aéreas de la ciudad y estaba señalando factores feng shui a gran escala vistos desde las alturas.

—La isla de Hong Kong es un buen ejemplo de yin y yang, las dos formas básicas de la energía elemental. La parte norte de Hong Kong es muy yang. Ruidosa, bulliciosa, activa, alocada, todo el mundo corriendo a la vez. Luego está esa montaña en el medio. Y la parte sur, que es muy yin. Tranquila, con muchos árboles, apacible, más casas y menos oficinas. Las casas son bajas, hay playas en vez de muelles, todo es muy distinto. Para quien tiene nociones de yin y yang, es algo muy evidente,

pero para un maestro de feng shui es aún más interesante la influencia que ejerce el este y el oeste sobre la isla...

—¿Ha dicho playas? Qué bien. ¿Cuándo iremos? No me vendrían mal un par de días en la playa. Serían las vacaciones perfectas. —Joyce se preguntó cómo serían los chicos de Hong Kong. ¿Cómo se llamaba aquel actor de cine? Fat no sé qué...

—Esto no son vacaciones. Tenemos trabajo. No lo olvide —dijo Wong.

—Trabajo, poco —replicó Joyce—. Sólo vamos a comprar una casa. Y Bill ya sabe cuál es. No nos llevará mucho tiempo, creo yo. ¿Es grande? ¿Tiene jardín?

Biltong Au-yeung, un ejecutivo con gafas de treinta años largos, depositó su acicalado pero un tanto obeso cuerpo en un banco de madera, delante de Wong.

—Déjenme que les hable un poco de esto. Comprar propiedades aquí es diferente de otros países.

Explicó que casi todas las viviendas eran pisos pequeños de edificios altos. Si querías uno recién construido, tenías que mirar en los anuncios de la prensa local para ver qué urbanizaciones se estaban construyendo.

Sacó de su bolsa un periódico doblado y les mostró una página entera de anuncios del día anterior, donde se informaba de un complejo residencial de la zona rural que iba a ser vendido en breve. Se veía una urbanización de edificios altos, con espeso follaje en cada balcón, rodeada de tiendas y jardines. No había otras urbanizaciones cerca. Colinas onduladas rodeaban un lado, y un mar azul y sereno salpicado de blancos barcos de vela se extendía por el otro hasta el horizonte. Era una especie de paraíso de los rascacielos.

—¿Y la dirección? —preguntó Joyce—. Aquí no pone ninguna. ¿Está cerca de ese sitio que había mencionado C. F.?

—Está en el límite de Ma On Shan —respondió Au-yeung—. En Hong Kong no suelen preocuparse por las direcciones. Basta con mencionar la zona y el edificio en cuestión.

—Dragon's Gate Court. Suena bien —dijo la joven—. ¿Y ahora qué? Vayamos a verlo. ¿Tiene la llave? ¿Dónde encontraremos al agente inmobiliario?

—Aquí funciona de otra manera. Hay que ponerse en la cola y dar el nombre. Si la urbanización es muy popular, hacen una especie de sorteo computerizado y luego publican en la prensa los nombres de unos doscientos agraciados.

—¿Puedes ganar el piso por sorteo? ¿Sin tener que pagar?

—No, no. Lo que se gana es el derecho a comprarlo. El precio es el que es. Ahora mismo, el mercado está un poco a la baja, y estos pisos son bastante caros, incluso para lo normal en Hong Kong, de modo que probablemente no hará falta un sorteo. Bastará con presentarse allí mañana por la mañana. Si vienen a mi oficina a las seis y media, creo que será suficiente. ¿Recuerdan cómo llegar hasta allí?

—¿A las seis y media? ¿De la mañana? —Joyce, perpleja, se sintió repentinamente cansada y se sentó.

—Sí. Habrá cola, eso seguro, y el primer autobús a la urbanización sale a las siete menos cuarto. Traigan los pasaportes.

—¿Tan lejos está? ¿Como si fuera otro país?

—No, pero es una medida de seguridad. En Hong Kong, la venta de pisos es algo muy serio. Todo el mundo tiene que aportar la debida identificación.

—Vaya. Las seis y media. Si sólo faltan doce horas y pico... —dijo Joyce, mirando su reloj Swatch—. Y yo tengo al menos diez horas de compras. ¿Podemos ir a tomar el té a la península? —preguntó a Wong.

—Creo que no podemos permitírnoslo.

—Oh, vamos. Póngalo como dietas. ¿Y las compras? ¿Dónde está ese sitio, Chim o como se llame, del que me había hablado, donde tienen bolsos de Prada y las tiendas no cierran hasta las cuatro de la mañana?

—Se llama Tsim Sha Tsui. Estamos atracando ahí.

Wong le susurró a Au-yeung:

—Disculpe a mi ayudante. Hay un dicho en putonghua: ella es un poco *p'ei ch'ien huo,* ¿me entiende? El hombre de Hong Kong sonrió: —*Mingbaak.* Mercancía despilfarradora de dinero. Con una pequeña sacudida, el *Star Ferry* se arrimó al espigón del lado de Kowloon.

A las ocho y cinco de la mañana siguiente, Wong, McQuinnie y Au-yeung formaban parte de una larga cola soñolienta de potenciales compradores que serpenteaba frente a un solar en construcción en Ma On Shan, un barrio semiurbano a media hora en coche del centro de Hong Kong. Los contratistas habían proporcionado transporte gratuito desde los principales centros urbanos hasta la sala de exposiciones donde iba a efectuarse la venta. Au-yeung les había explicado que eso era así en parte por motivos de comodidad, puesto que sólo había una carretera de acceso a la urbanización. Pero añadió que también podía deberse a que elementos mafiosos de la Tríada china, esa sociedad

secreta, trataban a menudo de infiltrarse en ese tipo de ventas. Por eso, cada interesado debía aportar documentos de identificación antes de subir al autobús.

Atontada por lo temprano de la hora y el aburrimiento del trayecto, la mayoría de la gente estaba al principio demasiado sonámbula para hablar. Pero, a medida que fue saliendo el sol, la cola empezó a animarse. Wong estaba como dormido de pie, sus ojos abiertos pero sin ver.

Hubo cierto revuelo poco después de que Au-yeung y sus dos asesores feng shui ocuparan su sitio en la cola. Dos grandes coches oscuros pararon en la carretera delante de la oficina de ventas y se apearon hombres de aspecto duro en traje oscuro, avanzando hacia la cabeza de la cola. Pronto se los vio discutir con los guardias apostados delante de la oficina.

—¿Quiénes son? —preguntó Joyce—. ¿Gente que trata de colarse?

—No lo sé —dijo Au-yeung—. Quizá mafiosos. Como ya he dicho, suelen presentarse en las ventas de pisos para tratar de conseguir los mejores, que luego revenden a un precio mucho más elevado. Pero no puedo saberlo con certeza.

La discusión se acaloró paulatinamente, hasta que los guardias de seguridad tuvieron que pedir ayuda por sus radios. Llegaron más hombres uniformados, y entre todos procedieron a echar de allí a los de traje. Hubo forcejeos y gritos, y el incidente acalló a la gente de la cola durante varios minutos.

La inminencia de un peligro hizo que la joven despertara del todo. Notó que Au-yeung llevaba su maletín sujeto a la muñeca.

—Jolín. Eso que lleva ahí debe de ser muy valioso.

—Así es —dijo el hombre de Hong Kong—. Es mi almuerzo. Una vez me robaron mi *cha siu bau* y desde entonces tomo precauciones.

—¿En serio?

—No; es broma —sonrió él—. En Hong Kong hay que hacer un depósito en efectivo para comprar. En este caso es un millón y medio de dólares de Hong Kong, que equivalen a unos doscientos mil dólares americanos.

—¿Lleva doscientos mil dólares americanos en ese maletín? —se asombró Joyce, incrédula.

—No; llevo lo que se llama una «orden de caja» por esa suma. Funciona como dinero en metálico, pero no pesa tanto. Pero algunos traen billetes

de verdad. Hay personas en Hong Kong que pagan todo en metálico, no sólo el anticipo sino el precio total.

—Uau. Doscientos mil es mucha pasta para una entrada.

Wong añadió:

—Sí, y eso es sólo una décima parte del total. Peor aún que en Singapur. —Meneó la cabeza.

—Ya —suspiró Au-yeung—. Conseguir un buen sitio sale carísimo, pero es importante. Nosotros utilizaremos este piso como, digamos, rampa de lanzamiento para nuestra familia. Mi mujer está embarazada de seis meses, por eso queremos conseguir el mejor sitio.

—Parto a la vista —dijo Wong, sacando del bolsillo un folleto que mostraba un plano del piso—. Tendrá que aprovechar la influencia del este y aligerar la oscuridad del norte. Y solucionar el elemento agua, para que el bebé crezca sano y fuerte.

Au-yeung sonrió.

—Exacto. Bien, cuando nos llegue el turno, nos enseñarán un plano con los pisos aún disponibles, y ustedes me ayudarán a elegir. Sólo te dejan unos minutos para decidir, por eso los necesito a mi lado.

—Este mapa es muy malo. Trae las medidas de cada habitación, pero no su orientación.

—Sí, la información siempre es insuficiente. Sólo te hacen pasar, cogen el dinero y te despiden.

—A mí me suena a cachondeo —dijo Joyce—. Fíjense en la ilustración del anuncio. No se parece en nada a la realidad.

En vez de los elegantes edificios rodeados de vegetación que aparecían en aquélla, no había más que un gran solar polvoriento lleno de bloques a medio construir, algunos de ellos cubiertos por una malla verde. Tampoco los alrededores de la ilustración —campos verdes y mar azul— coincidían con la realidad. La urbanización parecía rodeada de otros grandes solares polvorientos.

—No veo un solo árbol en esa dirección —dijo Joyce—. De hecho, no veo ninguna planta. ¿Y dónde está el mar? Según esta ilustración, se supone que los bloques están en primera línea de mar.

Au-yeung dijo:

—Es lo que llaman licencias de artista. Y los artistas suelen emplearlas con mucha libertad.

—Menuda tomadura de pelo —dijo Joyce.

—Sí, probablemente lo es. Bueno, ¿cómo le va, Wong-saang?

—¿Está seguro de que lo que se vende hoy es la fase uno?

—Sí.

—Entonces compre en el bloque dos o tres, no en el uno. Debería elegir un piso que esté en el ala este, así que lo mejor sería el piso D o el E. Dice que le gustan las alturas, de modo que decida usted mismo la planta, eso no importa. Creo que el bloque dos es mejor que el tres, pero para estar seguro necesito ver un plano más grande.

—En la oficina suelen tenerlos. Los pediremos cuando lleguemos al principio de la cola. Las plantas superiores son las que se venden antes, así que quizá no sea posible.

—Si no puede comprar en una planta alta, le sugiero la quinta. Buen feng shui. La cuarta también es buena.

—¿La cuarta? Yo creía que el cuatro traía mala suerte.

—No, eso son supersticiones de Hong Kong. En el verdadero feng shui, el histórico, el cuatro suele ser un buen número.

—Puede que lo sea, pero mi familia es muy tradicional, muy de aquí. No creo que me dejen comprar nada en una cuarta planta. ¿Qué me dice de las calles?

—Sí. Estoy tratando de imaginármelo, pero con tan escasa información resulta difícil. Sólo hay una carretera cerca. Va hacia el noroeste, pero luego se desvía al nordeste. Hay una calle detrás. Pero no sabría decirle, no han terminado de construirla.

La cola iba avanzando. Justo donde se encontraban había una brecha en la cerca, y Wong asomó la cabeza y vio a un carpintero, blanco de serrín, cepillando una tabla para tapar el boquete. El hombre le gritó algo a otro trabajador, y Wong se sobresaltó al reconocer un acento familiar.

—*Wai. Lei haih Guangzhou-dong-yan, hai-mm-hai-ah?* —dijo.

—*Hai, lei-la* —replicó el hombre con una voz desagradable.

—*Bai Wan ngoh heung-ha* —dijo el geomántico.

El carpintero sonrió.

—*Bai Wan ngoh sek. Ngoh sing So. Ngoh dai-lo Bai Wan ju.*

Au-yeung le dijo a Joyce:

—Son del mismo *heung ha,* la aldea de los ancestros. Wong es de Bai Wan, al nordeste de la ciudad de Guangzhou. En Hong Kong hay mucha gente de Guangzhou; en Singapur creo que menos.

Wong charló animadamente con el carpintero y al final pasó al otro lado de la cerca y continuó haciéndole preguntas.

La cola se movió y Au-yeung y McQuinnie se alejaron de la brecha, perdiendo de vista a Wong.

—¿No le pasará nada? —preguntó Joyce.

—No. Estará en su elemento. Quiero decir... —Au-yeung sonrió con aire culpable—. No pretendo ser grosero ni nada, pero un hombre de esa edad, con sus rasgos, la ropa arrugada, y con ese acento de Guangzhou, es como la mayoría de los inmigrantes ilegales empleados como obreros de la construcción. Pierda cuidado. Además, así podrá echar un vistazo a fondo. Puede que averigüe algo interesante. Mientras no lo arresten...

El ejecutivo de Hong Kong abrió un termo de agua caliente y un bote de fideos instantáneos. Le ofreció a Joyce. El madrugón la había dejado con el estómago revuelto y decidió no comer nada. Au-yeung comió y luego empezó a hacer llamadas telefónicas por el móvil. Parecía tener una lista interminable de gente con quien hablar.

Joyce se aburría. Ojalá hubiese llevado algo para leer. El periódico de Biltong estaba en chino, y sólo se veían fotos de accidentes y ambulancias. Se entretuvo en mirar a la gente de la cola, tratando de adivinar a qué se dedicaban. Justo detrás de ellos había un hombre alto y bien afeitado que no paraba de asomar la cabeza a los costados de la cola. Joyce lo pilló mirándola de arriba abajo con sus ojillos. Seguramente tenía una ocupación infame, como regentar una tienda de vídeos pirata.

Se quedó quieta para disuadirlo, pero dio un respingo cuando el hombre avanzó hasta llegar a tocarla. Enfadada, cambió de sitio con Au-yeung.

Delante de ellos había dos mujeres jóvenes, ambas con gafas, elegantemente vestidas y con idénticos peinados. Vestían trajes de chaqueta, probablemente caros, que resultaban inapropiados en aquel solar polvoriento. Supuso que se dedicaban a comprar pisos como inversión.

—¿Cuánto nos queda de cola? —preguntó cuando llevaban allí casi una hora.

—Probablemente otra hora. Deje que pregunte. —Había varios jóvenes acicalados paseándose arriba y abajo de la cola. Au-yeung paró a uno y habló brevemente con él en cantonés. Luego le dijo a Joyce—: Dice que unos cuarenta minutos.

—¿Quiénes son esos chicos? El de la izquierda es bastante mono. Bueno, quiero decir si a usted le va eso. —Sonrió, un poco arrepentida de su comentario.

—Son gente contratada por la inmobiliaria para labores de organización y seguridad. Siempre hay algún que otro «hombre de confianza» en estas situaciones. Bueno, en mi modesta opinión, casi juraría que son un grupo rival de la Tríada. Pero tienen alguna relación con el contratista y están ayudando a que todo vaya de la mejor manera.

—¿Por qué pasean de un lado a otro?

—Dan información a la gente. Por ejemplo, éste acaba de decirme que los ocho áticos de ambos bloques ya se han vendido. La mayoría de las plantas superiores también, dice. En la planta doce aún queda un piso, orientado al nordeste. Ése podría servirnos, pero si también se vende, no me importa una planta inferior. La quinta mirando al este, como sugería Wong, no estaría mal. Probablemente no hay muchas personas interesadas por esa planta; aún confío en conseguir algo.

Transcurrieron otros veinte minutos sin novedad. Au-yeung y su acompañante estaban ahora a doce puestos de la puerta de la oficina.

—Ya falta poco —dijo él—. ¿Dónde andará Wong? —Empezaba a inquietarse, y volvía la cabeza para ver si divisaba al geomántico.

Los jóvenes de gafas oscuras contaban a la gente desde la puerta avanzando hacia el fondo de la cola, al tiempo que cruzaban palabras con cada posible comprador. Esta vez las conversaciones eran más animadas, y los interesados más próximos a la puerta parecían alegrarse de lo que oían.

Hablaron un momento con las dos mujeres que los precedían y luego con Biltong Au-yeung. El ejecutivo sonrió de oreja a oreja.

El joven que a Joyce le había parecido atractivo se quitó sus gafas oscuras y la miró. Esbozó una sonrisa mostrando un inesperado diente de oro, más propio de una vieja, en su boca joven.

—Hola. ¿Habla chino? —dijo en un inglés precario.

—No, lo siento. ¿Habla usted inglés? —Joyce le dedicó una sonrisa de me-interesas-pero-no-mucho.

—No. —El joven le preguntó algo a Biltong en cantonés.

Au-yeung respondió en la misma lengua y al joven se le borró la sonrisa. Se puso las gafas otra vez y pasó de largo.

Au-yeung le dijo a Joyce:

—Me preguntó si era usted mi novia, aunque no empleó esa palabra. Le dije que era mi segunda cuñada y que iba a casarse la semana que viene con un rico empresario del sector del interiorismo.

—¿Por qué le dijo eso? ¿Es que le gusto, al chico? No tenía por qué desanimarlo. Es guapete.

—Sí, pero, créame, le he hecho un favor. No le conviene mezclarse con gente así.

Joyce se encogió de hombros.

—No sé. En fin. Siempre he soñado con ser la amante de un bandido o un gángster. Aunque, bien pensado, no habría sido muy romántico sin poder entendernos en algún idioma. Pero a quién se le ocurre decirle que me casaba con un interiorista. Vaya una profesión de locas.

—¿Cómo que de locas?

—Sí, es que todos son gays, o casi. Los decoradores. Los gays están bien, pero no puedes casarte con ellos.

—Ah. Bueno, aquí es diferente. Ciertas profesiones están muy relacionadas con la Tríada. Por ejemplo, el interiorismo. Para ser interiorista en Hong Kong hay que ser un tipo duro. Simplemente le transmití que usted pertenecía a alguien más poderoso, pero del mismo ramo que él.

Joyce reflexionó un momento.

—¿Que en Hong Kong los interioristas son tipos duros? Bromea.

—Pues no.

Joyce meneó la cabeza.

—Qué raro. Entonces le habré parecido la amante de un gángster. Qué guay. Por cierto, ¿qué le han dicho?

—Han dicho que quedan veinte pisos en el bloque dos, ocho de ellos en la cuarta planta; la cuarta es siempre la última en venderse aquí en Hong Kong. Calculando el número de personas que tenemos delante, nosotros deberíamos ser los últimos con posibilidades de comprar un

piso del bloque dos que no sea de la cuarta planta. Al parecer, los dos pisos escogidos por Wong aún están disponibles: el E y el D de la quinta planta. La quinta no es muy popular: demasiado baja y demasiado cerca de la funesta cuarta planta. Menos mal que hemos tomado el primer autobús.

Oyeron gruñir al hombre bien afeitado que tenían detrás, después de hablar con aquellos jóvenes.

—Está enfadado —tradujo Au-yeung sin que hiciera falta—. Probablemente tendrá que conformarse con un piso de la cuarta planta, o mirar en el siguiente bloque.

—No lo siento por él —dijo Joyce—. Ha intentado colarse todo el rato. Y no para de mirarme, además. ¿Dónde estará Wong?

Pasaron otros diez minutos hasta que Wong regresó por fin, abriéndose paso con cierta dificultad hasta sus compañeros.

—Me ha costado llegar —dijo—. La gente ha creído que quería saltarme la cola. Vengo del solar. Me han dejado un casco y he podido deambular a mis anchas.

—Colarse está muy mal visto —dijo Au-yeung—. Los británicos nos dejaron un montón de cosas buenas, y algunas malas, y la costumbre de hacer cola ordenadamente es una de las buenas. ¿Ha averiguado algo interesante?

—Sí —dijo Wong—, muchas cosas. Cosas importantes. —Sacó el folleto y lo abrió por el plano del edificio—. Una: este plano está mal hecho. Muy mal hecho. El sur debería estar aquí, no aquí.

—Vaya. ¿Influye esto en sus recomendaciones?

—Sí, mucho.

Repentinamente preocupado, Au-yeung se inclinó para echar una ojeada al mapa.

—Dígamelo pronto, Wong. Estamos casi llegando a la puerta. Sólo tenemos unos minutos para decidir.

—Pero antes, escuche. También he averiguado algunas cosas extrañas. La entrada principal, cuando la terminen, estará situada aquí, mirando al nordeste. Una bonita y amplia verja ornamental. La verja de atrás estará en el sudeste.

—Pero eso ya lo sabíamos, ¿no? —dijo el de Hong Kong.

—Sabíamos que la verja estaba aquí, pero no su orientación. Esto significa que el nombre del complejo está equivocado. Pero So me ha dicho que el maestro de feng shui de esta urbanización fue Pang Si-Jek.

—Espere un poco. ¿Quién es So? —preguntó Joyce.

—El carpintero, su hermano vive en mi pueblo. Pero atienda. Yo conozco bastante bien a Pang Si-Jek y me consta que nunca se habría equivocado con un nombre.

—¿Qué le pasa al nombre?

—Si la entrada principal da al nordeste, el nombre de la urbanización debería ser Tigre. Tiger's Gate Court, si se trata de uno de los animales celestiales. Si no, cualquier nombre vale. Pero no puedes usar animales astrológicos y poner el nombre equivocado. Dragon's Gate Court es un nombre de sudeste. Que es donde está la verja de atrás.

—Habrá sido un descuido —dijo Au-yeung—. Seguro que no es tan grave.

—Pero Pang nunca comete esa clase de errores. Escuche, por favor. So me ha dicho que ayer llegaron nuevos jefes, un nuevo capataz, nuevos trabajadores. Para tener todo esto listo para la venta de hoy. So dice que algo pasa. El capataz habitual no ha venido al trabajo. Los obreros llaman a esto Ma On Shan terreno dos siete seis uno, pero ellos pensaban que se llamaría Blossom Garden. Hasta ayer, cuando el nuevo capataz ordenó que cambiaran el nombre por Dragon's Gate Court. Esos rótulos son todos nuevos.

—Vaya, suena un poco raro. —Au-yeung tenía ahora un tic en el pómulo izquierdo.

—Como que algo raro está pasando, ¿no? —dijo Joyce.

—Tengo más noticias —prosiguió Wong—. La gente que usted decía que eran de la Tríada, esos hombres que llegaron hace rato, los que discutían. Los he visto encerrados en un... ¿cómo se dice? ¿Habitación portátil? ¿Casilla?...

—Caseta de obra —aclaró Joyce.

—Eso. En el lado oeste. Me hice pasar por obrero y hablé con ellos por la ventana. No creo que sean matones mafiosos, algunos incluso son demasiado viejos. Me parece que son los verdaderos propietarios. Y les han quitado los teléfonos móviles.

—¿Los verdaderos propietarios? No entiendo. ¿Qué está pasando aquí? Esto es muy extraño. —El de Hong Kong sacó su móvil, aunque sólo parecía una reacción nerviosa, pues ¿a quién iba a llamar? Cuando ya

lo estaba guardando, volvió a sacarlo—. *Mutyeh si?* ¿Qué pasa? Me tiene usted muy confuso, Wong.

Joyce estaba tratando de comprender.

—¿Quiere decir que los hombres que se presentaron aquí anoche tomaron el solar y le cambiaron el nombre y ahora tratan de vender los pisos? —dijo—. Pero no se puede vender un edificio que no es tuyo. Esos intrusos debieron de ver el anuncio.

—Normalmente los anuncios no llevan direcciones. Además, las... ¿cómo lo ha dicho antes...? ¿Licencias de artista? Esas ilustraciones son todas iguales.

—¿Se puede saber de qué está hablando? —preguntó Au-yeung, azorado.

—Yo creo que sólo quieren el dinero del depósito —dijo Wong—. ¿Cuántas personas cree que hay aquí? Se trata de mucho dinero en efectivo.

Au-yeung fue a responder pero sólo le salió un graznido, como si tuviera la garganta atascada. Carraspeó varias veces.

—*Ngoh mm ji.* No lo sé —dijo al fin—. Hay unos quinientos compradores potenciales, más o menos.

—¿De cuánto es el depósito que piden?

—De un millón y medio de dólares de Hong Kong. Quinientos por uno y medio son... unos setecientos cincuenta millones de dólares de Hong Kong.

—¡Uau! —exclamó Joyce—. Eso es mucho dinero incluso en dinero de verdad.

—Casi cien millones de dólares americanos —dijo el geomántico.

—No está nada mal, para una sola noche de trabajo.

—Está más que bien —dijo Au-yeung, su respiración apresurada como la de un asmático. Comprobó la esposa que sujetaba el maletín a la muñeca y luego se lo llevó al pecho. Estaba sudando—. Tenemos que escapar.

Para entonces, la cola había vuelto a avanzar y se encontraban a unos metros de la puerta de la oficina principal. Vieron un hombre sentado a un escritorio rodeado de guardias y hombres de traje oscuro y gafas de sol.

—Gorilas —murmuró Joyce—. Como en las películas.

El del escritorio atendió a un comprador. Cogió el cheque que éste le tendía y lo dirigió a la mesa siguiente, donde le enseñaron un plano y una lista de apartamentos, y le dieron unos papeles para firmar.

Sacando la cabeza por encima de las mujeres que tenían delante, Au-yeung no perdió de vista el recorrido que hacía el cheque del reciente comprador. Después de meterlo en un sobre, fue llevado a una tercera mesa, donde un hombre lo introdujo en una caja metálica de seguridad que contenía otros muchos cheques similares, además de varios fajos de dinero en efectivo.

Wong estaba hablando con el tipo bien vestido que tenían detrás.

—Ya veo lo que pasa —le dijo Au-yeung a Joyce—. Fíjese, están recogiendo todo el dinero y a continuación se largarán antes de que nadie advierta que están vendiendo propiedades ajenas todavía por terminar. Qué timo. Hay que irse de aquí.

—¿Nos dejarán marchar? ¿Cree que van armados? —susurró Joyce, fijándose en los muchos hombres que había en la oficina, todos con aspecto intimidatorio.

—Wong —dijo Au-yeung, agarrándolo del brazo—. ¿Qué hacemos?

—Irnos tranquilamente —respondió el geomántico, echando a andar—. Le he dicho al hombre de atrás que el apartamento que queríamos ya está vendido. Y que no queremos otro porque el feng shui no es bueno para usted.

El hombre de marras se alegró de ver a Wong, McQuinnie y Au-yeung abandonar la cola, y se adelantó rápidamente, aproximándose más de lo debido a las dos jóvenes de delante.

El joven peripuesto que había hablado con Joyce se les acercó tan pronto abandonaron la cola.

—*Wai. Mut-yeh si?*

—*Ngoh-ge chaang maih-jo* —repuso Wong con expresión dolorida—. *Di-yi-di chaang fung shui mm-ho, ngoh lum. Mo baan faat.*

—Mo ban fat —repitió Joyce, tratando de poner cara de pendenciera, como correspondía a una experimentada chica de gángster.

Con un gesto desdeñoso, el joven los dejó ir. Los tres subieron a un taxi para volver al centro.

—Uf. Menos mal que hemos logrado salir de allí. ¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Joyce cuando el taxi llegaba a la carretera—. ¿No deberíamos avisar a la poli o algo?

—Ya están avisados —dijo Wong—. He llamado por un teléfono que había en las obras.

Al enfilar el camino de Shatin, se cruzaron con tres coches patrulla que torcieron por la vía de acceso a la urbanización, derrapando y rechinando neumáticos en la mejor tradición hollywoodiense.

—¿Cree que los pillarán? —dijo Joyce—. ¿No escaparán por la parte de atrás?

—Sí —dijo Wong—, supongo que lo intentarán. Cogerán el dinero y tratarán de huir por la calle que va hacia el sudeste, en la dirección del dragón. He dicho a la policía que la bloquearan. No creo que haya problema.

Au-yeung iba inmóvil, acunando el maletín en los brazos, pasmado ante el inesperado giro de los acontecimientos.

—Por poco te pierdo, pobrecito —le dijo al maletín, o más bien a sus ahorros.

—¿Significa que al final no va a comprar ningún piso y que podemos irnos de vacaciones? —preguntó Joyce.

Au-yeung, conmocionado, no respondió.

—Creo que sí —dijo Wong—. Me parece que no va a soltar esa cartera durante mucho tiempo.

—Oiga, ¿y no podríamos ir a la playa?

—Sí. Pero antes vayamos a desayunar algo al hotel.

—Creía que era demasiado caro para nosotros.

—Le he vendido nuestro puesto en la cola al tipo de atrás —dijo el geomántico—. Me ha dado tres mil dólares de Hong Kong. Creo que será suficiente.

El taxi aceleró una vez coronada la última colina, y fueron recibidos por hileras y más hileras de rutilantes rascacielos.

6 El fantasma de la máquina

Los sabios de tiempos antiguos cuentan esta historia. Había un pobre sacerdote taoísta que caminaba por senderos entre montañas. Vivía del aire, del agua de río y de lo que le daban.

Un día se encontró con el vendedor de peras de la aldea. El vendedor tenía más de cien peras en su carreta.

—Dame una, por favor —le dijo el sacerdote.

—No. Tienes que pagarla como los demás —respondió el vendedor de peras—. Vete.

Pero el sacerdote no se movió.

El vendedor se enfadó. La gente que estaba cerca de allí dijo:

—Dale una de las pequeñas. O una mala. Así se irá.

El vendedor dijo que no.

Se había formado una muchedumbre.

Llegó el jefe de la aldea, pidió una pera y la pagó. Se la dio al sacerdote. Éste se lo agradeció y dijo:

—Las personas como yo renunciamos a todo. Renunciamos a la vida, a la familia, al dinero, al hogar, a las posesiones. No podemos entender que haya alguien que no renuncie a nada.

La gente le preguntó:

—Es cierto que lo das todo, pero ¿qué obtienes a cambio?

El sacerdote dijo:

—Muchas cosas. Por ejemplo, hermosos perales con cientos de deliciosas peras.

La gente preguntó:

—¿Dónde están?

—Aquí —dijo el sacerdote.

Señaló la pera que sostenía y luego se la comió. Cogió las pepitas y las enterró en el suelo. Pidió un poco de agua y regó el suelo. Surgió un brote que se convirtió en árbol. En las ramas brotaron hojas, y luego peras.

—Tomad. Comed —dijo el sacerdote.

La gente comió las peras. El sacerdote dijo adiós y abandonó la aldea. El árbol se desvaneció. El vendedor de peras miró su carreta: todas sus peras habían desaparecido.

Recuerda pues, Brizna de Hierba: el que posee riquezas suele ser pobre de espíritu. Y el que es pobre en riquezas suele ser rico de espíritu.

Destellos de sabiduría oriental,

de C. F. Wong, parte 116

—Ah, mis rezos han sido escuchados: reunión de los místicos el viernes por la noche. Hace mucho, mucho tiempo que no celebramos una reunión un viernes por la noche. —Madame Xu expresó su regocijo ante sus acompañantes antes de sacar una toallita de su bolso para limpiar la mesa, aplicándola con esmero en la zona delante de ella y de la otra mujer allí presente. Sus esfuerzos no tuvieron un efecto visible en la superficie de la mesa, pero quienes la observaban supusieron que era un gesto simbólico.

—¿Por qué le gusta reunirse un viernes? —preguntó Joyce.

—Verá, querida, la noche del viernes es muy especial en el Sambar —dijo la vieja adivina con aire confidencial, frunciendo sus labios carmesíes para formar un dibujo de líneas que apuntaban a su boca—. Es la noche en que el viejo Uberoi sirve *string hoppers*. El único lugar de Singapur donde los puede encontrar, que yo sepa.

—Ah. —Joyce decidió no preguntar qué eran los *string hoppers,* por no pecar de turista.

Tras un día de viento y lluvia, el atardecer era relativamente fresco en la terraza de aquel restaurante de Serangoon Road. Una semana de tiempo bochornoso y húmedo había convertido a la población en babosas, pero la repentina aparición de nubes a media mañana había ofrecido cierto alivio. No había dejado de llover intermitentemente hasta las seis y media, hora en que un céfiro del nordeste había secado las sillas y mesas a tiempo para la reunión del comité asesor de la Unión de Místicos Industriales de Singapur.

Joyce había llegado temprano para aprovechar al máximo su primera visita a Little India. Se había detenido ante el Templo de las Mil Luces y luego había pasado una hora recorriendo las tiendas de Serangoon

Road. Compró varias prendas del Punjab, un póster donde aparecían obesos actores de Madrás, unos casetes de música tamil y una bolsa entera de bisutería india de latón. Iba muy cargada al terminar las compras, y se alegró de poder dejar las bolsas bajo la mesa del Sambar Coffee House.

De pronto, Madame Xu se empeñó en frotar un círculo oscuro en la mesa, y la joven se preguntó si debía decirle que aquello era un nudo de la madera y que, por tanto, no podría borrarlo como no fuera con una sierra eléctrica.

Finalmente, la adivina renunció por sí misma. Volvió a hurgar en su bolso —uno grande, de piel color vino, con hebillas doradas— y extrajo otra toallita, ésta de franela con motivos florales y perfumada al pachuli. Se la aplicó delicadamente en la frente y el labio superior. El crepúsculo se iba suavizando y un aire caliente llegaba de la cocina del restaurante, cuya puerta estaba abierta. El olor a comino frito invadía la calle.

Alguien accionó un interruptor y un ventilador empezó a girar perezosamente en el techo, originando suaves oleadas de aire tibio. Joyce tuvo la sensación de que alguien le acariciaba la coronilla.

—*Ng, chat, saam, yee, lok, si, baat* —murmuró C. F. para sí, sentado al extremo de la mesa, mientras anotaba números en un diagrama que había traído consigo—. *Yat gau-gau-gau.*

Madame Xu chasqueó la lengua, disgustada.

—¿Tiene tanto trabajo? ¿No puede tomarse un respiro ni siquiera un viernes por la noche, C. F., cuando hay *string hoppers* en el menú?

—Sí, Xu-tai, hoy tengo mucho trabajo. —Su mano parecía vibrar al dibujar diminutos caracteres chinos sobre el plano de una casa.

La adivina dijo a la ayudante del geomántico:

—Mientras esperamos al superintendente, ¿quiere que le lea la mano, querida?

—Puesss... Bueno, vale. Yo... —repuso Joyce, dejando caer las manos sobre el regazo. Miró la calle y de pronto sonrió—. No vamos a tener tiempo. Mire quién viene por ahí.

El superintendente Tan se aproximaba con sus lánguidos andares, las manos hundidas en los bolsillos, cual contrapunto a la proverbial rigidez y rectitud del funcionariado de la ciudad-estado.

—Hola, queridos amigos —dijo al llegar—, me alegro mucho de verlos. Gracias por venir, Madame Xu, C. F., y... señorita Mak... esto...

—Simplemente Jo —le recordó la joven.

—Jo, claro. Nos conocimos la otra vez.

—Para nosotros es un placer —dijo Madame Xu—. Más aún siendo viernes por la noche.

Wong dejó de escribir y recogió sus papeles, produciendo sobre la mesa un ruido como de gato afilándose las uñas.

—¿Y dónde está D. K.? —preguntó el joven oficial—. ¿No ha llegado aún? Vendrá más tarde, ¿no?

—Esta noche no vendrá. Me ha pedido que le transmita sus disculpas —dijo el geomántico—. Estaba muy liado.

—Siéntese, siéntese —dijo Madame Xu.

—No, verán, primero he de preguntar una cosa. Oficialmente, conforme a las normas, no se admiten visitantes en estas reuniones, ¿verdad? Pero usted, C. F., trajo a su ayudante la última vez, y también hoy. Quiero preguntar si yo también puedo traer a alguien esta noche. ¿Sí? No les importa, ¿verdad?

—Bueno, depende —dijo Madame Xu, y se arregló maquinalmente su *cheong-saam,* esa prenda de terciopelo negro veteado de púrpura, azul y rosa, ante la posible presencia de un invitado. Como siempre, la adivina vestía impecablemente—. Si se trata de alguien tan encantador como la señorita Jo, yo no veo inconveniente.

—Es un banquero. Bueno, de la banca privada. Tiene relación con el caso que voy a presentar esta noche, saben.

—¿Han atracado un banco? —preguntó Wong.

—En realidad no... Bueno, no estoy seguro de cómo calificarlo. Los banqueros lo llaman histeria colectiva. Nunca habíamos tenido un caso de histeria colectiva, ¿verdad? Puedo ir a buscarlo ahora. ¿Qué me dicen?

—¿Un caballero de la banca privada? Por mí, adelante —insistió Madame Xu, y los demás asintieron.

Tan se dio la vuelta e hizo señas a un hombre de treinta y pocos años que los miraba con aire incómodo desde lejos. Alto, de piel pálida y pelo rubio, se acercó a paso vivo, deteniéndose súbitamente detrás del policía.

—Haré las presentaciones. Éste es Joseph Sturmer, de la United World Banking Corporation. Madame Xu, la señorita Joyce, el señor C. F. Wong. Bien, siéntese, por favor.

El larguirucho banquero, cuyo aspecto desentonaba con su traje oscuro y su corbata conservadora, se dejó caer con abatimiento en una silla, bajó las manos al regazo y miró alrededor con gesto compungido. Era pecoso como un niño. Joyce lo observó con interés: bonito pelo lacio y nariz griega correcta, pero labios desagradablemente finos y ausencia de mentón. De todos modos, se dijo, era demasiado viejo.

Madame Xu explicó que ya había arreglado el menú con el viejo Uberoi, de manera que los caballeros podían empezar con su historia cuando quisieran.

—Podemos comer y escuchar al mismo tiempo —añadió.

—Entonces vayamos al grano —dijo Tan—. Se trata, como decía usted antes, del atraco a un banco. O tal vez no. ¿Usted qué diría, señor Sturmer?

—Bien, es un misterio. Por eso estamos aquí, ¿no es así? Los del banco no pueden resolverlo.

Joyce advirtió su acento extranjero.

—Hola. Llámeme Jo. ¿Es usted de allá abajo?

—¿Quiere decir australiano? No. De Nueva Zelanda.

La esposa de Uberoi, una voluminosa mujer llamada Nina Chug (Uberoi era delgado como un tallarín), sirvió las bebidas: *lassi* salado para Madame Xu, Wong y Tan, y dulce para los dos *mat sellah.* Se da por supuesto que los occidentales lo prefieren dulce.

Tan rompió el silencio subsiguiente.

—Bien, empecemos. Alguien ha robado el banco de una manera harto curiosa.

—Bueno, es lo que pensamos —precisó Sturmer.

—¿Por qué no nos lo cuenta usted, señor Sturmer? —pidió el geomántico.

—De acuerdo —dijo el neozelandés—. Antes que nada, he de recordarles que es un asunto confidencial. No debe salir de estas cuatro... —Se fijó en que el restaurante sólo tenía tres paredes—. En fin, que es confidencial. Soy el subdirector de la división de banca privada del United World Bank. Esta mañana recibí una llamada de un cliente al que

no le habían tramitado un ingreso de dinero. Solemos recibir quejas de esta índole. Nueve de cada diez se trata de una demora perfectamente normal.

—Si no entiende algo, C. F. —dijo Joyce, visto el acento cerrado de Sturmer—, yo se lo traduzco. Mi hermana salió con un *kiwi* una vez.

Sturmer prosiguió, no sin cautela:

—Le di la excusa de costumbre: «Lo siento, señor Somchai. Para los cheques son siete días laborables, depende del banco del que proceda el dinero, y hasta veintiocho días si está librado en moneda extranjera.» Y es la verdad, pero Somchai no se dio por satisfecho. «Era en efectivo», dijo. «He ingresado dinero en metálico. Debería haber sido registrado inmediatamente. No tiene que comprobar nada, es dinero en efectivo y nada más.» No le faltaba razón. Tuve que enfocarlo de otra manera. «Seguramente se trata de un despiste involuntario», le dije. «Estoy seguro de que si espera a que su banco le pase el estado de cuentas, comprobará que el dinero está allí.» Verán, algunos clientes ingresan dinero y ese mismo día les adeudan una factura o cheque por una suma similar, pero ellos esperan que el saldo de su cuenta se incremente, cuando en realidad todo está correcto. O quizá la esposa saca un reintegro y luego se olvida de decírselo al marido. Son cosas que pasan, absolutamente normales. Bien, al final le dije que podíamos enviarle un estado de cuentas interno.

Joyce reparó en que C. F. Wong escuchaba y observaba con gran concentración, esforzándose por entender. Por alguna razón, el banquero se dirigía a Joyce y toda la historia se la relató a ella. Al principio la joven no se daba cuenta, pero luego se sintió complacida, asintiendo con la cabeza a medida que el otro hablaba. Se preguntó si los demás lo tomarían a mal, dado que ella no pertenecía al grupo de místicos.

—Pero el tipo se puso impertinente. «Señor Sturmer», dijo, «no me tome por un imbécil. No estoy casado y sé exactamente lo que entra y lo que sale de mi cuenta bancaria. Hago balance de mi talonario cada vez que lo utilizo. Y me consta que hace dos días ingresé cinco mil dólares de Singapur y que ahora no están».

Sturmer parecía más relajado. Miró brevemente a Wong y Madame Xu antes de posar de nuevo sus ojos en Joyce. Empezó a gesticular con las manos para expresarse con más soltura.

—De modo que procuré no tomármelo a la tremenda, le dije que ya sabía que se le daban bien los números y que me ocuparía personalmente del asunto. ¿Dónde depositó el dinero? ¿En la oficina principal? ¿La cuarta máquina empezando por la derecha? Bien. Gracias por llamar. Agregué que le telefonearía al cabo de dos horas, que es el procedimiento normal para clientes particulares. ¿Está todo claro, por ahora?

Hizo una pausa y Joyce y Madame Xu asintieron con la cabeza. Wong continuó mirándolo fijamente.

—Bien, en el noventa por ciento de estos casos, es el cliente el que ha cometido algún error de cálculo, así que suelo hacer caso omiso y dejar que se resuelvan solos. Se sorprenderían de saber cuántos multimillonarios hay incapaces de contar hasta diez o de hacer una simple suma. Pero luego mi colega Sarah Remangan, que ocupa la mesa contigua a la mía, me dijo: «Yo he recibido una llamada similar de uno de mis clientes. Ingresó un dinero el martes pasado. Tiene recibo y todo. Pero jura que el dinero no está en su cuenta. Incluso pidió un estado de cuentas que lo ratifica.»

Sturmer hizo una pausa cuando un camarero lo empujó suavemente con el codo mientras disponía los platos en la mesa. Una bandeja con cinco *masala dosas* llegó un momento después.

—Continúe —dijo Madame Xu, empezando a repartir las crepes de patata al curry, sirviendo primero a Sturmer—. Entonces se dio cuenta de que algo pasaba, ¿verdad?

—No, no en ese momento —dijo Sturmer—. Verán, todo el sistema está informatizado. No puede fallar. Siempre resulta que la gente gasta demasiado y no sabe en qué se le ha ido el dinero. Es propio de la naturaleza humana. Pero luego sonó el teléfono de Sarah y era otro cliente con el mismo problema. Lo supe por lo que Sarah le decía. Probablemente fue entonces cuando comprendí que había motivos de preocupación. Tres quejas similares, una detrás de otra. Algo iba mal.

—¿Un virus informático, quizá? —aventuró Joyce.

—Imposible. Los ordenadores del banco están programados para hacer sólo dos cosas: o lo hacen bien, o se cuelgan. No hay término medio. No se equivocan con las operaciones. Si funcionan, es que funcionan bien. Todos los sistemas informáticos de los bancos están basados en este principio, al menos que yo sepa. En fin, telefoneé a varias personas. Llamé a mi supervisor, claro está, y me dijo que informara inmediatamente al departamento de informática y al de seguridad. Esto ocurría sobre las diez de esta mañana. —Se mesó el pelo—. En las dos horas siguientes no dejamos de recibir quejas de clientes. Un equipo de seguridad de alto nivel inició una investigación. A eso del mediodía nos dieron sus primeras impresiones. Todos los cheques pasados por el ordenador del banco eran correctos. No había ningún indicio de que algo funcionara mal.

El banquero hizo una pausa, visiblemente perplejo, y luego continuó:

—Era muy raro. Como una alucinación colectiva. Según nuestros archivos, ninguno de esos depósitos en efectivo había sido ingresado en

el banco, y todos los ordenadores funcionaban a la perfección. Un misterio absoluto.

—¿Pudo tratarse, como usted dice, de una alucinación colectiva? —preguntó Madame Xu—. ¿Tal vez... deliberada?

—Es la respuesta que le gustaría al banco —dijo Sturmer—. Pero, entre nosotros, no lo creo. Esos clientes no se conocen entre sí, y son demasiados como para haber organizado un timo. Algunos son clientes de toda la vida. Uno de los afectados es la sobrina de uno de los directores.

Hizo una nueva pausa mientras la señora Chung servía platos de *idli y uttapum.* Madame Xu le recordó los *hoppers.*

—¿Y no tienen, no sé, cámaras de seguridad y tal? —preguntó Joyce.

—Sí. Ésa fue la siguiente área de investigación. Averiguamos que todos los afectados habían ingresado dinero en metálico, en cajeros automáticos del vestíbulo de la oficina central, que está abierto las veinticuatro horas. Tenemos allí cámaras de seguridad que toman fotografías cada cinco segundos. Las cintas de vídeo han confirmado que los clientes afectados utilizaron los cajeros, tal como ellos afirman.

—Háblenos de ese vestíbulo, por favor —dijo Wong.

—Se trata de un recinto grande y cuadrado, situado en el lado norte del edificio. El equipo de investigación verificó los cajeros. Hay tres máquinas en cada lado, empotradas en las paredes este y oeste, y otras seis autónomas al fondo, más otras dos en la pared de la puerta principal. Todas las máquinas funcionaban perfectamente. Eran máquinas debidamente conectadas al banco con sus cables y demás. No parecía que nadie hubiera tocado nada. En los vídeos se veía a los técnicos de la entidad entrando en el edificio varias veces durante esas dos semanas. En cuatro casos fue para hacer ajustes en los cajeros empotrados. En otros dos, los operarios vinieron a instalar cajeros autónomos, y una sola vez para retirar una máquina defectuosa. Luego el equipo de limpieza, que va dos veces al día. Todo parecía estar en orden.

La señora Chug les llevó una bandeja de *aloo gobi.* Madame Xu se la cogió de las manos y empezó a repartir entre los comensales, empezando por el banquero, luego los dos hombres, y por último Joyce.

—Bueno, eso es todo lo que sabemos —dijo Sturmer, la frente arrugada —. La gente ingresó el dinero, o se figuró que lo hacía, y el dinero se esfumó. Estoy hablando de cientos de miles de dólares de Singapur, quizá un millón o más. No lo sabemos. Y no sabemos cuándo se acabarán las quejas.

—¿Contaron ustedes los cajeros? —dijo Joyce—. Perdón, ¿ha sido una pregunta tonta?

—Estaban todos los que tenían que estar. Y todos funcionaban perfectamente.

—Ahora deje de hablar y coma —le dijo Madame Xu. Parecía dispuesta a hacerle de madre al banquero—. Ha llegado el momento de comer y pensar. Tenga. —Cogió un plato de pakora y se lo acercó con gesto perentorio.

—Gracias, pero no tengo mucho apetito...

—Coma. Le revitalizará el cerebro y lo ayudará a resolver el problema. Es preciso que coma.

Sturmer se sirvió una ración minúscula y los otros empezaron también a servirse, a sí mismos y a los demás.

Joyce sintió pena por el neozelandés, al que se veía tan abatido como si acabara de extraviar un billete de lotería ganador.

—Pruebe un poco de esto —le dijo, poniéndole en el plato una generosa ración de lima encurtida—. Le dará un subidón. Debe de estar en estado de shock.

—Sí. Sobre todo desde que el director general me ha encargado resolver el problema. Lo peor es que no tenemos ni idea de hasta qué punto es grave. Nos preocupa que mucha gente no sepa que ha sido víctima de ello hasta que reciba el extracto de su cuenta a final de mes.

—Pistas —dijo Madame Xu—. Tendrá usted alguna pista, ¿no, superintendente Tan?

El policía, que estaba convirtiendo su plato en una cordillera del Himalaya, dejó su cuchara y se puso el maletín en el regazo.

—Quizá —dijo—. En las declaraciones que recogimos esta tarde, hay algunos puntos interesantes. Aquí las traigo. Es demasiado largo para dárselo a leer a cada uno de ustedes, pero he anotado las principales discrepancias. Veamos.

Sacó unas hojas con membrete de la policía, escritas con su caligrafía de telaraña, y empezó a descifrar los garabatos:

—Dos clientes dicen haber ido al banco el lunes por la larde, pero las cámaras demuestran que lo hicieron en otro momento, uno de ellos el lunes a mediodía y el otro el martes por la tarde. Ambos tienen más de cincuenta años, de modo que podría tratarse de un despiste, ya saben lo que pasa con la gente mayor. Sin ánimo de ofender, ¿eh, Madame Xu,

señor Wong? —Volvió a consultar los papeles—. Bien, la mayoría asegura que utilizó una de las máquinas autónomas del lado derecho; dos creen recordar que usaron un cajero de la izquierda, y tres no recuerdan con claridad cuál utilizaron. Varios dijeron haber utilizado «el cajero de depósitos», aunque no existe tal cosa pues todas las máquinas, salvo el lector de saldo, ofrecen servicio de reintegro e ingreso.

El superintendente bizqueó un poco y luego giró el papel para leer algo escrito de lado.

—Déjenme ver... Ah, sí. Un hombre asegura que sacó una suma excesiva, que cambió de parecer y que luego hizo cola para volver a ingresar la mayor parte. Está convencido de que lo hizo, pero en su estado de cuenta sólo consta el reintegro, no el ingreso. No recordaba qué cajero o cajeros utilizó, pero dice que normalmente lo hace en uno de los empotrados.

—No nos ha dado suficiente información sobre ese vestíbulo —dijo Wong, masticando un bocado de *masala dosa.*

—Sabía que me lo pediría, C. F. Tenga, le he traído un plano de planta. Le encantan los planos, ¿eh? El vestíbulo, que no cierra nunca, es ligeramente más estrecho al fondo que en la entrada. Las puertas están al este del edificio pero abren hacia el sur, ya que son de doble hoja y de poco recorrido. Dos implicados a los que hemos llevado allí esta tarde han señalado este cajero de aquí como el que utilizaron para hacer sus depósitos.

—El del lado este —dijo Wong.

—Correcto, C. F.

Sturmer contempló su comida, demasiado inquieto para sentir el menor apetito. Luego miró a los místicos, que parecían muy satisfechos con sus respectivos platos.

—Bien, creo que eso es todo —dijo—. ¿A alguien se le ocurre algo? De lo contrario, me marcho. No tengo tiempo de quedarme a comer. Como he dicho, soy el responsable de arreglar este desastre.

—Es evidente que alguien colocó un cajero falso —dijo Madame Xu—. Imagino que, vestidos con unos sobretodos con el logotipo del World United Bank, instalaron su propio cajero en una esquina. Tendrá que comprobar a esos operarios que aparecen en los vídeos entrando y sacando aparatos. Si usted lo desea, puedo ver esas cintas y tratar de identificar a los malos por medios paranormales.

El banquero frunció el entrecejo y repuso:

—Sí, se nos había ocurrido, quiero decir lo del cajero falso, y ya hemos enviado gente para que localicen a todo el personal técnico que trabajó estas dos últimas semanas. Eso llevará algún tiempo. Un posible error por nuestra parte fue que las dos cámaras de seguridad no abarcan toda la sala. Están enfocadas hacia la puerta de entrada, más que hacia la parte del fondo.

Joyce preguntó:

—¿Por qué no hay cámaras que enfoquen a la gente en el momento de utilizar los cajeros?

—En cierto sentido, las hay. Cada máquina fotografía de cerca a la persona que la utiliza. No se le ocurra hurgarse la nariz mientras saca dinero de un cajero automático, señorita. Bueno, no estoy insinuando que haga tal cosa. Lógicamente, a lo largo de una semana acaba habiendo cientos de fotografías. Tenemos gente investigando eso, pero de momento nadie ha notado nada extraño.

Empezaban a contagiarse todos de su desdicha, y durante un rato sólo hubo silencio (si es que puede usarse este término en medio de un restaurante de Serangoon Road un viernes por la noche). Finalmente, el banquero dijo:

—También nosotros nos preguntamos si alguien habría colocado un cajero falso; pero sería difícil de instalar, y de una gran audacia.

Madame Xu asintió con la cabeza.

—En efecto, sería muy arriesgado. La probabilidad de que los maleantes perdieran su botín y su caro aparato sería muy elevada.

El superintendente pinchó un *pakora* e intervino:

—Además, no les saldría a cuenta procurarse un aparato tan grande para conseguir una suma tan pequeña, ¿no? No sé ustedes, pero yo nunca meto dinero en esos cajeros, sólo los uso para sacar, ¿verdad o no?

—Verdad —dijo Madame Xu—. Yo jamás he ingresado dinero en una de esas máquinas. Sólo lo he sacado, y eso cuando mi pequeña Amy está allí para recordarme el número secreto y decirme qué botones apretar.

El policía se retrepó en su silla, hizo una mueca y se escarbó los dientes antes de hablar de nuevo:

—¿No podría ser que alguien, quizá un banco rival, se hubiera apoderado de un cajero automático y lo hubiera reprogramado no sé cómo, antes de instalarlo en el United World Bank? Haría falta un

superexperto en informática, contabilidad y a saber qué más. Debe de haber pocos...

—Exacto —concedió Madame Xu—. Criminales de alta tecnología.

—Bobadas.

Todos volvieron la cabeza. El desdeñoso comentario procedía de Joyce McQuinnie.

—No haría falta ningún experto —dijo—. Cualquier bobo con conocimientos de programación podría hacerlo. Hasta yo misma, y eso que en informática siempre sacaba insuficientes.

—Continúe, por favor —pidió Tan.

—No haría falta material sofisticado, ni nada, sólo un PC rápido —dijo la joven—. Yo creo que el ordenador de mi hermano, un clónico de ciento sesenta y seis megas, podría servir. Sólo hay que programarlo para que te dé una típica pantalla de escritorio con instrucciones sobre cómo meter el dinero por una ranura y anotar la cifra del ingreso. Y hace falta también una impresora, para que al clicar *enter,* la impresora produzca una especie de comprobante del depósito. Y ya está. Pan comido.

—¿La impresora saca pan? —preguntó Wong.

—No, pan no. Un papel.

—Pero ¿no acaba de decir pan comido?

—Me refería a... bueno, vale. Quería decir un papel.

—¿Y los otros detalles? —preguntó Madame Xu—. Ya saben, en los comprobantes también viene la hora y la fecha de la transacción...

—La fecha y la hora se añadirían automáticamente. Muchos ordenadores ya lo hacen cuando imprimes algo. Está tirado.

El banquero asintió con la cabeza.

—La chica tiene razón. Si sólo fuera una pantalla que pregunta cuánto vas a ingresar, en vez de un servicio completo de cajero automático, sería fácil hacer una reproducción idéntica en un ordenador corriente. Cualquier chaval podría hacerlo.

—Vaya, pues muchas gracias, Joyce —dijo el superintendente—. Ha sido de gran ayuda. Ojalá entendiera yo algo de ordenadores. Tengo un sobrino al que se le dan muy bien. Parece que los únicos que entienden

de eso son los jóvenes. En fin, de modo que lograr que un ordenador imprima un recibo no es difícil. Y luego ¿qué?

—Pero nadie ha respondido a su pregunta de antes —observó la adivina —. ¿Merecía la pena? ¿La gente ingresa dinero en esas máquinas? Señor Sturmer, usted debe de saber la respuesta.

—Tiene usted toda la razón, señora —dijo el banquero—. La mayoría de la gente utiliza los cajeros automáticos para sacar fondos. El porcentaje de quienes ingresan dinero es bastante bajo, en comparación. Por lo que respecta al vestíbulo que nos ocupa, hay más o menos un setenta por ciento de reintegros y un diez por ciento de depósitos; el veinte por ciento restante son transferencias, balances y otros servicios.

Wong se inclinó sobre la mesa.

—Eso no es problema.

—Hable —dijo Tan.

—¿Quieres atraer dinero a una nueva empresa? No es difícil. La máquina nueva la colocaron en el este. El vestíbulo no está excesivamente lleno de máquinas. Podrían haberla puesto en diversos lugares. La mayoría de la gente habría pasado de largo si estuviera cerca de la entrada, pero la colocaron en el lado este. Los motivos son obvios.

Hizo una pausa. En el silencio que siguió, Madame Xu se lo quedó mirando con la cuchara a medio camino de la boca.

—No para mí —dijo el superintendente.

—Los símbolos del trigrama del este son la floración, el verde de la hierba y el amanecer. Allí es donde se encuentran las fuerzas del nacimiento y el crecimiento: la ubicación perfecta para un nuevo negocio. Quien puso la máquina trucada allí, sabía algo de feng shui. Claro que también pudo ser un golpe de suerte.

Madame Xu no lo veía claro.

—De acuerdo, el lado este del vestíbulo es mejor desde el punto de vista feng shui, pero eso no responde la pregunta: ¿por qué la gente ingresaba allí dinero?

—No lo sé —dijo Wong—. Quizá los que instalaron la máquina pusieron también un rótulo.

—¿Un rótulo?

—Sí, uno que dijera algo como «Ingresos rápidos». ¿Recuerdan que varios clientes aseguran haber puesto su dinero en un cajero de depósitos?

—¡Claro! —exclamó Joyce—. Era cuestión de poner en la máquina un rótulo de «Para servicio instantáneo, ingresar aquí», o algo parecido. Y toda la gente que fuera a depositar pasta en el banco, lo haría en ese cajero. Si no toda, al menos la mayoría.

El superintendente estaba sorprendido.

—Es posible, sí, muy posible. Así que los clientes sacan dinero de los otros cajeros, pero sólo ingresan en el trucado. ¿Usted qué opina, señor Sturmer?

—Podría ser. Supongo que sería una buena manera de maximizar la recogida de ingresos.

Tan extrajo de sus dientes una pizca de cardamomo y dijo:

—Estamos empezando a pensar. Llevemos la hipótesis un poco más allá. Se han disfrazado de técnicos del banco y han colocado este falso cajero, que funciona con batería y sólo acepta depósitos. Tiene un rótulo bien visible: «Cajero para ingresos.» Eso está muy bien, pero ¿cómo lo vacían? ¿Dejan allí toda la semana el dinero fraudulentamente recaudado, sabiendo que al final lo van a descubrir? Muy arriesgado, ¿no creen?

—No sería necesario —dijo Wong—. A una vaca se la ordeña todos los días, ¿o no? Un delincuente (quizá uno diferente cada día) entra como si fuera un cliente normal. Usa el cajero de ingresos, pero lo que hace es sacar todo lo que hay.

Madame Xu discrepó.

—Acaban de decir que la máquina no daba dinero, sólo lo admitía.

Wong miró a Joyce, que había adoptado el papel de experta en tecnología.

—Puesss... sería fácil de arreglar —dijo—. Sí, muy fácil. Quien hubiera programado el ordenador conocería los mandos necesarios para, por ejemplo, hacer salir todo el dinero por una puertecita. Sólo hace falta una tecla rápida.

Otro silencio general.

—Explíquese, por favor —dijo el geomántico.

—Una tecla rápida no es más que una tecla que al apretarla te conmuta de una cosa a otra —dijo la joven—. O sea, la pulsas y te cambia automáticamente del programa básico, que es para anotar la cantidad en números que estás ingresando, a una pantalla que puedes utilizar para, bueno, para sacar toda la pasta.

El superintendente Tan intervino sin dejar de masticar.

—¿Y cómo evitar que otra persona pulse esa tecla rápida?

—Con una contraseña.

Wong, que había anotado las palabras «clicar» y «tecla rápida» para luego desentrañar su significado, dijo:

—Sí, esto parecería perfectamente normal. Un hombre, o mujer, se acerca al cajero. Pulsa botones, teclea una contraseña y saca el dinero. Todo muy normal. Nadie sospecharía nada.

—Supongo que no —dijo el banquero, que había empezado a comer distraídamente y tenía una cucharada de *brinjal* a unos centímetros de su boca—. De todos modos, no veo cómo pudieron hacer todo eso sin que el personal del banco se diera cuenta. Esa hipotética máquina estaba dentro del recinto del banco. Y siempre hay un guardia de seguridad.

—Ya, pero piénselo un poco —intervino Madame Xu—. El guardia sólo vio lo de siempre: clientes utilizando los cajeros, y de vez en cuando unos técnicos del banco, o que parecían serlo, instalando o retirando un cajero. Nada sospechoso, ¿verdad?

—Tal vez tenga razón —admitió el banquero—. Pero sigo pensando que pasar inadvertidos tuvo que ser muy difícil. Verán ustedes, el propio personal del banco manipula los cajeros todos los días para recargarles dinero.

—Una pregunta —dijo Wong—. ¿El personal del banco va todos los días a la misma hora?

—Pues sí, me parece que van cada noche, dos veces el viernes, y por la mañana los fines de semana y el lunes.

—Entonces tengo la respuesta. Por la noche, uno de los delincuentes entra disfrazado de técnico del banco y pone un cartel de «averiado» en el falso cajero. Cualquiera que lo vea pensará que es un técnico que ha ido a arreglar la máquina.

Sturmer dijo:

—Pero cuando lleguen los técnicos de verdad para arreglarla...

—No —dijo Wong—. Nadie avisa a los técnicos. El guardia de seguridad no llamará. No es asunto suyo. Además, todo el mundo creerá que ya han avisado a los técnicos, puesto que hay un cartel de «averiado». Así piensa la gente.

El banquero guardó silencio, asimilando la sugerencia.

—Podría ser —dijo al fin, y continuó pausadamente—: Quizá. Los que cargan los cajeros por la noche supondrían que una máquina averiada no es responsabilidad suya. Y los de mantenimiento, al ver un cajero sólo para ingresos, supondrían que se trata de un nuevo sistema que se está probando. Probablemente no lo comentarían entre ellos. —De repente, se echó hacia atrás y rió—. Vaya, es gracioso. Sí, tiene sentido. Sería imposible en un banco con personas de verdad, pero otra cosa es un sitio que funciona automáticamente las veinticuatro horas del día. Organizas un timo que encaja perfectamente en el sistema pero no afecta al procedimiento normal del banco. Muy astuto.

Tan sonrió.

—Interesante. Gracias, místicos. Buen trabajo. Nos han dado ideas. Ahora viene la parte difícil, que es cosa mía: encontrar los delincuentes. Probablemente, la máquina con todas sus huellas dactilares debe de estar ya muy lejos.

—Nuestra baza son las cintas de vídeo. Habrá fotos de ellos —dijo el neozelandés.

Tan meneó la cabeza.

—Lo malo es que ellos debieron de preverlo, y seguro que iban disfrazados —dijo—. Yo no confiaría demasiado. Va a ser muy difícil encontrarlos.

—Como usted dice —intervino Madame Xu—, ahora es cosa suya encontrar a esos delincuentes. Demasiado peligroso para gente mayor como nosotros, salvo la señorita McQuinnie, claro.

Sturmer se limpió la boca con la servilleta y le dijo a Tan:

—Tengo que volver al banco. Veré si alguna de estas ideas puede ayudar al equipo de investigación.

Wong levantó la vista.

—Espere, por favor. ¿Podemos hablar un momento sobre el contrato de feng shui firmado por la World United Banking Corporation?

—¿No podría ser otro día? —repuso Sturmer, poniéndose en pie—. Les agradezco su ayuda, pero la verdad es que estoy bastante ocupado, como pueden imaginar. Permitan que los invite.

—Será sólo un minuto —insistió el geomántico, y algo en su tono hizo que el banquero se sentara otra vez—. Tengo que decirle algo. Hace dos años C. F. Wong & Associates tenía el contrato para estudios de feng shui de todas las sucursales de su banco. El contrato no fue renovado.

—Yo entonces estaba en la oficina de Sidney. Sólo llevo aquí doce meses. No sé nada sobre este asunto.

—Se lo explicaré. Su banco contrató a otro experto en feng shui. Más barato que nosotros, pero quizá no tan exigente en su trabajo.

Tan le interrumpió:

—Estoy seguro de que el señor Sturmer podrá concertar una entrevista con las personas implicadas, C. F., para ver si pueden ustedes obtener un nuevo contrato, ¿de acuerdo?

Sturmer asintió con la cabeza, levantándose de nuevo.

—Oh, no —dijo el geomántico—. No lo decía porque quiera que nos contraten otra vez. Sólo para darle más información.

—Le escucho —dijo el banquero.

Wong abrió el plano encima de la mesa.

—A veces echo un vistazo a sus sucursales. Las conozco bien de cuando hice mi estudio de feng shui. Necesito ver si el nuevo asesor ha hecho las cosas correctamente. El feng shui es un negocio como otro cualquiera. Tenemos que vigilar a la competencia. Más aún cuando se trata de gente que lo hace más barato. La mayoría de las sucursales están bien. No así en un par de casos. La de Somerset Road está muy mal. Tiene algunos errores que yo podría solucionar. Colocaron unos peces de colores en el lado oeste, lo cual es una locura, pero bueno...

—Entiendo —dijo Sturmer.

—La pequeña sucursal electrónica de Mosque Street sí que es un problema, yo diría que urgente. Tiene que arreglarlo lo antes posible. El feng shui que hay allí es muy malo, pero deje que se lo explique. El local tiene una forma extraña. Hay puntos de energía *chi* negativa justo en la placa con el nombre del banco. Eso es muy malo. Muy negativo. La posición de los cajeros es correcta, pero no así la de la placa. Hay un espejo ba gua (ya sabe, un espejo feng shui de ocho caras, con trigramas) puesto dentro, de manera que refleja el nombre del banco.

Gran error. Es casi como si el nuevo geomántico hubiera querido ponerle las cosas al banco lo peor posible. Y no al revés.

Tan estaba impacientándose.

—C. F. ¿es necesario que hablemos de esto ahora? ¿No podría redactar un informe o...?

Sturmer levantó la mano para interrumpir al policía.

—Un momento, superintendente. Nosotros no tenemos un banco electrónico en Mosque Street. No tenemos ninguna sucursal en Mosque Street.

—Por eso lo digo. Sin embargo, este banco tiene un rótulo con su nombre —dijo Wong.

Sturmer se sentó bruscamente.

—¿Cree usted que...? ¿Está seguro de que es nuestro banco?

—Pone United World Banking Corporation, en letras grandes. Y tiene su logotipo.

—¿Podrían ser los mismos que...? —preguntó el banquero, mirando a Tan.

El superintendente guardó silencio.

—No lo sé —dijo el geomántico—, pero, si mal no recuerdo (es difícil para un viejo de más de cincuenta años, como yo), en ese banco electrónico hay dos cajeros automáticos. Uno con un letrero de «averiado», y el otro, creo, con un letrero que pone «Depósitos rápidos». Me fijé en eso porque el feng shui era muy malo, por nada más. Confiaba en que nadie me echara la culpa a mí. Singapur es una ciudad pequeña. No me ha sido difícil controlar las sucursales de su banco. —Y meneó la cabeza al evocar la mala disposición del sitio.

—Conque por eso sabía lo del cajero con el rótulo especial —dijo Madame Xu—. Nos ha hecho pensar que se trataba de una idea espontánea. Eso es hacer trampa, señor Wong.

—Entonces —dijo Tan—, si tiene el nombre de su banco pero no es su banco, es que se trata de un timo. —Sacó su teléfono móvil—. Rezo para que sea la misma gente, que intenta repetir el truco en otro lugar. Quizá podamos atraparlos. Eureka.

—¿Qué significa eureka? —preguntó Wong.

—No lo sé. Pregunte a su ayudante —dijo Tan, pulsando botones del móvil.

Joyce parpadeó. Su entrecejo se convirtió en una pequeña retícula.

—No sé. Es lo que dice la gente cuando por fin encuentra algo que ha estado buscando con ahínco. «Eureka, lo he conseguido.»

En ese momento el viejo Uberoi surgió entre el vapor de la cocina portando dos platos grandes, uno de *string hoppers* y el otro de *hoppers* con huevo, las dos versiones de esas deliciosas crepes elaboradas con harina de arroz.

—¡Oh, eureka! —exclamó Madame Xu, batiendo palmas.

7 Especia de vida

El Chuang-tzu, chuan 7, dice: «La mente del hombre perfecto es como un espejo: no se mueve con las cosas, no las anticipa. Reacciona a las cosas pero no las retiene.»

La misma idea de distanciamiento se encuentra en otro texto antiguo, el Yi-ch'uan Chi-jang Chi, chuan 14. Aquí leemos las palabras de Shao Yung. Esto fue lo que dijo:

El nombre del Maestro de la Felicidad se desconoce.

Durante treinta años ha vivido en las riberas del Lo.

Sus sentimientos son los del viento y la luna;

Su espíritu está en el río y en el lago.

Para él no hay distinción

entre posición inferior y alto rango,

entre pobreza y riqueza.

No se mueve con las cosas ni las anticipa.

No tiene límites ni tabúes.

Es pobre, pero no está triste.

Bebe, pero jamás se emborracha.

Acumula en su mente la primavera del mundo.

Brizna de Hierba: poquito a poco vas siendo más sabio. Pero recuerda esto: la fortaleza de la mente es la fortaleza de su distanciamiento.

Destellos de sabiduría oriental,

C. F. Wong, parte 131

Con su diario a buen recaudo en el maletín que sujetaba contra el pecho, C. F. Wong caminaba con brío por las agrietadas aceras atestadas de gente, con la cabeza bien alta.

Un viaje a Delhi, pensó, era una buena manera de recordarle a uno que tiene nariz. Demasiado a menudo, cuando se está de visita en una ciudad, los otros sentidos predominan. Uno se extasía con el horizonte urbano de Singapur y Hong Kong; los oídos se ven asaltados por la cacofonía de la construcción en Shanghai y Kuala Lumpur; pero allí, en la vieja Delhi, uno podría guiarse solamente por el olfato. El torrente de polvo y gases de escape indica dónde están las calles, mientras que las zonas peatonales están marcadas por el coriandro, el incienso, las especias, el azúcar, el humo, la orina y el sudor —viejo o reciente—, más ese curioso olor a cosa quemada propio de lo que fue en tiempos la actual capital de la India, aunque Wong no había logrado identificarlo todavía. Inspiró hondo para poner a prueba su teoría, y de inmediato lo lamentó. Los olores eran tan intensos que hacían daño.

Doblaron rápidamente una esquina, y el geomántico tomó repentina conciencia de sus otros sentidos al chocar contra el flanco de un monstruo gris pardo: ¿un elefante? No, un buey. El animal lo miró con ojos infinitamente tristes. A Wong lo repelió la manera extrañamente inorgánica con que la piel áspera y correosa cubría como una capa mal ajustada la angulosa osamenta del animal. Pasó como pudo por el espacio que quedaba entre el buey cubierto de moscas y un polvoriento y asfixiado autobús que avanzaba peligrosamente por una callejuela repleta de humanos y animales.

Por enésima vez, examinó la desconcertante escena que se desplegaba ante ellos y se preguntó si habrían perdido al guía. El muchacho se escurría con tal rapidez por los pequeños claros en la multitud, que pocos observadores habrían pensado que tenía relación alguna con el caballero chino y la joven blanca que lo seguían.

—Jolín. ¿Por qué va tan deprisa? —dijo Joyce, a quien le costaba no rezagarse pues iba sacando fotos de lo que ella llamaba «personajes», gente mayor con la cara curtida por la vida—. ¿Es que olvida que tenemos que seguirlo? —Sus malhumorados comentarios contradecían el hecho de que lo estaba pasando en grande en su primera visita a la India. Lo encontraba todo fascinante, las vistas y los colores, los aromas y los sabores, todo aunado para mantenerla en una especie de estado de trance.

Habían llegado a última hora de la noche anterior, de modo que Joyce no había tenido una primera visión real de la India hasta la mañana siguiente. La desolada tranquilidad de Rose House, la vieja mansión colonial de Uttar Pradesh donde se alojaban, era una delicia de tranquilidad. El agradable calor seco, además, estaba muy lejos de la incómoda humedad de Singapur. Había puesto a secar un top de algodón en el balcón antes de bajar a desayunar, y una hora después, tras comer mangos, huevos de yema clara y yogur casero, la prenda estaba lo bastante seca para ponérsela.

Luego habían ido a la ciudad. La vieja Delhi era igualmente fascinante pero en otro sentido. Allí reinaba un pandemónium de felicidad. Tenía

algo de hipnótico estar en medio de aquella muchedumbre hiperactiva, entre sedas multicolores. No fueron sólo las mujeres lo que captó su atención. Muchos hombres parecían ir a la moda, con sus peinados retro estilo años setenta, sus bigotes a lo Burt Reynolds y sus pantalones acampanados. Pero ¿vestían realmente a la moda retro? ¿O acaso el hombre de la calle no había cambiado de estilo en treinta años?

—¡Ya lo he visto! Sígame —dijo Wong, y se lanzó por una pequeña brecha entre dos motocicletas, una de las cuales transportaba a una familia de cuatro, y la otra a una de cinco, además de un mono.

Joyce sacó otra fotografía, esta vez de un vendedor de especias calvo que parecía tener ciento cincuenta años, y se apresuró detrás del geomántico.

Cinco irrespirables minutos después, les alivió ver el edificio comercial que les habían descrito en las notas enviadas por fax a la oficina por Laurence Leong, de East Trade Industries. El Associated Food and Beverages Delhi Manufactory Old Building era un ruinoso edificio gris situado en una esquina bulliciosa. A primera vista parecía inclinado hacia la izquierda, pero el observador atento pronto comprobaba que esta impresión se debía a un curioso diseño arquitectónico, con sus voladizos escalonados. Joyce supo que eso significaba un gran exceso de alguna cosa. Vio que Wong alzaba la vista para localizar el fuerte resplandor del sol tras unos cúmulos.

—Influencias del sudoeste. *Chi* femenino materno —dijo—. Difícil, difícil.

Tras divisar fugazmente al guía entre los guardias de seguridad uniformados —que estaban tomados de la mano, cosa que a Joyce le habían contado era corriente ver en la India, pero aun así seguía sorprendiéndola—, entraron en el edificio. O, mejor dicho, en un túnel del tiempo. Fue como plantarse en la época eduardiana. El mobiliario era de madera vieja, oscura, y algunas piezas parecían de caoba auténtica. Alguien debió de pensar que las paredes revestidas de paneles de madera noble quedarían bien, pero no era así. Había una planta moribunda sobre la mesa de recepción, así como dos antiguos teléfonos negros de baquelita y un cuadro de conexión manual como los que se veían en las primeras películas de Clark Gable.

—Qué guay —dijo Joyce.

—Qué calor —dijo Wong, pasándose el pañuelo por la cara.

Tras una breve espera, los hicieron subir por una vieja escalera hasta una sala rectangular, donde les presentaron a varios directivos de la empresa, todos con bigote idéntico y nombre repletos de sílabas, en la mayoría de las cuales predominaba la letra A. Había un Nadarajah, un Vishwanathan y un Kanagaratnum. Este último añadió, con fuerte acento del norte de la India:

—Pero pueden llamarme Ravi.

Joyce le dio las gracias de corazón.

Hubo muchas, y no disimuladas, miradas a la joven blanca. Un hombre entrado en años y calvo le dijo en voz baja a Wong:

—No parece muy china.

El geomántico miró a su ayudante y asintió como si reparara en ese detalle por primera vez.

—En efecto —dijo—. No parece muy china.

Tras las educadas frases de rigor, la conversación se agotó rápidamente. Wong estaba ansioso por poner manos a la obra.

—¿Dónde están las habitaciones, señor Ravi?

—Señor Ravi, no. Simplemente Ravi. Es mi nombre de pila. Anotaré sus nombres en el diario de visitas y luego iremos. Acompáñenme.

Mientras caminaban, Ravi explicó que era el director de relaciones externas de la compañía, y que se ocuparía de ellos durante su estancia. Los condujo por un pasillo oscuro a una puerta que daba a otro lúgubre corredor. Después del caótico barullo de las calles, Ravi, un hombre barrigudo que se movía como a cámara lenta y tenía las mejillas picadas de viruela, les resultó muy agradable con su cálida sonrisa. Torcieron a la izquierda, luego a la derecha, subieron un breve tramo de escaleras y llegaron finalmente a la habitación del hombre que había muerto.

—Bien, he aquí el sitio —anunció el ejecutivo indio, alisándose el bigote con el índice y el pulgar, como si pensara que no lo llevaba suficientemente pegado—. El antiguo despacho del señor Sooti Sekhar.

Era una habitación grande, mal organizada y nada atractiva. Incluso sin valerse de su brújula *lo pan* para orientarse, Wong vio que la habitación tenía muchos defectos en ese sentido. Había una mesa puesta de lado respecto a la entrada, dejando a su ocupante con la espalda hacia una segunda puerta. Debería haber entrado luz por los ventanales del fondo, pero unos estantes con libros y archivadores la oscurecía. Varios salientes agudos hacían que el *chi* se arremolinara. La estancia apestaba a papel mohoso, por encima de un olor general a humedad y mala ventilación. Ravi pulsó dos interruptores, pero sólo uno de los ventiladores de techo empezó a girar.

Situándose en mitad del despacho, Wong advirtió que tenía forma de L distorsionada.

—Vaya. Esta habitación necesita muchos cambios —dijo. Igual que el resto del edificio, pensó, lo que le hizo preguntarse por qué no le encargaban revisar todo el espacio.

Ravi pareció presentir la pregunta.

—Queremos que haga aquí su trabajo, porque esta parte es la división internacional, y aquí es donde se hace la mayor parte de los negocios con Extremo Oriente. ¿Ve esas carpetas? —Señaló una pared de archivadores y armarios—. Ahí están todos los contratos con Extremo Oriente, incluidos, en ese armario cerrado bajo llave, los documentos que nos vinculan a East Trade Industries. El personal de la División Extremo Oriente trabaja en esa habitación de allí, detrás de la mesa de Sekhar. Ahora mismo sólo tenemos a una persona, la señorita Dev, que es malaya.

Señaló la mesa principal y las sillas que la rodeaban.

—Antes éramos muy importantes en productos animales de Extremo Oriente, marfil, medicamentos de tigre, cosas así. Sekhar se ocupaba de todo ello. Cuando teníamos clientes de Extremo Oriente, Sekhar trataba con ellos en esta misma mesa. Después de su muerte, algunos de ellos dijeron que el feng shui de por aquí era malo. Por eso necesitamos su toque mágico, si no le importa que lo llame así.

—Entiendo. Así que no necesita estudios feng shui para el resto del edificio.

—Correcto. En esa parte todos son hindúes, salvo algunos musulmanes de un departamento. Ellos mismos se encargan, pero no tiene por qué preocuparse en ese sentido. Sólo tiene que arreglar esta habitación y la que está detrás de esa puerta de allí, para que nuestros clientes de Extremo Oriente estén contentos, y por supuesto también nuestros accionistas de Singapur. —Dijo esto último con una ligera inclinación y media sonrisa, reconociendo los vínculos empresariales entre Associated Foods y East Trade.

—Yo creía que estaba prohibido vender marfil y esas cosas —dijo Joyce.

—En efecto, ese ramo ha empeorado en todo el mundo. Vamos a dejar por completo los productos animales para relanzar esta parte del negocio como importación-exportación de electrodomésticos. Es más políticamente correcto.

Se apretó de nuevo el bigote contra el labio superior antes de continuar:

—Otra cosa. El personal técnico de la empresa, que reorganizará el despacho y cambiará la decoración cuando usted haya terminado su trabajo, sólo está disponible mañana y pasado mañana. Eso significa

que usted sólo dispone de hoy para hacer sus estudios. Espero que sea tiempo suficiente.

—No es mucho, pero creo que podré hacerlo —dijo Wong.

El ejecutivo salió del despacho tras despedirse cortésmente. Wong y McQuinnie hablaron un rato con la única superviviente de la División Extremo Oriente, que se encontraba guardando carpetas en una caja en previsión de los inminentes cambios de decoración. Mardiyah Dev llevaba en la empresa diez años y les contó toda la historia.

La trayectoria de Sooti Sekhar era la de muchos ejecutivos jóvenes. Había entrado en la compañía hacía unos doce años, siendo entonces un entusiasta hombre de treinta años graduado por una universidad cercana a Mumbai, y había ascendido rápidamente hasta convertirse en ayudante del director de ventas de productos animales a los treinta y seis años. Dos años después se convertía en director ejecutivo de productos animales, un puesto que le requería poco esfuerzo. Era, en cierto modo, una sinecura, puesto que sólo tenía que analizar las tendencias del sector, mientras que sus subalternos hacían el verdadero trabajo de ventas.

—Aunque a algunos los sorprendió que se contentara con un trabajo de escritorio, todo indicaba que le iría bien para aquella etapa de su vida. Tenía treinta y ocho años, se había casado con la mujer que sus padres le habían elegido, habían tenido dos hijos varones, y Sekhar ya no quería pasarse la mitad del año viajando —dijo la señorita Dev, una mujer bastante corpulenta de treinta y tantos años—. Durante un tiempo llevó una vida muy sencilla. Trabajaba de nueve a cinco, pasaba los domingos con su familia, salía de vez en cuando a tomar una copa con los amigos. Cada vez había menos trabajo que hacer. Pero entonces reestructuraron la división, a él lo trasladaron a esa habitación oscura, y fue volviéndose cada vez más taciturno. —Arrugó el entrecejo ante aquellos desagradables recuerdos—. Hasta hace un año todavía daba los buenos días, pero era más un gruñido que un saludo. Para entonces sólo quedábamos él y yo.

—Pobrecilla. Debía de ser deprimente. ¿Le preguntó usted qué le pasaba? —dijo Joyce. Wong se alegró de tenerla consigo. Las preguntas de él siempre sonaban a interrogatorio comparadas con las de ella, siempre acompañadas de auténtico interés.

—Naturalmente, éramos buenos amigos —respondió la mujer—. Él insistía en que no pasaba nada. Su esposa e hijos eran felices y gozaban de buena salud. Tampoco tenía deudas, que yo supiera.

Wong echó un vistazo a la anticuada habitación. No era un lugar feliz, pero las fuerzas negativas tampoco eran lo bastante terribles como para matar a su ocupante. Los muebles de madera y los armarios hechos a mano eran, a decir verdad, más atractivos y duraderos que el mobiliario modular de las ciudades modernas, aunque aquel despacho en concreto

probablemente había sufrido menos desgaste que la desastrada recepción del piso de abajo.

—¿El negocio iba bien? —preguntó.

—No especialmente —dijo la señorita Dev—. Productos animales ya no era un sector en alza, y había escasez de material. Pero fue una cosa paulatina, nada del otro mundo.

—¿Y después...?

—Bueno... —La mujer ladeó la cabeza, un hábito que sin duda había imitado de sus colegas indios—. Después, de repente murió. Tenía cuarenta y dos años. No lo podíamos creer. Quiero decir, padecía los síntomas de estrés habituales, úlcera de estómago y eso, pero estaba en muy buena forma. Había ganado muchos trofeos en competiciones deportivas. Los tenía en esa vitrina de allí. Había sido campeón de salto de longitud en su universidad, creo. Fue casi como si hubiera consumido toda su vitalidad, como si fuera una batería que de golpe se agota. Y luego, zas, ataque al corazón.

—¿Sentado a su mesa? —preguntó Wong.

—A su mesa.

—¿Le hicieron la autopsia?

—El cuñado de Sekhar es médico y se ocupó del cadáver. Lo atribuyó a causas naturales y su dictamen no dio lugar a controversia. No tenía enemigos, nadie que pudiera, qué sé yo, envenenarlo o algo así.

—Vaya. Pobre tipo. ¿Y era agradable trabajar con él? —preguntó Joyce.

—Sí, era un hombre muy amable. Era taciturno y un poquito cohibido, y su salud empezaba a declinar; hacia el final sufría de flatulencia, pero no creo que eso lo matara. —Lo dijo con una tímida sonrisa.

La historia de la inexplicable muerte de Sooti Sekhar a tan temprana edad intrigó al maestro de feng shui. Sabía que en casos similares solía haber problemas financieros importantes que no se conocían antes de la muerte. Intentó trasladar telepáticamente a Joyce su deseo de que siguiera haciendo sus compasivas preguntas, y se sorprendió cuando ella hizo justamente eso.

—Oiga, ¿y cómo quedaron su mujer y sus hijos? Supongo que deshechos y con apuros monetarios.

—No; no tanto. Bueno, muy afligidos, claro, pero en lo económico quedaron bien cubiertos. Sekhar tenía ahorros, había cancelado la hipoteca de su enorme casa, y me parece que estaba asegurado. Puede

preguntárselo a su esposa. Trabaja por horas en Deshpande's, sección de envíos.

—¿Deshpande's?

—Una fábrica de bolsos. A unos ocho minutos de aquí, cerca del mercado viejo. Pueden ir en taxi.

Wong sonrió.

—Gracias por su ayuda.

Las habitaciones requirieron bastante trabajo. El geomántico y su ayudante dedicaron toda la tarde a examinar planos, trazar cartas, tomar medidas y comprobar cómo la luz se movía por las habitaciones a medida que el sol se reflejaba en las ventanas de vidrio mate del viejo edificio de oficinas de piedra rojiza que había enfrente. Casi todos los objetos estaban mal colocados, y la errónea disposición de las puertas causaba enormes dificultades, pues la penetrante energía del nordeste fluía demasiado rápido hacia el antiguo escritorio de Sekhar. No era de extrañar que hubiera sido un hombre desdichado.

La habitación principal no era exactamente un rectángulo, pues tenía un anexo hacia el sudoeste. Esta dirección se asocia con la prosperidad, pero sólo si las proporciones son correctas, le explicó Wong a su ayudante. El anexo era demasiado grande respecto a la sala principal y amenazaría a los ocupantes con un deseo de actividad desmedida. Sekhar había tratado de compensarlo yendo al extremo contrario y reduciendo la actividad, como sucede a menudo, dijo. El resultado pudo ser un enorme flujo de energía no resuelta, que habría llevado a un quebrantamiento de la salud.

Wong se asomó al ventanal y un momento después exclamó triunfante:

—¡Uaah!

—¿Qué pasa? —Joyce levantó la vista de las dos cartas que estaba examinando sobre la mesa, una *lo shu* basada en la fecha de nacimiento de Sekhar y otra de la fecha de construcción del edificio.

—Cañerías. Unas cañerías muy grandes. Pasan justo por aquí. Sudoeste. Uno de los peores sitios para tener agua. El agua es buena, pero en el sudoeste está el *chi* de tierra, que destruye las ventajas del agua. Un edificio muy mal diseñado.

El geomántico miró hacia atrás y sonrió, incapaz de disimular su satisfacción por haber encontrado tan pronto un importante fallo oculto. Volvió a la mesa y reanudó su trabajo.

Joyce, que se aburría, cogió un ejemplar antiguo de *The Hindustan Times* y se dedicó a leer los anuncios matrimoniales. Al cabo de unos minutos, algo la dejó boquiabierta.

—Eh, mire esto. «Buscamos novia hermosa y de piel clara. Menos de veinticinco.» «Se busca ingeniero sij de menos de treinta.» Estos anuncios tienen que ser superilegales.

Repasó los de contactos y quedó fascinada. Pasó los diez siguientes minutos estudiándolos.

—Éste es el país más racista, sexista y discriminador del mundo. En todos los anuncios de matrimonio dice que la novia ha de ser bella y de piel clara, y en todas las ofertas de empleo buscan gente de menos de treinta o treinta y cinco. Qué pasada. Para llegar a algo en la India tienes que ser joven y de tez clara. Yo podría ganar más dinero que usted.

Dos horas más tarde hicieron una pausa para almorzar con Ravi Kanagaratnum y el sustituto de Sooti Sekhar, un sij llamado Jagdish que había aprendido la lengua putonghua después de cuatro años en la sucursal de la empresa en Pekín. Wong dijo que quería acercarse a Deshpande's para hablar un momento con la viuda de Sekhar.

—Oh, eso no será necesario —dijo Ravi—. Sólo queremos que arregle el despacho para que Jagdish pueda tratar allí con los clientes chinos. Hay que mirar al frente, hacia delante, no hay ninguna necesidad de remover el pasado.

—Es difícil resolver nada sin conocer todo el problema —observó Wong —. Y debe de ser un problema serio. Sekhar murió con sólo cuarenta y dos años.

—Estaba pensando que no habrá tiempo suficiente. Los del departamento técnico llegarán mañana a las nueve para hacer esas dos habitaciones, y los planos tendrán que estar listos —repuso Ravi.

Jagdish intervino:

—¿Por qué tan poco tiempo? ¿Los del departamento técnico no pueden esperar unos días para que estas personas puedan hacer un buen trabajo? No quiero morirme a los cuarenta y dos. Sólo me faltan cuatro años y todavía no he engendrado un hijo varón. Tendré que poner manos a la obra. ¿Está usted disponible, señorita McQuinnie? —preguntó, y soltó una impertinente carcajada.

—Ja, ja. Si me ayuda a comprar un sari, no le negaré nada —replicó ella, y al punto se sonrojó, temiendo haber coqueteado más de la cuenta. Bajó la vista y se miró las manos.

—El personal técnico sólo dispone de dos días libres —dijo Ravi—. Luego tienen varios encargos importantes. Además, quiero resolver esto cuanto antes y pensar en otra cosa. El negocio con Extremo Oriente va muy mal. Tenemos que darle un empujón.

El sij no parecía muy convencido.

—El pobre Sooti murió demasiado joven. Yo creo que si el señor Wong considera oportuno hablar con su viuda para atar cabos sueltos, deberíamos acompañarlo.

El director de relaciones externas desenvolvió lentamente un confite de su envoltorio y se lo llevó a la boca antes de responder:

—De acuerdo. No quiero pasar por tozudo. Puedo hacer que la traigan a mi despacho y allí podrá usted preguntarle cosas. No me importaría hacerle yo también unas preguntas.

—Quiero estar con ella a solas —dijo Wong.

Ravi enarcó las cejas.

Joyce hizo de intérprete:

—Quiere decir que le gustaría... bueno, que prefiere hablar con ella en privado.

—Me temo que no será posible —dijo Ravi—. Estamos en la India. Un hombre no puede reunirse en privado con una viuda joven. No es decente. Tendrá que ser en mi despacho.

—Tengo una idea —dijo Joyce—. Iré a verla yo sola. Dos mujeres charlando no pasa nada, ¿verdad? La señorita Dev ha dicho que trabaja cerca del mercado viejo. De todos modos, quería acercarme para hacer unas compras.

Ravi sonrió.

—Muy bien —dijo—. Sí, no queda lejos. Puede tomar un taxi o incluso ir andando.

Joyce ladeó la cabeza al estilo indio y dijo:

—Iré andando, gracias.

Después de almorzar, Joyce dio un largo y pausado rodeo a través del mercado camino de la Deshpande Handbag Manufactory Company, deteniéndose aquí y allá para hacer fotos. El calor del mediodía la tenía algo mareada, y a un vendedor ambulante le compró un coco fresco. Fue como beber energía líquida. Delhi, al igual que Hong Kong y

Singapur, le parecía un lugar vibrante, lleno de gente que iba y venía con prisas. Sin embargo, se respiraba cierta espiritualidad. A menudo veías a personas en actitud de rezo, y por todas partes había dioses, altares e imágenes sagradas, a veces mezcladas con fotos de Elvis y las Spice Girls.

La joven tuvo ciertas dificultades para entrar en las oficinas de la fábrica de bolsos, pero una llamada telefónica a Ravi solucionó el problema: el ejecutivo de Associated Foods tenía un primo en el consejo de administración de Deshpande's. La dejaron entrar enseguida.

Era un sitio oscuro, ruidoso y caótico. McQuinnie se encontró de pronto en un pequeño despacho, perteneciente a un directivo de segundo orden, hablando con la señora Kumari Sekhar, una atractiva mujer de veintinueve años que parecía demasiado joven para tener hijos de once y doce. La occidental quedó fascinada por los enormes ojos de la india, y dudó si preguntarle qué clase de lápiz de ojos usaba, tal vez sonaría muy poco profesional.

Mejor ir al grano. Se aclaró la garganta y explicó a la joven madre que trabajaba para unos accionistas de Extremo Oriente de la empresa de su difunto marido, y que sólo quería saber si ella deseaba comentar algo, aclarar algún punto.

—¿Se refiere a devolver objetos propiedad de la oficina? —preguntó la mujer con un cerrado acento de Delhi—. Él nunca se trajo nada a casa, sólo algún que otro clip; una vez vi que tenía un bolígrafo con el logotipo de la empresa, pero nada más. Puede venir a mi casa y verlo por sí misma. No hay nada.

—No, si no... No me tome por un gran hermano empresarial ni nada de eso. Mire, lamentamos mucho la muerte de su marido y tal. Sólo quería saber si le pasaba algo, si su marido tenía problemas, ya me entiende.

—Ah, eso —dijo la viuda. Pensó un poco y luego se inclinó hacia delante, aunque no con aire conspiratorio sino en gesto de confianza—. Pues nada serio. Pillaba un catarro fuerte una vez al año, y a veces tenía molestias de estómago, pero en general era un hombre sano. Se jactaba de que no iba nunca al médico y tampoco tomaba pastillas. Cuando empezó a derrumbarse, mi hermano, que es médico, lo examinó y le dijo que hiciera ejercicio, que no fuera tanto al bar. Le gustaba ir por ahí con sus amigos antes de volver a casa, sabe.

Sin darse cuenta, Joyce bebió un sorbo de un vaso de algo amarillo rosado que le habían ofrecido. Hizo una mueca y casi escupió al descubrir que era té con leche tibio y asquerosamente azucarado. Procuró transformar el gesto en una sonrisa.

—O sea que iba mucho de copas, ¿no?

—Bueno, no quiero decir que se emborrachara ni nada de eso. Su padre era musulmán. Sooti también era abstemio, pero luego, hace cosa de un año, empezó a tomar un vaso de vino o una Kingfisher en la comida. A veces bebía dos Kingfishers, o incluso tres si era una velada larga. Pero siempre se controlaba. Nunca lo vi borracho, ni siquiera un poco ebrio.

—¿Volvía tarde a menudo?

—No. Solía llegar entre las ocho y media y las nueve.

—¿Jugaba?

—Nunca.

—¿Pedía prestado?

—No.

—Un tío sanote, vaya.

—¿Tiosanote?

—No, quiero decir, un buen marido.

—Sí. Era un hombre muy bueno.

—Habrá sido muy duro para usted, que haya muerto tan joven. ¿Cómo lo lleva? Bueno, quiero decir ¿cómo está?

—Fue un golpe duro, por supuesto, pero lo he superado. Hace cuatro meses que murió. Cumplimos con el período de luto.

—¿Y qué me dice del dinero...? Usted tiene dos hijos, ¿no?

—Bueno, sí, al principio la falta de ingresos fue una gran preocupación, pero habíamos ahorrado mucho y Sooti tenía dos pólizas de seguros. No estoy preocupada. Tenemos una casa, y mis padres viven cerca de aquí.

—Qué bien. Oiga, ¿las compañías de seguros le han pagado ya?

—Una sí, la otra dice que lo hará pronto. Como él era tan joven... —Hizo una pausa, aparentemente incómoda por algún motivo.

Joyce la miró tratando de parecer amistosa y preocupada a la vez. La viuda continuó:

—No me gusta comentar esto, pero usted viene de parte del jefe de Sooti, y él ya lo sabe. Como mi marido era joven, el monto a cobrar es bastante cuantioso. Es una gran suerte que firmara esas pólizas. Yo ya

no necesito trabajar, si no quiero. De hecho, he presentado mi renuncia y me marcho a finales de mes.

—Qué suerte —dijo Joyce.

—Sí —dijo la viuda—. Los dioses han sido muy buenos.

—Ya, muy majos. Bueno, ¿y hace mucho que firmó esas pólizas de seguro?

—Bastante. Un año, quizá dos. Pero de esas cosas no sé mucho. Sooti se encargó de todo, pero dejó las pólizas en la caja fuerte de mi padre para que yo tuviera acceso si a él le ocurría algo.

—Estupendo —dijo Joyce—. Me alegro mucho por usted y los chavales. ¿Le importa que le pregunte por su lápiz de ojos?

Aquella misma tarde, Ravi, que se estaba tomando muy en serio su papel de anfitrión, preguntó a los visitantes si deseaban cenar fuera, o ir a ver algún espectáculo.

—¿O prefieren ir a casa? Tengo entendido que se hospedan con la señora Daswani en Uttar Pradesh. Puedo hacer que los lleven en coche, si lo desean. ¿Sienten los efectos del *jet lag?*

Wong dijo:

—Nos gustaría cenar en un club. El club al que solía ir el señor Sekhar después del trabajo.

—Sí —añadió Joyce—. Es que nos está costando un poco visualizar lo que pasó en ese despacho.

—De acuerdo —dijo Ravi, e hizo señas a un hombre menudo con una gran cabeza—. ¡Peon!

Un ruidoso trayecto en un coche viejo, pequeño y destartalado al que no le cuadraba nada el nombre de Ambassador los llevó primero a Janpath, una de las principales arterias del centro de Nueva Delhi. Desde allí, torcieron al este por una calle abarrotada de coches y bicicletas y cruzaron un viejo puente hasta una zona del primer extrarradio.

—Está visto que usan más la bocina que el freno —comentó Joyce, observando horrorizada cómo el taxi apartaba de su camino a carretas, bicicletas y peatones.

Tras unos veinte minutos de trayecto llegaron a una zona de suburbios de clase alta. Las calles eran todavía anchas, pero la aglomeración humana era menor. A la vista de sus amplias avenidas y sus calles flanqueadas de árboles, la joven pensó que Nueva Delhi era

curiosamente distinta de la ciudad vieja, a un tiempo más señorial pero menos atractiva.

De repente las calles se volvieron más estrechas y las casas menos imponentes. El coche los dejó en el Go Go Club, en una sucia callejuela de la periferia norte de Nueva Delhi.

Pese a su nombre, el Go Go Club era una taberna bastante espartana. Los parroquianos, hombres de mediana edad dedicados a zamparse arroz con gestos enérgicos, parecían bastante distendidos a juzgar por las animadas y ruidosas conversaciones que se oían. Al reparar en los extranjeros dejaron de hablar unos instantes, pero enseguida volvieron a lo suyo.

La paredes color magnolia estaban un poco desportilladas, pero los apliques de luz anaranjada daban un aire cálido al establecimiento, y el aroma a comida picante era tentador, en especial para Wong, amante de cualquier comida fuerte.

Ravi pidió, y al poco rato les sirvieron una amplia selección de platos. No había carne —Ravi era vegetariano— y el curry de patata era de un amarillo más fluorescente que nada de lo que Joyce había comido nunca, pero todo estaba delicioso. Joyce probó pequeños bocados de cada cosa, acompañados de seis vasos de agua. Durante la comida charlaron con el director del club, Anish Butt, sobre las visitas del señor Sekhar.

Butt, un hombre flacucho de unos setenta años, con un cuello arrugado como el de un pavo, mascó con sus casi desdentadas encías y les habló largo y tendido del difunto, a quien conoció durante al menos veinte años.

—Oh, sí, el padre del difunto solía venir por aquí, Sooti era entonces un muchacho. Luego encontró trabajo en Associated Food y ya venía por su cuenta. Tres o cuatro veces por semana, hasta el año pasado, cuando solía presentarse casi a diario al salir del trabajo.

—¿Observó usted algún cambio? —preguntó Wong— ¿Bebía más?

—De joven no bebía nunca. Era musulmán, aunque no practicante. Luego empezó a beber un poco, pero con mesura. Un par de Kingfishers, nada más.

Joyce preguntó:

—¿Venía siempre con las mismas personas?

—Casi siempre solo. A veces con el señor Kanagaratnum —añadió, mirando a Ravi—. Hicieron buenas migas, ¿no?

—Hasta cierto punto —respondió Ravi—. Era un hombre bastante reservado. Nos veíamos aquí una vez a la semana. Nunca mencionó problemas de salud. Todavía no me creo que haya muerto.

El director fue a atender a otros clientes, y los tres comensales comentaron las relaciones entre la empresa india y Extremo Oriente, una charla normal de hombres de negocios. Luego Joyce le enseñó a Ravi un papel en el que constaba una marca de cosméticos y le preguntó dónde podría encontrar esos productos, ya que tenían un lápiz de ojos que era «una pasada».

Ravi resultó ser un glotón. Acabó con los restos de las bandejas de Wong y McQuinnie cuando hubieron terminado, bebió una quinta cerveza y se palmeó la tripa repleta de arroz. Después invitó a la joven a recorrer las instalaciones del club, entre ellas una biblioteca y un gimnasio, éste tan poco usado que varios aparatos nunca se habían conectado.

Wong los esperó en el bar.

Mientras se ponía la chaqueta del traje, habló un momento con el camarero más viejo del local, que usaba un bigote de morsa más propio de un general británico.

—Dígame, ¿qué recuerda usted de las visitas del señor Sekhar?

—Durante años su plato favorito fue *aloo makhani y korma* de pollo —dijo el hombre, la voz un tanto amortiguada por la cascada de pelo de su labio superior y la falta de dientes—. Últimamente le había dado por los *vindaloos,* incluso dobles. Se convirtió en el rey de las cosas fuertes, y solía desafiar al chef a que le preparara todo lo más picante posible.

—¿Solía comer solo o con amigos?

—A veces solo, a veces con amigos. A veces con el señor Kanagaratnum, el señor Jagdish, el señor Govind, o algún otro de la empresa. Pero nadie sabía comer el chile picante como el señor Sekhar. Nuestros platos son muy fuertes.

—En efecto —dijo Wong. Ya no notaba nada en la lengua, pese a que se consideraba un experto en comida muy condimentada—. ¿Bebía mucha cerveza?

—No. Dos Kingfishers, o tres si era una ocasión especial.

—¿Le comentó a usted si tenía algún problema?

—El negocio no iba muy bien. A veces venía solo y traía papeles llenos de números, y se dedicaba a hacer sumas y restas mientras comía. En

una ocasión que estaba solo me pareció que lloraba. Pero no, nunca me habló de ningún problema.

—Gracias —dijo Wong, viendo que volvían Joyce y Ravi.

Wong trabajó en su habitación de Rose House hasta la medianoche. Luego durmió hasta las cinco, cuando tuvo que levantarse para ir al lavabo urgentemente. Se quedó un buen rato en el baño, pero no se sentía demasiado mal. No creía que lo que había comido estuviera en mal estado, sino que su estómago se quejaba por falta de costumbre.

Amaneció despacio. Durante el desayuno, que apenas probó, Joyce estuvo desacostumbradamente callada. Después reconoció que también había tenido molestias de estómago.

La señora Daswani, su anfitriona, se rió.

—Lo siento, pero aquí, en la India, las bacterias son bastante peculiares. Los extranjeros suelen necesitar un par de días para acostumbrarse. Algunos turistas creen que un vaso de whisky por la noche mata todos los gérmenes conocidos. Dentro de unas horas se encontrarán bien.

Wong y su ayudante no cruzaron palabra mientras iban en el coche al centro de la ciudad. A las nueve y media estaban en el edificio de Associated Food, y Ravi los condujo al departamento de Extremo Oriente. (Ellos no habrían sabido encontrarlo solos.) Los del departamento técnico estaban ya listos, esperando órdenes. Los dos visitantes dedicaron la siguiente hora a dar detalladas instrucciones al capataz y sus operarios.

Wong y McQuinnie pasaron a un despacho libre, cerca del de Kanagaratnum. La joven cogió el teléfono y empezó a marcar.

—Mi tío es periodista —dijo—. El verano pasado estuve trabajando con él. Voy a hacer eso que llama «machacar las líneas».

Estuvo media hora al teléfono mientras la pasaban de una persona a otra, hasta que encontró lo que buscaba: un experto en patología y venenos de una facultad de medicina. Tenía una teoría que deseaba verificar.

Wong se maravilló, no por primera vez, de la habilidad de aquella joven occidental para lograr que los varones asiáticos se plegaran a sus deseos. Sin más indicación de autoridad que su firmeza al teléfono, Joyce consiguió que el hombre respondiera a una larga lista de preguntas que ella le desgranaba a gritos por el auricular, ya que la conexión era defectuosa.

—Doctor Prasad, ¿existen venenos que actúen muy muy despacio y que no se puedan detectar en una autopsia?

Wong cogió el supletorio para escuchar la respuesta.

—Es una pregunta complicada, pues depende de hasta qué punto sabe usted lo que es un veneno. Esa palabra nos hace pensar en cosas como la estricnina, el arsénico o ciertas formas del mercurio, sustancias que actúan deprisa y causan graves daños. Pero pensemos en el alcohol, por ejemplo. Es también un veneno letal, pero tomado en pequeñas dosis no lo es, y algunos médicos (yo entre ellos) sostienen que incluso puede ser beneficioso. Si usted se bebe una botella de detergente se pondrá muy enferma. Sin embargo, cada noche consumimos cantidades microscópicas de detergente que queda como residuo en los vasos y platos que utilizamos. Verá, señorita McQuinina, cualquier cosa puede ser veneno si toma una cantidad peligrosa durante un largo período, ¿entiende?

—Sí, entiendo. Y es McQuinnie, no McQuinina. Pero ¿hay algún...? O sea, ¿existe un veneno letal del que los médicos forenses dirían: «Oh, muerte por causas naturales, o paro cardiaco»?

—Existen muchas sustancias que pueden ser administradas a bajos niveles y que podrían provocar la muerte. La mayoría, se lo aseguro, son detectables, especialmente si la autopsia se hace rápido, no más de un par de días después de la muerte.

—Vale, gracias, doctor Passat.

—Prasad. Es Prasad.

Wong y McQuinnie almorzaron con Mardiyah Dev (esto es, la señorita Dev comió y los otros dos se limitaron a remover el plato y tomar sorbitos de agua). La mujer malaya añadió poca cosa a lo que ya había contado el día anterior. Dijo que le parecía que la autopsia de Sooti Sekhar se había realizado enseguida, la mañana siguiente al deceso.

—No había circunstancias sospechosas —añadió.

El trabajo, pensó el geomántico, parecía haber concluido. Las habitaciones estaban hechas, y, según todas las líneas de investigación, Sooti Sekhar había muerto por causas naturales. Pero la testarudez de Joyce le había dado una idea. Tal vez merecía la pena hacer una última llamada. Era preciso hablar, decidió, con el hombre que había hecho la autopsia.

Aquella tarde, Wong telefoneó al doctor Ran, cuñado del difunto. El geomántico tuvo también que gritar por el auricular.

—¿Oiga? ¿Es el doctor Ran? ¿Qué? ¿Sí? Soy el señor Wong, de East Trade Industries. Hoy estoy en Associated Food and Beverages. No, no vendo nada. Soy maestro de feng shui. Quería hacerle unas preguntas sobre el señor Sekhar. ¿Cómo? No, no quiero ir al quirófano. ¿Seca? ¿A

qué se refiere? ¿Cómo dice? ¿Quién tiene la garganta seca? No, seca no. No he dicho seca. He dicho Sekhar. Su cuñado, seca, digo Sekhar. Sí, sí, ya sé que murió.

Joyce levantó el supletorio y le hizo señas a Wong de que ahora hablaría ella.

—Hola, doctor Ran, aquí Jo McQuinnie, la ayudante del señor Wong. Verá, estamos haciendo un informe y tal sobre la muerte de su cuñado, aquí en Associated, y sólo queríamos, pues... bueno, comprobar un par de cosas, si tiene usted un momento.

—Está bien —dijo la voz, grave y comedida.

—Vale, oiga, a ver, ¿de qué murió exactamente?

—Mire, señorita...

—McQuinnie.

—McQuinnie. En su momento ya di mi diagnóstico. La empresa está al corriente.

—¿Le importaría repetírmelo? Sólo estamos, cómo le diría, cotejando los hechos.

—Está bien. Mi cuñado sufrió un infarto ventricular, un paro cardiaco. Había engordado mucho. En los últimos meses tomaba demasiadas tabletas para la indigestión. Yo creo que, básicamente, fue estrés, tanto físico como mental. Así de sencillo. Bien, y ahora, si me disculpan, estoy muy ocupado. Me han pillado en pleno reconocimiento.

Hacia el final de la tarde, las dos habitaciones se veían ya más luminosas y alegres, aunque uno de los lados, allí donde habían quitado la puerta, era un desbarajuste de ladrillos y mortero. Pese a ello, todo progresaba a gran velocidad, y Wong supuso que el trabajo estaría listo sin demasiada ceremonia (como rociar sal marina, por ejemplo) y que al día siguiente se haría una inspección minuciosa.

A las ocho de la noche, tras el acostumbrado trayecto en taxi a través del ruidoso tráfico que parecía no respetar nunca los carriles y cambiaba de uno a otro sin previo aviso, los visitantes se congratularon de regresar al frescor de la casa de la señora Daswani. Se sentaron en sillas de mimbre en el porche y tomaron mango lassi con una rodajita de lima. Aquella mansión en las afueras parecía un paraíso después de pasar el día en el corazón de la ciudad.

—Se lo ve relajado, señor Wong —dijo la anfitriona—. ¿Así que han podido arreglar esos despachos?

—Eso creo —dijo él—. Había mucho trabajo. Todo estaba fuera de sitio. Pero creo que hemos terminado.

—Dos habitaciones espantosas —comentó Joyce—. Los hombres de negocios piensan que cuanto más espacio, mejor, pero es justo lo contrario si todo está mal puesto. Era un sitio oscuro y, bueno, un desastre.

La señora Daswani sonrió.

—Lo que me gustaría saber es si eso influyó realmente en la muerte de ese hombre. Perdonen mi escepticismo, pero me sigue extrañando que unos muebles mal colocados puedan matar a un hombre joven y sano.

Joyce miró al jefe en busca de respuesta.

—El feng shui del despacho no lo mató. O no directamente —dijo éste—. Tuvo su efecto, y yo diría que muy grande. Pero no fue la causa directa.

—Entonces ¿qué fue?

—Se lo diré en confianza. La empresa no debe saber nada.

—De acuerdo —dijo la mujer, sentándose erguida y atenta—. ¿Qué fue?

—Suicidio —dijo Wong.

—¿En serio? —preguntó Joyce, sorprendida.

—Cuente, cuente —dijo la señora Daswani.

—Sekhar tenía un problema: era muy buen analista de ventas.

—¿Eso es un problema? —preguntó la joven.

—Puede serlo —respondió el geomántico—. Me explico. Sekhar era un hombre ambicioso. Alumno ejemplar, escala muy rápido y su jefe lo adora. Pero se queda estancado como director de ventas de productos animales. No puede seguir escalando. Entonces, pienso yo, ve dos cosas. Una es la tendencia de su sector: el negocio del marfil, medicamentos de tigre, astas de ciervo, etcétera, con Extremo Oriente empieza a flaquear. Su departamento va mal y se da cuenta de que un día su trabajo desaparecerá. —Hizo una pausa para beber un sorbo—. La otra, creo, es que observa a sus compañeros de trabajo y de club. Ejecutivos tristes y obesos. Gente en paro o con empleos horribles. Ambas cosas son malas. Sekhar no quiere ser como ellos, pero no ve cómo escapar de ese círculo. En la India es muy difícil encontrar otro empleo a partir de los cuarenta años. Casi imposible.

—Eso es verdad —dijo Joyce—, no hay más que ver los anuncios que aparecen en la prensa.

—De modo que contrata dos seguros de vida, para que su esposa e hijos queden cubiertos. Y luego se suicida.

Joyce puso cara de perplejidad.

—Pero ¿cómo pudo ser un suicidio? Todo el mundo insiste en que fue por causas naturales. ¿Alguna clase de veneno, como yo sugerí?

—No. Se suicidó muy lentamente. Solía tomar *korma* , ese curry tan suave, pues tenía úlcera de estómago, pero empezó a comer *vindaloos.* Pedía ración extra de chile. Luego comía vindaloos dobles con *palis* , los curries más picantes. Le pedía al chef que le hiciera la comida lo más fuerte posible. Eso le causaba grandes dolores y mucha flatulencia. Y cuando le dolía el estómago, se atiborraba de tabletas para la indigestión.

—¿Eso lo mató?

—Creo que sí.

La señora Daswani se quedó sorprendida.

—¿Y cómo ha sabido usted todo esto?

—Bueno —dijo el geomántico—, son sólo suposiciones. Le gusta el curry suave pero lo toma picante. Tiene úlcera pero come salsa de chile. Es abstemio pero se obliga a beber cerveza todos los días. Le encanta el deporte pero deja de hacer ejercicio. Detesta las pastillas pero empieza a tomar tabletas para la indigestión. Muchos cambios en su vida en este último año. De repente y todo a la vez. Tuvo que ser a propósito.

—Jolín. Se mató a base de *vindaloos* —dijo Joyce—. Qué cosa más rara.

—¿Cree usted que el doctor Ran lo sabía? —preguntó la señora Daswani.

—Quizá —dijo Wong—. O tal vez no. Pero el doctor es hermano de la mujer de Sekhar. Quiere que la familia sea feliz.

Durante un minuto no se oyó otra cosa que el chirriante canto de las cigarras en el jardín.

—Menuda manera de morir —dijo la joven—. Pero todo encaja. Nadie se dio cuenta. Claro, ¿qué tenía de extraño que un indio se dedicara a comer curry?

La señora Daswani arqueó las cejas.

—Dígame, C. F., ¿piensa informar de que fue suicidio y ahorrarle una fortuna a la compañía de seguros?

—¿Y quitarles el dinero a los hijos? ¿Después de las molestias que se tomó el pobre hombre? Desde luego que no. La autopsia determinó muerte por causas naturales. Yo no soy médico. Sólo entiendo de feng shui.

La anfitriona rió.

—Además —agregó Wong—, hay muchas personas que se envenenan lentamente con curry picante. Yo podría ser una, sin ir más lejos.

Apareció el criado joven e hizo sonar un gong para indicar que la cena estaba servida.

—Pues espere a ver lo que le hemos preparado esta noche —dijo la señora Daswani—. Esto acabará con usted.

8 El taxista

El gran sabio Lu Hsueh-an vivió en la llanura de Jars hace mil años. Un hombre lo abordó y dijo: «Sabio, necesito tu ayuda. Tengo demasiadas cargas. Mi casa ha empezado a inclinarse y creo que se vendrá abajo.»

Lu dijo: «Se puede arreglar.»

El hombre dijo: «Tengo otro problema. A mi jefe no le caigo bien y quiere librarse de mí. ¿Qué puedo hacer?»

Lu dijo: «Se puede arreglar con la misma acción.»

El hombre dijo: «Todavía hay otro problema. Mi mujer mira al vecino. Creo que le gusta. No quiero que me abandone.»

Lu dijo: «También se puede arreglar con la misma acción.»

El hombre dijo: «¿Qué acción es ésa?»

Lu dijo: «Ve a meditar durante tres días a un templo en lo alto de una montaña.»

Así lo hizo el hombre.

Después regresó.

Lu dijo: «Tus problemas se han resuelto. He derribado tu casa. Le he dicho a tu jefe que te vas. He trasladado a tu mujer a casa del vecino.»

El hombre dijo: «Eso no es lo que pedí.»

Lu dijo: «Pero ¿cómo te sientes?»

El hombre dijo: «Libre de mis cargas.»

Entonces el hombre se sintió muy contento. Le dio las gracias al sabio y a partir de entonces vivió feliz.

Brizna de Hierba, no escuches lo que dicen las personas. Escucha lo que quieren decir.

Es una verdad que toda la naturaleza conoce. Sólo los humanos la ignoran. Un cachorro hambriento sabe que necesita comida; pero un niño hambriento cree que necesita juguetes.

El poeta T'ang Yu dijo: «Las lágrimas pueden ser falsas. La lluvia no.»

Destellos de sabiduría oriental,

de C. F. Wong, parte 145

Los ojos sobrecargados de rímel de Winnie Lim parpadearon hasta abrirse del todo. Cubrió el auricular con sus uñas perfectas y dijo en voz baja:

—C. F., para usted. Madame Fu.

La mano de Wong, que ya se había adelantado para alcanzar el teléfono, retrocedió bruscamente al oír el nombre.

—Dígale que no estoy.

—No está —dijo Winnie.

Se produjo un tenso silencio en la oficina, y por el auricular de la secretaria pudieron oír una versión en miniatura de la rasposa voz de madame Fu.

—De acuerdo, se lo diré —dijo Winnie. Wong, entretanto, se maltrataba el labio inferior. Winnie se volvió hacia él—: Le digo que no está y ella dice que quiere hablar con usted de todos modos.

—Está bien, está bien. —El geomántico asintió con la cabeza y Winnie pulsó un botón para trasladar la llamada 128 centímetros desde su teléfono hasta el de él.

Wong se irguió en todo su metro sesenta y cinco y se alisó la chaqueta.

—Hola, madame Fu. Me alegro de que haya llamado.

—Oiga, Wong, mi prima viene los jueves a tomar el té, todos los jueves. Tiene usted que hacerlo ahora.

—Cómo no, madame Fu.

—Inmediatamente, si es posible.

—¿Qué quiere que haga?

—Esta tarde o, como mucho, mañana por la mañana.

—Muy bien, madame Fu. ¿Qué quiere que haga esta tarde o mañana?

—Mañana por la mañana. Tiene que haber terminado antes del mediodía. A veces se presenta a la hora de almorzar. Mejor si viene ahora mismo. Para más seguridad.

El geomántico decidió cambiar de táctica:

—Ha tenido mala fortuna últimamente, ¿es eso? ¿Un nuevo anexo en su casa, quizá? ¿Quiere que eche un vistazo a alguna cosa?

—No, Wong, quiero que me diga si debo quitarlo o hacer que lo tiren o simplemente dejar que se pudra. Mi prima es muy sensible a estas cosas.

—Pero ¿el qué? ¿De qué se trata?

—Esa cosa. Se lo estoy diciendo. La cosa que tengo en el jardín.

—En el jardín. ¿Qué clase de cosa?

—*Alamok!* Eso me lo tiene que decir usted. Yo no puedo hacer su trabajo, señor Wong.

Winnie Lim, que estaba escuchando por el otro teléfono, tapó el auricular con la mano y le dijo a Wong:

—Ríndase, hombre. *Sudah-lah!*

El geomántico comprendió la inutilidad de seguir indagando y terminó la conversación con la obediente promesa de ir enseguida a Fu Town Villa. Luego colgó y se derrumbó en su asiento con la gracia de una nave industrial demolida.

Su ayudante, Joyce McQuinnie, bajó el libro que estaba leyendo y lo miró. No se le había escapado la profunda reticencia del geomántico a atender el encargo.

—¿Por qué no le dice que se vaya a paseo?

—¿A quién?

—A esa madame Tururú.

—Madame Fu.

—Bueno, pues Fu.

—¿Y por qué habría de decirle que se vaya a pasear? ¿Qué tiene eso que ver?

—Olvídelo, C. F.

Una vez más, Wong se quedó con la idea de que estaba manteniendo una conversación con una perturbada. ¿Era corriente sentirse a todas horas rodeado de locura, o sólo le ocurría a él? Decidió cambiar de tema.

—¿Es un buen libro?

Joyce estaba leyendo una antología de mitos y leyendas chinos que él le había recomendado encarecidamente. Ella dejó el libro a un lado y dijo:

—Mire, para serle franca, hay cosas que están bien, pero otras son loquísimas.

—¿Cómo dice?

Joyce apoyó los pies encima de la mesa.

—A ver, las chicas siempre se transforman en zorros, fantasmas o qué sé yo. Eso ya es tope raro. Pero en esta historia, el chico se convierte en crisantemo. Por-fa-vor. ¡Un crisantemo! ¿A quién se le ocurre escribir eso?

—A P'u Sung Ling.

—Pues si quiere que se lo adapten al cine, va a necesitar un buen editor...

—No creo que quiera. Ya está muerto.

—Ja, no me extraña.

El geomántico estaba recogiendo sus cosas.

—Voy a ver a Madame Fu. ¿Me acompaña? —preguntó, deseando que la respuesta fuera negativa.

—Claro —dijo Joyce—. Es una oportunidad de ver a los crustáceos superiores de la sociedad de Singapur. No me la perdería por todo el té de Winnie Lim.

La secretaria, al oír su nombre, dejó en la mesa su decimoctava taza de té *gok-fa* y miró a la joven, pero no obtuvo más información.

* * *

El extrarradio de Singapur en un nublado día laborable de verano es un lugar agradable. El tráfico se embotellaba en el centro de la ciudad, con lo que las calles alejadas del barrio comercial eran fluidas y acogedoras. El cielo lucía un inverosímil azul oscuro, que las montañas

de cirrocúmulos elevándose en el horizonte hacían más, no menos, hermoso.

En esa clase de salidas, Wong deseaba tener un coche propio. Miraba con cierta envidia a los espíritus libres que pasaban a toda velocidad en descapotables, con los cabellos al viento. Pero como el impuesto sobre coches particulares en la ciudad-estado se había más que doblado, eso quedaba fuera del alcance de un pequeño empresario como él.

Por otra parte, si alguna vez se decidía a ahorrar Para comprar un coche, sería gracias a clientes como madame Fu. Ella era rica, le encargaba trabajos a menudo y pagaba en efectivo (normalmente, más de lo que él pedía). Aguantar una pequeña dosis de locura era un precio bajo.

Y por el momento, los taxis de Singapur eran relativamente baratos y seguros; ahora mismo, viajaba en un Mercedes-Benz, un tipo de coche que en su Guangzhou natal se asociaba a las clases altas. Tardaron menos de quince agradables minutos en ir de Telok Ayer Street a las despejadas calles residenciales de Katong.

—Seguramente será un trabajo fácil —dijo Joyce—. La vieja parece que está chiflada.

—Porquería —dijo Wong.

—¿Que será una porquería de trabajo?

—No, el problema. Creo que es porquería. Lo que tiene en el jardín.

La casa de madame Fu se encontraba en una urbanización de clase alta y edificios bajos junto a Meyer Road, pero la parte de atrás daba a una tranquila carretera rural, utilizada a menudo para fines más o menos inicuos como citas de enamorados o tirar basura, que normalmente arrojaban encima de su tapia. Para ser justos, habría que decir que en parte era culpa de ella, pues su jardín estaba tan descuidado y lleno de maleza que cualquier transeúnte podía tomarlo como tierra comunal. Pero bastaba que alguien tirara allí una nevera vieja, para que a la primera de cambio otro siguiera su ejemplo. En una semana, aquello podía convertirse en un vertedero municipal. A veces, el objeto desdeñado era dejado allí por la propia madame Fu. Ella nunca culpaba a nadie de la subsiguiente montaña de desperdicios, al parecer creyendo que los muebles y otros artículos no deseados se multiplicaban por rapidísima copulación asexuada.

Wong se mortificaba pensando que este tipo de encargos no era propio de un experto en feng shui. La mujer era una excéntrica, incluso cabía que estuviera mal de la cabeza. Si así fuese, él consideraba que habría que tratarla a la manera tradicional china, es decir, que sus hijos la escondieran allí donde no pudiera ocasionar ningún daño.

Pero sus visitas de cada pocos meses se habían convertido para madame Fu en una fuente de tranquilidad, y también en una parte apreciable de los ingresos del geomántico, así que ¿para qué quejarse? Ambas partes sacaban un provecho. Además, cada caso de geomancia entrañaba cierto grado de psicología. Los flujos de energía dentro de una casa, por perfecta que sea la disposición de la misma, no redundan en un hogar feliz si sus moradores están mentalmente desequilibrados.

Recorrieron el elegante barrio de Joo Chiat, lugar de residencia predilecto de las comunidades euroasiática y china. Las viviendas de esta parte fascinaban al geomántico. Le gustaba especialmente Mountbatten Road, con sus suntuosos chalets en grandes parcelas, algunos de estilo colonial clásico y otros de diseño más atrevido y moderno.

El taxi llegó a un grupo de pequeñas casas pulcramente separadas entre sí. Se detuvieron ante la entrada principal, el guardia de seguridad miró a los ocupantes del coche y enseguida les franqueó el paso.

Para estos casos, pensó Wong, su ayudante occidental siempre resultaba útil. Un enjuto caballero chino con los ojos pequeños y arrugados y una boca de gesto severo suscita recelo, incluso si se disfraza de Papá Noel. Pero hay algo en las mujeres blancas que aterroriza a los burócratas asiáticos, ya sean porteros o jefes de Estado. No estaba seguro del motivo. Quizá porque son tan diferentes de las asiáticas, una especie claramente aparte. Las occidentales eran difíciles, autoritarias, ilógicas, perdían la paciencia y siempre estaban a punto de gritar. Todos estos factores hacían que una simple mirada de Joyce levantara rápidamente todas las barreras, mientras que Wong, de haber ido solo, habría tenido que soportar un interrogatorio y presentar algún documento de identidad.

Un criado indonesio abrió la puerta de la casa enjalbegada y los condujo a presencia de la señora, que se encontraba en el jardín trasero.

—¡Oh, ya está aquí! Adelante, adelante —dijo madame Fu, haciéndoles señas—. Esto trae mala suerte, estoy segura, necesito saber qué opina usted.

Wong caminó con cuidado entre la hierba crecida. En una visita anterior se había hecho daño en el pie y no quería correr riesgos. Se detuvieron al llegar al cercado del fondo. Madame Fu señaló un punto entre la hierba.

—Ahí. ¿Qué opina?

A sus pies había un cuerpo. Un cadáver. Llevaba puesto un impermeable con una mancha oscura. Las moscas que lo rondaban hacían pensar que

llevaba allí, tostándose al sol, al menos medio día. Era un hombre de pelo negro. Sus ojos estaban abiertos pero inertes.

Joyce soltó un grito y se llevó el puño a la boca.

Wong inspiró hondo:

—¡Por todos los dioses! Creo que tiene razón, madame Fu. Esto trae mala suerte. Es preciso solucionarlo lo antes posible y sin el menor error.

—Lo sabía —dijo la mujer. Se volvió hacia el criado—. ¿No había dicho yo que traía mala suerte?

Wong tenía que hacer la pregunta más obvia.

—*Terok-lah.* Esto... ¿puedo preguntar si...? ¿Lo ha hecho usted?

—Por supuesto que no. En mi propio jardín no me dedico a matar gente —respondió ella, como si cometiera matanzas indiscriminadas en otros lugares.

El geomántico llamó a la policía, que se hizo cargo de todo. Al fin y al cabo, se dijo Wong, probablemente se trataba de un asesinato mafioso. Además, tenía la importante tarea de reorganizar la buena suerte de Madame Fu. Los iconos correctos en la puerta de atrás, mirando hacia el lugar donde había sido hallado el cadáver, un espejo ba gua de ocho caras en la pared, encima de las puertaventanas: no era tarea difícil desviar el mal. La gente no se daba cuenta de que un incidente aislado, incluso algo de tanta envergadura como la presencia de un cadáver en su propia casa, es menos difícil de contrarrestar que un permanente flujo de fuerzas negativas, como por ejemplo la ubicación de una casa en línea recta con el emplazamiento de una sepultura.

Al inspector de homicidios, Gilbert Kwa, le costó tratar con madame Fu. Hablaba irracionalmente, de manera confusa y se contradecía a menudo. Wong fue requerido constantemente para interpretar las palabras de la mujer.

Kwa empezó a utilizarlo como intermediario con la anfitriona, papel que el geomántico no rechazó, puesto que en casos como éste su curiosidad era mayor que su reserva.

Más tarde, el inspector le pidió que fuera a la comisaría. Una vez allí, le preguntó sobre los objetos abandonados en el jardín de la mujer. Wong le explicó que parecía tratarse de una consecuencia de la disposición del terreno.

—Aquello parece un vertedero, de modo que la gente tira allí sus desperdicios.

—Un cadáver no es un desperdicio.

—Cierto. Confiado ya decía que tratar un cuerpo muerto era una cuestión peliaguda. Si le das trato de cosa muerta, la gente dice que no tienes corazón. Si lo tratas como si aún estuviera vivo, la gente dice que no tienes cerebro. Confucio, en el Li Chi...

—Otro día hablamos de Confucio, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. ¿Algún sospechoso?

—Pues sí, ya lo tenemos —dijo Kwa.

—Caramba. ¿Tan pronto? Estupendo.

El policía le contó la historia. El muerto era Carlton Semek, un hombre de negocios indonesio que se había mudado a Singapur hacía cuatro años. Sus socios lo habían dejado con vida en un taxi en la esquina de Tanglin Road, tras una reunión la víspera de que fuera hallado cadáver.

Sus colegas, una mujer de Singapur —Emma Esther Sin— y un norteamericano —Jeffrey Alabama Coles—, dijeron que estaba bien cuando lo vieron por última vez. Había tomado unas cuantas copas, tampoco demasiadas, lo suficiente para estar un poco achispado. Lo dejaron en el taxi y se despidieron. Ambos recordaban que el taxista era un hombre de aspecto indio y edad indeterminada. «Tenía pelo negro y bigote», había dicho Emma Sin.

—Eso reducía la lista a unas decenas de millares —dijo Kwa.

Por suerte, sus hombres habían visionado videos de tráfico y seguridad e identificado una serie de vehículos que estaban en la zona de Katong y Meyer Road a la hora en que se produjeron los hechos, entre ellos tres taxis.

Habían localizado a los taxistas, uno de los cuales parecía encajar con la descripción. La señorita Sin y el señor Coles, por separado, escogieron la misma fotografía. En el registro del sospechoso constaba que había recogido a un cliente en la esquina de Tanglin y Orchard Road casi a la misma hora en que los colegas de la víctima afirmaban haberlo dejado en un taxi. Tras ser interrogado por otro inspector, el taxista confesó rápidamente haber arrojado el cadáver por encima de la tapia de la señora Fu.

Parecía un caso claro.

—Un hombre sube con vida a un taxi —dijo Wong—. Y lo abandona muerto. El taxista lo mató, ¿no? Todo resuelto.

—Sí... —dijo el inspector, y Wong notó que vacilaba—. No del todo. Necesito hacer cuadrar los detalles. La bolsa que llevaba el hombre estaba vacía. Llevaba dinero, pero también otras cosas, material científico. ¿Qué hizo Motani (así se llama el taxista) con eso? ¿Cómo es que no aparece el arma homicida? Registramos el piso de Motani a fondo. No encontramos nada. Aún queda mucho para que pueda dar el caso por cerrado.

—¿Por qué tanta prisa?

—Me gusta resolver estas cosas cuando el caso aún está caliente. —Kwa dejó caer bruscamente los hombros a una postura más cómoda—. Además, este fin de semana tenía previsto ir a Genting Highlands, a jugar al golf. Necesito solucionarlo cuanto antes.

—Entiendo.

—Mi colega el superintendente Tan me ha dicho que le deje hablar con el detenido. Yo estoy dispuesto. ¿Qué opina usted, C. F.?

Wong supo que esto era lo más cerca a que llegaría Gilbert Kwa de implorar ayuda, de modo que accedió a entrevistarse con el taxista, Nanda Motani, de veintisiete años, que llevaba en el oficio alrededor de un año.

—Yo no fui, le juro que yo no lo hice —dijo Motani con un patético deje de súplica en su voz ronca, antes incluso de que Wong hubiera tomado asiento.

El maestro de feng shui cambió la orientación de la silla antes de aposentarse cuidadosamente en ella.

—Señor Motani, yo no he dicho que hiciera usted nada. Me llamo C. F. Wong. Soy asesor. Quiero que me cuente toda la verdad. Dígame exactamente lo que sucedió desde el momento en que vio al señor Semek hasta que lo dejó. Vaya despacio.

—Yo no lo maté —insistió el taxista—. Ya estaba muerto cuando me volví para mirar.

—Cuéntemelo todo, por favor —insistió a su vez Wong, con tono tranquilizador pero firme.

El hombre se rascó las mejillas sin afeitar, suspiró y dijo:

—Lo he repetido no sé cuántas veces. Llegué a Orchard Road a eso de las diez y media, quizá un poco antes o después. Vi a aquellos tres en la esquina. Salían de un bar. Se notaba que habían bebido. El que iba en medio se apoyaba en la mujer, que reía a carcajadas. El otro hombre, el extranjero alto, sujetaba al que estaba en medio. Me hicieron señas y me

detuve. Técnicamente no está permitido parar allí, lo sé, y si quiere arrestarme y acusarme, me declararé culpable. Culpable de eso, sí, pero no me acuse de haber hecho... lo otro.

—Siga, por favor. Paró el taxi. ¿Y luego?

—El extranjero metió las bolsas dentro y ayudó a subir a su amigo, el borracho, mientras la mujer esperaba fuera. Luego me dio la dirección.

—¿Quién se la dio?

—El tipo alto, el americano. «Katong, East Coast Road, cerca de Red House», dijo.

—¿Red House? Ah, ¿quiere decir la antigua panadería de Katong?

—Sí, eso mismo. El borracho iba medio caído en el asiento, y el americano estiró el brazo y le dio unas palmaditas o algo. «Adiós, amigo.» Le dijo algo así. Hice el giro metiéndome en un camino particular (y si quiere arrestarme por eso, adelante, no se prive) y luego enfilé Orchard Road.

—Hacia el este.

—Sí, hacia el este, ya sabe, luego seguí por Stamford Road, Raffles Avenue y crucé el puente. Después me equivoqué de calle. No conozco bien esa zona. Paré y le pregunté a otro taxista. Me indicó el camino y llegué a Katong muy rápido, apenas unos minutos más tarde.

—¿El pasajero dijo algo?

—No; estaba demasiado borracho. Repitió la dirección. Creo que le comenté algo, para charlar un poco, ya sabe, soy un tipo muy afable, un tipo simpático. Le dije que Katonge era un sitio bonito para vivir, pero él no respondió.

—¿No dijo nada en absoluto?

—Cantó un poco.

—¿Qué cantó?

—Yo no sé de música. No tengo tiempo para eso. Sólo me sé las canciones de las películas tamiles. Creo que era una canción pop occidental, qué sé yo, algo de América. No lo sé.

—¿Y qué pasó después?

—Nada. Nada en absoluto. Simplemente lo llevé hasta East Coast Road; estaba oscuro. Torcí a la izquierda por esa calle y oí un ruido atrás. Miré por el retrovisor y no lo vi. Paré el coche y vi que estaba doblado,

medio cuerpo en el asiento y el otro medio en el suelo. Seguí conduciendo.

—¿Por qué? ¿No le pareció que se encontraba mal?

—Mire usted, señor policía...

—Yo no soy policía.

—Mire usted, buen hombre, cuando eres taxista y trabajas de noche, muchas veces tienes que llevar a gente que se duerme, o que está borracha o inconsciente. No es nada extraño. Uno los lleva a la dirección que sea y luego los despierta. Esto pasa muchas veces, pregunte a cualquier taxista de Singapur.

—De acuerdo. ¿Y llegó a su casa?

—Correcto. Entonces intenté despertarlo. Le decía cosas, pero no había manera. Estiré el brazo y lo sacudí. No se despertó. Estaba como fofo, desmadejado. Salí del coche y fui a sacarlo con la intención de dejarlo a la puerta de su casa. Lo he hecho otras veces. Pero entonces vi la mancha que tenía en el abrigo. Creí que habría vomitado, pero no, era una mancha negra.

—¿De sangre?

—Sí, creo que sí, pero en la penumbra parecía negra. Cuando vi que estaba mal, o quizá muerto, casi me puse a gritar. No sabía qué hacer. Sólo quería sacarlo del coche, pero ¿qué podía hacer? Me pareció que había mil ventanas a mi alrededor, todas mirándome. Pensé en llamar a la policía, pero nadie más que yo estaba con aquel hombre, de modo que pensé que la policía creería que yo... que yo lo había matado. Y no es así. Yo no fui, yo no fui. Le juro que ya estaba muerto cuando vi la mancha del abrigo.

—¿Qué hizo entonces?

—Cerré la puerta de su lado, me puse al volante y salí pitando.

—¿Adónde?

—No sé. Simplemente me fui de allí. Al final llegué a la zona de Meyer Road, sabe. Me metí por una callejuela tras doblar la esquina, y arrojé el cadáver por encima de una tapia. Y sus bolsas también. Un maletín y una bolsa pesada.

—¿La abrió?

—No, no toqué nada. Sólo por fuera.

—¿Y después?

—Volví a casa y limpié el coche a fondo, una y otra vez. Terminé de limpiarlo a las seis de la mañana y luego me fui a dormir, pero sólo pude hacerlo un par de horas. Tenía miedo de volver al trabajo, así que me quedé en casa mirando a la pared. Estuve horas así, hasta que llegó la policía. Me trajeron aquí y no he salido desde entonces. Eso es todo lo que sé. Créame, por favor. Por favor se lo pido, se lo ruego.

—Le creo —dijo Wong—. Pero debo hacerle unas preguntas más. ¿Las ventanillas de su taxi estaban bajadas?

—No; subidas. Tengo aire acondicionado. No quiero malgastar. Así se conserva el frío, sabe.

—¿Oyó al señor Semek bajar la ventanilla? ¿Oyó algún ruido, como que bajaba una ventanilla o trataba de abrir la puerta?

—Creo que no. Ojalá pudiera decir otra cosa, porque eso querría decir que alguien subió y lo mató, que imagino que es lo que ocurrió. Mire, señor policía, yo soy un buen hindú y no digo mentiras, o sea que no, no oí nada de eso, es la verdad. Por favor, se lo ruego...

—Está bien. Hemos terminado —dijo Wong.

El geomántico fue a la cantina de la comisaría y pidió un té verde. Se puso a examinar los informes del caso. Joyce llegó con los libros de cartas astrológicas. Wong la puso al corriente de todo, para ver si ella hacía las preguntas correctas.

—Qué raro —dijo la joven—. ¿Quién mató al tipo, si el taxista no fue? ¿Qué ocurrió durante el trayecto? La clave es: ¿qué consecuencias tuvo la muerte de Semek? ¿Alguna herencia o algo así?

Wong asintió. Pregunta correcta. Él mismo se la había formulado a Kwa. Semek tenía una ex esposa en Indonesia y varios hijos estudiando en la universidad, los cuales heredarían su dinero... Pero no tenía parientes en Singapur ni en Malasia. La herencia no era grande y, que la policía supiera, no había ningún seguro de vida. En cuanto a asuntos profesionales, Semek, Sin y Coles acababan de firmar un contrato para desarrollar un producto técnico. Algo relativo a análisis de minerales para un proyecto de minería en Kalimantan. Semek era científico, la parte técnica del negocio, mientras que Coles y Sin se ocupaban de la parte comercial, puesto que eran, respectivamente, especialistas en financiación y mercadotecnia. Los socios, a quienes no pareció afectar el asesinato, habían acordado suspender el negocio hasta después de los funerales, cuando todos volverían a reunirse de nuevo.

—Oiga, ¿y había algo interesante en el cuerpo del muerto?

—Lo interesante es lo que no había. Cuando subió al taxi llevaba dos bultos. Un pequeño maletín y una mochila grande. En ella había muestras de mineral, piezas de maquinaria, moneda extranjera.

—¿Y todo ha desaparecido?

—No todo. La mochila y el maletín estaban allí, en el jardín de madame Fu. Pero la mochila estaba llena de ladrillos. Como traídos de una obra.

—Ah, el cambiazo.

—¿Cambiazo?

—Muy típico de las películas americanas de cine negro, de las de antes. Tenías una bolsa con cosas valiosas y otra que parecía idéntica, pero nada de valor dentro. Para dar el cambiazo. En algunas pelis todavía se ve. Bueno, dejémoslo. Así pues, ¿quién se lo llevó? El taxista, ¿verdad?

—Puede. O quizá se detuvo en alguna parte... Quizá hay algo que no nos cuenta.

—¿Y el maletín?

—Cosas de ejecutivo. Aquí tiene una lista.

Joyce la examinó. El maletín de Semek contenía un montón de papeles, básicamente documentos técnicos relativos a análisis de suelo y rocas, medio donut en una bolsa de papel, una novela de Michael Crichton, un *Penthouse* y un paquete de cacahuetes de un vuelo de SilkAir.

En sus bolsillos, la policía había encontrado un teléfono móvil finlandés, un recibo de lavandería, un recibo de un cajero automático de Orchard Road, un dictáfono y dos casetes.

—¿Pusieron las cintas?

—Sí —dijo Wong—. En una hay grabaciones de cartas comerciales. En la otra se le oye cantar.

—¿Cantar?

—Le gustaba cantar, por lo visto. Una cinta, según Kwa, empieza con parte de una carta y luego canta *New York, New York.* Era cantante de karaoke, ¿entiende?

—¡Uf! Sí, claro, menuda bazofia. Es donde la gente asesina las canciones en público.

—¿No le gusta? Pues al muerto le encantaba el karaoke. La señorita Sin dijo que iba con frecuencia a clubes de karaoke.

—¿Mensajes en el móvil?

—Ninguno.

La joven cogió la lista de pertenencias personales y de pronto emitió un silbido de admiración. Wong la miró. ¿Habría descubierto algo importante?

—¡Uau! ¿Y qué pasará con todas sus cosas? —preguntó Joyce—. ¿Se las queda la poli? Ese encendedor Dunhill es chulísimo; yo no fumo, pero bueno. Y un walkman nuevo no me vendría mal, y esa grabadora... Supergraves, altavoz incorporado, rebobinado automático. Hombre, si van a tirarlo todo...

—No. Se lo darán a la familia.

—Ya, claro. Supongo que es lo correcto. Bueno, y ahora ¿qué? ¿Sacamos el champán y le hacemos el feng shui al taxi?

—No se dice champán. Es *lo pan.* Además, con los taxis no funciona. Un coche siempre cambia de orientación, sur, oeste, norte, este. No tiene una dirección propia.

—El mío sí. Papá me compró hace dos meses un Mini del ochenta y nueve para que aprendiera, pero perdí las llaves y estuvo tirado en una calle durante semanas. Para que luego digan que con un coche vas a todas partes. Yo sí iba, pero a pie.

—En este caso no necesitamos *lo pan.* Solamente cartas *lo shu,* pilares del destino. Para empezar, el señor Semek.

Abrió con satisfacción sus polvorientos tomos y empezó a leer páginas llenas de caracteres chinos. El pilar-día del señor Semek era de fuego, y había nacido a finales de primavera, estación de madera, explicó el geomántico. Sacaría, pues, fuerzas del fuego y la madera. Del mismo modo que en un fuego real, si añades madera las llamas se hacen más grandes. Pero si le añades agua, el fuego se extingue. Si introduces objetos metálicos o tierra, será difícil que el fuego prenda.

La noche de su muerte era un día de metal, dijo Wong. Cada elemento está asociado con una parte del cuerpo. Semek recibió un disparo en el pecho. El metal se asocia con el sistema respiratorio. En su caso, las pautas astrológicas se hicieron realidad de la manera más literal. Una bala de metal se introdujo en su sistema respiratorio.

Motani también es una persona fuego. Sin embargo, en sus cuatro pilares sólo había un elemento madera, por tres elementos metal. Por tanto, no era una persona fuego demasiado fuerte...

Gilbert Kwa llegó en ese momento.

—¿Ha encontrado algo?

—Sí. Está clarísimo, ¿verdad, jefe? —dijo Joyce con una sonrisa.

—¿Sí? —El policía tomó asiento delante de ella, que dijo:

—El taxista es inocente. Alguien disparó al tipo a través de la ventanilla del coche. Con un arma de largo alcance y con silenciador, como hacen los francotiradores. Igual que en esa peli, *El día del Chacal,* ¿se acuerda? Muy años setenta, pero era bastante buena.

—Pero el taxista dice que la ventanilla estaba subida.

—Bah —dijo Joyce—. Declaró que se detuvo a preguntar cuando se perdió por aquellas calles. ¿Cómo pregunta un taxista? Pues bajando la ventanilla y gritando, ¿no? En ese momento la bala pasó silbando junto al taxista y mató al pobre tipo de atrás sin que nadie se diese cuenta. ¿Qué le parece?

—Me parece que ve usted demasiadas películas —repuso Kwa con una sonrisa—. Para empezar, no le dispararon. Fue una cuchillada, pese a que no encontramos ningún cuchillo. Primero pensamos que había sido una bala, sí, pero el médico dice que no hay duda: fue un arma blanca, quizá un cuchillo de cocina o de pelar fruta, corto pero afilado. Estamos registrando otra vez la casa de Motani. Lo malo es que pudo arrojar el arma desde el taxi en cualquier punto del trayecto.

—Oh. ¿Cambia eso su teoría? —preguntó Joyce a Wong.

—No. Metal en sistema respiratorio. Bala, cuchillo, es lo mismo.

La joven se apoyó en el respaldo y se mordisqueó la uña de un dedo índice.

—Oiga, tengo otra idea. A ver qué le parece. Hay alguien escondido en el maletero. Apuñala al tipo atravesando el respaldo del asiento, le extrae el cuchillo y luego, cuando el coche para, salta y se larga corriendo. Las puertas del taxi no han llegado a abrirse. ¿Eh? ¿Qué me dice?

Kwa sonrió de nuevo.

—Sigue viendo demasiadas películas —dijo—. La idea está bien, pero a la víctima la apuñalaron por delante. Justo en el corazón. No por detrás.

—Bueno, al menos tengo teorías interesantes, que ya es más de lo que aportan ustedes —dijo ella.

—La respuesta no está en esas ideas extrañas, sino en alguna parte de estos papeles. —Wong los recogió, abrió el libro de cartas y los metió dentro—. Me voy a la oficina. Necesito calma y silencio para dibujar cuatro pilares de fortuna, uno para cada persona. Debo hacer correctamente la investigación. —Se levantó.

Joyce permaneció sentada.

—Es la primera vez que estoy en una comisaría de Singapur. ¿Me la enseña, jefe?

—Desde luego —dijo Kwa.

—¿Y puede enseñarme dónde encierran a la gente y les dan palizas y tal?

—Sí, por supuesto. Acompáñeme.

Por la tarde, Joyce estaba en un Starbucks de Orchard Road con una Coca-Cola y un *muffin* de arándanos, mirando las tiendas del otro lado de la calle. El tráfico era fluido, aunque de vez en cuando se estancaba un poco. Un taxi se detuvo para recoger a un cliente y la furgoneta que iba detrás tuvo que frenar en seco. Hubo intercambio de insultos y ambos vehículos siguieron adelante. A lo lejos se oía algo parecido a una campana de iglesia, un sonido inesperado y muy europeo, pensó Joyce.

Cerca había un Toys'R'Us, y una librería grande al doblar la esquina. En las boutiques de ambas aceras vio la misma ropa de marca que en South Molton Street. Una pareja joven que pasaba por allí se sentó a la mesa de al lado; ambos llevaban Levi's 501: los reconoció por las etiquetas.

Sin pensarlo conscientemente, estaba rumiando sobre el hecho de que esa escena le recordaba a Pitt Street, o quizá una calle principal de South Yarra, en Australia. Sin embargo, nadie se habría equivocado al respecto. ¿Qué era lo que marcaba la diferencia?

Los árboles, pensó, tan orientales. Los árboles de Australia eran muy diferentes de los de Singapur. Y la gente, claro. Aquí eran más bajos. Los occidentales eran altos y angulosos, y tampoco había tantos. En Sidney, cuando en una acera veías a diez personas a la vez, ya te parecía llena. Aquí siempre había unas setenta, de día como de noche.

Y el aire, por supuesto. Aunque estaba nublado y soplaba viento y el sol había desaparecido, el aire aún era caliente, húmedo, estancado. Cuando en Sidney hacía un clima así, lo llamaban ola de calor. Las

mujeres tomarían el sol en *topless* en playa Bondi, y algún que otro reportero trataría de freír un huevo en la acera. Aquí, en cambio, la gente se había puesto jersey.

¿Qué otras diferencias había? De repente comprendió que estaba centrándose en estas comparaciones mundanas porque su cerebro no quería reconocer lo que de verdad la preocupaba: estaba intentando eliminar algo que la había conmocionado. Pero ¿qué era?

Mientras comía distraídamente el muffin notó que empezaba a relajarse, y poco a poco fue revisando mentalmente los últimos acontecimientos. Había pasado la tarde hablando infructuosamente con la familia de Motani. Su madre hablaba un poco de inglés, pero estaba destrozada por la detención de su hijo mayor. Luego estaban los cuatro hermanos y dos hermanas que aún vivían en casa, en aquel pequeño apartamento de una urbanización insulsa que se llamaba... ¿cómo, mecachis? Se le había olvidado. Las chicas apenas habían abierto la boca, y Joyce había tenido que hablar con los dos hermanos menores del taxista. Uno de ellos era guapísimo pero taciturno, y hablaba con monosílabos. El otro, de nariz prominente y bigote, se mostró animado y complaciente.

Joyce se sentía como una impostora. No había estudiado para policía ni sabía demasiado de feng shui. ¿Qué estaba haciendo allí? Las instrucciones de Wong sólo habían sido que hablara con la familia e intentara sonsacarles algo que pudiera ayudar a resolver el caso. Ella no tenía ni idea de qué preguntar. ¿Debería haber tomado notas? ¿Debería haber grabado la entrevista? Al menos eso le habría dado cierto aire de profesional. Claro que también podían haber pensado que era una periodista en busca de una exclusiva.

¿Se había dicho algo que mereciese la pena comunicar a Wong? En todo el rato que estuvo en la casa, sólo hubo un tema de conversación: la machacona insistencia en la inocencia de Motani. ¿Cómo podían los dioses haberlo puesto en semejante aprieto?

Cuando Joyce explicó que no era policía sino alguien que quería ayudarlos, la familia supuso que era una especie de asistente social, y empezaron a hacerle preguntas sobre qué clase de ayuda podrían conseguir si Motani, que era quien más dinero aportaba a la familia, era condenado a años de cárcel... aunque él no había cometido ningún delito, claro.

Joyce se había sorprendido de su propia habilidad para responder a las preguntas, o para rechazar aquellas que la desconcertaban. ¿Dónde aprendí a decir tantas tonterías?, se preguntó. Tal vez era cosa innata. Después de todo, su padre era un consumado experto. Bueno, lo principal era que no había puesto en peligro el buen nombre de C. F. Wong & Associates. Consideraba que había actuado de manera harto profesional, excepto, tal vez, cuando pidió prestado un cedé pirata de un concierto de Pearl Jam que el hermano pequeño de Motani tenía en la mesa donde estaba haciendo sus deberes.

Entonces ¿por qué se sentía tan inquieta? Seguramente porque se había identificado con la madre, que no había dejado de entrar y salir de la habitación toda la tarde, hecha un mar de lágrimas. O quizá era algo más: ¿no habría asumido la responsabilidad, siquiera moral, de conseguir que Motani saliera bien librado? Quizá por eso tenía la sensación de llevar una carga muy pesada.

O tal vez era que el cúmulo de acontecimientos de los últimos días la mantenía al borde del ataque de nervios. Encontrar un cadáver en el jardín no era moco de pavo, y era ya el segundo del verano, de momento. No hay muchas jóvenes de diecisiete años que se dediquen a encontrar cadáveres por ahí. Quizá es, se dijo, que me estoy haciendo mayor.

Había ido a tomar algo para aplazar la principal tarea de la tarde, que era informar a Wong de sus descubrimientos. Pero no había descubierto nada. ¿Cómo se lo iba a decir? Decidió llamarlo por el móvil.

—¿C. F.? Soy yo, Jo.

—¿Ha encontrado el piso?

—Sí, gracias. El taxi me ha dejado enfrente.

—¿Ha averiguado algo?

—Pues... bueno, son familia numerosa. El padre de Motani murió y ahora es él quien aporta el dinero. Tiene hermanos por un tubo. Como es lógico, están todos hechos polvo. Y...

—¿Y?

—Bueno, no, creo que eso es todo. Quiero decir que no he averiguado nada que pueda resolver el misterio. No sabía muy bien qué preguntar ni qué buscar. Sólo he charlado un rato con ellos.

—Está bien, no se preocupe.

—Pero sí hay una cosa, creo...

—¿Qué cosa?

—Tenemos que sacar a Motani de ésta. Él no lo hizo.

—¿Por qué piensa eso?

—Por nada. Me lo parece y ya está.

—Comprendo. A mí también. Váyase a casa. Camine, camine despacio.

Joyce sonrió. Emma le había explicado ese equivalente chino de «cuídese».

—Sí. Camine, camine despacio usted también. Buenas noches.

Al día siguiente, cerca ya del mediodía, Wong encontró a Gilbert Kwa en el pasillo de los juzgados. El policía estaba de muy mal humor.

—Pero ¿por qué diantres los juicios no pueden estar programados puntualmente, como una visita al dentista? ¿Por qué siempre tengo que perder horas y horas esperando?

—Debo hacerle una pregunta importante —dijo el geomántico—. Puede que después tengamos la respuesta.

—Pues dese prisa. Esta mañana juzgan a Motani. De un momento a otro nos llamarán de la sala número tres. O dentro de una hora, cómo saberlo.

Un empleado apareció en el umbral y leyó en alto una hoja de papel:

—Caso doce barra setecientos sesenta y ocho f. Motani, N.

—Ya era hora. Lo siento, nos toca. Hablaré con usted más tarde.

—No. Espere, señor Kwa. Sólo una pregunta: ¿llovía, el martes por la noche? Me acosté temprano y no lo sé. Pero es muy importante.

—No, si recuerdo bien. Creo que llovió por la tarde, pero por la noche no. Lo siento, Wong, he de dejarle. —El policía se dirigió a la puerta número tres.

—Espere. Tengo algo importante.

—Sólo treinta segundos, ni uno más, C. F. Hoy está el juez Simeon Malik. Hace esperar a todo el mundo pero no soporta que lo hagan esperar a él.

El geomántico inspiró hondo y comenzó su explicación:

—El caso es que Motani es una persona de fuego débil que necesita madera para tener fuerza. La noche del asesinato sus pilares eran malos. Había un choque entre metal y madera. Y también entre madera y tierra. Pero el pilar-hora de la muerte muestra un fuerte apoyo de madera al fuego de Motani. Si había presencia de agua, si a esa hora llovía, entonces era muy malo para Motani. Pero no hubo lluvia, sólo madera. Eso significa que lo que sucedió a esa hora no destruyó la vida de Motani, sólo una parte del ciclo. No lo encerrarán. Lo pondrán en libertad.

—Se acabó el tiempo —dijo el policía—. Gracias y adiós. —Fue hacia la puerta.

—Ah, y otra cosa. Semek ya estaba muerto antes de subir al taxi.

—¿Qué? —Kwa se quedó pasmado—. ¿A qué se refiere? Pruebas, por favor.

—A Semek lo apuñalaron en la calle. Sus amigos llevaron el cuerpo hasta el taxi. No estaba ebrio, sino muerto. El americano alto lo metió en el coche y lo colocó recto en el asiento.

—Pero él... Semek habló con el taxista. Le dio la dirección.

—El americano, al colocar a Semek, puso en marcha una grabadora dentro del bolsillo del cadáver. Se oyó una voz que decía las señas de Semek. Luego una pausa. Y más tarde una voz que tarareaba una canción titulada *New York.*

—*New York, New York.*

—Eso.

El ayudante jurídico de Kwa se les acercó.

—Gilbert —dijo—. Vamos, acaban de llamarnos.

—Un momento —dijo el policía.

Wong continuó:

—Todo se pensó para aparentar que la muerte ocurrió más tarde, durante el trayecto en taxi. El propio taxista lo cree así. Más tarde, la policía examina el cuerpo. La grabadora se ha parado sola y ha rebobinado automáticamente. Usted pone la cinta y oye una voz diciendo una dirección. Cree que es el inicio de una carta dictada y no le resulta raro. Escucha un poco más de cinta y al cabo de un rato alguien tararea. El señor Semek era un gran fan del karaoke, así que a usted tampoco le parece extraño.

—¿Y la bolsa? ¿La bolsa con muestras y dinero?

—En esa bolsa nunca hubo ni muestras ni dinero. Siempre estuvo llena de ladrillos. Para sostener al muerto. Para que no se ladease en el asiento del taxi.

—¿Cree usted que lo asesinaron sus socios? Pero ¿por qué? ¿Qué beneficio sacaban de su muerte? Él era el único que no tenía dinero.

—Ellos dos aportaban dinero, eran socios capitalistas. Semek era quien ponía las ideas. Ellos no buscaban su dinero; dinero ya tienen. Lo que querían era su idea. Quizá no querían pagarle.

Kwa se volvió hacia su ayudante y le dijo:

—Avise al fiscal y dígale que hable con el juez; que pida un aplazamiento. Todavía no estamos listos.

Joyce McQuinnie, que a todo esto había estado hablando por teléfono con Winnie Lim en otra parte del edificio, llegó en ese momento al pasillo.

—Hola. Dice Winnie que esta mañana ha vuelto a llamar madame Fu.

—¿Más basura en el jardín?

—No. Su prima fue a tomar café a primera hora y se quedó un buen rato. La vieja chiflada dice que su prima se ha marchado dejando malas vibraciones. Quiere que vaya usted a hacerle otra limpieza de la casa.

Wong asintió con la cabeza.

—Será mejor que vaya a ver. Por si acaso. Podemos ir en taxi otra vez. Los taxis de Singapur son bastante seguros.

9 Un recinto imperfecto

Hace quinientos años el oeste de Pekín experimentó una gran espiritualidad. Fue una época en que lo tangible dio paso a lo intangible. Muchas cosas mágicas acontecían.

Todos los días un cuenco volaba desde el templo sagrado hasta el palacio Imperial. Llevado por espíritus que eran invisibles. La emperatriz Li ponía una limosna en el cuenco, que volvía volando al templo.

Una mañana, el cuenco entró muy temprano en su alcoba. La emperatriz estaba en camisón. Medio dormida, se tapó e hizo una broma: «¿Qué buscas a estas horas? ¿Quinientas muchachas para tus quinientos monjes?»

El cuenco regresó volando. Al día siguiente no volvió.

La emperatriz comprendió que no debía haber dicho aquello. Escribió una carta al superior del templo, cuyo nombre era Tao Fu, y le contó lo que había pasado.

Tao Fu dijo: «Sólo puedes hacer una cosa. Envía quinientas muchachas para los quinientos monjes. De este modo no habrás insultado a los espíritus. No habrá ninguna falsedad.»

De modo que la emperatriz envió a buscar quinientas muchachas. Al cabo de mucho tiempo reunieron suficientes y las enviaron al pueblo de Shih Fu, a las cercanías del templo. Quinientos hombres y quinientas mujeres no podían estar tan cerca unos de otros sin pecado. Sucumbieron a la tentación y yacieron.

Tao Fu no sabía qué hacer. El castigo por ese pecado era la muerte. Decidió que no había otra salida. Cogió a los quinientos monjes y las quinientas muchachas y los rodeó con un círculo de fuego, donde debían morir abrasados.

Pero los Inmortales estaban viéndolo todo y elevaron a las quinientas parejas hasta el más alto de los cielos, donde se convirtieron en santos y santas. Tao Fu cogió la cama de la emperatriz Li e hizo de ella un altar.

Brizna de Hierba, de este incidente se coligió una gran verdad: el hombre santo que renuncia al amor para toda su vida complace al cielo, pero el hombre santo que renuncia a toda su vida por amor también complace al cielo.

Destellos de sabiduría occidental,

de C. F. Wong, parte 287

C. F. Wong guardó su diario y consultó la correspondencia, que ese día se limitaba a una carta. Como de costumbre, el buzón de C. F. Wong & Associates en la planta baja del edificio estaba rebosante de correo. Y, como de costumbre, en su mayor parte eran sobres de ventanilla (metidos en un cajón en espera de la sesión de cuentas semanal), tarjetas con los datos de servicios de taxi (a la papelera), y correo basura (ritualmente quemado en un intento de consumar una minúscula venganza kármica contra los remitentes).

El geomántico examinó el exterior del único ejemplo de verdadera correspondencia y soltó un suspiro. Sin duda significaba problemas. El sobre llevaba el blasón de Master Dinh Tran, del *vihara* budista de St. Sanctus, un hombre cuyo título extrañamente transcultural daba fe de la compleja historia de su templo, construido en Vietnam del Sur donde antes había una iglesia católica.

—Está bien, hay que hacer de tripas corazón —dijo en voz alta antes de abrir el sobre. Las arrugas de sus ojos se hicieron visiblemente más profundas a medida que leía la carta—. ¡Aghhhh! —exclamó—. *Terok-lah!*

Master Tran, amigo del difunto padre de Wong, solicitaba su inmediata presencia a fin de resolver un problema complicado. Tenía que ser enseguida. El templo estaba dispuesto a pagar a East Trade Industries los honorarios equivalentes a un día completo de asesoría. Nada se mencionaba de pasajes de avión ni de alojamiento; probablemente tendría que alojarse en un cuarto espartano dentro del recinto del templo. La oferta de remuneración era puramente retórica, ya que East Trade rechazaría galantemente aceptar ningún dinero en un caso como ése. Master Tran sabía muy bien que en el consejo de administración había muchos elementos supersticiosos. En conjunto, la cosa se reduciría a pasar unos días fuera sin obtener el menor provecho.

Wong le lanzó la carta a su ayudante Joyce McQuinnie, que estaba observándolo con curiosidad.

—Me alargo otra vez —dijo él.

—Querrá decir «me largo» —lo corrigió Joyce y miró el sello de la carta —. ¡Vietnam! Voy con usted. Si papá me deja.

—Bien —dijo Wong, distraído, su mente viajando ya.

No era tan mala idea. Vietnam tenía algo de ultraterreno que siempre le levantaba el ánimo, aunque Ciudad Ho Chi Minh podía ser bastante deprimente. Y luego estaba ese primo suyo en Cholon, al que podía

visitar. ¿Y si se tomaba un par de días libres para meditar? Hacía ya ocho o nueve años que no pasaba unos días en un templo. Recordó lo bien que se había sentido después de una semana de meditación en Chiang Mai. Un momento, ¿o es que estaba pensando en las vacaciones gratis que supuso hacer el estudio feng shui de aquel hotel de cinco estrellas en Nusa Dua?

* * *

Master Tran no tenía teléfono ni fax, de modo que Winnie Lim tuvo que contactar con el agente del templo, un tailandés que se dedicaba a la importación-exportación y que respondía al disonante nombre de Porntip, para que informara al hombre santo de que Wong llegaría el martes de la semana siguiente para pasar allí un día y una noche, y que iría acompañado de un ayudante.

—No sabía que los templos necesitaran los servicios de expertos en feng shui —comentó Joyce.

—¿Y por qué no? También son edificios.

—Sí, pero de otra índole muy... no sé, otra clase de... No quiero decir de superstición, ya me entiende.

—Diferente abracadabra, ¿no? —dijo Wong, recordando la palabra que ella había empleado en su primer y memorable día en la oficina. Sonaba bien. Tendría que buscarla en el diccionario...

—Digo yo, ¿por qué no rezan a Dios y tal, y dejan que él les resuelva los problemas?

—Son monjes budistas. No creen en Dios.

—Bueno, pues Alá o Buda, o la Calabaza Mágica o lo que sea que veneren.

Wong asintió con la cabeza. No sabía cómo explicárselo a ella en inglés, pero ésta era precisamente la razón de que le disgustara hacer estudios feng shui en templos, iglesias u otros lugares sagrados. En esos lugares había tantas influencias invisibles que el trabajo resultaba infinitamente más complicado. Un altar venerado por millares de almas durante décadas o siglos tenía sin duda una gran cantidad de *chi* acumulado, pese a estar en el sitio menos apropiado según las enseñanzas del feng shui.

Otra dificultad era que los hombres santos de cualquier credo solían considerarse muy adelantados en las artes del espíritu, aunque muchos fueran sumamente frívolos. Resultaba que, por regla general, se limitaban a alabar hipócritamente los consejos de maestros de lo que ellos consideraban artes inferiores, como la geomancia. Era verdad que Master Tran siempre había mostrado un saludable respeto hacia el feng

shui, pero Wong temía la presencia de elementos hostiles o escépticos entre el personal del templo.

Había otra cosa. Dios, o Alá, o Buda, o... (¿cómo lo había dicho Joyce? ¿Calabaza Mágica? Tendría que buscar eso también) podían estar efectivamente allí. Una vez había hecho el estudio de una iglesia antigua y había encontrado una presencia tremendamente poderosa que lo había dejado exhausto y desorientado. Recordó las palabras de Confucio, citadas por Han Yu, el sabio de la dinastía Tang: «Rinde todos los respetos a los seres espirituales pero mantenlos a distancia.»

—Los templos son difíciles. Y grandes, además. Y sólo tenemos un día. Será un encargo complicado. —Apoyó la yema de los dedos en sus sienes y cerró los ojos.

—Tranquilo —dijo Joyce—. Yo le ayudaré. Una amiga mía se compró una cosa chulísima para guardar cedés en Ciudad Ho Chi Minh (una especie de cesta de colores fluorescentes) y quiero ver si consigo una igual. Sería divertido alojarse en una monjería. Todo serán tíos, ¿no? Cien tíos ataviados con sábanas y yo. Fabuloso.

—¿Ha dicho monjería? —preguntó Wong.

—Sí, monjería. Lugar donde viven monjes, o incluso monjas. No confundir con «monasterio», que es el término que designa el sitio de un zoológico donde tienen a las monas.

Wong lo anotó. Había que ver lo extraños que eran ciertos idiomas.

Salir del aeropuerto de Ciudad Ho Chi Minh fue como entrar en el mayor horno del mundo. Soplaba un poco de brisa, pero, más que refrescar la piel, el viento parecía escupirle calor.

—No me hará falta secador de pelo —dijo Joyce, y vio con asombro cómo a una niña pequeña se le derretía un helado en las manos en cuestión de segundos. La joven se quitó la cazadora tejana, con cuidado de no rozar su pendiente nuevo, comprado en Sri Lanka, del que colgaba una diminuta holografía de un Buda sentado.

Como es habitual a la salida de la mayoría de los aeropuertos de Asia, la increíble masa de gente agolpada en las inmediaciones hacía imposible distinguir un grupo de otro. ¿Cómo iban a encontrar a la persona que buscaban? Pero segundos después un hombre menudo y moreno que parecía un pájaro, con una camisa floreada, se acercó a Wong y le estrechó la mano con firmeza.

—C. F., hola, hola, bienvenido a Vietnam. Hacía mucho tiempo que no lo veía. ¿Siete u ocho años?

El geomántico saludó con una inclinación de cabeza y le presentó a Joyce. El regocijo de Porntip se desvaneció como una pompa de jabón.

—Oh, vaya, no, no, no —dijo, retirando rápidamente la mano que había adelantado hacia la joven—. Lo siento pero... —Volvió a mirar a Wong—. Es una mujer —protestó.

—Sí —confirmó Wong—. Una mujer.

—No es un hombre. Es una mujer.

Joyce, molesta, se agarró la parte delantera de la falda como ofreciéndose a levantarla.

—¿Quiere echar un vistazo para asegurarse? —dijo.

—No hace falta —respondió Porntip.

—No es necesario —dijo Wong.

En el coche, camino del templo, Wong y Porntip hablaron acerca del problema. Wong había olvidado —o no había caído en la cuenta— lo estricto que era el templo con respecto a las mujeres. El tailandés le explicó que casi nunca se les permitía la entrada, y que ninguna mujer tenía autorización para pernoctar allí.

—¿Ninguna mujer? ¿Nunca? —preguntó Wong.

—Una o dos veces al año hay un día de puertas abiertas, y entonces pueden ir mujeres, pero sólo si hacen una cuantiosa donación o llevan regalos.

—¿Cuándo es eso?

—En mayo. Por el cumpleaños del Señor Buda. Vesak. También el día del Dharma. Y el día del Sangha.

—Bueno —dijo Joyce—. Esperaré fuera hasta mayo.

—Imposible —dijo Wong—. Sólo estaremos aquí una noche.

Joyce lamentó, una vez más, la absoluta carencia de ironía que padecían los asiáticos.

El conductor del destartalado Nissan era un sobrino de Porntip, un muchacho de unos dieciséis años que no paraba de fumar y que respondía al nombre de Bin. Había dejado su ventanilla bajada y la temperatura del aire que entraba en el coche variaba entre fresca y abrasadora, según la velocidad del vehículo. Tras unos cuarenta y cinco minutos, llegaron a las afueras de la ciudad propiamente dicha y

aminoraron la marcha. Porntip subió la ventanilla y encendió un ruidoso e ineficaz aire acondicionado.

El hombrecillo no había dirigido una sola palabra a Joyce y se negaba a mirarla, pese a que cuando se volvía desde el asiento del pasajero para hablar con Wong, su mirada se cruzaba inevitablemente con la de ella.

—¿Por qué no pueden ir mujeres? —preguntó Wong.

—Hace tiempo descubrieron que un monje era un transexual —explicó Porntip—. Y lo echaron, bueno, la echaron, vaya. Creo que ésa fue la última vez que hubo una mujer en el templo. —Bajó la voz hasta un susurro—. Era una de esas criaturas... ya sabe, del tercer sexo.

—Ajá. En Singapur también hay. Los llamamos *homo sapiens.* Suelen ir a los clubes nocturnos, pero en Singapur casi todos son hombres que se hacen mujeres.

—Sí, pero a veces también hay mujeres que se hacen hombres. Muy pervertidas. —Porntip soltó la proverbial risa tailandesa que implica vergüenza, más que humor—. Mujeres con mujeres —añadió, horripilado—. He leído cosas. Mujeres pervertidas. Con el pelo corto.

—En Singapur se las llama libanesas —dijo el geomántico.

—Lesbianas —terció Joyce.

—Lesbianesas, sí. ¿Y cuándo ocurrió eso? Lo del monje transexual...

—No sé. Hará cinco o seis años.

Joyce, que aún estaba de morros, comentó que en el templo no debían de estar al corriente de los actualmente reconocidos derechos de los transexuales, travestidos o lo que fuere.

—No me parece muy religioso discriminar a una persona por sus tendencias sexuales heterodoxas —dijo.

Wong le dedicó una mirada de reproche antes de responder.

—Recuerde, por favor, que estamos en Asia. Esa clase de personas no tiene derechos de ninguna clase.

Veinte minutos después estaban en la carretera, y una hora de plácido trayecto por las zonas rurales los llevó a las puertas del *vihara* de St. Sanctus, en una pequeña aldea cerca de Tho, al sudeste de Ciudad Ho Chi Minh.

Porntip les dijo que dejaran el equipaje en el coche mientras iba a anunciar su llegada. Wong contestó a varias preguntas de Joyce acerca de la organización. El *vihara* era más un convento que un templo

normal, dijo. Estaba cerrado al público y sus miembros vivían en completo aislamiento. Tampoco tenía que ver con el tipo de «reclutamiento» que a veces toma el budismo en el sudeste de Asia, donde hombres jóvenes pasan un par de años de vida monacal como parte de su educación.

Con sólo mirarlo, Joyce se dio cuenta de que se trataba de un templo budista zen de una escuela muy antigua. Era un recinto grande, parecido a un centro penitenciario. Muros altos sin ventanas de un tono rojizo enmarcaban una gruesa puerta de madera con herrajes de hierro forjado. Uno entraba allí para huir del mundo, y algunos monjes, dijo Wong, no salían más que en ataúd después de muertos. Ella se horrorizó.

No hubo necesidad de llamar. Tan pronto se aproximaron, un pequeño ventanuco cuadrado, de unos veinte centímetros de lado, se abrió en la puerta. Un par de ojos oscuros miraron momentáneamente a Wong y luego, de manera intensa y penetrante, a McQuinnie. No fue una mirada de lujuria, sino de temor. El ventanuco se cerró.

Durante un rato no pasó nada. Hacía mucho calor y el aire tenía un tacto pegajoso. Joyce advirtió que el corazón le latía deprisa y que su ropa estaba húmeda. En comparación con la capital, los alrededores eran más que tranquilos. Bin, el muchacho, no dejaba de mirarla. Por alguna razón, a ella no le importó.

Seis minutos y treinta y tres segundos después, oyeron pasos otra vez. El ventanuco se abrió con un ruido metálico. Una voz de hombre habló en vietnamita y Porntip contestó.

Las complejas y acaloradas negociaciones entre Porntip y la cara asomada a la puerta duraron varios minutos. El tailandés y el monje miraron varias veces a Joyce. Evidentemente, Porntip trataba de conseguir autorización para que la joven entrara en el convento con el pretexto de que era la ayudante de Wong. Por la cara que puso al final de la discusión, supuso que no había habido suerte.

—Dice que nosotros y Bin podemos entrar, pero la niña no.

—No se referirá a mí, ¿eh? —dijo Joyce.

—Sí, a usted —dijo Porntip.

—Soy una mujer de casi dieciocho años —le espetó ella, la frente convertida en un mapa de arrugas—. Él sí que es un niño. —Señaló al menudo y desgreñado sobrino del tailandés, que parecía mucho más joven que ella.

—Según la tradición de esta casa, la adolescencia en las mujeres dura hasta los veinticuatro años —dijo Porntip—. Los chicos se hacen adultos a los trece. Lo siento, ella es mujer y es niña. No podrá entrar.

—Menuda tontería —le espetó Joyce.

—¿Por qué no se va de compras? A una hora en coche hay unas tiendas para turistas que están muy bien —propuso Porntip—. Si quiere, mi sobrino puede servirle de guía.

Eso era mala idea por parte de Porntip, pensó Wong.

Si algo detestaba Joyce McQuinnie era que pensaran de ella que tenía adicción a comprar, sobre todo porque era verdad.

—No he venido aquí para ir de compras —mintió.

—Y tampoco hay tiempo. ¿Ha traído el *lo pan* y los libros? —preguntó Wong, tomándola del brazo y señalando a lo lejos—. Yo hago la parte de dentro y usted la de fuera. Veo que aquí hay muchas, muchas influencias. Fíjese en esos árboles. Y en esa cosa puntiaguda. Hay mucho que hacer, Joyce. Va a tener más trabajo incluso que yo. Nos veremos aquí dentro de dos horas. ¿De acuerdo?

—Bueno, de acuerdo —dijo ella, en parte ablandada porque alguien la tomara en serio. Cogió la libreta que Wong le tendió.

—Pídale al señor Porntip que la acompañe.

—No, gracias, prefiero estar sola.

—Bin puede ayudarla. Hasta luego.

Bin ladeó la cabeza y ofreció una risa desdentada a Joyce.

—¿Te gustan los cedés pirata? —dijo—. Todo artistas originales, sólo dos dólares USA. También software. El último Office de Windows. *Tomb Raider III.* Películas.

—¿Dónde? —preguntó Joyce.

—Venga conmigo —dijo Bin.

Wong cruzó la puerta y fue recibido por un hombre corpulento con hábito. El interior del recinto era muy similar a los modernos templos vietnamitas que había visto invadidos de turistas; la única diferencia era que las trampas para turistas parecían más santas. Fluía por ellas más dinero y había más motivación para hacer que se adecuaran visualmente a las expectativas. En contraste, las casas santas cerradas, como ésta, eran limpias, tristes y bastante insulsas.

El hermano Wasuran, su guía, le explicó que Master Tran había tenido que ir a una reunión de una organización budista en Ciudad Ho Chi Minh, y que no volvería hasta la noche o el día siguiente.

—No importa —dijo Wong—. Siempre es un placer estar en una monjería como ésta.

El lugar, aun sin ser atractivo, sí era funcional. Había un gran patio central con los objetos de veneración en una pequeña construcción situada en medio; compartía el espacio con un gran árbol bo, que al parecer había crecido de un esqueje del árbol sagrado al pie del cual se había sentado Siddharta Gautama. Hacia el oeste había un huerto seco y polvoriento, y al este y al norte hileras de edificios bajos donde estaban las celdas de los monjes. Un módulo escuela ocupaba el lado sur, junto a las oficinas y la sala privada de los monjes de mayor rango. Todo era de un rojo desvaído.

—Ya veo algunos problemas —dijo Wong, asomándose a una celda—. Los cuartos de dormir están situados al norte del recinto. Se accede a ellos por una puerta orientada al nordeste, pero las camas apuntan al sur. No es una buena combinación. El norte es bueno para dormitorios de casados. Bueno para el sexo, pero muy malo para monjes sin mujer. Creo que puedo arreglarlo. Habrá que mover las camas, desde luego. Y quizá también la puerta de entrada. Y el color de la pintura no es bueno. Hay que cambiarlo todo.

El geomántico fue hacia el centro del patio y miró de nuevo en derredor. Luego dio unos toquecitos a su *lo pan* y dijo:

—Y ese huerto en el oeste. Creo que antes no estaba allí, ¿verdad?

—Antes había un cobertizo para carretas, pero se derruyó. Hace un par de años limpiamos el terreno y lo convertimos en huerto —dijo el hermano Wasuran, un hombre orondo de unos cuarenta años, voz áspera y frente de neandertal.

—Las plantas son seres vivos, poseen una clase de energía muy especial. Deben colocarse con cuidado. Pueden hacer mucho bien, pero ahora están en el sudoeste, que es la dirección del *chi* tierra. Habrá que hacer algunos cambios también ahí.

Estaba ya atareado escribiendo en su libreta cuando se le ocurrió que no había preguntado si existía un asunto concreto que resolver. En su carta, Master Tran se mostraba preocupado por una «tendencia general a la calandria y la morosidad», palabras éstas que él no comprendió.

—¿Hay algún problema grave que deba solucionar? —preguntó—. ¿Qué quería Master Tran que yo hiciera?

—Hay muchos problemas. No me dio instrucciones concretas para usted. En líneas generales, existe cierta infelicidad entre los hermanos. En dos ocasiones hemos encontrado botellas de licor escondidas en rincones. Una vez hallamos una revista con fotos obscenas y textos sobre... relaciones hombre-mujer y esas cosas. También encontramos una caja con dos mil cigarrillos y una máquina de televisión, o como se llame, ¿una máquina de vídeo? No pudimos averiguar cómo había entrado en el *vihara* , porque los hermanos apenas entran y salen, y siempre tenemos la puerta bien vigilada.

—Entiendo. Muchos problemas.

—Todavía hay más. Ahora tenemos ratas en el templo. No nos dejan dormir. Viven en el tejado y por la noche corretean ruidosamente.

Wong fue tomando nota. Mientras lo hacía, le dijo a Wasuran:

—La armonía es muy importante. Hsun Tzu dijo: «Las estrellas giran; el sol y la luna brillan por turnos; las cuatro estaciones se suceden una tras otra; el yin y el yang tienen sus cambios; viento y lluvia están ampliamente distribuidos; todas las cosas poseen armonía y tienen su propia vida.»

—Es verdad.

—¿Algún otro problema?

—Sí. Creo que Master Tran estaba preocupado porque tres hombres pidieron marcharse. Ya no quieren ser hermanos, dicen que quieren casarse. Creemos que uno de ellos pudo ser el que entró la máquina de vídeo y la revista mala, pero ninguno lo ha confesado.

—¿Nombre?

—¿De esos hermanos?

—No. De la revista.

—Se llamaba *Australian Women's Weekly.* Traía muchas cosas sobre amor y cosas conyugales. Repugnante.

C. F. Wong y Joyce McQuinnie pasaron la tarde trabajando sentados a una mesa de un restaurante cercano. Una vez que Porntip los hubo presentado como asesores del *vihara* , el propietario se alegró de poder atraer buen karma a su establecimiento permitiéndoles utilizar el comedor entre las horas punta del mediodía y la noche.

El encargo estaba resultando ser un bonito desafío. Joyce había comprado unos discos, lo cual la puso de buen humor, y luego había hecho el mapa de la zona que rodeaba el templo, descubriendo

elementos importantes que era preciso tener en cuenta: el pozo de un pueblo al sur del templo, un taller de ataúdes al nordeste, y una torre de electricidad que casi miraba a la entrada principal, aunque quedaba lejos.

Wong describió minuciosamente a su ayudante el interior del recinto. Dibujó diagramas para ilustrar la relación de los bloques entre sí, e intentó describir el estado de los edificios.

—No es excesivamente bonito, pero está todo como los churros del oro.

—Los chorros.

—Los chorros, los churros, ¿qué más da? —protestó Wong.

—Buena pregunta. En fin. ¿Qué más?

A Joyce le intrigó especialmente saber que alguien hubiera introducido un vídeo, cigarrillos y una revista en el templo.

—No hay ventanas a las que se pueda llegar desde el suelo, o sea que debieron entrarlo escondido debajo del hábito. Lo de la revista lo entiendo, pero ¿un vídeo? No debe de ser fácil meterse eso en los calzoncillos.

—Los monjes no llevan calzoncillos, me parece.

—Ni idea, y tampoco espero averiguarlo en este viaje.

Wong dibujó grandes e indescifrables mapas mostrando los objetos que él consideraba elementos clave e inamovibles: el pozo, el árbol bo, los muros exteriores y edificios principales del *vihara.*

Luego introdujo signos y símbolos valiéndose de su *lo pan.* Sabía que a Joyce le fastidiaba que escribiera en caracteres chinos, pero era más o menos consciente de que su inglés escrito podía incurrir en errores embarazosos. A continuación introdujo los signos de animales correspondientes a cada punto cardinal, separados por treinta grados de la brújula, empezando por el dragón en el norte hasta la serpiente en el noroeste.

Tras consultar sus viejos libros, todos los cuales estaban en chino, y dibujar varios diagramas *lo shu,* Wong empezó a formular un plan. Joyce lo fue traspasando al papel en inglés correcto, para entregarlo a la mañana siguiente a los guardianes del templo.

A las cuatro, la joven reveló que se moría de ganas de ir de compras. Para entonces, se había hecho muy amiga del sobrino de Porntip. Bin estaba anonadado por la presencia de Joyce, cosa que ella explotaba sin la menor vergüenza utilizándolo como guía turístico personal.

—Bin me va a llevar de compras. Volveré dentro de unas horas. ¿Dónde voy a dormir esta noche?

—Aquí, en casa de Porntip —dijo Wong—. Yo vuelvo al templo. Debo verificar nuestros mapas. Y tengo que hablar con el hermano Wasuran. Dormiré allí. Por si regresa Master Tran, volveré por la mañana. Desayunamos juntos.

—¿A qué hora?

—A las siete; *okay?*

—¡Las siete! Demasiado temprano. ¿No podría ser a las ocho o a las nueve?

—Los monjes estarán de pie a las cinco. Nuestro avión sale a las once menos diez. Tendríamos que estar en el aeropuerto a las nueve o nueve y media.

—Vale, *okay,* a las siete. ¡Jo! —Volvió toda su atención a Bin, le dedicó una sonrisa cautivadora y le pasó un brazo por los hombros con toda naturalidad—. Necesito un estuche para cedés, de ésos en forma de cesta. Para el discman, ¿sabes? Hay uno donde caben seis compactos, pero mi amiga Melissa me ha dicho que hay otro en el que caben doce cedés y además lleva bolsillo para los auriculares.

Bin, herido de amor, asintió con la cabeza y la llevó hacia el coche.

Eran las ocho, empezaba a anochecer, y el *vihara* de St. Sanctus estaba en silencio, con la salvedad de unos ruiditos que Wong sabía que debían de ser las ratas. Intentó acomodarse en su habitación, tan austera y poco atractiva como un calabozo. La sensación de satisfacción emocional compensaba en parte la incomodidad física. Haciendo ciertos cambios relativamente pequeños, y modificando el uso de varios bloques, Wong estaba convencido de que podría aportar sustanciales mejoras al feng shui del templo. Estaba seguro de que se notarían enseguida, y de que esto le supondría felicidad en el otro mundo, ya que no dinero contante.

Colocó su quinqué encima de la mesita y ladeó un poco la cama, de forma que la cabecera apuntara al norte.

Mientras se instalaba para la noche, meditó sobre su relación de amor-odio con los lugares santos. ¿Cómo no iban a intrigar a un maestro feng shui sitios que habían sido consagrados durante siglos a influencias invisibles? Pero realizar cambios en centros religiosos había sido hasta ahora una tarea ardua. Daría al encargado una lista de cambios necesarios, y ellos efectuarían algunos en el momento y prometerían cambiar el resto cuando él se marchase. Pero probablemente no volverían a invitarlo para que hiciera una inspección y una ceremonia

de sal o de clausura. Lo dejarían con la idea de que no desecharían sus instrucciones, de que sus cambios serían puestos en práctica. En el misticismo hay muchas envidias, se dijo. En cuanto uno demuestra su talento para ordenar las influencias invisibles de la vida, otros que afirman tener igual destreza en el mismo campo empiezan rápidamente a hacer gala de los peores celos profesionales. Con todo, Master Tran lo había invitado a venir. ¿Qué se le iba a hacer? Se sentía en paz consigo mismo. Había hecho bien su trabajo. Estaba en una casa de espiritualidad. Y le iba bien estar entre monjes, lejos de influencias negativas tales como empresarios, mujeres y demás.

Wong había previsto que los monjes no cenarían, de modo que se había dedicado a hacer acopio de cosas para picar, y no había protestado al tener que irse a la cama sin comida ni bebida. También se había agenciado un paquete de una golosina británica que descubrió estando en Hong Kong: galletas Hob-nob recubiertas de chocolate.

Estuvo un rato despierto, tumbado en la más completa oscuridad, incapaz de dormir. Al principio no fue consciente de que su mente no se relajaba como de costumbre antes de conciliar el sueño. Fue al cabo de una hora agitándose en la dura cama cuando se dio cuenta de que no conseguía dormir.

¿Qué lo mantenía despierto? La habitación estaba a oscuras, pues no había luz artificial en ninguna parte del *vihara,* y pocas farolas en las carreteras cercanas. Además, apenas se oía el menor ruido. Le pareció que frente a su ventanuco algún grillo zumbaba en un árbol, y por dos veces oyó ulular a un búho. Unas horas antes había oído ruiditos en su cuarto, como si alguien rascara, y supuso que serían las ratas de las que se había quejado el hermano Wasuran. Pero ahora, incluso las ratas parecían haberse ido a dormir. Mientras se concentraba en el casi absoluto silencio, tuvo más o menos conciencia del sonido de una música grabada, pero parecía venir de muy lejos, sin duda del exterior y probablemente del pueblo cercano. Abrió más los ojos y reparó en un ligero fulgor de luna que se colaba por la persiana, reflejándose en los cantos del escaso mobiliario de la habitación. Notó el estómago vacío, y pensó en levantarse para comer una galleta. Pero no iba a ser fácil encontrar el paquete. Se preguntó de manera distraída si había cerrado la cremallera de su bolsa y si las cosas de picar estarían a salvo de las ratas. Con esta idea en la cabeza, Wong cayó en un sueño inquieto.

Despertó de pronto al oír un ruido fuerte en el techo. Otra rata. ¡Pero ésta parecía enorme! Hubo un momento de silencio, y luego otro ruido, como si rascaran. Oyó crujir las tablas de madera. Levantó la vista y vio horrorizado cómo los tablones se combaban bajo el peso del animal, o de los animales, en el techo. De repente, una tabla se movió lateralmente y una cara en sombras apareció en la negrura.

Wong se encogió de miedo.

—¡Sorpresa! —dijo la voz de Joyce. Momentos después, la joven asomaba la cara a la penumbra—. No se quede ahí parado. Busque algo para que pueda bajar. ¡Esa silla! No, la mesa. ¿Puede mover esa mesa?

—¿Qué está haciendo ahí? —le espetó Wong.

—Ayúdeme a bajar y se lo diré.

Wong puso el quinqué encima de la silla y, con un gruñido, levantó la mesa de forma que sus patas no arañaran el suelo. La colocó con el máximo sigilo debajo de la abertura.

—Ya está. *Okay?* —dijo en un susurro nervioso.

—Sí, perfecto. ¡Ay! Perdón, me he clavado una astilla. Oiga, muévala un poco a la derecha. Así.

Con sorprendente agilidad, Joyce se descolgó por el pequeño agujero hasta tocar la mesa, que se volcó, tirándola a ella al suelo.

—¡Mierda! —exclamó Joyce—. Me he dado en el culo. Ay. Jolín.

—¿Le duele?

Joyce dio un respingo, se frotó el trasero y se levantó despacio.

—No, no, estoy bien, sólo que mi orgullo y eso...

Wong miró nerviosamente hacia la pequeña ventana. Sería una catástrofe si alguno de los hermanos pensaba que había dejado entrar a escondidas a la joven. Su feminidad perturbaría el ambiente. Quizá tendrían que salir todos huyendo. Peor aún, ella estaba en su cuarto y era de noche. Supondrían que la había hecho entrar por motivos indecentes. Si esto llegaba a oídos de East Trade, quizá no le pagarían la prima anual. Por suerte la cortina estaba echada y todo parecía estar tan en calma como antes.

Entonces oyeron que alguien llamaba a la puerta. Wong se quedó sin respiración.

—¿S... sí? —dijo, procurando parecer despreocupado.

—¿Se encuentra bien? —Era la voz áspera del hermano Wasuran—. He oído un ruido, ¿se ha caído usted?

Wong hizo gestos frenéticos a Joyce para que se escondiera debajo de la cama, pero ella saltó sobre la silla. El geomántico se quedó de piedra. ¿Qué pretendía hacer? ¿Pensaba subir otra vez al techo? Entonces se dio cuenta de que estaba poniendo la tabla otra vez en su sitio. Una vez hecho esto, se bajó de la silla, la apartó y se metió bajo la cama.

—No pasa nada. Todo va bien. Sólo se ha roto la mesa. No se preocupe.

—Oh, deje que se la arregle. Voy a entrar.

La puerta no tenía cerradura, de modo que Wong no podía hacer nada. Tras comprobar que su ayudante no estuviera visible, fue a abrir la puerta y el hermano Wasuran entró en el cuarto.

—Oh, la mesa se ha roto, cuánto lo siento —dijo.

—No, soy yo el que lo siente —dijo Wong—. Mis brazos son fuertes, quizá he apretado demasiado.

El hermano Wasuran miró con perplejidad las esqueléticas extremidades del geomántico y dijo:

—No importa. Le traeré una mesa nueva. Lo siento mucho.

Wong contuvo el aliento hasta que el orondo monje estuvo fuera de la habitación. Pasaron cinco minutos de reloj hasta que el hombre regresó con otra mesa. En ese tiempo, Joyce aprovechó para sacar la cabeza y respirar un poco, desapareciendo de nuevo cuando oyeron que el hermano Wasuran se acercaba por el pasillo. Luego, el monje se quedó a charlar unos tres o cuatro minutos antes de dar las buenas noches. Una vez con la puerta cerrada, Wong disfrutó de treinta segundos de paz perfecta, hasta que oyó que Joyce salía de su escondite.

—¡Uf! La de polvo que hay ahí debajo. Tenía miedo de estornudar. Se habría descubierto el pastel. Una quinceañera debajo de la cama. Y en una monjería. ¡Qué gracia!

—No lo encuentro gracioso —susurró Wong, muy serio—. Haga el favor de bajar la voz. ¿Qué hace aquí? Tiene que marcharse, no puede estar aquí. No se permiten mujeres. Es la norma.

—Oiga, jefe, tranqui. Debería darme las gracias. Acabo de resolver el misterio. ¿No quiere saber cómo he entrado?

Había sólo una silla, de modo que Joyce hizo sentar a su jefe y se quedó de pie a un lado, señalando sus descubrimientos sobre el mapa de Wong.

—Mire. ¿Ve esta parte de aquí? Me he pasado horas buscando una abertura en la pared. En la parte delantera es de yeso, pero en este lado y detrás es una simple valla. He probado todas las tablas, todas las estacas, todos los ladrillos, y no había manera de pasar. Pero luego me he dado cuenta de que algunos ladrillos estaban como hundidos en el muro, ¿sabe lo que quiero decir? El sitio justo para meter la punta del pie. Total, he empezado a trepar. Había más huequecitos en los ladrillos superiores, hechos ex profeso para que alguien pueda escalar.

—Es muy peligroso. ¿La ha visto alguien?

—Qué va. He tenido mucho cuidado. Bin me hacía de vigilante. Resulta que es un chaval muy guay. Bueno, como le iba diciendo, esto era en la parte de atrás, donde apenas hay tráfico ni nada. Se estaba haciendo de noche. A una altura de tres metros los ladrillos se convierten en una cerca de madera. La he empujado un poco y se ha abierto sin más. Era una entrada secreta. Qué emocionante. Y la he encontrado yo solita.

—Por favor, no levante la voz.

—Sí, sí, perdone, ya la bajo. Bueno, escuche. Esto le gustará. La cerca da a la parte de arriba de esa cosa que hay en el patio. ¿Qué es, una especie de garaje?

Wong miró la zona sombreada del mapa.

—Es un altar. Dentro hay un pequeño Buda de oro.

—Ah, bueno. Total, he estado un ratito subida al tejado. El edificio está aislado de los demás, de modo que no sabía qué hacer. Era divertido, ¿no?, estar dentro del templo sin que nadie lo supiera, o sea que allí estaba yo, boca abajo, mirándolos a todos. Algunos de los más jóvenes están buenísimos. A lo mejor podría usted presentarme a uno alto que... No, vale, *okay.* Lo he visto a usted entrar en su cuarto. Ha sido muy divertido.

—Podía habernos metido en un lío a los dos. No debería haberlo hecho.

—Vamos, no se me cabree. Le digo que es un gran descubrimiento. ¿No lo entiende? He averiguado cómo entra y sale la gente, y cómo meten cosas de contrabando. Algunas ramas de ese árbol grande llegan al tejado del garaje, altar, o lo que sea, donde yo estaba. Al caer la noche he trepado al árbol... no veas, eso sí que ha sido difícil. Hacía como siglos que no me subía a un árbol. Bueno, en fin, he ido reptando por una rama gruesa y... ¿pero por qué pone esa cara de susto?

—No es un árbol cualquiera. Es el bo, crecido del árbol sagrado donde Buda tuvo su... su...

—Iluminación.

—Sí, iluminación. No debe trepar a él.

—Vale. Ya veo que no valora mis dotes de mujer gata. ¿Por qué no escucha y se queda calladito? Al árbol no le he hecho nada. Soy amante de la naturaleza. Peso cincuenta y cuatro kilos... Bien, las ramas llegaban al tejado de esa cosa que le digo. El tejado hace pendiente, pero puedes meterte en una especie de desván y luego dejarte resbalar. Como he visto que usted estaba en la primera habitación, no me ha sido

difícil arrastrarme por el hueco y llegar hasta aquí. La última parte del trayecto sí que daba miedo (rollo Indiana Jones, sabe) porque estaba todo medio oscuro y tal. Pero, al mismo tiempo, todo el rato tenía la sensación de que estaba bien organizado. Quiero decir, alguien había tomado esa ruta muchas veces, de modo que sabía que no me iba a quedar atascada, que habría un camino delante de mí. Sólo me preocupaba que alguien pudiera oírme. Ah, y por el camino he perdido el pendiente, ya sabe, el holograma de Buda. Diez libras me costó. A ver si puedo encontrarlo mañana.

—Yo la he oído. Pensaba que era una rata.

—¡Ees! ¿Hay ratas aquí?

—Sí, hay muchas ratas en el edificio. Me lo dijo el hermano Wasuran.

—Jope, menos mal que no lo sabía cuando estaba ahí arriba.

Se hizo el silencio. No fue difícil detectar un sonido de movimiento, como si toda una familia de ratas huyera en estampida por el techo hacia la habitación contigua.

—Más vale que se marche.

—¿No piensa darme las gracias por el descubrimiento?, ¿por haber resuelto el misterio?

—Gracias. Se lo contaremos mañana a Master Tran. Ahora váyase.

Otra rata correteó sobre sus cabezas. La joven se estremeció.

—Oiga, yo no me subo ahí arriba si está lleno de ratas. Además, está oscurísimo. Han apagado todas las luces y eso. Me quedo.

—¿Y dónde va a dormir?

—Soy una joven e inocente doncella. Necesito descansar. Yo voy a dormir en esa cama. Creo que la pregunta es, ¿dónde va a dormir usted?

La noche transcurrió en un estado de gran inquietud. Al principio, Wong no podía dormir de lo furioso que estaba. Al cabo de un par de horas, se quedó adormilado y empezó a agitarse sobre una manta en el suelo. Recordó sus años de adolescencia, cuando dormía sobre el suelo de tablas de la tienda de especias que su tío tenía en Guangzhou. A medida que avanzaba la noche, las caderas empezaron a dolerle de lo lindo. Joyce, relativamente cómoda en la cama, había tomado varias cervezas con Bin y roncaba plácidamente. Las ratas se pasaron la noche correteando como locas de una punta a otra del bloque dormitorio, como si hubieran organizado unas carreras. Al fin Wong consiguió

dormirse, no sin que su sueño se viera invadido de extrañas imágenes de su vida.

Revivió el día en que, profundamente dormido en la tienda de especias, se había dado la vuelta bajo el saco de arroz, y éste, al volcarse, lo había golpeado con la fuerza de una roca y lo había sepultado después bajo una avalancha de duros granos blancos.

En el sueño, él era un muchacho y corría en busca de su tío. Pero, al abrir la puerta, en vez de una escena nocturna en Guangzhou, se encontraba a plena luz del día. Estaba en Singapur, en lo alto del OUB Centre, y había trepado a un saliente del tejado, sesenta y cuatro plantas más arriba del suelo.

Ahora era ya adulto y estaba haciendo una lectura feng shui. El señor Pun, director de East Trade Industries, le estaba gritando desde una ventana de un edificio vecino: «Dese prisa, C. F., tiene que estar listo antes de que abramos al público, dentro de cinco minutos.»

—Es que no encuentro mi *lo pan* —contestaba Wong, en precario equilibrio sobre el antepecho mientras buscaba frenéticamente en su maletín—. Esto está lleno de ratas.

Luego se colaba en el edificio por otra ventana y de pronto estaba en Hong Kong, en una oficina donde había una ristra de monedas colgantes, justo en la maléfica posición mortal de las cinco maldiciones amarillas.

La habitación tenía cuatro puertas, pero ¿cuál era? Probaba la primera, estaba cerrada con llave. La segunda abría a un ensordecedor concierto de rock, y la solista que se desgañitaba en el escenario era Joyce McQuinnie.

Cerraba la puerta y abría la tercera. Al otro lado había una gran estatua de plata de un dragón con un papel rojo en la boca, de donde goteaba un líquido rojo a un *tien-yuer* benefactor hecho de cerámica rosada. ¿Qué significado tenía?

Empezaba a buscar nuevamente su *lo pan.* ¿Cómo iba a saber qué significaba sin conocer la orientación? ¿Estaba en el este, en la dirección de la flor del ciruelo?

Entonces veía a Winnie Lim detrás de él, haciéndose la manicura, y ella se echaba a reír. «Madame Fu al teléfono. Quiere que vaya ahora mismo», decía. En ese momento entraba el señor Pun mirándose impaciente el reloj. Se ponía a hablar con Winnie. El geomántico no podía oír de qué estaban hablando. «No. No. Puedo hacerlo», les decía.

Y ellos hablaban cada vez más y más alto.

Se despertó, parpadeando en la pálida luz del alba, preguntándose dónde estaba. No reconocía la habitación. No sabía por qué estaba en el suelo ni por qué había una cama al lado. ¿Se habría caído durmiendo? ¿Por qué había una docena de rostros en la puerta? ¿Era parte del sueño?

Pero, al ver los hábitos grises, volvió en sí. Su cabeza cayó hacia atrás, sobre la prenda arrollada que había utilizado como almohadón. Oh, no. Estaba en el templo budista. Debían de ser las cinco de la mañana. Hora de levantarse. Pero ¿por qué lo miraban los monjes con aquellas caras de espanto? De repente, se acordó de la joven y se incorporó tímidamente. Allí estaba Joyce, dormida como un tronco, con el vestido arrugado enseñando indecentemente sus rodillas.

—No, no —les dijo Wong—. Puedo explicárselo. En serio.

Master Tran regresó al *vihara* a las siete, y para entonces Wong y McQuinnie habían escapado a casa de Porntip para ducharse y desayunar.

El geomántico, sumido en el silencio por los humillantes sucesos de la mañana, se tomó su té verde lanzando miradas asesinas a su ayudante. Estaban tomando el desayuno en la galería. Wong estaba demasiado enfadado para hablar, pero se decía para sus adentros que la temporada de la joven en su oficina tocaba a su fin. Llegarían ese día, miércoles, a Singapur, y Joyce sería despedida de C. F. Wong & Associates. Después de eso, probablemente no volvería a verla más.

Joyce estaba hablando por el móvil con una amiga. Mientras la escuchaba, Wong pensó que la única cosa que iba a echar de menos de ella sería su particular empleo de la lengua inglesa. Cuando hablaba con gente de su misma edad y cultura, su lenguaje era completamente distinto del que aparecía en los libros de texto del geomántico, probablemente lo que él necesitaba aprender para escribir libros populares en ese idioma. *Mo baan faat.* De buena se iba a librar. Sería muy feliz si nunca volvía a conocer a una occidental.

Todavía rabioso, la miró tratando de sintonizar con su conversación, a fin de ver hasta qué punto había captado algo de sus giros lingüísticos en las últimas diez semanas.

—Sintetizo. En el local musical The Exploding Blowfish. Música grunge. Grunge pasado por technojungle con un poquito de rap. Bueno, total, estamos en Lippy's, y él: «¿Sí?» Y yo: «Sí.» Y él: «Lárgate de aquí.» Y yo: «Vale, tío.»

No, pensó. Se podían entender palabras sueltas, pero todas juntas formaban un código indescifrable. De todos modos, eran tonterías, seguro.

Bin entró en la habitación y se quedó mirando extasiado a su exótica princesa extranjera. Ella lo saludó con el brazo pero sin considerar que su presencia justificara poner fin a su conversación telefónica. Ya había hecho sus compras.

El geomántico reparó en que el joven tenía una expresión nueva. Ya no era el pretendiente soñador, sino el amante herido pero todavía fiel. Sin duda, la noticia de la supuesta indiscreción del geomántico había llegado a sus oídos. El adolescente tensó los labios al mirar al chino, su malvado usurpador.

—Señorita Joyce, estoy listo para llevarla al templo y después al aeropuerto —dijo Bin, y luego miró desdeñosamente a Wong—. Y a él también.

Porntip llamó entonces al geomántico. Tenía una llamada telefónica.

—Es para usted. Creo que es su jefe.

Wong entró y se puso firme al coger el teléfono. Pero era Winnie Lim, que llamaba desde su oficina en Wai-Wai Mansions.

—¿C. F.? Soy Winnie. Ha llamado el señor Pun. Dice que está muy contento con usted. Su amigo le ha dado un contrato muy importante. Favor con favor se paga. O sea, que todo ha acabado bien.

—No entiendo. Explíquemelo otra vez.

—El señor Pun. Su amigo. El papá de Joyce. Le ha dado un buen contrato. El papá de Joyce le ha dado a Pun un buen contrato. El señor Queeny está muy contento porque usted ayuda a su hija con su proyecto. Y ahora el señor Pun también es muy feliz. Quiere que vaya usted a América.

—¿Qué? ¿Yo a...? ¿Y para qué?

—El señor Pun tiene mucho trabajo para usted en América. Un negocio muy importante con el papá de Joyce.

—No me gusta ir a América.

—Pero si nunca ha estado...

—He visto películas. En América siempre hay coches de policía que explotan. Muy peligroso.

—Es dinero en abundancia. El señor Pun está de muy buen humor. Oiga, llámelo ahora mismo, *okay?* Es un negocio de los buenos, creo.

—¿Cómo de bueno?

—Llámelo usted.

—Cuando vuelva. Esta tarde.

A las 7.40 de la mañana, Joyce estaba sentada en la galería de la casa de Porntip examinando y volviendo a examinar sus compras del día anterior. Había comprado seis compactos y ocho vídeos. Sabía que eran copias pirata, pero las vendían a un precio irresistible. Tranquilizó su conciencia diciéndose a sí misma que los pondría unas cuantas veces, vería cuáles le gustaban más y luego compraría copias legales de los mejores.

Cierta combinación de factores —una ligera brisa, un pájaro cantando a lo lejos, el sonido de una puerta de coche al cerrarse— le hizo alzar los ojos. La vista que se extendía ante ella frente al balcón era muy hermosa: palmeras meciéndose suavemente como si hicieran la ola. El cielo no había perdido su rosado matinal, y había un sinfín de pequeñísimas nubes en lo más alto de la bóveda celeste: un cielo aborregado, habría dicho su madre. Se oía el resuello de un autobús subiendo una cuesta. Ladró un perro, y el viento que arreciaba confirió una curiosa resonancia a su voz. Entonces oyó algo a su espalda.

La criada de Porntip le traía una bebida de un amarillo subido. La mujer, cuya cara parecía derretida por un lado, no hablaba inglés, de modo que Joyce no supo qué le estaba ofreciendo. Dio las gracias con una inclinación de cabeza y se llevó la bebida a los labios. La mujer se quedó a mirar, de modo que Joyce tuvo que tomar un sorbo. Era extrañamente dulce pero a la vez sabroso y denso. Juntó y separó los labios, tratando de identificar los sabores. Había algo de zumo de piña, pensó, y también sal. Mucha sal. Decidió que era repugnante... y luego vació el vasito. Repugnante, sí, pero de un modo bastante agradable. La mujer desapareció casi de inmediato en las sombras, volviendo segundos después para servirle otra vez de una jarra que no parecía muy limpia.

Joyce le dio las gracias con una sonrisa. Miró el líquido dulce-salado y empezó a darse cuenta de lo mucho que había cambiado en estas semanas. Había comido y bebido toda clase de cosas extrañas. Había conocido a mucha gente, a cuál más rara. ¡Y había ayudado a resolver crímenes! Había visto cadáveres. Había estado en Malasia, Hong Kong y Vietnam. Y había descubierto un pasadizo secreto en un monasterio budista.

También había aprendido algo de feng shui. Sabía que un acantilado junto a un lago o el mar en el oeste era una «estrella montaña cayendo en agua». Sabía que un semicírculo de montañas era una ruta envolvente, la guarida de un dragón. Sabía que el Ku Chien era una de las Cuatro Casas del Oeste. Sabía que la parte numérica del feng shui se basaba en las marcas del caparazón de una tortuga, vistas varios miles de años atrás. Sabía que el *chi* tierra daña el *chi* agua, y que entre ambos había que poner *chi* metal. Sabía que tierra-metal-agua era el

ciclo de control del Cielo Posterior. Sabía que cada cosa tenía su sitio apropiado. Sabía que era importante disponer correctamente hasta las cosas más nimias, porque sólo así los objetos grandes encontrarían su lugar correcto. Sabía que las cosas tenían efectos invisibles sobre otras cosas. Sabía que la armonía duradera sólo podía fluir a una comunidad cuando todo estaba en su lugar correcto.

Uno de los vídeos se le escapó de la mano, pero no se agachó para cogerlo. Tomó otro sorbito del bebedizo dulce-salado. Todavía era repugnante.

El sol ya estaba alto a eso de las nueve. Wong se encontraba en la oficina de Master Tran. El monje era un hombre viejo pero vivaz. Su cabeza era lisa y lampiña como correspondía a su edad avanzada, pero no la llevaba afeitada como sus colegas de monasterio. Su piel estaba tostada por el sol, y sus manos deformes tenían unos gruesos nudillos parecidos a nueces. Wong le habló de sus modificaciones con el máximo detalle que su tiempo les permitía. El jefe del templo lo escuchó educadamente, mirando de vez en cuando las notas que el geomántico le había entregado. Luego hizo algunas preguntas, que fueron lo bastante inteligentes como para demostrarle a Wong que el hombre se tomaba la cosa en serio.

Finalmente, Master Tran dejó a un lado los papeles y dijo:

—*Merci bien.* Ha hecho un buen trabajo, y le estoy muy agradecido. ¿No puedo convencerlo de que se quede a comer?

—Imposible. Tenemos que tomar un avión. —Wong se miró los pies—. Master Tran, hay otra cosa que quiero decirle. Esta mañana ha habido un pequeño problema.

—Entiendo —dijo el anciano—. Lo han pescado en flagrante.

—No. Yo estaba en mi dormitorio con mi ayudante. Es una mujer.

—A eso me refería.

—Ah. Sí. Déjeme que le explique. Hemos descubierto una ruta de entrada para material de contrabando en el *vihara.* Una especie de abertura en la pared. Un túnel en la techumbre. He marcado la ruta en este mapa. Vea. Usted decidirá qué hacer al respecto. —El geomántico sacó otro diagrama y lo puso sobre la mesa—. Se puede tapar. Así no habrá nadie que entre cosas que no debe. Y por ahí se escapa también la energía. Esa ruta actúa como puerta en el nordeste. No es un buen sitio. El *chi* del nordeste es frío. Energía negativa. Se comporta de manera impredecible.

—Todo es impredecible, C. F. Si algo he aprendido en la vida, es eso.

Wong lo miró a los ojos.

—Debo explicarle lo de anoche. El motivo de que la chica estuviera en mi cuarto. Ella estaba comprobando la ruta. Esta ruta de la que le hablo. No pudo volver atrás. Estaba demasiado oscuro. No le gustan las ratas. Tienen ustedes muchas ratas ahí. No es por otra cosa que ella estaba en mi habitación. Yo dormí en el suelo. Tengo testigos.

—Desde luego que los tiene. No hace falta que me cuente todo esto. En un monasterio los rumores corren mucho más aprisa que entre mujeres en un mercado. Nada de esto importa. —El anciano monje sonrió.

—Pero el túnel secreto... Es un descubrimiento importante, ¿no?

—Para serle franco, C. F., no. Hace años que lo sabemos. Yo mismo he hecho entrar y salir a monjes jóvenes cuando necesitaba alguna cosa urgente, lo que fuera. El año pasado hice que me trajeran una estupenda botella de Taylor's mil novecientos setenta y cinco. Por motivos de salud, claro está. ¿Quiere usted un trago?... No, de acuerdo.

Wong necesitó unos segundos para asimilar la información.

—¿Sabía lo del túnel? El hermano Wasuran dijo que alguien había entrado tabaco y un vídeo en el templo. Y que algunos monjes querían marcharse. Esto es un problema, ¿verdad?

—Digamos que sí —respondió Master Tran. Cruzó las manos sobre el abdomen—. Es cierto, pero tiene usted que entender cómo funciona la vida aquí dentro. No tiene nada que ver con las prisas y el bullicio de Singapur. Aquí todo sucede un poco más despacio. Sí, descubrimos lo del tabaco, eso fue, si no recuerdo mal, en mil novecientos ochenta y ocho. ¿Y el vídeo? De eso hará cinco o seis años, a mediados de los noventa. No fue un gran problema, en realidad. Ya sabe usted que no tenemos televisión ni electricidad, y, que yo sepa, estos aparatos necesitan conectarse. Llevamos una vida muy tranquila, es lógico que esa clase de incidentes sea motivo de comentarios entre los hermanos.

—Bien, entrar cosas de contrabando no es un problema grande. Pero es un problema de feng shui. Cambia el flujo del chi.

—No me cabe duda, y en ese sentido es importante que ustedes descubrieran la ruta y que conste en el informe.

—¿Por qué me invitó a venir? ¿Cuál era el problema que quería solucionar?

—Había uno en particular, pero de índole más general. Y ese problema ya lo ha solucionado. Gracias.

—El don del feng shui me viene del Cielo. Me complace compartirlo con usted.

Master Tran se acercó a un aparador y sacó una botella de oporto.

—No le importa que me sirva yo, ¿verdad? C. F., usted nos ha ayudado en cosas de las que quizá no es consciente. Por ejemplo, el hecho de que viniera acompañado por su atractiva novia...

—Ayudante.

—Perdón, su ayudante ha causado un interesante efecto en los hermanos. Y en absoluto negativo. Según me cuenta el hermano Wasuran, se trata de una persona curiosa. Charló con ella antes de que fueran a desayunar a casa de Porntip. Siempre es interesante ver las cosas desde el punto de vista de otra persona, sobre todo si se trata de una persona muy diferente de uno mismo. Eso amplía los horizontes. Lo cual cobra mayor importancia en el caso de algo tan cerrado como este monasterio, donde apenas salimos ni nos relacionamos.

—Mi ayudante provisional —puntualizó Wong. Las palabras de Tran le recordaron la parte 73 de su diario, su filosofía acerca del tamaño del mundo de una persona. Sólo cuando conoces a alguien que no encaja en tu mundo tienes la oportunidad de ensanchar sus límites. Debía reconocer que los puntos de vista terriblemente diferentes de su colaboradora habían resultado más o menos útiles en unas cuantas ocasiones. Se dieron momentos complicados, pero tenía que admitir que el impacto de la joven no había sido del todo negativo en ciertos casos. Lo de anoche era un ejemplo típico. Lo puso en el peor de los aprietos, pero al mismo tiempo había resuelto uno de los problemas de feng shui del monasterio al descubrir el túnel secreto. Su lectura habría sido catastróficamente incompleta si ella no hubiera dado con la vía que abría el recinto de forma extraoficial hacia el nordeste.

Master Tran volvió a la mesa.

—Le estamos muy agradecidos por su estudio del feng shui. Trataremos de poner en práctica cuantas sugerencias nos sea posible. Estoy convencido de que tendrán un efecto beneficioso para el templo. Pero le diré lo que más nos ha ayudado de su visita.

El anciano miró por la ventana de la habitación a los hombres que en ese momento atravesaban el patio camino del árbol bo para celebrar un ritual.

—Esto es un templo budista zen. Nuestro trabajo tiene que ver con la paz interior del alma así como con la paz exterior del cuerpo. Hace cosa de un año me di cuenta de que se experimentaba cierta pérdida de fe, un desencanto generalizado. Algunos hermanos empezaban a mostrar curiosidad por la vida en el exterior, el mundo moderno, las mujeres. Esto es natural. Es lógico que se sintieran intrigados por su visita en

compañía de una joven. —Tran se apartó de la ventana y volvió a sentarse—. Cuando lo han visto esta mañana después de haber pasado la noche con una mujer occidental, se quedaron sorprendidos. Parecía usted muy cansado. «A un paso de la muerte», en palabras del hermano Wasuran. Lo han visto falto de energía, y se han quedado con una impresión muy negativa de los placeres de la vida libre, una vida compartida con el sexo opuesto, en el mundo exterior.

—Anoche no pude dormir mucho.

—Es lo que ellos imaginaban.

—No, quiero decir que no dormí mucho porque estaba muy incómodo en el suelo. No porque... No por ningún otro motivo.

—No importa cuál sea la verdad. Lo que importa es el efecto de la verdad. Esto es un principio zen: si una no-verdad tiene el efecto de la verdad, entonces es posible que contenga una verdad a su manera. Es posible. Pasara lo que pasase, el resultado es que los hermanos han quedado pasmados ante el efecto arrollador de lo que imaginaban una conducta pecaminosa. No quieren ser como usted y perder su energía vital, morir jóvenes.

—Anoche apenas dormí, y soy un hombre mayor. Nací hace cincuenta y seis años.

—Qué interesante. Bueno, no importa. Para serle franco, esta mañana les he dicho a los hermanos que tenía usted veintisiete.

—Entiendo —dijo Wong. Realmente, los asuntos del zen eran misteriosos e insondables.

Guardó sus papeles en el maletín. Se alegraba de que hubieran servido de algo al anciano, aunque todavía no veía claro de qué manera lo habían ayudado. En cualquier caso, el problema estaba resuelto, que era lo principal. Mañana sería un nuevo día y un nuevo reto. De repente, frunció el entrecejo: a menos que lo enviaran a América, lo cual sería sin duda el final de su vida tal como la conocía. Decidió en aquel momento que se negaría a ir. Que el señor Pun se quedara con su anticipo, si así lo quería. Miró por la ventana y se percató de la gran actividad que animaba el patio.

—¿Qué están haciendo los hermanos? —preguntó.

—Se han reunido todos delante del árbol. Anoche hubo un pequeño milagro.

—¿Un milagro?

—El mayor de todos ellos estaba anoche orando frente al altar del este y una pequeña pero perfecta imagen del Buda cayó en sus manos desde el

cielo. Es un objeto pequeño, pero en verdad maravilloso. Igual que una fotografía diminuta, pero también como una pequeña puerta redonda al Nirvana. Los hermanos lo están venerando.

—Comprendo.

El bocinazo de un coche en el exterior del recinto le recordó que Joyce y Bin aguardaban frente a la entrada en el Nissan de Porntip, preparados para ir al aeropuerto. El sol había ascendido hasta la altura de los muros del templo y empezaba a iluminar la oficina, su luz moteada por las hojas del árbol bo.

Notas del traductor

[1] Wong confunde el booty de más arriba con boot. Así, entiende «agita la bota» cuando en realidad es «agita el culo».